

André Kervella

EL BARÓN HUND
Y LA
ESTRICTA OBSERVANCIA TEMPLARIA

Traducción de
RAMÓN MARTÍ BLANCO

MASONICA

EL BARÓN HUND
Y LA ESTRICTA OBSERVANCIA TEMPLARIA

André Kervella

EL BARÓN HUND
Y LA
ESTRICTA OBSERVANCIA TEMPLARIA

MASONICA

André Kervella

EL BARÓN HUND
Y LA
ESTRICTA OBSERVANCIA TEMPLARIA

Traducción de
Ramón Martí Blanco

Serie Roja
[Autores contemporáneos]

60 08
MASONICA
Ediciones del Arte Real

El barón Hund y la Estricta Observancia Templaria
André Kervella

Título en la edición francesa:
Le Baron de Hund et la Stricte Observance Templière
Éditions La Pierre Philosophale, 2016
ISBN 978-2-36353-037-0

Ilustración de cubierta:
Karl Gotthelf von Hund und Altengrotkau (1722-1776)

Editorial MASONICA®
Serie Roja (Autores contemporáneos)
www.masonica.es

© 2022 André Kervella
© 2022 Ramón Martí Blanco (de la traducción)
© 2022 ENTREACACIAS, S.L. (de la edición)

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Covadonga, 8
33002 Oviedo - Asturias (España)
Tel. (centralita): (34) 984 300 233
info@masonica.es | pedidos@masonica.es

1ª edición: febrero, 2022

ISBN (edición impresa): 978-84-19044-19-8
ISBN (edición digital): 978-84-19044-20-4
Depósito Legal: AS 00074-2022

Edición digital

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PREÁMBULO

A día de hoy, el personaje de Karl-Gotthelf von Hund un Altengrotkau, fundador de la Estricta Observancia en el curso de los años 1750, aunque dicha Orden en ese preciso momento no llevara exactamente este nombre, no ha dejado de ser controvertido. Tratado de mitómano e impostor por unos, alabado por su sinceridad y lealtad por otros, no logra conseguir una cierta unanimidad. La paradoja quiere que los enjuiciamientos que obtiene pretendan ser definitivos como si la causa quedara sentenciada para siempre sin apelación posible. La razón de este tratamiento contradictorio está probablemente relacionada con la dificultad por parte de los historiadores en determinar las posibles influencias ejercidas sobre él por los «Superiores Desconocidos», o en todo caso presentados como tales. ¿Es posible nombrarlos? La controversia permanece todavía muy viva.

Estas polémicas están exacerbadas por el hecho que la literatura masónica experimenta serias dificultades en distinguir entre la historia de los hechos y la historia de las ideas. He aquí dos historias que quedan lejos de movilizar los mismos métodos y los mismos conceptos. Que a la postre ellas puedan estimularse mutuamente, complementándose, resulta innegable. Aún y así, debe guardarse uno de prestarles el mismo grado de fiabilidad. En el caso del barón de Hund, más allá de la espinosa cuestión de los Superiores Desconocidos, lo que está en juego es saber si es exacto que la Estricta Observancia se inscriba en la continuidad de una tradición salida de los templarios de la Edad Media. ¿Esta continuidad es factual? ¿Acaso la misma es intelectual o, si se prefiere, espiritual? ¿Combina ambos géneros, según sean las figuras que varían de acuerdo a las distintas épocas?

Los hechos están relacionados con los diferentes acontecimientos que han jalonado el itinerario personal del barón. Si la existencia de los Superiores Desconocidos quedara comprobada, ¿en qué medida habría respetado sus

consignas, y en qué proporción se habría permitido innovar o autorizar iniciativas en sus colaboradores? De igual modo y, sobre todo cuando uno quiere interesarse por sus primeros pasos llevados a cabo en su encaminamiento masónico, ¿resulta posible dar crédito al relato que de ellos nos hace, sabiendo de la inexistencia de cualquier documento en relación directa con los mismos que pueda probarlos? Hund fue iniciado en 1742 y a continuación promovido a los grados escoceses, entre los cuales, justamente el último lleva precisamente la huella templaria. A excepción de una patente establecida en 1751, con el inconveniente de estar encriptada de acuerdo a un código que hasta día de hoy ha permanecido parcialmente opaco, no ha subsistido ningún certificado anterior, ningún testimonio, ningún pergamino de cualquier tipo de naturaleza, ningún registro de logia. Casi diez años sin nada.

Afortunadamente, por bien que tales lagunas sean frecuentes en las biografías de numerosos protagonistas de la historia masónica, sobre todo anteriores a los años 1750, dichas lagunas no impiden en nada asegurar la veracidad de testimonios orales, proporcionados por otros allegados suyos. Ello permite en estos casos y gracias a informaciones exteriores, atar cabos sueltos e inducir a conjeturas irrefutables. Por ejemplo, este es el caso con los pioneros de la Orden en París. Es gracias a las gacetas, boletines, atestados de la policía, diarios personales u otras fuentes secundarias que se llega a saber de su implicación, Aún y así, no es del todo seguro -en cualquier caso- que, en tiempos de aquellas primeras logias, determinados pormenores personales fueran proporcionados a cualquier desconocido, e incluso que sistemáticamente fuera designado un secretario que levantara acta de las recepciones. A esta costumbre nuestra le llevó su tiempo imponerse.

En el caso del barón de Hund, se presenta un primer punto vinculante cuando, desde primer momento, él mismo barón designa a los Superiores Desconocidos como partidarios de la Casa Estuardo. Sin llegar a nombrarlos, hasta al final de su existencia, su discurso no varía en este aspecto. De golpe, ¿hay que incluir a Jacobo III en persona, este rey que desespera en Italia por no poder reconquistar el poder del que su padre fue desposeído en Gran Bretaña, cuando la revolución de 1688-1689? ¿Es preciso pensar en su hijo mayor Carlos Eduardo que, por los años 1740, es considerado como el único capaz de llevar un ejército a la batalla victoriosa,

levantando a los clanes escoceses para impulsarlos al asalto de Londres, donde reside el poder de la dinastía enemiga de los Hannover? Y puesto que, de lo que se trata es de la francmasonería templaria, ¿cabe creer pues que, estos dos príncipes se inscribirían en una larga línea de grandes maestros secretos del Temple que iría desde la condena a muerte de Jacques de Molay, línea por otra parte, de la cual se ignora que realmente haya podido perpetuarse?

Podríamos responder a ello de inmediato, y darle carpetazo sin perder el más mínimo tiempo en examinarlo, objetando las negaciones al respecto del mismo Carlos Eduardo. Después de la muerte de Hund que sobreviene en octubre de 1776, se lleva a cabo una investigación en torno al príncipe, refugiado entonces en Florencia (Italia), con el fin de saber si él mismo o su padre pudieron realmente haber jugado algún tipo de papel en la transmisión de la herencia conocida como templaria. Esta investigación fue confiada al barón Karl-Eberhard von Waechter, que parece culminar en una conclusión paradójica. Imprevisible como era, Carlos-Eduardo se complace en darle una serie de respuestas huidizas y contradictorias. Tan pronto, niega su implicación en cualquier tipo de Orden masónica que tenga que ver con su padre; como deja entender que su padre podría haber tenido relación con las logias, a la vez que personalmente vería con agrado la posibilidad de validar los poderes como sucesor a la cabeza de la nueva caballería templaria. Llegados a ese momento, todo se enreda y enmaraña. A consecuencia de ello, incluso difunto, las críticas que Hund inspira quedan lejos de apaciguarse. Por contra se exacerban. Y más para mal que para bien.

Aun así, la clave del enigma se encuentra efectivamente entre los estuardistas. Presentemos en pocas palabras las fortunas y desgracias que han conocido durante casi dos siglos. En 1603, el rey de Escocia Jacobo VI se convierte también en rey de Inglaterra e Irlanda. Muere en 1625. Su hijo Carlos I toma su sucesión. Desafortunadas iniciativas en materia de religión le suponen provocar una guerra civil que le resultará fatal, ya que es decapitado en 1649. Le sucede la instauración de una república bajo la férula de Oliver Cromwell. En 1660, una restauración permite a Carlos II volver a tomar posesión de los tres reinos tenidos por su padre. A su deceso en 1685, es remplazado por su hermano Jacobo II. Por desgracia, como Carlos I, Jacobo es a su vez contestado a finales de 1688 y obligado a tener

que huir a Francia, en busca de protección al abrigo de Luis XIV. Se instala en el castillo de Saint-Martin-en-Laye, conjuntamente con los cortesanos que le son fieles. Un número importante de partidarios suyos escogió igualmente el exilio, cerca de veinte mil, se cree.

Jacobo II muere en 1701. Su hijo Jacobo III, es reconocido como rey por Francia pero, sin embargo, sin corona; no obstante, no abandona la partida y espera un buen día poder llevar a cabo una reconquista. Durante varios decenios, primero en Francia y luego en Italia, entre expediciones militares frustradas y proyectos anulados antes de empezar, se obstina en su empeño. En 1745, es su hijo Carlos-Eduardo quien se pone a la cabeza de un ejército. El fracaso resultante es estrepitoso. Pero, al igual que su padre, este príncipe está convencido de poder triunfar algún día. Durante diversos años, envía emisarios a distintos soberanos de Europa que podrían brindarle apoyo. Es por otra parte, avanzando la imaginaria hipótesis de un supuesto cuerpo expedicionario formado por seis mil prusianos, que finalmente se unirían a los clanes escoceses en insurrección, que Waechter logra en 1777 establecer un diálogo con él, en su residencia de Florencia, manteniendo durante algunos años una correspondencia. Waechter mete el dedo en la llaga, pero únicamente para obtener confidencias de naturaleza masónica, interés muy pronto percibido por el príncipe Estuardo, lo que explica la ambigüedad de sus pseudo revelaciones.

El auge de la masonería se realiza pues en medio de este decorado en el que está en juego, durante más de un siglo, el futuro de una dinastía. Podemos asignar dos tiempos a este auge. El primero, marca la aparición de lo que ha venido a llamarse las logias azules o simbólicas en las que se dan los tres grados, si no ya desde buen comienzo, al menos pocos decenios después. El segundo, viene con la adjunción de lo que conocemos como capítulos en los que se otorgan los altos grados. Justamente, Hund reivindica la posesión del más eminente de estos, para su época, que le habría sido conferido en París por los altos dignatarios del movimiento jacobita, los cuales se habrían situado tras la estela de los antiguos templarios. ¿Tenemos suficiente información como para aceptar tal principio?

El punto de vista dominante en la historiografía masónica, lleva a negar el vínculo con la política en general, y así pues, a contestar a priori cualquier estudio que tenga en cuenta dicho vínculo. Confiando en las generosas y

puramente abstractas declaraciones de las *Constituciones* del pastor James Anderson publicadas en 1723, en base a las cuales se supone queda fijado -sin que exista motivo justificado- el marco universal del funcionamiento de las logias, numerosos son los compiladores que se apresuran en afirmar que los francmasones del siglo XVIII preconizaban una distante neutralidad respecto a los conflictos o debates que agitaban la sociedad de su tiempo. Según la fórmula frecuentemente repetida, los masones dejarían «los metales en la puerta del templo» para buscar entre ellos, una reunión tras otra, el marco propicio para una sabia emulación o, más prosaicamente, una amistosa convivialidad. Pero esto no es lo que revela la confrontación de los archivos más antiguos, en especial los archivos británicos. Incluso si resulta absurdo creer que las logias servían para fomentar los complots, tampoco está claro que hayan sido durante largo tiempo lugares de encuentro para iniciados que compartían las mismas opciones políticas.

Antes de la entrada en escena de Hund, las informaciones sobre la conexión entre partidarios de los Estuardo y la francmasonería, no faltan en absoluto. Como pronto veremos, se puede establecer un inventario cronológico de dicha conexión desde la primera mitad del siglo diecisiete. A menudo, dichas conexiones son arrojadas a las sombras, porque debilitan considerablemente, cuando no ridiculizan directamente, la tesis de la aparición de las logias especulativas en el Londres de 1717. Si estas fueran raras y divergentes, se entendería que inspiraran escepticismo. Pero este no es el caso. Cuanto más se someten a un análisis crítico, más debemos admitir que se consolidan entre sí, y forman parte de una coherencia global que precisamente acaba arrojando luz sobre el planteamiento del barón.

A partir de 1754, cuando Hund se esfuerza por desarrollar la organización de su sistema, el vínculo de la masonería con el jacobitismo se relaja poco a poco. Aunque Carlos Eduardo persista en creer en su buena estrella, la causa de los Estuardo parece definitivamente perdida. En Francia, las nuevas generaciones ignoran que los cuatro primeros grandes maestros de la Orden pertenecían a dicha causa[1], y que la mayor parte de logias erigidas sobre el territorio no han tenido nunca ningún tipo de relación con la Obediencia londinense[2]. Es la hora de reinventar la tradición, de inyectar lo filosófico allá donde no lo había, o si acaso lo había era muy poco. Las metáforas, los símbolos, las alegorías que a duras penas se explicaban por

su insistente referencia al infortunio de los exiliados, al igual que sus esperanzas de volver a pasar como vencedores al otro lado de las aguas del Canal, son reinterpretados en términos puramente metafísicos o teológicos. Ello no impide que, antes que esto, y sobre todo en 1743, cuando Hund está en París y recibe su grado dicho templario, el contexto sea muy diferente. Sin ninguna duda, el ambiente está inspirado por los imperativos concretos de una guerra anunciada.

Esto no quiere decir que las primeras logias continentales, y particularmente las de Francia en las que los jacobitas eran más numerosos y emprendedores, estuvieran todas comprometidas en defensa de su interés. Lejos de esto. Por el contrario, cuando se establece una distinción entre las logias simbólicas y los capítulos en los que se otorgaban los altos grados, los documentos más antiguos prueban que, en el caso de los segundos, la marca jacobita es muy fuerte, y casi fundamental. En lo concerniente a las logias azules, se hace patente que se preocupaban más por la convivialidad alegre que por otra cosa, y que disertaban fácilmente sobre los ideales de fraternidad que la sociedad real maneja a diario. Para lo concerniente a las instancias que con el tiempo tomarán el nombre de capítulos, está claro que las encrucijadas eran de otra dimensión.

No es por casualidad que el primer alto grado señalado en la primera mitad del siglo dieciocho es indicado como de Escocés. Se trata con ello, simple y llanamente, de hacer referencia a Escocia, en tanto que reino en el que la dinastía Estuardo tiene sus raíces. Esta referencia incluye un abanico de consideraciones en las que se verá por superabundancia de pruebas, que las mismas son unívocas. Observemos, no obstante, y de entrada que dicha referencia no necesita estar en Escocia para ser legítima. Tiene sentido en la medida que es querida por los exiliados que, entienden con ello explotar el tema de su tierra natal, o la de su monarca, ya que ingleses o irlandeses fieles a Jacobo III pueden encontrar igualmente oportuno adherirse. Se trata pues sobre todo de los jacobitas francmasones de la diáspora que empiezan a explotarlo y desplegarlo en un sistema que añaden a aquel otro, más antiguo, de las logias azules. Mejor aún, nos cabe suponer que la invención de la masonería escocesa es una forma de responder a los préstamos no reconocidos que sus oponentes británicos, partidarios de Jorge de Hannover, se atrevieron a establecer en su propia Obediencia al final de los años 1710. Menos tipificada, la masonería azul podría, sin grandes ajustes, ser imitada

por ellos. En contrapartida, rechazan ciertamente adoptar los principios de la escocesa, ya que, de lo contrario, entrarían en contradicción con su propia causa.

A día de hoy, vivimos en el olvido de los años de fundación y de la mutación operada en el curso de los años 1760, tanto en Francia como en otros países europeos en los que la Gran Logia de Londres tenía poca influencia. Peor todavía, vivimos en la negación de este olvido, como si la perspectiva del tiempo transcurrido no hubiera contribuido a relativizar las implicaciones políticas de un agitado siglo. Es ahí que la historiografía de los hechos queda relegada a la oscuridad bajo el apagavelas, para dar paso a ficciones ideológicas aventuradas. Es ahí también, por desgracia, que son lanzados exacerbados epítetos fuera de lugar contra protagonistas, los cuales, por su parte, nunca han buscado aprovecharse de sus contemporáneos. Fuera como fuere, si justamente la francmasonería es una sociedad de tradición, lo más deseable sería que aquellos que hablan de ella se pusieran de acuerdo respecto al contenido objetivo de esta tradición. Incluso si luego se ponen de manifiesto preferencias para retener sólo esta o aquella herencia, en detrimento de una o más otras, merece la pena hacer un esfuerzo por tal de llegar a asumir un lúcido inventario de las cosas del pasado.

Este inventario, se me puede objetar, quedó ya producido en Francia por René le Forestier cuya obra póstuma *La Franc-maçonnerie templière et occultiste* está centrada en la Estricta Observancia. Dicha obra establecida tras la lectura de la literatura producida en los siglos dieciocho y diecinueve sobre el particular, se ha beneficiado así mismo de numerosas traducciones que inspiran aún hoy a compiladores actuales. A tenor de lo que, su mismo título sugiere y todo el análisis repite, el punto de partida de este autor pasa por considerar que el motor del sistema o sistemas referenciados como templarios en el siglo dieciocho es el pensamiento ocultista, planteamiento que queda desmentido por los hechos. Negándolo, sin nunca argumentar sus pruebas, el papel jugado por los jacobitas en la historia, tanto de las logias dichas simbólicas como de las escocesas, considerando que el asunto no había podido ir más allá de las meras leyendas, expone una tesis sobre este asunto cuya fragilidad es flagrante. Pero no es este lugar para enzarzarnos ahora en una polémica al respecto. Mostraré únicamente, llegado el momento, concluir hasta qué punto se equivoca. Digamos aquí que su

estudio, por otra parte, inspirado en una ironía exacerbada contra toda la francmasonería en general, se resume más bien en desarrollar una larga paráfrasis de los textos alemanes tenidos por Le Forestier como significativos, al hilo de la cual su enjuiciamiento sobre Hund podría volvérsele en contra. A su modo de ver, el barón habría sido «el director de un gigantesco engaño». Vanidoso, testarudo y crédulo, habría «mantenido con obstinación una flagrante impostura»[3]. Exposición muy injusta. Sin interés, por tanto.

Para ver más claro, no vayamos demasiado rápido en el relato. El contexto sociopolítico que precede y explica la aparición de la Estricta Observancia no puede ser correctamente entendido sino es recordando, como en un primer tiempo, Jacobo III, refugiado en Roma, concibe la formación de una nueva caballería en 1722, y en un segundo tiempo, como desea la puesta en sueños de las logias en 1738. Si no en su forma inicial en la que fue concebida, al menos en la adaptación de la misma que es rápidamente hecha, esta nueva caballería se anuncia como la matriz del Escocismo. Luego, segunda etapa, cuando el rey Estuardo anticipa, casi, la publicación de la bula papal In Eminenti condenando la francmasonería, pactada gracias a los encuentros personales mantenidos con Clemente XII, previene a sus partidarios de que es preferible para ellos el suspender sus actividades masónicas. Muchos obedecen la recomendación, pero no todos. A partir de ahí, una neta inflexión se discierne en la manera de asumir o desarrollar los altos grados. Los reacios a la nueva actitud a tomar persisten, primero, en el viejo impulso y a continuación en aceptar cosas nuevas. Ellos son los que darán buena acogida a Hund.

CAPÍTULO I

NACIMIENTO DE UNA CABALLERÍA

Una propuesta muy simple puede constituir el mínimo admisible de una investigación retrospectiva: la gran mayoría de historiadores, sea cual sea su sensibilidad, están de acuerdo en situar la aparición de los grados dichos escoceses, en la primera mitad del siglo dieciocho. En cambio, el estudio de las circunstancias en las que esta aparición se produce es esquivada, o bien vista como arriesgada, incluso quimérica o imposible. Probablemente esto se deba a dos fenómenos.

El primero es que la rareza de las fuentes, en el estado actual de la investigación, compromete cualquier posibilidad de remontarse hasta un acto fundador. Tuvieron lugar diversas divulgaciones a comienzos de los años 1740, pero son indirectas y a menudo envueltas en aproximaciones perjudiciales respecto a acontecimientos anteriores. Explotando rumores, a riesgo de caer en la caricatura, apuntan a innovaciones más o menos recientes, y que parece difícil de describir porque, al parecer, el secreto lo guardan con mayor rigurosidad los francmasones escoceses que los de las logias simbólicas.

El segundo fenómeno es que numerosos son los historiadores de la francmasonería que descuidan el contexto sociocultural global en que se produjo la aparición de las logias y se llevan a cabo las iniciaciones. Partiendo del engañoso principio, y las irónicas declaraciones del pastor James Anderson, según lo cual, los templos masónicos serían impermeables a las agitaciones de su entorno, creen en la posibilidad de construir una historia exhaustiva que sólo tendría en cuenta sus acontecimientos interiores. Este es, evidentemente y con toda lógica, un punto de vista tan ciego como ilusorio.

De hecho, la rareza de la documentación no es evidentemente sinónimo de un vacío total de la misma. Cuando se tiene el arrojo de recorrerse los archivos inéditos de los Estuardo, justamente, uno cae en la cuenta de que el surgimiento, de al menos un primer grado superior, les es totalmente atribuible ya desde la misma década de 1720. Según todos los indicios, se trata claramente de un grado caballeresco, y la imagen del antiguo templo de Jerusalén constituye el telón de fondo de su devolución. Pero, para entender mejor, al menos la originalidad de este acontecimiento, antes de proponer un análisis circunstanciado, insertémosla en una breve secuencia cronológica que cubra algunos hitos esenciales.

El primero es sin duda alguna el más incierto. Por tanto, lo avanzo aquí únicamente para señalar claramente la frontera anunciada anteriormente entre la historia de los hechos y la historia de las ideas. Un ritual vuelto a copiar por un escriba anónimo en 1763 lleva el título siguiente: *El perfecto Elegido Escocés, o la bóveda sagrada, denominada el cuadrado*. En un pasaje que se le supone representar el génesis, leemos esto: «El Gran y Perfecto Maestro Escocés, Perfección de la masonería. Conservado en Escocia del reino de Jacobo VI rey de la Gran Bretaña. Conocido actualmente en la gran logia de Francia del Príncipe de Clermont bajo la dirección del Respet[able] H.·. Chaillon de Joinville substituto general de la orden, y Gran Maestro de los Grandes Elegidos perfectos Maestros Escoceses».[4] De inmediato, la referencia a Jacobo VI llama la atención. En cuanto al ritual propiamente dicho, su contenido gira en torno al tema templario: el antiguo Templo de Jerusalén destruido por Nabucodonosor, una cripta subterránea que habría quedado preservada (la bóveda sagrada), a la que los iniciados habrían podido volver y recuperar los secretos de un conocimiento superior, allí depositado por el mismo Salomón.

¿Cuándo fue concebido un ritual de tales características? La copia no lo revela, tan solo el dato que se remite a 1744, para decir que el grado era ya practicado en esa fecha, incluso antes, porque Étienne Morin lo habría estado otorgando durante su estancia en las Antillas. A falta de informaciones complementarias, y comprobables, la prudencia obliga pues a no tomar por dinero contante y sonante lo que es dicho acerca de Jacobo VI. Que este monarca (o contemporáneos de su entorno próximo actuando en nombre suyo) hayan podido intervenir directamente en la creación del

Perfecto Elegido Escocés, es inclusive cosa bastante dudosa. En efecto, las alegorías del templo destruido y del exilio de los habitantes de Jerusalén no tienen bajo su reinado ninguna correspondencia con lo vivido por los escoceses. No la tendrán hasta llegados entre 1650 y 1660, con el primer exilio infligido a los Estuardo y sus fieles, y más tarde en 1689, con el segundo exilio que se prolongará hasta el final, puesto que Jacobo III no logrará una restauración victoriosa, al igual que tampoco su hijo Carlos Eduardo. Entonces, efectivamente, numerosos textos de la Biblia, como así mismo otros salidos de la antigua literatura griega, inspirarán la elaboración de numerosos rituales. Pero, con anterioridad a ese período de tiempo histórico, no resultaba relevante referirse a él.

En todo caso, queda de manifiesto que la política no resultaba extraña a la preocupación de los primeros francmasones calificados como Escoceses. Indudablemente, evitarían citar al rey de Escocia Jacobo VI si no tenían voluntad de crear efectos de símbolo que repercutiera sobre sus descendientes. He aquí una observación a no descuidar. Existe otra. El ritual describe a los protagonistas que logran penetrar en la bóveda sagrada, después de la demolición del templo de Jerusalén como francmasones manejando «la pala, los alicates y el martillo cortador». Ahora bien, se ha podido comprobar que Hund será recibido como «masón zapador» al comienzo de su itinerario personal en el escocismo. Este grado o nivel no ha sido nunca explicado hasta día de hoy por sus biógrafos. No se encuentra mención de ello en ningún otro documento. Por tanto, ¿cuáles eran las herramientas de los zapadores de su época? Una consulta a la *Enciclopedia* de Diderot nos pone en antecedentes al respecto[5]: son básicamente el pico (algunos martillos cortantes tienen este nombre[6]), la palanca (barra de hierro con la que servirse para desunir y remover las piedras[7]), y la pala.

Entrar más en detalle de este ritual sería bastante fastidioso e improductivo, ya que tendríamos que remitirnos a numerosos pasajes de la Biblia y a comentarios de la patrística medieval, lo que sobrecargaría considerablemente estas páginas con la sola pretensión de síntesis. Si es necesario, volveré sobre ello en publicación separada. Por preferencia de método, propongo pasar aquí a la serie de informaciones sólidamente establecidas por su parte sobre el origen de las logias dichas simbólicas,

gracias a la cual la transición hacia el de los capítulos, más tardío, podrá ser fácilmente realizada.

Cuando en el curso de los años 1630-1640, Gran Bretaña sufrió la guerra civil que puso en lidia a los partidarios de Carlos I y a sus oponentes, entre los primeros muchos de ellos escoceses, dos testimonios nos revelan la puesta en circulación entre la nobleza legitimista de una palabra misteriosa denominada Palabra de Masón. El primer testimonio es aportado por Henry Adamson en su poema *The Muses Threnodie* en el que la referencia a Carlos I es perfectamente clara. Aunque el mismo autor confiesa mantener en ocasiones la opacidad en las metáforas que emplea, él mismo se descubre al declarar querer actuar en honor de su soberano, por otra parte, tan injustamente maltratado[8]. El segundo testimonio revela que en octubre de 1637 ciertos cortesanos son sabedores que la Palabra corre de boca a oído, pero que resulta difícil saber quién está exactamente implicado en la misma[9].

Transcurrido menos de un decenio, y henos aquí al famoso Elías Ashmole cuyo diario personal contiene la breve mención de su recepción, el 16 de octubre de 1646 en una logia tenida ocasionalmente. El marco es el de un albergue de Warrington, en el Lacashire. Los nombres de los presentes son proporcionados[10]. Como Ashmole es oficial en el ejército legalista, no tiene ninguna duda respecto a la orientación política de su acción. Conoce inclusive el ritual observado[11]. Nada resulta más evidente que la promesa de mostrarse fiel al rey, sin traición ni felonía. El conjunto del texto está inspirado en los antiguos deberes (*Old Charges*) prescritos a los masones de oficio, pero ninguno de los participantes lo es. Todos ejercen otra actividad ajena a la construcción. En este caso, la movilización de un simbolismo inspirado en el arte de la construcción sirve más para legitimar la adhesión a un ideal de orden geométrico en el que el soberano es descrito como arquitecto de la sociedad, que para formar realmente a los iniciados en la manipulación de las herramientas de oficio.

Desgraciadamente para Ashmole y sus amigos, la decapitación de Carlos I les obliga a suspender su actividad.

Tras un decenio. A la muerte de Oliver Cromwell, en 1658, las intrigas se alían para favorecer el retorno del hijo de Carlos I al frente del gobierno de los tres reinos que componen Gran Bretaña. Según el caballero Ramsay,

este nuevo Estuardo logra sus fines gracias al apoyo de los francmasones y en particular del general Monck[12]. Más todavía, según una carta dirigida en 1737 a un eminente jacobita de la diáspora, George Kelly, la francmasonería adquiere su verdadera coherencia el 29 de mayo de 1660, que es justamente la fecha del treinta aniversario del joven monarca, fecha escogida también para su triunfal entrada en Londres[13]. Teniendo en cuenta lo anterior, podemos deducir de ello que era [la francmasonería] más o menos frágil e inestable antes, y por tanto constreñida a la clandestinidad, pero que la llegada de Carlos II la permitió fortalecerse sin temor a la represión, aunque manteniéndose en la discreción. Esto no es todo: cuando Carlos Eduardo se verá interrogado por Waechter sobre su pertenencia a la Masonería, al igual que la de su padre, tomará una actitud huidiza, pero reconocerá gustoso que «diversos hombres ilustres de su casa» han pertenecido a la misma[14]. Tratando de razonar lo más sobriamente posible: si el "diversos" cuantitativo tiene sentido, contando por lo bajo, han habido cuando menos tres monarcas en la familia: si no él ni su padre, como insinúa sin llegar a convencer, a buen seguro lo fueron su abuelo Jacobo II, su tatarabuelo el tío Carlos II y su bisabuelo Carlos I.

En 1714, se vuelve hablar de la Palabra de masón. George Mackenzie, encargado de asuntos británicos, escribe una carta a John Erskine, 6º conde de Mar, en la que atribuye a este la posesión de la Palabra. No es posible ningún malentendido sobre el fondo ni sobre la forma de tal testimonio. Ciertamente, si en algo se distinguen estos dos hombres es por la sinuosidad de su trayectoria personal. En ocasiones al servicio del gobierno de Londres, en otras, atraídos separadamente por los jacobitas, resulta imposible decir en qué circunstancias han podido ser admitidos en una logia. Sin embargo, lo que puede asegurarse es que las puertas les han sido abiertas por los estuardistas, por la simple y buena razón que sus adversarios políticos orangistas y muy pronto hannoverianos, no habían todavía inventado su propia obediencia. Esto, sólo se hará ¡en 1717!

La biografía de Mackenzie es desconocida. Pasando según fueran las contingencias, de la diplomacia oficial a la oficiosa, y viceversa, sirvió en Portugal, en Francia, en Italia y en Polonia, antes de ser nombrado en Rusia en mayo de este año 1714. Durante su estancia en París diez años antes, fue arrestado por la policía y encerrado en la Bastilla por más de un año, a

causa de una orden del ministro de asuntos extranjeros, Jean-Baptiste Colbert de Torcy. Motivo: espionaje[15]. Era por aquel entonces el protegido del muy eminente James Drummond, 1er duque de Perth, francmasón. Mejor aún, en el momento de su arresto, alimentaba el proyecto de acompañar a un compatriota suyo, a fin de que este organizara en Escocia la resistencia frente a los partidarios que habían echado a Jacobo II del poder. ¿Quién era este compatriota? Simon Fraser, 11º lord Lovat, del que algunos compiladores asegurarán sin motivo aparente haber asistido, cuarenta años después, como por casualidad, a la iniciación templaria de Hund, pero cuya implicación masónica está probada.

Nacido en 1675, el conde de Mar viene de servir con lealtad a la reina Ana. Ha obtenido puestos de alto nivel, entre ellos el de Secretario de Estado para Escocia. La muerte de la reina Ana, el 1º de agosto de 1714, lo llena de desconcierto, y más todavía la sucesión que va a parar a manos de Jorge de Hannover, a petición del Parlamento de Londres. Frenado en sus ambiciones personales, no ve nada mejor que hacer que, pasarse al campo jacobita, con el que tiene de todas modos afinidades. Pronto logra convencer de la oportunidad del cambio a Jacobo III haciéndole ver que puede llegar a imponerse como pieza clave en el equilibrio de juego de fuerzas político, de manera tan acertada que el rey jacobita le confía la responsabilidad de lanzar una insurrección al otro lado del Canal al año siguiente. El fracaso termina sancionando, sin embargo, esta operación. Mar huye hacia el continente, permaneciendo un cierto tiempo en la corte de su pasado rey en Italia; conoce la satisfacción de ser promovido a duque, para replegarse luego a París donde espera convertirse en el principal agente jacobita acerca de las autoridades francesas y embajadores extranjeros.

Tras el tropiezo, una nueva fecha. En 1722, lejos de haber renunciado a reconquistar sus tres reinos, Jacobo III elabora un nuevo plan militar. Llegados al mes de mayo, todo parece estar a punto. Mar ve como vuelve a confiarse en él para ponerlo a la cabeza de un ejército supuestamente movilizable en unos días. Al mismo tiempo, el 16 de mayo, es invitado a fundar una nueva Orden de caballería. Esta fundación podrá, deberá, ser efectiva desde el mismo momento que Escocia haya sido reconquistada. «Por las presentes, estáis autorizado, cuando estéis en Escocia, para instituir una nueva Orden militar de Caballería formada por personalidades que

llevará por nombre Orden de la Restauración, de la que tomaréis el mando, y la dotaréis de los estatutos y reglamentos que os parezcan apropiados, de los que las presentes prometen confirmar y conferir a dicha Orden con todas las distinciones (*badges*) de ésta a cada personalidad que hayáis juzgado digna de pertenecer a ella, y en particular a los jefes de los clanes que encontréis comprometidos de todo corazón a nuestro servicio».[16] Este documento goza cuando menos del mérito de la claridad.

De hecho, se trata de innovar. El marco de esta innovación ¿es el de la francmasonería? Nada en el texto, permite afirmarlo. Por el contrario, la sucesión de acontecimientos, no hacen sino justificar un conjunto de presunciones. Es lo que la operación militar de 1722 aborta. Antes de que ésta fuera lanzada, el gobierno de Londres que había tenido cuenta de la misma gracias a sus numerosos espías, efectúa el arresto de los principales jacobitas que, en las islas, habrían sido contactados para facilitar su desarrollo. La restauración no se produce y tampoco la Orden que pudiera llevar el nombre. ¡Poco importa! El duque de Mar se proyecta en un futuro en el que, según cree él; aparecerán nuevas oportunidades. Salvo el detalle que muy pronto comienza a correr el rumor que, el duque, no quedará ajeno al revés que acaba de ser infligido al partido jacobita. Se le acusa de haber sido imprudente, sea en su correspondencia personal, sea por haber proporcionado informaciones a los hannoverianos, a cambio de una promesa de perdón por su parte y a la posibilidad de recobrar las tierras que le fueron confiscadas después de la derrota de 1715. Como sus explicaciones son confusas, Jacobo III le retira su confianza y le priva que en lo sucesivo continúe representándole de alguna manera en la corte francesa y ante las embajadas. Su caída en desgracia queda consumada en el verano de 1724, cuando el resto de agentes oficiales reciben el aviso que el duque de Mar ha dejado de jugar cualquier tipo de papel ante las autoridades francesas.

Ahora bien, en los años siguientes, múltiples indicios confirman la aparición de un cuarto grado masónico, justamente calificado de Escocés y teniendo a la caballería templaria como tema dominante. ¿No sería la versión, modificada o no, de lo que se contemplaba en 1722? Dos evidencias contribuyen a atizar la curiosidad. La primera es que habría podido haber coincidencia entre la coyuntura de 1722 y la de 1660. Hemos

podido ver como ciertos jacobitas presentan el día de la entrada triunfal de Carlos II en Londres como la fecha que marcaría la institucionalización de la francmasonería, habiendo adquirido dicha institución su plena fuerza en ese día. Dicho de otra manera, una primera restauración política ha quedado como hecho decisivo en la historia de la Masonería, como condición para su legitimización, aunque fuera con un deseo de que permaneciera en la discreción. Resulta pues plausible que Jacobo III haya decidido proceder de la misma manera marcando el día de su propia restauración con la formación de una Orden que reuniría la élite de sus partidarios. La imposibilidad de concretizarla a buen seguro que la ha perturbado ciertamente, pero ello no ha impedido que se diera cuerpo a esta élite, o que dejara al duque de Mar que se ocupara de ella. Autorizado por su patente, el duque ha asegurado su dirección, hasta su caída en desgracia política, incluso más allá de la misma. ¿Por qué, más allá? En despecho de las públicas sospechas que despierta su persona, Mar conserva numerosos contactos privados con otros jacobitas de París hasta comienzos de 1729, cuando decide partir definitivamente hacia Aix-la-Chapelle.

Segunda evidencia. Existe un documento que hace alusión a una dimisión de este efímero gran maestro. Se trata de una carta de James Drummond 3er duque de Perth dirigida a David Ogilvie el 30 de septiembre de 1745. En la medida que el original de esta carta no haya sido nunca reencontrado y se conozca únicamente una transcripción de la misma en una obra dedicada en 1843 a la historia de los templarios, los incrédulos han podido considerarla como no concluyente y excusa destinada a sorprender ingenuos del siglo diecinueve. Sin embargo, todo muestra por el contrario que ella restituye una realidad. Ofreceré un análisis substancial más adelante. Por el momento, señalaremos solamente que esta carta describe sumariamente la recepción de Carlos Eduardo en una Orden igualmente relacionada con la gesta templaria, con la mención de que Mar fue el gran maestro, dimitido posteriormente y siendo sustituido en las mismas funciones por William Murray, marqués de Tullibardine y duque de Atholl, pero en calidad de regente, no ya como gran maestro. Por otro lado, el príncipe neófito estuvo por su parte en la gran maestría a raíz de su recepción[17].

El acontecimiento tuvo lugar en la noche del 24 de septiembre de 1745 en el palacio de Holyrood justo después de la reconquista de Edimburgo con

motivo de una nueva empresa militar, en esta ocasión favorable a los intereses jacobitas. Resituémonos en el contexto. A comienzos del verano, Carlos Eduardo ha lanzado su expedición desde Francia. Una vez desembarcado en Escocia, es acogido por numerosos jefes de clanes, logrando un éxito prometedor. De repente, permanecemos en el mismo escenario. En 1660, la restauración de Carlos II coincidiendo con la instauración de la francmasonería especulativa, tal como había despegado algunas décadas antes entre la nobleza leal a los Estuardo. En 1722, Jacobo III proyectaba la creación de la *Restoration Order* bajo la autoridad del duque de Mar. En 1745, henos aquí que Carlos Eduardo reviste el manto blanco de los templarios y es llevado a cumplir la función que Mar ejercía anteriormente, habiendo asegurado Tullibardine, duque de Atholl, una regencia en el intervalo.

Resulta prematuro entrar en mayores consideraciones sobre este episodio de Edimburgo. Ello sería anticiparnos imprudentemente sobre la iniciación parisina del mismo Hund, que le es anterior. Para no perderse nada que se refiera a la cronología de la década de 1730, por lo tanto, durante la regencia de Tullibardine, solo es importante observar que varios documentos indican la aparición de una maestría escocesa en Gran Bretaña, sin que la Gran Logia de Londres aparezca por ningún lado, lo que presupone efectivamente la intervención de un sistema diferente. En cuanto a Francia, aparte de que ciertos escritores francmasones, como el abate Antoine-François Prévost, retoman en su ficción literaria el tema de la bóveda sagrada de la que conocemos la dedicación de un ritual a Jacobo VI de Escocia, o lo que es lo mismo Jacobo I de Inglaterra, uno puede leer en la correspondencia epistolar de otros masones referencias a una caballería que de manera similar hace pensar en este mismo ritual. De este modo, en uno de sus correos de noviembre de 1734, Thomas Salkeld hace mención de unas discretas actividades que lo llevan de un tiempo a otro a encontrase en compañía de caballeros formando «quarré» [cuadrado] (escrito en francés entre el texto en inglés). Su carta está redactada con las perífrasis utilizadas habitualmente por los jacobitas, ya que temen por encima de todo la intervención de su correo por parte de los servicios secretos adversos, y su destinatario no es otro que Francis Sempill del que conocemos

positivamente el papel jugado entre los principales reclutadores jacobitas de la francmasonería parisina[18].

Pero ¿quién es Salkeld? En 1722, cuando el gobierno de Londres provoca el arresto de los jacobitas que sabe implicados en el complot con miras a retomar el control de Escocia bajo el mando del duque de Mar, en nombre de Jacobo III, uno de los más notables entre los arrestados es Francis Atterbury, obispo de Rochester. Después de un encarcelamiento en la Torre de Londres y un proceso, es condenado al destierro. En junio de 1723, pasa al continente, con la intención de instalarse en Francia. Además, es justamente por sus quejas, que el duque de Mar es seriamente cuestionado y sufre su exclusión de los asuntos públicos. Ahora bien, Salkeld es uno de los hombres que se unen al obispo. Y cuando lo observamos de cerca, una vez que ha establecido su residencia en la región de París, nos damos cuenta de que conoce muy bien a Ramsay, si bien apoya ardientemente al duque de Mar, por un lado, pero que también frecuenta asiduamente al marqués de Tullibardine, por otro lado. Mejor todavía, las reuniones en las que participa acostumbran a tener lugar en Chatou; y es en esta pequeña ciudad donde reside el mismo Mar, probablemente en una casa alquilada a Henri-Louis de Froulay, marqués de Tessé; es ahí igualmente donde Tullibardine se domicilia después de la partida de Mar hacia Aix-la-Chapelle.

Todas estas aproximaciones no tendrían sentido si no estuvieran inspiradas por la doble vertiente de la masonería y la política. Hay otro acercamiento que a buen seguro sacudirá a los divulgadores que aceptan ciegamente los postulados clásicos sobre la historia de la masonería en Francia [y en otras partes]. El 3 de diciembre de 1728, Francis Sempill escribe una carta a Atterbury recientemente instalado en Montpellier, en la que evoca la próxima mudanza de Mar. Y he aquí un pasaje elocuente: «Lord Mar está siempre hablando de ir a Boloña e incluso de efectuar una estancia allí. Se conducirá de manera chocante, si deja rápidamente campo libre a Wharton, el cual lo aflige sobremanera en este lugar».[19] Estamos a comienzos de diciembre. De todos es sabido que el duque de Wharton se pondrá a la cabeza de la Gran Logia de París durante la festividad de San Juan de ese mismo mes. El discurso de Sempill ¿se inscribe entonces en la perspectiva de este programa? Esto es muy probable, puesto que algunas líneas antes, hace alusión a uno de sus amigos que «es un masón», sin dar su nombre, del

que aprovecha en ocasiones de sus ideas. ¿No habría sido Mar el gran maestro de las logias azules? ¿No habría dejado su cargo en diciembre de 1728 antes de partir hacia Alemania? ¿No debería contarse como el primer gran maestro jacobita de Francia, reemplazado por Wharton, teniendo por encima de las logias azules este enigmático grado de la «quarré»?

Cabe creerlo. Pero, pasemos directamente a Ramsay. Finales de 1736, pronuncia en la gran logia de París un discurso el cual, desde entonces, no ha dejado de provocar comentarios contradictorios. Como después se han impreso diferentes versiones, sin que pueda establecerse si Ramsay las quiso así, en ocasiones cuesta trabajo llegar a establecer su verdadera visión de la francmasonería y sobre todo su concepción de las relaciones que le atribuía con la historia del Temple. Ni tan siquiera podemos sortear las dificultades haciendo referencia al manuscrito conservado en la biblioteca de Épernay[20]. Esto sería aceptable si se tratara de un archivo autógrafo, atribuible al mismo Ramsay. En realidad, es proveniente de otra mano, de tal manera que no se puede garantizar la conformidad con el discurso que realmente pronunció. Así pues, hay que ir a lo más verosímil, o a lo verificable por medio de una fuente distinta.

Ante todo, conviene recordar que la asamblea general de los francmasones parisinos fue convocada el día de la San Juan Bautista de invierno, y que esto se corresponde a los usos y costumbres de la organización dirigida por los iniciados jacobitas desde hacía largos decenios, lo que confirma una diferencia en relación a los hannoverianos que celebraban sus asambleas anuales en la San Juan del verano. En segundo lugar, como el mismo Ramsay precisa algunas semanas después al marqués Joseph de Seytres de Caumont[21], arranca su intervención en función de los deseos expresados por el nuevo gran maestro de la Orden, Charles Radcliffe, 5º conde de Derwentwater, llegado hacía poco de Roma donde había pasado diversos años formando parte del entorno íntimo de Jacobo III. Se trata para él de denunciar las desviaciones aparecidas en ciertas logias hannoverianas «protestantes» de París erigidas ellas mismas por mimetismo, pero desnaturalizando el rito inicial. En tercer lugar, añade Ramsay, los embajadores de Holanda e Inglaterra, informados de estos movimientos en la cumbre, no tardaron en sublevarse. Algunos días después de la asamblea general que había llevado Derwentwater a la gran maestría, protestan en el

sentido de que los francmasones de París tenían la intención de «formar una novena cruzada por tal de restablecer la verdadera monarquía de la Gran Bretaña»[22].

Sobre estas únicas bases, a pesar de la referencia apoyándose en las cruzadas, nos costaría trabajo determinar si, sí o no, Ramsay se inscribe en la tendencia caballeresca en boga. Sólo cita, por otra parte, que los tres grados dispensados en las logias simbólicas, sin situar ningún otro por encima de estos. Pero un pasaje de la versión manuscrita que condensa el tema que venimos de constatar, resulta central en el ritual de Perfecto Elegido de la Bóveda sagrada, dedicado a Jacobo VI de Escocia (Iº de Inglaterra). Su origen literario se encuentra en la obra de Filostorgio, tal como fue presentada por Focio I patriarca de Constantinopla, y del que una traducción francesa se imprimió en 1676 en París por Louis Cousin, presidente en la Corte de la Moneda, antes de ser recuperada por Claude Fleury en las numerosas ediciones de su *Historia eclesiástica*.

En resumen: en el momento en que Juliano el Apóstata ordena la reconstrucción de Jerusalén, en 362, los obreros descubren la obertura de una cavidad subterránea al desplazar una pesada piedra; uno de ellos desciende con la ayuda de una cuerda, y se encuentra en la oscuridad con una caverna medio inundada de la que percibe a tientas que es quarré (sic), y de la que emerge entre las aguas la parte superior de una columna situada en medio de la caverna. Por encima de la columna, reposa un libro envuelto con una tela muy fina. Lo toma, y, volviendo a la luz del día, tiene la sorpresa de descubrir que se trata del Evangelio según San Juan perfectamente conservado, sin ninguna alteración, a pesar de su largo confinamiento en un medio tan húmedo[23]. Al retomar Ramsay este tema reacondicionándolo, como en el ritual del «quarré», solo nos cabe deducir que el caballero lo conoce, remitiendo al lector (de hecho, al auditor) indirectamente a los caballeros del Temple. Bajo su pluma, el libro reencontrado habría sido escrito por Salomón a modo de «código original» de la francmasonería, y depositado en el subsuelo del primer templo de Jerusalén. Por el hecho de su emplazamiento secreto, habría quedado preservado de la pérdida o destrucción cuando la primera destrucción del templo. Hubiera sido recuperado cuando la reconstrucción ordenada por Ciro. Pero una nueva destrucción bajo el emperador Tito lo habría

condenado de nuevo al olvido de los hombres. Y solo en época de las cruzadas habría reaparecido, lo habrían descifrado, y aquellos que llevaron a cabo esta tarea fueron justamente los ancestros de los francmasones modernos.

Si uno se contenta simplemente con el examen de los rituales propios a los tres primeros grados, no llega a comprender el sentido del texto, en cambio, las perífrasis de Salkeld, en 1734, en torno a los caballeros del «cuadrado», las descripciones del ritual de la Bóveda denominada en él también como la «cuadrada», encuentran entonces ecos concordantes. Queda pues, se puede objetar, establecer la relación con la ceremonia de Holyrood. Para esto, bastará con realizar un pequeño salto en el tiempo. He aquí lo que escribe en abril de 1763 Jean-François Pollet, mayor del regimiento Real Dos Puentes y miembro de la logia existente en su seno *La Unión militar*, a Johann-Peter Gogel, Gran Maestro provincial en Frankfurt. «He hecho todo lo necesario para obtener e instruirme respecto al grado de escocés al uso en Inglaterra. Es el mismo que el del Arco Real, como lo llaman los franceses, y ha sido dado a conocer por vez primera en Francia a partir de la creación del regimiento escocés de Ogilvie en 1746. El collar del Arco Real (en francés) es rojo, el mandil verde, con una cruz de San Andrés».[24] En verdad, 1746, no es la fecha correcta para establecer la creación del regimiento de infantería de Ogilvie que es constituido el 28 de febrero de 1747 mediante ordenanza de Luis XV; y es así mismo absolutamente claro que no es tampoco con esta fecha que el Arco Real es conocido en Francia. Pero estas imprecisiones no invalidan la información principal: la reaparición de David Ogilvie en el relato presenta la ventaja de aportar a posteriori al menos dos corroboraciones.

Por una parte, el Arco Real es una traducción del *Royal Arch* que es el equivalente inglés de la Bóveda Sagrada. Y cuesta imaginar que Ogilvie se aventurara a modificar en apenas dos años, por su propia cuenta, la estructura de un ritual. Sin duda practicaba también algunos otros grados: al menos uno que se impuso después de 1738, tomando a su vez el verde y el rojo como colores dominantes, e incluso la cruz de San Andrés. Pero, si autoriza a los oficiales de su regimiento, en el que desempeña el cargo de coronel, a revestir el más antiguo, si participa él mismo en las recepciones de los neófitos, nos cabe estimar que se inscribe claramente en la

prolongación de lo que es brevemente descrito, demasiado brevemente, sin duda, en la carta que Ogilvie dirige al duque de Perth en septiembre de 1745. En efecto, una frase del duque merece ahora toda nuestra atención, en particular cuando manifiesta que Ogilvie, ya ha tenido ocasión de organizar una asamblea de caballeros en sus propias tierras del norte de Escocia durante la regencia de Tullibardine. Lo que haya hecho, y los caballeros que haya podido agrupar en torno a su persona, lo ignoramos, pero la coherencia se presenta más que probable entre esta asamblea, la de Holyrood y aquella otra concerniendo a los oficiales de su regimiento. En el actual estado de la investigación, ningún argumento permite sugerir una deducción diferente.

Conviene añadir que David Ogilvie, 5º conde de Airlie, nacido el 15 de febrero de 1725, llega a Francia en 1743, con el fin de seguir instrucción militar e incorporarse como capitán al regimiento Real Escocés. Es en esta circunstancia, verosímilmente, que a su vez es introducido en la caballería masónica. De vuelta a casa en 1745, solo aguarda una cosa, la señal de alzamiento política, por parte de Carlos Eduardo Estuardo que estaba ya programada. De todas maneras, es pues en este breve intervalo de tiempo situado entre su vuelta a sus tierras del norte y la ceremonia de Holyrood que ha podido organizar una reunión conocida por un número restringido de elegidos. De dónde el valor de las confidencias del mayor Pollet. Lo que estaba en vigor bajo el duque de Mar y hasta 1745, según la carta del duque de Perth, lo es todavía con los oficiales del nuevo regimiento de Ogilvie.

Insistimos sobre el hecho que el Royal Arch no es el único grado en lo sucesivo otorgado. Y no excluimos la hipótesis que Pollet haya podido equivocarse en la denominación que da, o sobre la analogía que le presta en relación a aquel otro sobre el que se ha hecho instruir. En el momento en que escribe su carta, ya han sido introducidos buen número de cambios en logias y capítulos. Los rituales, en particular, han desplegado alegorías o emblemas que no eran conocidos una veintena de años antes. Por otra parte, no percibimos muy bien tampoco, lo que quiere decir evocando el grado escocés «al uso en Inglaterra». No obstante, la marca jacobita queda perfectamente confirmada en su exposición.

He indicado en otra parte que era posible hacer corresponder los nombres de los fieles que Carlos Eduardo recluta en Escocia para formar su consejo militar y el de los caballeros que asisten a su recepción en el palacio de

Holyrood, seguida de su elección para las funciones de gran maestro[25]. En efecto, no podemos ver en su entorno, otra configuración que no sea esta. En rigor, podemos equivocarnos en dos o tres individuos, pero no en la mayoría de un equipo. He demostrado también que, además de Ogilvie, numerosos otros viajaron a Francia, a la región parisiense, si bien la hipótesis de su admisión en estas circunstancias bajo el estandarte caballeresco es difícil de sostener. Pero volvamos a Ramsay. El hecho que su discurso haya sido abundantemente citado en manuales de vulgarización, con numerosas variantes de tendencia más o menos interesada, le confiere el primer lugar en la larga galería de autores de renombre. ¿En qué aportan dichas citaciones un testimonio decisivo?

Su participación en la tentativa de insurrección dirigida por el conde de Mar en 1715 está comprobada; con rango de abanderado en el regimiento de Strathmore, lo que nos lleva a decir que, para ser intelectual con soltura en el ámbito de la literatura, no desdeñaba tampoco el manejo de las armas. Capturado y hecho prisionero en Tolbooth, es embarcado en un navío para ser deportado a ultramar, de camino, participa en un amotinamiento durante la travesía del Atlántico y consigue llegar a Francia en compañía de otros jacobitas con los que compartía su suerte. Al principal corresponsal al que informa de sus desventuras es entonces al propio Mar, por su parte refugiado en Avignon, pero en mejores circunstancias. ¿Por qué a Mar? Porque estaba emparentado con el mismo por parte materna[26]. Entre julio y diciembre de 1716, se pueden contar más de una decena de cartas en las que Mar, devenido duque, relata a terceros los hechos y gestas de Ramsay. Algunos meses más tarde, cuando Mar decide instalarse en París, es frecuente ver a los dos hombres juntos, a los que se añaden el general irlandés Arthur Dillon y George Granville, 1er barón de Lansdowne, futuro primer duque de Albemarle en la nobleza jacobita. Con lo cual, desde 1720, Mar y Albemarle a la vez, hacen su elogio en los correos que le dirigen separadamente a Jacobo III, en lo sucesivo con residencia en Roma. El rey aprecia el gesto y le dirige una aduladora carta. Ramsay le responde el 23 de diciembre: «Yo no pido nada, ni merezco nada, sólo puedo decir en verdad que no ambiciono otra cosa que hacer patente ante todo el universo, mediante servicios esenciales, y con los mayores sacrificios, el profundo

respeto con el que tengo el honor de ser, Señor, de vuestra Majestad, el más humilde, más obediente y más fiel servidor y súbdito»[27]

Según otro jacobita que no le manifiesta precisamente una amistad espontánea, Daniel O'Brien, el duque de Mar se esfuerza incluso en querer llevar a Ramsay hacia Roma, a fin que sea allí como sus ojos y sus oídos en el palacio del rey. He aquí lo que escribe O'Brien a James Butler, 2º duque de Ormond, en febrero de 1723. «Ocurre por aquí una pequeña intriga, de la que creo deber haceros partícipe, consistente en que Musgrave [Mar] está removiendo cielo y tierra para situar cerca de Mr Farmer [Jacobo III] a Sir Ramsay, escocés, hasta ahora gobernante del marqués de Brion. Como lo que está en juego es una criatura dependiente de dicho Musgrave, he creído que os sería ventajoso que estuvierais al corriente de estos asuntos».[28] Es así que, a pesar de la pérdida del favor real que comienza a afectar a Mar, Ramsay se traslada al cabo de poco a Roma y se convierte en preceptor del príncipe Carlos Eduardo, de cuatro años de edad.

Como los malos rumores se amplifican en torno al conde de Mar, al que Ramsay persiste en defender a pesar de las críticas cada vez más incisivas del obispo de Rochester, el contragolpe consiste en desmerecer su obra pedagógica. En menos de un año, en medio de una posición insostenible en Roma, lo hace volver a París. Por otra parte, Jacobo III no lo juzga tan brillante como sus protectores han querido presentarlo. Lo encuentra provisto «de un espíritu liante y superficial, ocupado únicamente de sí mismo, aparentando una sublimidad, tras la que se descubría una conducta basada en principios no tan sólidos y máximas de la verdadera moral, ni tan buena política»[29]. En todo caso, aunque asegura no querer mezclarse en absoluto en querellas que no hacen más que dividir a sus compatriotas refugiados en París, Ramsay continúa frecuentando a Mar en Chatou. Y lo hará hasta finales de 1728, cuando será programada la partida del duque para Alemania.

Ahora bien, Ramsay pasa también mucho tiempo escribiendo *Los Viajes de Ciro* que salen de las prensas de la imprenta en 1727. Y, como sea que las metáforas que desliza en esta novela ya relacionan el episodio del personaje que «bajo la bóveda» descubre «altas ideas sobre la religión», nos cabe inferir que transpone en literatura lo que ya practica en francmasonería. Al poco, Ciro llega a Cnosos en Creta. Allá, en medio de

un bosque sagrado, descubre un templo dedicado a Júpiter. «Su interior es una inmensa bóveda, iluminada solamente por arriba, con el fin de hurtar a la vista todos los objetos exteriores, excepto el cielo».[30] Numerosas estatuas llevan tablas doradas o están grabadas con palabras de sabiduría. Una de dichas estatuas representa a Harpócrates al pie de la cual Pitágoras está prosternado, y Ciro se detiene para oír de boca de este último la profecía que anuncia como conquistará Asia. Estructuralmente, la escena de la novela es análoga a la del discurso de 1736 y del ritual del cuadrado. Por otra parte, en el discurso, Ciro es pretendidamente «iniciado en todos nuestros misterios», lo que lo autoriza a constituir Zorobabel como «gran maestro de la logia de Jerusalén».

Sin lugar a dudas, preocupaciones similares animan a los francmasones jacobitas en este mismo momento. Que las licencias concedidas a su imaginación los conduzcan tan pronto a Moisés como a Salomón, y otras a Ciro, esto no debe sorprendernos. En una carta al marqués de Caumont, Ramsay no se priva de decir, como procede a fabular, inventando para su héroe acciones que él mismo no ha llegado a cumplir, pero que pueden servir para inspirar modelos educativos[31]. Sea como fuere, el hecho de ser un íntimo del duque de Mar, primer gran maestro dimisionario de la Orden que recibe en su seno a Carlos Eduardo en 1745, y probable gran maestro de las logias azules del reino de Francia hasta 1728, instaura a nuestro autor como testimonio privilegiado de lo que este efímero alto dignatario ha puesto en pie. Se nos objetará que la única mención de una iniciación que lo implica se sitúa el 23 de marzo de 1730, y que ella es inglesa, en una logia de Londres bajo obediencia hannoveriana. La objeción es sumamente frágil, cuando es de todos sabido que, en esa época era posible hacerse aceptar en los dos sistemas, tanto callando una primera pertenencia, como reconociéndola, pero quedando entonces sometido a un procedimiento de regularización. Cuando se repasa la lista de todos los jacobitas de los años 1720, que se les sabe positivamente como Hermanos, tanto en París, Saint-Germain-en-Laye, Chatou, Andrézy y otras ciudades de los alrededores, donde tenían su residencia, y caemos en la cuenta que Ramsay tenía contacto frecuente con todos ellos, ¿puede creerse, aunque sea por el lapso de un segundo, que Ramsay permaneció profano por mucho tiempo?

En lo tocante a las ficciones literarias, los críticos podrían declararse insatisfechos. ¿Acaso no es posible desplegarlas en todos los sentidos, para hacer variar las interpretaciones y llevarlas hacia la metafísica más bien que hacia la política? Con Ramsay, este escollo puede ser fácilmente evitado. Baste con interesarse en la acción que emprende en 1720 cuando, habiendo dirigido la edición de las *Aventuras de Telémaco*, después de la muerte de Fénelon, quiere comunicarle y entregarle los dos volúmenes a Jacobo III en persona. Se lo pide a su amigo y protector, el barón de Lansdowne, para que haga la intermediación. Y este último, en su correo de acompañamiento, menciona muy explícitamente la importancia que reviste esta novela del arzobispo de Cambrai para una educación política que pudiera inspirar al monarca, sabiendo que su destino de exiliado, podía muy bien ser comparado al del héroe griego y presagiar un retorno de la buena suerte.

Con fecha 20 de diciembre de 1720, Lansdowne escribe una carta de explicación a su rey, con el fin de que se inspire en esta obra en la toma de sus propias decisiones políticas. Lo hace en el momento en que es anunciado el nacimiento de Carlos Eduardo, loándolo como si dicho anuncio pudiera confundirse con el de Cristo. Un extracto de la carta merece ser traducido y transcrito. «Pueda la misma sabiduría suprema que ha conducido a Telémaco a volver sobre el trono de sus ancestros, después de tantas decepciones, guiar vuestros pasos y dirigir vuestros proyectos para una conclusión rápida de todos vuestros problemas. Que el príncipe cuyo nacimiento ha sido esperado con tanta impaciencia, en este momento solemne en el que nuestro Redentor ha venido al mundo, sea la ocasión para que no haya ninguna otra preocupación en el curso de vuestra propia existencia que hacer de él vuestro digno sucesor, y pueda ser el nuevo año que está a punto de comenzar, la bendita época de la felicidad por venir, para todo el universo, de vuestra feliz y rápida restauración».[32] Y de insistir mucho sobre el hecho que las reflexiones de Fenelón pueden servir a su rey como consuelo o consejo. Al límite, se podría llegar a creer que el obispo de Cambrai ha escrito el libro expresamente para él, arreglándoselas para que no lo pareciera. «La situación y las aventuras de Telémaco en búsqueda de su reino natal, tienen estrecha semejanza con la vuestra. El personaje que describe es talmente vuestra propia imagen»[33].

Esa afirmación es muy directa. Tanto es así que Ramsay se adhiere para poner en escena su *Ciro*. Mientras que con Telémaco, Fenelón, pensaba en realidad con el duque de Borgoña, hijo del delfín de Francia, Ramsay no puede evitar de pensar con el joven príncipe Estuardo del que acaba de ser preceptor. Lejos de considerar la literatura como un simple divertimento desconectado de la realidad, Ramsay la ve por el contrario como portadora de lecciones a transponer cuando llegue el momento de llevar a cabo acciones decisivas. Que su imaginación se permita fantasías en ocasiones sorprendentes situando a Ciro en regiones a las que nunca ha ido y haciéndole encontrarse con personajes de renombre que no son contemporáneos suyos, Ramsay, mantiene constantemente su ambición de construir de alguna manera una alegoría didáctica. Guardando las debidas distancias, el procedimiento aplicado es el mismo cuando los francmasones conciben el ritual de la Bóveda.

De dónde la siguiente conclusión. Si por concesión de método, la Orden de la Restauración proyectada en 1722 no será la que finalmente dé -por las circunstancias de todos conocidas- los caballeros al cuadrado, ello no impide que el duque de Mar nombrado por Jacobo III para dirigirla, devenga a la postre el gran maestro de estos caballeros, los cuales reivindican al menos la herencia intelectual de la antigua Orden del Temple. Se trata de una herencia intelectual, en el sentido que las analogías con la reconstrucción del templo de Jerusalén, dan apoyo a su esperanza por volver a ver la dinastía de los Estuardo sobre los tronos británicos. Después de la dimisión de Mar, probablemente en paralelo a la vez que dimite de la gran maestría de las logias azules en provecho del duque de Wharton, el marqués de Tullibardine asegura el interinado con su regencia. Los acontecimientos que marcan esta regencia quedan reducidos a casi nada desde el punto de vista organizativo. El duque de Perth asegura, en efecto, en su carta a Ogilvie que no ha habido ninguna asamblea general desde la dimisión de Mar. Por otro lado, ciertamente se produjeron reuniones personales, con pequeño número de asistentes, sin complejas formalidades; y es así que, en el curso de las cuales, caballeros en activo pueden haber constituido a otros de nuevo en lugares diferentes, aunque la mayor parte concentrados en la región parisiense.

Si disminuimos la distancia focal, podemos retener 1722-1723 como el corto período en el que ocurre el nacimiento de un cuarto grado masónico,

dicho de escocés, que valoriza la antigua caballería templaria, bajo reserva de imprimirle el sello jacobita. Ahora bien, algo en absoluto insípido, fue también en 1722-1723 que el pastor Anderson se inclinó sobre su escritorio, a solicitud de la nueva Gran Logia de Londres, para recopilar sus tan famosas *Constituciones*. Tal concomitancia viene a reforzar la idea que ve a los jacobitas dar un amplio paso para situarse al margen y evitar así, ser confundidos con sus adversarios hannoverianos. Incluso resulta que Anderson no puede evitar aludir a los "rebeldes" de 1715, en consecuencia, a aquellos que se alzaron tras el estandarte de Mar, para luego insinuar que las sociedades u ordenes de caballería no han hecho más que tomar prestado un gran número de usos y costumbres solemnes (*many solemn usages*) a la francmasonería, lo que, históricamente hablando es una absurdidad, pero que avala la idea de que pueda haber sin duda una estrecha compatibilidad entre las instituciones[34]. Jacobo VI y Ciro reciben también honores bajo su pluma, pero en términos mucho más vagos que entre los jacobitas.

Sin embargo, retomemos bajo otra forma los matices expuestos anteriormente. Hablar de un cuarto grado escocés es una cosa; describirlo con precisión, incluso darle un nombre, es otra de muy distinta. Se plantea incluso la cuestión de su unicidad, en el sentido que, diversos casos ulteriores mostrarán que en los diferentes grados de la progresión «escocesa» pueden corresponder simultáneamente a dos o diversos altos grados. El esquema de una jerarquía vertical en la que habría únicamente un solo grado en cada nivel, resulta actualmente muy cómodo para describir la trayectoria iniciática de un francmasón, a imitación de lo que se practica a día de hoy en las logias simbólicas. Pero no siempre ha sido así; lejos de esto. Por consecuencia, queda justificado ampliar el campo de la investigación. Por supuesto, la prioridad es clarificar el historial del grado Rosa-Cruz, por la muy simple razón que tendrá un claro prestigio a ojos de los miembros de la Estricta Observancia.

De manera correlativa, cabe preguntarse sobre los acontecimientos que lo afectan en el año 1738, en particular, cuando el Papa Clemente XII lanza su prohibición contra la francmasonería, siendo aprobada por Jacobo III. ¿Cuáles son sus consecuencias sobre las actividades de las logias compuestas por sus partidarios? Una cosa es segura, refugiado en Roma como estaba, este monarca no puede permitirse ignorar la bula papal. Esto

debe pues significar, entre los Hermanos jacobitas, un prudente repliegue quedando en la inactividad. En tanto que buenos súbditos de su rey, deben en lo sucesivo mantenerse tan silenciosos como les sea posible. En realidad, están lejos de cumplir todos por igual dicha discreción. Algunos mantienen sus costumbres y puede considerarse que no son extraños a la complejidad creciente del sistema escocés. Estos son los que introducen la temática Rosa-Cruz.

CAPÍTULO II

SUEÑO PARADÓJICO

La Bula *In Eminenti* en virtud de la cual el Papa pronuncia una prohibición de la francmasonería para todos los católicos, el 28 de abril de 1738, no constituye la primera manifestación de hostilidad observada por el Vaticano. Antes que esta, hubo acciones llevadas a cabo por parte de la Inquisición con el fin de intimidar, e incluso encarcelar a francmasones. En Italia, especialmente, Hermanos de Florencia fueron maltratados en diversas ocasiones. Importa pues, distinguir entre posicionamientos doctrinales o dogmáticos, por una parte, y decisiones marcadas por la simple oportunidad por otra. La Bula se apoya aparentemente sobre el dogma, considerando que la francmasonería es por esencia sospechosa, que las logias son desaconsejables por razón misma de las reglas que en ellas son adoptadas (tolerancia religiosa, juramento de guardar secreto). El inconveniente es que los más altos responsables de la Iglesia conocían desde hacía largo tiempo la existencia de la Orden, y no habían sentido necesidad ninguna de alarmarse por ello. Incluso en el momento en que los francmasones de Florencia son encausados por la Inquisición, ha transcurrido casi un lustro desde sus primeras asambleas sin que nadie haya expresado la menor indignación. Para que el punto de vista cambie, es preciso que el contexto cambie también. He aquí lo que forzosamente obliga a relativizar seriamente los debates teológico-políticos, respecto al sentido de los argumentos empleados por Clemente XII.

Es en 1719 que Jacobo III fija definitivamente su residencia en Roma y admite la cercanía de un círculo próximo de cortesanos. Que haya un número consecuente de francmasones entre ellos, es fácilmente admisible.

Tres series de razones contribuyen a fundamentar una firme opinión al respecto.

La primera es que su correspondencia contiene numerosas alusiones a actividades que se parecen mucho a las de una logia, por lo menos. Se puede objetar que una semejanza no resulta una prueba, al igual que las palabras *freemasons* o *lodge* no están escritas claramente. ¡Admitámoslo! Así mismo, conviene recordar que en diversos correos se utiliza a sabiendas perífrasis o sobreentendidos únicamente inteligibles entre iniciados, a fin de evitar que los espías del gobierno del «usurpador» que consiguen en ocasiones interceptar sus cartas, no sean informados de sus intenciones. Este es el caso en verano de 1734, cuando Daniel O'Brien teme que los correos que envía a Inglaterra a su Hermano y amigo Thomas Carte caigan en manos de la policía del ministro Robert Walpole; Carte le invita expresamente a escribirle en lenguaje alegórico. «Entenderé muy bien lo que queréis decirme».[35]

La segunda razón, es que si nos recorremos los archivos, se puede establecer sin dificultad una lista bastante voluminosa, de personajes jacobitas, o que los frecuentan, y cuya pertenencia a la Orden no tarda en ser positivamente conocida antes de finales de los años 1720, incluso que ya lo son, ni que sea porque se conoce que son miembros de logias en Escocia, algunos, incluso desde antes del siglo anterior en Aberdeen, Dumfries y Dunblane, entre otros Orientes en los que en cada uno de ellos hay al menos una logia activa anterior al año 1700, sin que puedan confundírselas con asociaciones de oficio.

Finalmente, tercera razón, la misma correspondencia de los exiliados en el continente hace mención en ocasiones a costumbres adquiridas en Saint-Gemain-en-Laye, en tiempos de Jacobo II o en la juventud de Jacobo III, y estos usos conciernen justamente a protagonistas de los que se conoce su compromiso masónico anterior a 1725, fecha de la creación de la logia jacobita de la rue de las Boucheries en el mismo París, esa logia que la vulgata presenta equivocadamente como la primera existente en Francia bajo el título de *Saint-Thomas* nombre que nunca ha tenido[36]. Así, el mismo duque de Mar se refiere en una carta de enero de 1720 a una asamblea general que tuvo lugar en el mes de diciembre anterior, *some nights ago*, seguida de un banquete, en el curso de la cual los fieles a la causa han

elegido un presidente, mientras que un hombre joven se disponía a atravesar el canal de la Mancha para volver al país[37]. Muy probablemente, por otra parte, este presidente elegido no era otro que Mar en persona, hablando de sí mismo como si de un tercero se tratara, a fin de respetar una vez más el método de las perífrasis, circunloquios y alegorías.

Después de 1730 otras logias se crean en Italia. Pero estas son hannoverianas y distintas pues de las jacobitas. Lo menos que puede decirse de las mismas es que están totalmente faltas de discreción. En Roma, provocan un alboroto cerca de la residencia de Jacobo III, en 1733, durante el período navideño[38]. De ahí a pensar que una amenaza se cierne sobre su persona, es una idea que va tomando cuerpo rápidamente[39]. En Florencia, se profieren protestas públicas con motivo de una estadía del joven príncipe Carlos Eduardo en la ciudad, en junio de 1737[40]. Las protestas consisten en deplorar que el príncipe sea recibido con honores oficiales, mientras que ellos lo consideran un individuo ordinario. Y es justo después de este incómodo momento que la Inquisición pone en marcha su investigación. En los dos casos, son claramente adversarios francmasones los que son señalados como factores de los disturbios. Y esto es lo que, en el fondo, justifica una reacción solemne del Papa.

La francmasonería jacobita no indispone por lo general al Papa en sobremanera. La hannoveriana, por el contrario, por estar políticamente en contra de Jacobo III, pero también reputada por ser deísta o por estar al servicio del protestantismo, e incluso por las dos cosas al mismo tiempo, le parece detestable. Salvo que, este matiz discriminatorio resulta imposible de legitimar abiertamente. La política se compromete con la religión para embarcar a todo el mundo en la misma prohibición. Por supuesto, forma parte de la tradición de la jerarquía eclesiástica desconfiar de todas las asociaciones, sean cuales sean, que escapen a su control y que, por esta única causa, levanten sus sospechas. Pero, una vez más, no viene de ayer que los jacobitas practicaran y estuvieran bajo la influencia del triángulo simbólico. Mientras no fueran imitados por rivales dispuestos a crear tumultos en la plaza pública, podían ser todavía tolerados durante mucho tiempo.

Lo que sucede en París en 1737 procede de otra lógica, pero contribuye igualmente a avivar las emociones papales. Al poco de ser elegido Charles

Radcliffe, conde de Derwentwater para estar a la cabeza de la Gran Logia, comienza a circular un rumor sobre su intención de reformar la Orden excluyendo a los Hermanos salidos y provenientes de la pequeña burguesía, y recentrando al resto en el ideal caballeresco. Ecos de su proyecto se manifiestan en el registro de la logia conocida como *Coustos-Villeroy*. Además de, haber pedido a Ramsay que escribiera su discurso sobre aquello que debe inspirar a todo Hermano, logra atraer las simpatías de un número creciente de personajes con grandes responsabilidades en Versalles. Muy conocido por su compromiso en el campo político, hasta el punto de ser presentado como «furibundo jacobita», inquieta entonces a los responsables diplomáticos de Inglaterra y Holanda que defienden por su parte los intereses de la Casa de Hannover y presentan sus reclamaciones ante el Primer ministro André-Hercule de Fleury. De dónde la represión policial que de dichas quejas se deriva.

Esta represión, en lugar de incitar a la calma, provoca por el contrario una gran agitación entre los iniciados franceses que no entienden por qué se quiere impedir que se reúnan cada vez que lo deseen. De pronto, toda la capital no habla de otra cosa que de esto. Desde el mismo momento que un restaurador o un cabaretero es forzado a rechazar la acogida y reunión de cualquier logia, es a los apartamentos privados que los descontentos se repliegan. En otoño, el teniente general de la policía cree oportuno ridiculizar la Orden, haciendo publicar elementos rituales juzgados como grotescos, pero el ridículo recae sobre él ya que los principales interesados redoblan los encuentros con energía. Por supuesto, todas estas novedades franquean rápidamente las fronteras. En Roma, pronto son vivamente conocidas. Pero los jóvenes príncipes Carlos Eduardo y Henri quieren saber qué puede derivarse de ello. Y, como Jacobo III no puede permanecer indiferente, siendo el gran maestro Derwentwater uno de sus más fieles y firmes partidarios, ordena la puesta en sueños de las logias que le son afines. En marzo de 1738, Derwentwater renuncia de igual modo a su gran maestría, dejando que, por vez primera, sea un duque francés quien asuma la dirección de la Orden en el reino. He aquí y en qué circunstancias Clemente XII decide publicar la Bula *In Eminenti*. Lo hace después de haberlo discutido con Jacobo III, doblemente perturbado por la situación tanto en Italia como en Francia, aunque en contextos no comparables.

Es al año siguiente, si hemos de creer a Friedrich Mossdorf, alias Carl Lenning, que aparece en Frankfurt, un folleto denunciando a una «secta» parisina «que actualmente estaría haciendo mucho ruido» y cuya particularidad consistiría en haber pasado a Francia después de la destitución de Jacobo II[41]. Siempre según el folleto de denuncia, la supuesta secta se habría mostrado muy activa en la capital hasta la muerte de éste, luego, más o menos pasiva hasta llegados a 1725, y habría cedido su lugar a partir de entonces a otra denominada Orden de San Andrés. El autor de este folleto, Jacques-Benjamin Rapin de Thoyras, describe a estas «sectas» como masónicas. Para recompensar a sus partidarios más dedicados y más fieles, Jacobo II habría creado altos grados. ¿Cuáles? Se ignora. Y como el folleto encausado no ha sido nunca encontrado, nos hemos de contentar con la presentación que del mismo hace Mossdorf. Sin embargo, una vez más, el paralelismo con el proyecto de 1722 referente a la Orden de la Restauración es flagrante, así como sabemos que una caballería conocida como de San Andrés es señalada en Alemania desde 1740. Allí, como en Francia, las consignas de Jacobo III tienen mucho menos impacto que en Italia[42].

Fiándonos de esta cronología, podemos decir que los jacobitas más escrupulosos aceptan gustosos establecer un receso. Otros, por el contrario, les cuesta abandonar una práctica consolidada a lo largo de generaciones. Si al menos en París, parece verosímil que una mayoría aceptara no reunirse en logia, salvo en casos de perfecta clandestinidad de los que no tenemos a día de hoy ningún rastro, otros más obstinados se resisten a resignarse, animados por sus amigos franceses cuya energía se acrecentaba proporcionalmente a las molestias que tenían que soportar. Este es sobre todo el caso de un eminente personaje cuyas iniciativas merecen ser recordadas, puesto que estará en relación directa con Hund en 1751, cuando sean puestas en Alemania las primeras piedras de la Estricta Observancia. De religión protestante, aunque observador del respeto debido a su rey, se siente poco aludido por la Bula papal, incluso nada en absoluto.

George Keith, a menudo designado bajo el título de 10º conde de Marischal, y autodenominándose en Francia «conde Mariscal de Escocia», viene al mundo en fecha difícil de precisar, puesto que su partida de nacimiento no ha sido jamás encontrada. Se cree que fue entre 1686 y 1692.

Cuando Jacobo II es derribado del poder, su familia permanece en Escocia. Después de sus años de colegio en Aberdeen, abraza la carrera militar. Creyendo que, después de la reina Ana la sucesión quedaba asegurada por Jacobo III, hijo de Jacobo II muerto en Saint-Martin-en-Laye, no ve ningún inconveniente en servir como oficial en el ejército británico. Sin embargo, en 1714, la irrupción de Jorge de Hannover lo deja profundamente frustrado, tanto es así que al año siguiente participa bajo las órdenes del conde de Mar en la tentativa de insurrección. El fracaso calamitoso del intento le supone tener que exiliarse en lo sucesivo al continente. De lo contrario se arriesga a la decapitación. Un decreto sanciona públicamente en 1715 la confiscación de sus bienes[43].

Un corto alto en París y luego otro en Aviñón preceden a una primera y prolongada estancia en España donde vuelve a proseguir su carrera militar esta vez al servicio de Felipe V. Su compromiso masónico se duplica entonces por la invención de una Orden, medio seria, medio fantasiosa destinada a mantener entre los exiliados, aunque fuera en la distancia, su voluntad de contribuir en la restauración de los Estuardo. Junto a Ezekiel Hamilton, un clérigo anglicano de inclinaciones alegres, se inspirarán en la novela de Miguel de Cervantes para imaginar caballeros más o menos parecidos a Don Quijote, errando de aquí para allá, en búsqueda de quién sabe qué gloria que les habría de traer el amor absoluto de dulcineas tan deliciosas como improbables. Así nació la Orden del Toboso. Estamos por los alrededores de 1726. Unas semanas antes, Jacobo III hará a Marischal caballero del Cardo[44].

En 1730, hace una primera estancia en Italia, volviendo más adelante en la primavera del año siguiente para quedarse allí hasta 1733. En el curso de este período, Jacobo III lo nombra Secretario de Estado, lo que da cuenta de la confianza que le inspira. No obstante, más bien hostil al círculo no hace mucho formado en torno al duque de Mar, soporta mal los conflictos que, a menudo en sordina y en ocasiones abiertamente, dividen a los jacobitas en Roma, y se vuelve a España, provisto por otra parte de unas credenciales oficiales para representar a su rey ante la corte de Madrid. Elige igualmente hacer frecuentes viajes a Francia. Podemos observar entonces que está cada vez más convencido que Jacobo III ya no está en condiciones de poder dirigir en persona ninguna otra operación de reconquista. Deposita más bien

sus expectativas en el joven Carlos Eduardo. Por otra parte, el joven príncipe y su hermano menor Henri, han sido escogidos en 1731 para ser protectores de la Orden del Toboso. Observamos también que Marischal interviene personalmente en 1734 acerca de Jean-Gabriel de La Porte du Theil, primer encargado de Asuntos extranjeros en Versalles, para pedir la liberación del marqués de Tullibardine, duque de Atholl en la nobleza jacobita, encarcelado a causa de sus deudas por la justicia parisina[45]. Sin embargo, ya conocemos el papel que desempeñó, tras la dimisión de Mar y hasta 1745, como regente de la llamada Orden Templaria de la que Charles-Édouard aseguró la sucesión.

En 1741, Marischal empieza a querer ejercer influencias en Francia. Que estas sean prioritariamente políticas, es perfectamente probable. Que secundariamente sean masónicas, resulta igualmente concebible. Al menos, en el primer caso, lo hace a petición expresa de Jacobo III. En verano de este mismo año, su intención es la de dejar Valence en la que le gustaba veranear, a fin de atravesar Francia para llegar hasta los Países Bajos austriacistas. Como de camino debía hacer un alto en París, antes de volver más tarde, Jacobo III le dirige una carta al amparo de Sempill, cada vez más implicado en los intercambios con la corte de Versalles, que debía entregarle en mano. He aquí sus instrucciones: Marischal debía interesarse por «un cierto asunto en el que su presencia y asistencia era muy deseada a la vez por mí [por el rey] y nuestros amigos»[46] Al año siguiente, en julio, es señalado en Lieja, donde se hace llamar George Scot[47], luego en agosto en Bouillon[48].

A comienzos de 1743, Marischal provoca la amargura de Sempill. Su conducta dejará de ser conforme a sus expectativas. Sempill se lo refiere de inmediato a Edgar, secretario de Jacobo III en Roma, quien a su vez lo refiere a su Jefe supremo. Este último le responde en términos que sólo pueden dejar perplejo al lector. ¿De qué se trata? Muy recientemente, llegaron emisarios secretos desde el otro lado del canal de la Mancha hasta París con el fin de concertarse con los jefes del partido, con vistas a preparar una próxima expedición. Ahora bien, Marischal, que se encuentra disponible en ese momento en la capital, ya que apuntaba al ejercicio de un alto mando, pues bien, Marischal, no se digna ni tan siquiera a implicarse como Sempill hubiera deseado en los encuentros que tuvieron lugar. Hace

como si tuviera otras cosas más importantes que hacer, decidiendo por el contrario marchar a Boulogne sin advertir a nadie, para encontrarse con Charles Smith, un viejo amigo. A ojos de Sempill, esto delata una ligereza culpable. Y es por eso que informa de inmediato a James Edgar.

La respuesta del rey es exhalada como un suspiro: nunca tuvo conocimiento de tales incidentes "hasta que se durmió"[49]. Pero se esfuerza en atenuar la emoción experimentada por Sempill explicándole que sus más fieles servidores pueden llegar a tener sensibilidades diferentes y salirse en ocasiones un poco de la norma, sin que haya por qué preocuparse. Lo esencial es que cada uno conserve su apego a la causa. ¿Hay masonería de por medio? Lo que sí hay es política, ya que una parte de las diferencias existentes entre Sempill y Marischal tiene que ver con la distinta manera de contemplar militarmente la restauración, pero esto no impide en nada que tengan opiniones comunes sobre la manera de mantener una muy antigua fraternidad, a pesar de que el muy católico Sempill esté mejor dispuesto a obedecer ante la Bula *In Eminenti* que el irreductible protestante de Marischal. La justificación aportada por el mismo conde en una carta del 10 de febrero, antes que Jacobo III no le exprese su sentir, es que no desea de ninguna de las maneras entrar en una disputa política con Sempill, en la medida que ambos conocen de antemano no compartir los mismos puntos de vista desde hace largo tiempo, pero que deseaba de todo corazón continuar manteniendo con él lazos de amistad en privado (*private friendship*)[50].

¿Qué sentido darle a la expresión «hasta que se durmió» bajo la pluma de Jacobo III? Resulta que el repentino distanciamiento de Marischal se produce poco después de la llegada a Francia de John Murray de Broughton, mensajero de los jefes de los clanes escoceses que se han comprometido a participar en el levantamiento programado. Es un francmasón muy activo. Iniciado en Roma el 20 de agosto de 1737, en el curso de la última sesión de la logia tenida en el albergue de los Tres Reyes, de la calle Paolina, afiliado el 27 de diciembre siguiente en Escocia en la logia Canongate-Kilwinning, en la que consta todavía como segundo vigilante el 1 de diciembre de 1742, así pues, algunas semanas antes de hacer su excursión a Francia. Más todavía, en este día, la logia recibe como visitante al conde William de Kilmarnock, gran maestro de la Gran Logia

de Escocia, padre de James, a su vez iniciado, al que sabemos en Francia en el momento de los hechos que irritan a Sempill. Teniendo en cuenta estos pocos datos, ¿no cabe decir que muchos Hermanos están lejos de haber aceptado la puesta en sueños decretada, el primero de ellos el propio Marischal, y quizás el invierno de 1742-1743 sea particularmente propicio para despertar algunos otros? Si es imposible sondear el fondo de los corazones para saber lo que motiva a Marischal en su brusca partida hacia Boulogne, una cosa podemos asegurar y esta es que Hund es creado caballero templario en París, en el curso de ese invierno y por añadidura en presencia de James Kilmarnock, mientras que el mismo Marischal, en el supuesto que no haya asistido a la ceremonia, no puede ignorar que ésta ha tenido lugar.

Seamos prudentes. No se trata de decir que Hund sea el único en beneficiarse de la atención de los jóvenes jacobitas de la nueva generación. Nada impide pensar que otros se encuentren en la misma situación. Hablaremos hoy aquí únicamente del barón, ya que en lo sucesivo marcará profundamente la historia de la Masonería escocesa. Por lo demás, nada no es más evidente que los Hermanos jacobitas insulares no se sintieron aludidos por la *In Eminenti* y que, volviendo de París, han continuado participando sin duda de las asambleas de las logias. La puesta en sueños no los ha afectado. Y Marischal actúa en este mismo sentido. Sempill por el contrario experimenta serios escrúpulos en transgredir la prohibición venida de Roma. Las divergencias políticas quedan pues acentuadas por el desacuerdo respecto a las acciones a llevar a cabo con el fin de valorizar la pertenencia de cada uno a la francmasonería. Volveremos sobre ello.

En paralelo, en el intervalo situado entre 1741 y 1743, ¿cuáles son los acontecimientos notables en el seno de las logias parisienses? Destacamos sobre todo la creación del primer Capítulo Rosa-Cruz. Los historiadores clásicos omiten de hablar al respecto; por tanto, no queda duda posible sobre esta realidad. Ella es conocida gracias a los documentos producidos por Humbert Gerbier de Verchamp menos de una veintena de años más tarde, en un primer tiempo, y luego más tarde a mitad de los años 1780, en un segundo tiempo. El problema, pensarán, es que este hombre es muy severamente contestado por sus contemporáneos, y que no goza aún hoy de una buena reputación. Como bien mostraré en otro estudio[51], conviene sin

embargo diferenciar las cosas según sean documentos auténticos que proporciona sin cambiar nada y aquellos otros que adorna o inventa para darse un mayor crédito, mientras que bien podría dispensarse de estos últimos, cosa que le daría mayor credibilidad.

El 21 de marzo de 1741, la Gran Logia de Edimburgo confiere a Louis-François de Pardaillan de Gondrin, segundo duque de Antin, el privilegio de crear un Capítulo Rosa-Cruz. Elegido gran maestro de las logias simbólicas en marzo de 1740 (y no en 1738, como asegura Claude-Antoine Thory y como la vulgata continúa repitiendo a pies juntillas todavía hoy[52]), este gran señor es el más cualificado en los meses siguientes para ejercer autoridad sobre el o los altos grados ya otorgados en esa época. Sin embargo, la referencia a Edimburgo no debe inducirnos a error. Dicha referencia nos pone tras los pasos de los jacobitas exiliados en el continente. Virtual para ellos, ella refiere únicamente a efectos simbólicos la capital de Escocia que Jacobo III no renuncia jamás reconquistar. Otros documentos menos antiguos mencionan efectivamente el oriente de Edimburgo como lugar de su emisión, por bien que este no lo sea. Desde siempre hemos tenido conocimiento de diversos dignatarios componentes del Capítulo del gran maestro de Antin, teniendo todos ellos vínculos con París. La mayor parte son militares. A menudo, han tenido o tienen todavía la oportunidad de codearse en los ejércitos de los jacobitas que ejercen como ellos responsabilidades de mando al servicio del rey de Francia.

Todo hace pensar que el grado de Rosa-Cruz es de creación reciente. La hipótesis más verosímil al respecto es que aparece después de 1738, cuando los jacobitas fuera de Italia entienden respetar la orden de Jacobo III para no trabajar los altos grados otorgados hasta entonces, o hacerlo con moderación (Bóveda Sagrada, *Royal Arch*), ni los grados simbólicos, pero no viendo inconveniente en hacerlo con el nuevo grado ajustado por el nombre de Carlos-Eduardo. Nada más fácil que desplegar un conjunto de alusiones o comparaciones implícitas que presentan al último heredero de la dinastía Estuardo como aquel que aniquilará «al usurpador» hannoveriano.

Políticamente hablando, Carlos Eduardo alimenta las esperanzas de una facción creciente de jacobitas que consideran a su padre demasiado mayor y no encontrarse ya, en las mejores condiciones para ponerse personalmente al frente de un proyecto militar. Acabamos de ver que Marischal es de estos

últimos. Transponiendo esta situación al campo masónico, estas esperanzas explican la elección de alegorías que acabarán constituyendo la osamenta de los rituales. Si los escépticos tienen un bonito juego de raciocinio en un intento de darles un significado exclusivamente filosófico, o incluso de envolverlos en una nebulosa de abstracciones teñidas de ocultismo, al gusto de René Le Forestier, no logran convencer que las patentes de los capítulos conocidas posteriormente, al menos hasta finales de la década de 1750, sigan repitiendo la retórica de los infortunios y reveses políticos sufridos por este príncipe, sin mayor consideración.

El corazón del ritual Rosa-Cruz es el de valorizar a Cristo como salvador o redentor de la humanidad. La cruz representa su suplicio, y la rosa su dulzor. Retomemos ahora la carta que Lansdowne dirige a Jacobo III, en diciembre de 1720, para acompañar al *Telémaco* que Ramsay acaba de asegurar su publicación. «Que el príncipe cuyo nacimiento ha sido esperado con tanta impaciencia, en este momento solemne en el que nuestro Redentor ha venido al mundo, sea la ocasión para que no haya ninguna otra preocupación en el curso de vuestra propia existencia que hacer de él vuestro digno sucesor». Antes de su nacimiento, la relación entre Cristo y el príncipe Carlos Eduardo resulta evidente para este fiel jacobita. La casi coincidencia de fechas (el príncipe nace el 31 de ese mes de diciembre), y un juego de metáforas que compara la Gran Bretaña hannoveriana con un mundo insular en el que el error y el desorden tendrían extraviados los espíritus, lleva a pensar que, guardando las distancias, el príncipe sabrá provocar un día el duradero restablecimiento de la casa de los Estuardo.

Incluso si significa quedar como un tanto expeditivo por este comentario, pero volveremos a él más tarde, señalaremos que la mayor parte de rituales giran en torno a la antigua palabra definitivamente perdida con la última destrucción del templo de Jerusalén, y la posibilidad de aprender una nueva palabra, o una «nueva ley», por bien que el iniciado se muestre digno de ella. Esta nueva palabra es supuestamente aportada por el «hijo del hombre». Es justamente lo que piensa una fracción creciente de jacobitas que deposita en Carlos Eduardo la esperanza de que este hijo sabrá, llegado un día, imponer una nueva ley o un nuevo orden al otro lado del canal de la Mancha. Veinte años después, el deseo de Lansdowne expresado en 1720 es cada vez más compartido, sobre todo desde que el príncipe entra en la

adolescencia y que su formación militar en ciertos campos de batalla italianos ha revelado un carácter firme y pleno de promesas.

Una objeción se adivina: si el nombre de Carlos-Eduardo es asociado al grado masónico Rosa-Cruz a comienzos de los años 1740, ¿no debería este príncipe ser él mismo ya de la fraternidad? La respuesta es indiferente. Puede serlo o no serlo, esto es igual. Retomemos el ejemplo de la Orden del Toboso, inventada en 1726, a la vez por Marischal y Ezekiel Hamilton, durante sus estancias españolas. Estos se inspiran ciertamente en la novela de Cervantes, pero también en un poema atribuido unas veces a Jacobo I y otras a Jacobo V, bajo el título de *Christ's Kirk on the Green*, poema que describe une feria popular que acaba degenerando en una trifulca general, lo que ofrece seguramente una imagen más bien contrastada de las gentes cristianas, en el sentido que la iglesia de Cristo lograría mantener la armonía en lugar de destriparse por los suelos. Sobre este fondo de humor chirriante, Marischal y Hamilton se proyectan en un futuro en el que los Estuardo sabrán restablecerse e instalar una paz social duradera en Gran Bretaña. Al mismo tiempo, piensan en el hijo de Jacobo III que, a sus ojos, podrá obrar más adelante en el mismo sentido.

Cuando, en el verano, solicitan a estos dos príncipes que sean los protectores de la Orden, Carlos-Eduardo acaba de pasar la marca de los diez años, teniendo el menor de ellos seis. No participan por consiguiente en ninguna reunión reservada a los miembros activos. Su divertimento queda limitado a la fantasía de un guiño hacia el humor de una caballería errante que, por lo bajo, no sabe muy bien discernir entre los molinos de viento y los gigantes a combatir. Se mantienen todavía en la fábula mientras que los adultos están en la parodia del jolgorio de las iniciaciones festivas en las que nadie deja, sin embargo, de aportar brindis por la restauración política. Mejor todavía, cuando un nuevo miembro es recibido, siempre llega el momento en que se le hace entrega de un anillo llevando grabado en su interior «A fair meeting on the green» y una rosa blanca[53].

Así pues, si a comienzos de los años 1740, los jacobitas persisten en creer que después de los humillantes y repetidos fracasos habidos desde 1690 una expedición dirigida por Jacobo III puede resultar muy pronto victoriosa, otros prefieren adherirse a los proyectos que ponen a la cabeza a su hijo Carlos Eduardo. Las autoridades francesas, por su parte, no se pronuncian

abiertamente. El uno o el otro. Es así que los servicios secretos de Asuntos exteriores envían al otro lado del canal a Jean-Baptiste-Louis de Clermont d'Amboise, marqués de Resnel, con la misión de contactar en Inglaterra con personalidades ya conocidas por estar a favor de los Estuardo, o dispuestas sobre el terreno a aportar su concurso en una ofensiva militar de envergadura, gracias a un levantamiento interior y a las tropas venidas del continente. ¿Es un simple efecto de la casualidad si este marqués es el yerno del difunto duque de Berwick, y cuñado del abate François de Fitzjames, familiar desde hacía años de al menos un alto grado[54]?

En diciembre, el caballero Ramsay resume esto en una carta que dirige a su rey. «Sire, / La presente situación de Europa me llena de esperanza y alegría. Creo ver al orden salir de la confusión, el trono del impío derrocado, y la nación rebelde suspirar después del retorno de su verdadero jefe. Tales son al menos los deseos que formulo para el próximo año. Dignaos aceptarlos como signo de mi homenaje, de mi fidelidad, y del muy profundo respeto de aquel que tiene el honor de ser, Sire, de Vuestra Majestad, el muy humilde y ferviente servidor, así como fiel súbdito».[55] En este mismo momento se cierra un pacto entre los jefes de los clanes escoceses para entrar efectivamente en guerra cuando la señal les sea dada. El 13 de marzo de 1741, en Edimburgo, confirman su compromiso transmitiéndolo al ministro francés de Asuntos exteriores, para que sea leído ante Luis XV en documento solemne[56]. La mayoría, sino su totalidad, son francmasones. A saber, en número de siete: James Drummond, 3er duque de Perth; John Drummond de Perth, su tío; Simon Fraser, Lord Lovat; Charles Stewart, Lord Linton; Donald Cameron, barón de Lochiel; el caballero James Campbell de Auchinbreck; William MacGregor, barón de Balhaldie. El último es el encargado de llevar este documento de Escocia a Francia. Y es en esta dinámica de este modo comprometida que Murray of Broughton viene a su vez a confirmar en enero de 1743 la durabilidad de este pacto.

Entre los siete se puede reconocer como autor de la carta a Daniel Ogilvie en 1745 sobre la reunión templaria de Holyrood, así como a Lovat, citado en ciertos testimonios indirectos referidos a Hund. Se puede considerar así mismo, teniéndola presente, la fecha: 13 de marzo de 1741. Es ocho días más tarde que el duque de Antin sea presentado por Gerbier de Verchamp

como receptor de la patente para dirigir el Gran Capítulo que va a tener lugar en París. Ciertas coincidencias pueden ser a veces equivocadas; en el presente caso, no son debidas al azar. O entonces, cualquiera que quiera llevar el escepticismo lo suficientemente lejos no podrá explicar por qué los mismos personajes se encuentran en fuentes documentales distintas.

Sin complicar inútilmente el presente análisis, la hipótesis más verosímil que comienza a emerger es que las alegorías del Royal Arch están todas ellas relacionadas con preferencia a Jacobo III, mientras que las de Rosa-Cruz con Carlos Eduardo. La anterioridad en el tiempo corresponde pues a las primeras. Los rituales de la segunda mitad de siglo van a edulcorarlas rebajándolas en favor de registros más filosóficos. Pero quedarán profundos trazos de las mismas en numerosos documentos. Veremos en su momento cuales eran. A la espera de dichos rastros, conviene recordar una breve anotación de Robert-Freke Gould. En su historia abreviada de la francmasonería, escribe que el barón sueco Carl-Frederic Scheffer recibe el 25 de noviembre de 1737, con autorización del conde de Derwentwater, a la sazón gran maestro de la Gran Logia de París, una delegación para poder formar logias en su país, así como el conocimiento de dos grados escoceses[57]. El primer hecho es comprobable, puesto que el original de esta delegación de poder es todavía consultable hoy. El segundo parece ser posterior y permanece más en secreto, puesto que Gould es el único en mencionarlo después de haber extraído dicha información de un texto del que no indica su proveniencia. Por consecuencia, nos cuesta poder indicar de qué grados escoceses se habría beneficiado el barón. Sin embargo, hay documentos establecidos en el curso de los años 1750 que nos confirman que el Royal Arch es conocido con bastante prontitud por los francmasones suecos, formando su *nec plus ultra*[58]. El Rosa-Cruz, bajo este nombre u otro ¿le quedaría subordinado? La pregunta queda en suspenso. Ha llegado el momento de continuar nuestro camino tras los pasos del barón Hund.

CAPÍTULO III

PRIMEROS GRADOS

Las reseñas biográficas más antiguas impresas sobre Hund datan del 31 de enero y el 14 de febrero de 1777. Ellas lo fueron en la gaceta de Lusacia que reunía por esa época ensayos diversos sobre ciencias y literatura, así como informaciones sobre las ricas familias de la alta sociedad[59], un poco siguiendo el modelo del *Mercure de France*. De inspiración genealógica y necrológica, puesto que Hund había muerto algunos meses antes, el 8 de noviembre de 1776, ellas recuerdan, sobre todo la segunda, las grandes etapas de su carrera profana, semejante a la de los grandes señores de la época al servicio de un monarca o de un gran comisionado de Estado.

Para completarlas con informaciones de naturaleza masónica, conviene remitirnos a la oración fúnebre que hizo uno de sus colaboradores, Christian-Friedrich Kessler von Sprengseyen, con motivo de una conmemoración realizada en el Capítulo de Rothenberg el 30 de diciembre de 1776. La cronología condensada por el autor pretende conmemorar las principales contribuciones del barón a la fundación y desarrollo de la Estricta Observancia. Desgraciadamente, observamos en la misma ciertas anomalías que incitan a la moderación en el uso que pueda efectuarse de ella. Más fiable, pero mucho más breve, es la reseña expuesta en el cuaderno de arquitectura de la logia *Aux Trois Colonnes* de Kittlitz fundada por Hund en 1751. Friedrich-Ludwig Schröder ha asegurado una transcripción de la misma y Theodor Merzdorf la ha retomado en 1842. Llegados a esta última fecha, la misma ya había sido objeto de publicaciones, por ejemplo, el año anterior en uno de los fascículos de numismática de Ernst Zacharias dedicados a las medallas masónicas, *Numotheca numismatica latomorum*[60], no sin algunas ligeras variantes, por

otra parte. En octubre de 1874, Joseph-Gabriel Findel la reproduce íntegramente en un número de su revista *Die Bauhütte*[61].

Hund nace el 22 de septiembre de 1722 en Manua (Mönau), una tierra perteneciente a su familia en la Alta Lusacia, al noreste de la actual Alemania. Su padre Joachim-Hildebrand es chambelán del rey de Polonia, Elector del Saxo; su madre Sophia-Elisabeth von Wehlen pertenece a una reputada familia. Su padre muere en 1731; su madre en 1737. Hund se encuentra pues huérfano tempranamente. Sus tutores acceden a sus deseos de viajar. Es así que, poco tiempo después del observado por el duelo de su madre, mientras cursa sus estudios en la academia de Leipzig, sus tutores no ven inconveniente para que se aleje al extranjero. Le ponen como carabina a Wolf-Christian von Schönberg, teniente coronel y chambelán del Elector del Saxo. Dos años de estancia en Estrasburgo le suponen una especie de preludio del descubrimiento de París. De ahí, creemos, hace una breve estancia en Inglaterra, para volver luego a Alemania.

Llegamos pues a la época que nos interesa. Reproducimos a continuación la reseña de la logia de Kittliz, tal cual fue publicada por Findel. «Charles Gotthelf de Hund et Altengrotkau, señor de Unwürde, Kittliz, Gebelzig, Oppeln, Manua, Liska, etc, chambelán de S.A.S. el elector de Colonia, nacido el 11 de septiembre de 1722 en Manua, fue recibido francmasón el año 1741, el 18 de octubre, en Frankfurt sur Main en la Gran Logia bajo la dirección del conde de Schönborn, consejero privado actual de S.M.I. el príncipe Augusto de Baden y siendo vigilante el príncipe George de Hesse de Armstadt, respondiendo por el neófito el príncipe Frédéric de Hesse de Armstadt, el príncipe de Nassau Welburg y el conde de Wiet, y fue hecho en ese mismo día compañero. En el año de 1742, el 21 de julio, fue recibido maestro en la logia *Aux Trois Roses* en Gante [Gand], por Messer Bocland, maestro en cátedra, y el 22 de agosto hecho Escocés por Milord duque de Albemarle, en Bruselas, y tomó el sobrenombre de Cab [allero] de la Espada. Fue segundo vigilante en la logia denominada *À l'Arbre Rompu*, y después primer vigilante en la misma logia. El 13 de octubre del mismo año, fue constituido como Masón Zapador y recibió nuevas luces. Entró en calidad de 1er vigilante en la nueva logia *Aux 3 Compas* en París, el 12 de diciembre de 1742. El 3 de enero del año 1743, la logia lo elige como maestro en catedra, y el 6 de enero la cerró en nombre del Gran Maestro y

la formó de nuevo, pero con el nombre de [Logia] Étrangère, el 24 de enero de 1743. El 13 de noviembre de 1743, renuncia a la misma en favor del barón Merklem, reservándose no obstante sus derechos, en caso de su vuelta a París. Recibió antes de su partida instrucciones particulares, y pasando por Estrasburgo, ayudó a establecer una logia bajo el nombre de *L'Épée d'Or*, y erigió finalmente la presente logia [logia de Kittliz] *Aux trois Colonnes* el 24 de junio de 1751».[62]

Examinemos las primeras indicaciones a partir de las cuales se hace posible establecer un análisis serio de su papel entre sus contemporáneos. Su iniciación en octubre de 1741 se sitúa después que hubiera efectuado su primer periplo fuera de Alemania. Verosímilmente, permanece diversos meses en Frankfurt. Si frecuenta las cortes principescas, como dice su necrológica de la *Gaceta de Lusacia*, esto queda confirmado por el resumen que acabamos de reproducir, puesto que son los francmasones de la alta nobleza quienes lo acogen en el seno de la logia, calificada por otra parte como Gran Logia sin que se sepa a día de hoy en qué circunstancias exactas se ha reunido atrayendo hacia ella a diputados de las logias particulares de su dependencia.

No lo sabemos. Ya que nos faltan testimonios directos. No obstante, examinemos los nombres que acabamos de avanzar. El primero es el del conde de Schönborn, presentado como dirigente de la logia y «actual consejero privado de S[u] M[ajestad] I[mperial] Augusto de Baden». Existen en la época multitud de homónimos comportando el título condal, si bien resulta difícil designar el que aquí conviene. Mi opinión es de que se trata de Franz-Joseph-Bonaventura von Schönborn, nacido en 1708, fallecido en 1772 y que ejerció en efecto las funciones de Consejero privado (*Geheimerat*). Pero esto carece de importancia. El detalle a destacar es que se le cita como consejero *actual* de su Majestad Imperial. La reseña es pues redactada antes de su muerte. Ella lo es en vida de Hund y de Schönborn. Lo que nos autoriza a pensar que la misma es probablemente la más fiel posible a las informaciones que pudieran incluso haberle sido dadas.

Mas evocadores son los tres otros nombres que vienen a continuación: los príncipes Georges y Frédéric de Hesse-Darmstadt, así como el príncipe de Nassau-Weilburg. Esta vez, la identificación de aquellos que ostentan estos

nombres es fácil. Pero, además, la documentación exterior nos enseña que antes de la reunión de su logia en Frankfurt, han hecho los tres una estancia en París. Lo que permite verificarlo es el diario del propio duque Charles-Philippe de Albert de Luynes, por una parte, y los informes de policía inéditos concernientes a la vigilancia y control de extranjeros, por otra.

He aquí primero lo que escribe el duque de Luynes el 10 de enero de 1741. «El príncipe de Hesse-Darmstadt ha sido presentado al rey en el día de hoy en el gabinete por M. de Verneuil, introductor de embajadores […] M. el príncipe de Nassau-Weilburg ha sido presentado del mismo modo en el gabinete». Añade un poco más adelante: «M. el príncipe de Hesse ha venido por poco tiempo a Francia con sus dos hermanos que deben ser presentados el domingo; tienen junto a ellos a un hombre de confianza considerado como hombre de mucho mérito, al que llaman el barón de Planta». El 23 de enero, Luynes precisa todavía: «MM. Los príncipes menores de Hesse-Darmstadt han sido presentados ambos, hace ocho días, por M. de Verneuil en el gabinete del rey; su hermano mayor permaneció en París»[63].

Los tres príncipes son Luis, nacido el 15 de diciembre de 1719, Georges-Guillaume nacido el 11 de julio de 1722 y Georges-Frédéric, nacido el 7 de mayo de 1726. De hecho, los tres son francmasones, al igual que su padre[64]. La edad del benjamín podría sorprender, pero numerosos ejemplos en el transcurso del siglo dieciocho muestran que les era posible a los jóvenes adolescentes de familias de la alta nobleza ser iniciados a temprana edad. Es por otra parte Hund quien «responde» por ellos, es decir es padrino o presentador. Fuera como fuere, en la medida que el contexto era particularmente favorable, los tres hermanos aprovechan su estancia parisina para dar los primeros pasos. Es a finales de febrero que su partida es anunciada. Dejan Francia, dicen, a disgusto.

El conde de Wiet, cuando este nombre se halla escrito así, escapa a las investigaciones. Pero pocas líneas después, no es imposible que nos lo encontremos como Johann-Julius von Vieth, nacido en 1713, consejero de entre guerras, maestro ex catedra de la *Trois Glaives* en Dresde, cuyo nombre figura escrito como Wilt o Witt según sean los documentos[65]. Lo que lleva las conjeturas hacia él es una curiosa mención de 1763 cuando el conde Friedrich-Aloysius von Brül le preguntará sobre las circunstancias de

creación de su logia. Le responderá entonces que la misma no fue jamás constituida por una autoridad que le haya entregado un documento con este propósito. No obstante, le parecerá bastante natural aceptar la idea que bastaría con escribir a «George Guillaume» dicho «Eques a Sole Aureo», también conocido como «Caballero del Sol de Oro», «para suplicarle concediera a dicha Logia cartas patentes con antigüedad del año 1738»[66] ¿Es porque este caballero ha tenido efectivamente una influencia en 1738? ¿Es porque la impuso tiempo después? ¿Quién es él, de todos modos? Coincidencia o no: el propio Hund le debería su acreditación templaria en 1751.

¿Formaba parte de esos Superiores Desconocidos de los que se habla todavía hoy, para negar acto seguido que realmente existieron? Error: sin ser Carlos Eduardo ni Jacobo III, este es perfectamente identificable. Pero no vayamos demasiado rápido en la tarea. Pasemos al príncipe Charles-Auguste de Nassau-Weilburg. Lo que de él dice el duque de Luynes no es precisamente lisonjero. Disponiendo de buenas rentas, este personaje pasaría mucho tiempo en las salas de juego y gustaría de la buena comida. De mayor edad que los príncipes de Hesse, era nacido el 17 de septiembre de 1685, y había ya tenido ocasión de estarse en París en los años 1710 cumpliendo las funciones de embajador del Saxo. El 9 de septiembre de 1741, después de dos años de diversiones, un informe de la policía dice de él que se disponía a dejar París para marchar a Frankfurt[67]. La cronología es pues una vez más respetada, puesto que en octubre nos lo encontramos en la logia que recibe a Hund.

La hipótesis más sólida es que en realidad esta gran logia es muy reciente. Todo deja pensar que está formada de acuerdo al mismo modelo que las autorizadas desde 1737 por la Gran Logia de París en provecho de extranjeros de otra capital, como cuando el barón de Scheffer recibió una patente para erigir una en Suecia. En todo caso, sea cual sea el papel desempeñado por el Caballero del Sol de Oro, esta se situaba directamente bajo la influencia jacobita, puesto que es notorio, como hemos podido ver, que los cuatro grandes maestros de la Orden en Francia eran todos ellos partidarios de Jacobo III Estuardo, por una parte, y que los franceses que les sucedieron eran así mismo simpatizantes de la causa, sobre todo el duque de

Antin que se encuentra en ejercicio cuando los príncipes de Hesse efectúan su viaje, por otra.

Observemos por otro lado que, a finales de los años 1740, Carlos Eduardo Estuardo contemplará la posibilidad, ni más ni menos que, de establecer esponsales con Caroline-Louise de Hesse-Darmstadt, hermana de los anteriores, nacida el 11 de julio de 1723. En la primavera de 1748, encargará a su agente John Graeme de acercarse secretamente a su padre a fin de conocer su opinión. Sucederá a esta iniciativa un intercambio de cartas que no harán más que marear la perdiz, porque al final el matrimonio no se llevará a cabo[68], pero la anécdota prueba cuando menos que, si Carlos Eduardo esperaba a priori concluir una tal unión, era porque pensaba que esta familia alemana no era hostil a su causa política.

Sabemos que la presencia de Hund en Frankfurt en 1741 se explica por la Dieta convocada para proceder a la elección del nuevo Emperador, como consecuencia del deceso de Charles VI sobrevenido el año anterior. Como numerosos nobles de los Estados implicados, Hund hace el desplazamiento. No teniendo ningún papel oficial, asiste a los acontecimientos más bien como observador. La ciudad es entonces lugar de gran concentración de personalidades venidas de múltiples horizontes. Los franceses están fuertemente representados, tras el mariscal Charles-Louis-Auguste Fouquet de Belle-Isle nombrado embajador de Luis XV con misión de contribuir al éxito de Charles de Baviera. Con tales condiciones, la posibilidad de obrar al mismo tiempo en la propagación de las ideas masónicas es elevado. Este contexto es el que facilita la reunión de una Gran Logia, en la que apostamos que no se recibió únicamente a Hund. El registro de los *Tres Cygnes* de Dresde confirma en todo caso la importancia del mes de octubre de 1741 en este calendario. Se puede constatar en efecto una interrupción de los trabajos entre el 28 de septiembre y el 25 de octubre: estando los miembros de la misma indisponibles, al encontrarse fuera de la ciudad por las razones antes citadas.

El 26 de febrero de 1742, Hund asiste a la coronación de Charles VII. Él mismo ha sido nombrado chambelán del Elector del Saxo, como antes lo había sido su padre. Puesto que tiene la ventaja de ser ya iniciado, visita con toda probabilidad otras logias abiertas durante el tiempo de la Dieta. El diario del duque Emmanuel de Cröy, describe por ejemplo, tres días antes,

su propia recepción en el albergue del Ángel de oro, en los apartamentos alquilados por el príncipe Christian de Deux-Ponts[69]. Sin que sus anotaciones lleguen a ser exhaustivas, lejos de ello, el duque menciona por añadidura la presencia de al menos cinco altos funcionarios de la corte del Saxo, a la que Hund pertenecía. Los cinco funcionarios son el marqués Philippe-François de Gentils, el barón Charles Alexandre de Schell, el secretario de la legación Philippe-Frédéric Steinheil, Pierre-Frédéric Lefort, secretario de embajada, y finalmente el teniente coronel de los Cien Suizos el guarda del Saxo de nombre Belleville, miembro de la logia de Dresde[70]. No obstante, Hund no aporta su concurso, ni parece visitar ni una sola vez *L'Union* fundada, entre otros, por una parte de los mismos (de Gentils, de Schell, Steinheil). George Kloss no ha encontrado su nombre en el registro examinado por él, sin que se sepa qué papel jugaba en este equipo pionero Louis-Antoine Crozat de Thiers[71] mariscal general vinculado a Belle-Isle, a menudo confundido con el marqués Louis-François de La Tierce, parecidamente activo en esta logia cuya instalación tuvo lugar el 27 de junio.

Menos de un mes más tarde, Hund está en Gante, donde es elevado el 21 de julio a la maestría en la logia *Les Trois Roses*. En el estado actual de la investigación, la identificación del venerable de esta, nombrado Bocland, no puede ser asegurada. Observamos sin embargo, que familias de exiliados jacobitas se han instalado en la ciudad, por una parte, y que es igualmente en julio de ese año que el conde Marischal se encuentra en Flandes para ocuparse de ciertos asuntos políticos, por otra[72]. De igual modo, Francis Sempill, su principal corresponsal en París, decide ir a echar un vistazo. Bajo el seudónimo de Saunders, redacta abundantes notas sobre los movimientos de tropas[73]. Mera coincidencia, ¿quizás? Cabe pensar que Hund se desplaza con una agenda de direcciones en el bolsillo. Las logias no se descubren por casualidad. Y en el presente caso, su orientación jacobita no deja lugar a dudas.

En efecto, cuando se encuentra en Bruselas durante el mes de agosto, he aquí que Hund es promovido a la maestría escocesa bajo la denominación de Caballero de la espada. «Mylord duque de Albemarle» preside la ceremonia. Nada es dicho sobre las condiciones que le permitirán rápidamente beneficiarse de este favor; pero, mejor que Gante, Bruselas es

desde hace largo tiempo una ciudad concurrida por los jacobitas. Estos efectúan ocasionalmente en esa ciudad prolongadas paradas. Derwentwater, Salkeld, Atterbury, entre otros, por citar solamente personajes ya encontrados en este relato, han residido en Bruselas. Y, de hecho, el mismo Bernard Granville de Albemarle pertenece a dicha red. En comparación con otros de sus contemporáneos, no juega un relevante papel político, pero tiene una gran baza, puesto que es el sobrino del barón Lansdowne, el mismo que comparaba en 1720 el futuro Carlos Eduardo con Cristo redentor.

En realidad, existen dos series de duques de Albemarle, si se nos permite decirlo así. La primera empieza con George Monck en 1660, del que conocemos el papel jugado en la restauración de Carlos II. La segunda comienza con George Granville que ha emigrado al continente después de haber servido a la reina Ana, al igual que Mar, y que oponiéndose a Jorge de Hannovre, fue detenido en septiembre de 1715, y encarcelado luego en la Torre de Londres hasta febrero de 1717. Jacobo III le confiere en efecto el título ducal el 3 de noviembre de 1721. Cuando fallece en enero de 1735, Jacobo no ve ningún impedimento a que su sobrino Bernard asuma la herencia. Este último dispone de rentas personales muy sustanciosas y sus biógrafos tienen dificultades en precisar a qué se dedicaba. Nacido en el 1700, después de haber servido con uniforme militar, parece contentarse con una existencia apacible de *gentleman-farmer* en las propiedades que tiene en Inglaterra. En todo caso, se encuentra en Bruselas en 1742. Si está cualificado para otorgar al menos un grado dicho de Escocés, se deduce de ello que tenía así mismo la posibilidad de recibirlo.

El título distintivo de su logia es el de *L'Arbre Rompu*; Hund cubre temporalmente los oficios de segundo y primer vigilante. La cuestión que se plantea es la de conocer la justificación de tal título. Ahí una vez más, sin que resulte sorprendente, la respuesta se encuentra en la iconografía que tiene en cuenta los infortunios de la familia Estuardo desde que ésta fue echada de las islas Británicas en 1688. Grabados, medallas, incluso platos y copas, llevan en efecto por aquella época la imagen de un roble fulminado por un rayo, la copa rota, las ramas desguarnecidas; pero con un joven roble que crece al lado, vigoroso. Una divisa en latín es a menudo añadida: *Revirescit*, lo que significa: se volverá a levantar o retomará vigor. En su álbum de vasos para beber dedicados a los jacobitas, Geoffrey B. Seddon

ofrece diversas imágenes de grabados de árboles rotos teniendo un listel en su pie[74]. Muestra igualmente una medalla conformándose al mismo motivo[75]. ¿Acaso no es esta otra manera de modular el tema de la «nueva palabra» o «nueva ley», tan querida a los Rosa-Cruz?

Este tema del árbol roto, del roble fulminado o abatido, aunque manteniendo sus raíces todavía en tierra y permitiendo al nuevo árbol desplegarse y crecer, ya estaba en boga después de la decapitación de Carlos I, y anunciaba la restauración de Carlos II. Dicho tema se lo sabe directamente inspirado en un pasaje del Libro de Job (14, 7-9). «Porque el árbol tiene una esperanza: si es cortado puede aún retoñar y sus renuevos no cesarán, si su raíz envejece en la tierra y en el suelo muere su tronco, al olor del agua reflorecerá y echará ramaje como plantón». En 1690, después de su vana tentativa de desembarco en Irlanda, Jacobo II inspiró igualmente al grabador holandés Jan Smeltzing para concebir una medalla llevando en el reverso, un árbol de tales características: *Jacobus II Britain. Rex Fugitiv*. Por añadidura, es fácilmente demostrable que este tema está absolutamente integrado en la simbología masónica de los años 1740, puesto que aparece en otra medalla acuñada en 1744 por la logia *Jonathan zum Pfeiler* de Brunswick, en ocasión de su instalación que tuvo lugar el 27 de diciembre[76]. El dibujo de las dos caras de esta medalla es ofrecido por William T.R. Marwin en dos ocasiones en sus catálogos de numismática[77].

Afrontemos ahora un enigma. Hund fue recibido Escocés por el duque de Albemarle. En esta ocasión adoptó el sobrenombre de Caballero de la Espada. Al poco, «nuevas luces» le valen de ser creado Masón Zapador. Una progresión con tal premura, ¿responde al deseo de la jerarquía, sabiendo que vendría finalmente, como si de un coronamiento se tratara, la cualificación templaria? Si este fuera el caso, supondría entonces la existencia de tres altos grados; no de uno solo. He ahí un enigma, que se complica en efecto por el hecho que, si nos atenemos a una lectura literal, el sobrenombre de Caballero de la Espada, no puede ser atribuido a un simple grado.

De sobrenombres o, si se prefiere, características dadas a los neófitos en la maestría escocesa, la práctica se convertirá en frecuente en la segunda mitad del siglo dieciocho, aunque hacerla comenzar durante la primera mitad no resulta incongruente. En 1741, al menos dos logias simbólicas

tienen asiento en Dresde: *Les Trois Cygnes* y *Les Trois Glaives*, teniendo a Vieth como venerable. Los apelativos de *Caballeros de la Rosa*, *del Gallo*, *de la Fortuna*, e inclusive de *Va de buena gana,* se dejan oír al igual que *Caballero de Escocia*, del *Gran Silencio*, o también de *Albión*, y así en una sucesión al gusto de cada inspiración individual[78]. Hacerse llamar Caballero de la Espada era pues de lo más natural.

En lo concerniente a los Masones Zapadores, no hemos encontrado ninguna mención de su existencia, más allá del relato de Hund. Pero también hemos podido ver hasta qué punto el ritual del «cuadrado» admite la posibilidad de obrar a la manera de los jornaleros o mineros que despejan la boca de la cripta subterránea bajo el antiguo templo de Jerusalén. Según la leyenda, los iniciados que trataron anteriormente de penetrar en la bóveda «tomaron en sus manos las herramientas necesarias, tales como la pala, el pico y el martillo cortador, y fueron hasta el lugar de las ruinas y desescombros del templo, y cavando con tanta actividad como temor, lograron en muy poco tiempo descubrir por fin la entrada de la Bóveda sagrada». Una vez en la cripta, no es en la columna situada en medio que encuentran la antigua palabra, sino encima, ya que está grabada en una placa de oro enterrada en la tierra. Dicho de otro modo, les es preciso cavar de nuevo, zapar, remover los escombros. En tiempos de Hund, ¿podría haber habido una dramaturgia inspirada de manera similar entre los Escoceses?

Visto bajo otro ángulo, se pone de manifiesto que otros observadores describen el contexto de Flandes como bastante animado y que francmasones provenientes de diversos horizontes encontraban buenos pretextos para encontrarse. Por ejemplo, tal es el caso de Charles-Joseph-Pierre Tanchon de Castagnet, miembro de la logia parisina presidida en teoría por el duque de Aumont y en realidad por el jacobita Louis Colins. Furriel de los guardias de corps del rey, Castagnet viaja con mucha frecuencia entre el verano de 1742 y comienzos de otoño. Se le puede ver en Reims, Valenciennes, Lille, Tournai, Ypres, Dunquerque, Courtrai. En esta última ciudad, participa en dos comidas en compañía de oficiales ingleses hannoverianos. Después de lo cual se felicita por tener una conducta que «no es otra que la de un Hermano activo»[79].

Es decir que Hund, desde su iniciación en Frankfurt y hasta su descubrimiento del Escocismo en Bruselas, evoluciona en un medio en el que las indicaciones le son proporcionadas en función y a medida de sus desplazamientos. Emprende su viaje a Francia pasando por el Norte, y sabiendo en qué ciudades le espera una calurosa acogida. En razón de la guerra entre las principales potencias europeas, con alianzas que se hacen y deshacen según sean los tratados diplomáticos, Flandes es en particular una región en la que los Hermanos, sean estos civiles o militares, tienen oportunidad de llevar a cabo numerosos encuentros. Por lo que concierne en particular a los jacobitas, su anterioridad histórica y la amplitud de su diáspora en las principales ciudades, les permiten tener una red sólidamente constituida. No importa quién sea el recién llegado, con tal que sea fiable, puede circular con total facilidad por dicha red. Con todo, es importante entonces insistir sobre la dualidad en la huella de los Estuardo. La referida a Jacobo III tiende a difuminarse desde 1738. La otra referida a Carlos Eduardo se esboza cada vez con más nitidez bajo la pluma de sus partidarios. Sin embargo, en los dos casos, los mediadores, aquellos que aseguran la transmisión de los grados, son mayoritariamente salidos del grupo centrado en Francia.

Según Kessler von Sprengseysen, las razones del periplo de Hund por los Países bajos austriacistas estaría relacionado con un compromiso «como voluntario [en] los ejércitos que combatían por los derechos del hermano de su Maestro»[80]. Esta formulación es equívoca. Siendo su maestro Augusto III de Polonia, Elector del Saxo, ¿de qué hermano se trataría de defender los derechos? Difícil de saber. Observemos en cualquier caso que el conde Maurice de Saxe, el famoso general, es un hermano de Auguste y que Luis XV le ha conferido un alto mando en su ejército. Ahora bien, sus campañas de esa época no coinciden con los desplazamientos de Hund. En 1741 y 1742, Maurice de Saxe está en Alemania y avanza hacia Praga. En marzo de 1743 se encuentra al mando de un regimiento de caballería compuesto exclusivamente por voluntarios, y habrá que esperar al año siguiente para verlo por Flandes.

Desde un punto de vista estrictamente masónico, no se percibe tampoco influencia directa del conde de Saxe sobre el barón Hund. Saxe es iniciado en la Gran Logia de París el 24 de junio de 1737, de manera muy solemne y

en despecho de las prohibiciones ordenadas por el Primer ministro Fleury. Menos de dos semanas después, anuncia la partida de vuelta a su patria, y un rumor no deja de repetir que aprovechará este viaje para crear una primera logia. Una gacetilla da cuenta de este rumor el 7 de julio: «Se ha certificado que la ausencia del Señor, el conde de Saxe se debe realmente a un viaje que ha de hacer por el Norte para atender sus asuntos y no como se ha dicho de cualquier otra causa secreta. Agregamos que este señor que recientemente fue recibido masón va a establecer una logia donde va; esta hermandad crece cada vez más, a pesar de lo que se ha dicho para impedirla, y cada día aparecen escritos de alabanza sobre la misma».[81]

Esta logia, parece efectivamente crearla, probablemente por autorización de una patente entregada, una vez más, por el conde Derwentwater, ya que este último era el gran maestro activo cuando su iniciación tuvo lugar. Une fuerzas con su medio hermano menor, el conde Friedrich August Rutowski, general de caballería, que se convierte en julio de 1741 en gran maestro para el distrito del Alto Saxo. El nombre de este último es citado en el registro de la *Trois Cygnes* de Dresde, como venerable de la *Trois Aigles blancs*. No encontramos el nombre de Hund entre los visitantes. Sea como sea, hay que estar atentos a que la elección de Rutowski se realiza cuando los Hermanos saxones exponen claramente no haber tenido ningún gran maestro hasta entonces. Y este extremo contradice implacablemente a Kessler, cuando asegura que Hund obtiene pronto sus poderes para fundar la Estricta Observancia de Heinrich-Wilhelm Marschall von Bieberstein, presentado en tanto que gran maestro provincial para el Alto Saxo. Será bueno volver sobre esta rareza más adelante.

CAPÍTULO IV

EL CRISOL PARISINO

Después de Bruselas, Hund, va sin duda directamente a París. Allá, es acogido el 12 de diciembre de 1742 en la logia de los *Trois Compas*. De dicha logia, los archivos no han guardado ningún rastro, ni bajo este título ni bajo el de la *Loge Étrangère* que Hund le da el 6 de enero siguiente después de haber sido elegido su Venerable. En despecho de estas lagunas, podemos considerar estas informaciones como absolutamente plausibles. En aquel momento, la animación política de la que conocemos las premisas en 1740, no ha dejado de crecer en la capital francesa. Numerosos extranjeros llegan a la ciudad. Algunos atraídos por la actividad cultural, como en el pasado. Otros, porque se encuentran implicados en la preparación de la próxima empresa de reconquista que será dirigida por el príncipe Carlos Eduardo. Esto resulta flagrante en todos los documentos producidos en esa época. Incluso si algunos de esos documentos dejan entender que será Jacobo III en persona quien estará a la cabeza de su ejército, el príncipe es el más frecuentemente citado.

Ciertamente, Hund no puede ser considerado como una personalidad de primer plano. Pero él busca la compañía de los francmasones implicados en esta causa. Se puede incluso observar cómo llega a la región parisiense cuando el 3 de diciembre, es oficializada la creación del regimiento Royal Escocés en el que la concentración de oficiales francmasones es muy importante, siendo el primero de entre ellos el coronel John Drummond, muy pronto cuarto duque de Perth. James-Hector MacLeane, antiguo gran maestro de la Gran Logia de París, ambiciona por otra parte llegar a ser su adjunto, con rango de teniente coronel, pero no obtiene satisfacción, a pesar

de la intervención directa de Jacobo III acerca de las cancillerías de Versalles.

Dicho esto, retomemos las fechas marcadas en el registro de la logia de Kittlitz. El 3 de enero de 1743, Hund es elegido Venerable de la logia parisina *Les Trois compas*. El 6, propone cambiarle el título distintivo, y se convierte en *La loge Étrangère*. El hecho de no haber encontrado mención alguna de estos dos títulos en los archivos franceses de ese año es frustrante, pero no impide en nada, una vez más, el que aceptemos como justa esta breve cronología. Podemos añadir incluso otro dato. En efecto, en la correspondencia del barón de Waechter (4 de febrero de 1778), puede leerse igualmente la del 2 de enero de 1743. ¿Por qué? Porque aparentemente, en este día Hund se habría encontrado con al menos dos jacobitas: Clifford y Kilmarnock. Y Waechter quiere saber si estos dos hombres formaban parte del entorno próximo de Jacobo III o de su hijo Carlos Eduardo, que habría estado igualmente en París en este momento.

He aquí la transcripción exacta de la pregunta: «¿El difunto rey Jacobo, padre del conde de Albany [título adoptado por Carlos-Eduardo cuando residía al final de su vida en Florencia], estuvo en París en los años cuarenta, especialmente en el año 1743, y en el momento en que se estaba preparando la expedición a Escocia? ¿El conde de Albany, al estar en ese momento en París, tenía a Lord Clifford y Kilmarnock en su entorno inmediato, y estos dos caballeros lo acompañaron en la expedición a Escocia?»[82] En el cuerpo de su carta, Waechter insiste sobre el hecho que su pregunta tiene que ver explícitamente con la francmasonería. «Concededme la gracia, Señor, de responderme en la hoja adjunta a las cuestiones que tengo el honor de plantearos y que tienen relación con la Masonería, firmándola con vuestro nombre y armas».

Tales indicios se prestan a una interpretación muy simple. En 1775, cuando el convento tenido en Brunswick, en la continuidad de curiosidades manifestadas desde hace más de diez años en ocasión de otras asambleas, Hund será interrogado sobre su pasado masónico y sobre aquello que lo habría autorizado a revestirse de tan altos grados. Es en esta circunstancia que declarará haber sido promovido a la caballería templaria por Kilmarnock en presencia de Clifford. Habría sido incluso presentado a una tercera persona que, cumpliendo quizá las funciones de gran maestro de la

Orden y que bien podría haber sido el pretendiente en persona. Esto es justamente lo que trata de verificar Waechter. De todos es conocida la respuesta obtenida, en el sentido que Carlos Eduardo le escribe que ni él ni su padre no estaban en París en enero de 1743, si bien han podido participar en alguna actividad junto a sus partidarios. Pero, el príncipe añade que Clifford y Kilmarnock, a buen seguro sí que estaban presentes. Además, precisa que se trataba del joven Kilmarnock. Y este detalle no resulta indiferente.

En efecto, casi todos los historiadores que se han interesado en el episodio de la vida de Hund han emitido la hipótesis que el Lord Kilmarnock, así citado en esta ocasión, era William Boyd, 4º conde de Kilmarnock, el cual como hemos visto dirige la Gran Logia de Escocia a partir del 30 de noviembre de 1742. Ahora bien, se trata de su hijo James. ¿Por qué es tan raramente citado? Sin duda, porque en 1743, apenas tenía diecisiete años. Nacido en Falkirk el 20 de abril de 1726, se encuentra sin duda en París para perfeccionar su educación, y aprovecha para juntarse con exiliados británicos de su edad. Con él, nos encontramos de todas maneras en parecida circunstancia, como con los príncipes de Hesse-Darmstadt de los que hemos podido ver también su precocidad masónica, o con el de David Ogilvie que apenas tenía diecinueve años cuando llega a París a finales de 1743. La fecha de su propia iniciación no es conocida, pero evidentemente ha de ser reciente. No olvidemos que su padre es el fundador de la primera logia aparecida en sus tierras, en 1734, y que se encuentra pues en buena posición para recomendar a su hijo. James será llevado a la primera cátedra en 1761.

Con Hugh Clifford, continuamos en el ámbito de la juventud, puesto que nació igualmente en 1726, el 29 de septiembre, exactamente. Hijo mayor del tercer barón Clifford de Chudleigh, queda huérfano en 1732 y viene a París, con sus hermanos y hermanas, a casa de su madre Elizabeth Blount en su apartamento de la rue du Bac. Es interesante observar que este apartamento sirve a menudo como lugar de encuentro para extranjeros de paso por la capital francesa. Milady Clifford los recibe gustosa. Es lo que señalan diversos informes de policía. Así, en 1746: «Milady Clifford recibe en su casa a muchos extranjeros»[83]. Más todavía, los Clifford aprecian la compañía de los hijos del conde Charles Radcliffe of Derwentwater,

antiguo gran maestro de la Gran Logia de París. Se les ve frecuentemente juntos, y tienen incluso un vínculo indirecto de parentesco[84]. Es con ellos que será, por otra parte, albergado uno de los hijos de Radcliffe después de la decapitación de su padre en 1746[85]. Este mismo vástago de Radcliffe, será también un protegido del conde de Clermont, gran maestro en ejercicio, que intercederá a su favor en Versalles para hacerle obtener una comisión de coronel en un regimiento.

Esta precisión es necesaria para disipar una ambigüedad. En los testimonios indirectos relativos a la iniciación dicha templaria de Hund, se habla claramente a la vez de Kilmarnock y de Clifford, pero también de un caballero que lleva por nombre de Orden *Eques a penna rubra*, es decir, caballero del penacho rojo y que Hund, sin estar seguro, identifica como a Carlos Eduardo en persona. Dicho de otra manera, el nombre real de este caballero no ha sido nunca pronunciado en su presencia, pero él ha creído que bien podría tratarse del príncipe Estuardo. Por lo demás, lo continúa creyendo todavía en los años 1770 cuando relata su pasado. Ahora bien, como ni el príncipe ni incluso su padre no estaban en París en 1743, ni tampoco en el transcurso de la duración completa de la estancia de Hund, tal error de memoria sólo puede sumirnos en el desconcierto.

Salvo si disociamos, con claridad, dos partes distintas de su relato. Por una parte, hay lo que afirma como hechos; por otra, lo que presenta como suposiciones. En lo concerniente a los hechos, es fácil probar que James Boyd of Kilmarnock y Hugh Clifford están en París en enero de 1743. Y no tenemos ninguna razón para cuestionar el hecho que ambos señores frecuentaran a un caballero del penacho rojo (o pluma roja) en el sentido literal del término. En lo que concierne a las suposiciones, si Hund ha creído que este caballero era el príncipe Eduardo, ¿no sería simplemente por razón de su juventud y de un gran parecido entre los dos? Ya que, numerosos grabados circulan en público que lo prueban y circularán todavía diversos años más. Por razón de su adhesión a la causa jacobita, es difícil de creer que Hund no los haya tenido entre sus manos.

Ahora bien, se revela que uno de los hijos del conde Charles Radcliffe of Derwentwater presenta una semejanza sorprendente con el príncipe Carlos Eduardo. Esto es tan cierto que, el 22 de noviembre de 1745, cuando una fragata inglesa interceptará a un navío transportando pertrechos militares

hacia Escocia, navío que contaba a bordo con el conde y su hijo, diversos testimonios se mostraban convencidos de haber capturado al príncipe, o bien a su hermano menor Henri. Es lo que la Gaceta de Londres publicará en su número del 25 de ese mismo mes. Algunos llegaron incluso a imaginar que el conde Charles Radcliffe era el propio Jacobo III Estuardo[86]. La semejanza se explica por el hecho que en realidad hay aquí una ascendencia común. Charles Radcliffe es nieto de Carlos II, por su madre Mary Tudor, la cual es la hija que tuvo este monarca con su ama Moll Davis.

El hijo Radcliffe implicado en este asunto se llama Jacques Clément. Nacido el 5 de noviembre de 1727, aparece como precoz iniciado. Oficial en el regimiento de Dillon desde el 21 de septiembre de 1741, es sobre todo él quien a menudo es visto en casa de los Clifford, y que se alojará allí de manera bastante duradera a partir de 1746. Habrá obtenido entonces una comisión de coronel gracias al conde de Clermont, y así es como el marqués Jean-Baptiste Boyer de Eguilles lo describía: «es capitán en uno de nuestros regimientos irlandeses, con comisión de coronel; es un muchacho muy serio, pero dulce a la vez y tenido por un hombre muy honesto».[87] Tomemos la palabra de este marqués. Por lo general, no es precisamente tierno con los jacobitas con los que se trata. Por lo demás, tiene el privilegio de poder observarlos en logia, puesto que él mismo es iniciado.

Otro personaje es presentado por Michael Baigent y Richard Leigh para cumplir el papel de caballero del Penacho rojo. Según ellos, se trataría de Alexandre Seton de Montgomerie, 10º conde de Eglinton. Para sostener su tesis, se fundamentan en una corta carta descubierta en los archivos de *Stella Templum*, hallada en el curso de sus propias investigaciones, y fechada de 18 de agosto de 1846. Su autor haría referencia a la espada utilizada cuando la recepción de Hund. He aquí la cita: «El pobre y anciano Kilmarnock -Dios le bendiga- recibió la espada de Alexander Seton / El caballero del Penacho rojo»[88]. Esta información es poco creíble. Parece formar parte de una extrapolación arriesgada.

Alexander de Montgomerie, cuenta por aquel entonces con veinte años de edad. Su presencia en Francia puede ser comprobada en el momento de los hechos. De acuerdo a las costumbres de la época que incitaban a los hombres jóvenes de buena familia a realizar una «gran Vuelta» por el

continente antes de tomar un empleo, llega a París en agosto de 1742, acompañado por Michel Ramsay, primo de André. Si juzgamos por un correo de este, es bien y rápidamente acogido entre las familias francesas más encopetadas, sin descuidar, por supuesto, entre las jacobitas. Divirtiéndose proporcionalmente a como se lo permitían sus finanzas, pasa de la caza a la ópera, de las comidas a las salas de juego[89]. Aunque su destino final siga siendo Roma, no tiene prisa por ir allí. Por otra parte, que sea francmasón, la cosa resulta notoria. El 20 de enero de 1742, es admitido en la logia de Kilwinning por William Kilmarnock, y será gran maestro de las logias de Escocia en 1750. A pesar de esto, no vemos por qué habría de regalar su espada al «viejo» Kilmarnock, puesto que es su hijo, el «joven» Kilmarnock, quien asiste a la ceremonia y que volverá al país algún tiempo más tarde, mientras que Montgomerie proseguirá su camino hacia Italia. Baigent y Leigh focalizan sobre el primero imaginándolo incluso «Gran maestro de la masonería jacobita en Francia»[90]. La equivocación es flagrante.

Sin excluir sin embargo la presencia de Montgomerie en la asistencia, es pues preferible quedarnos junto a Jacques-Clément Radcliffe. Él y sus dos amigos unen esfuerzos para recibir a Hund, apenas mayor que ellos. Pero ¿en qué puede calificarse la ceremonia de templaria? Tanto si nos basamos en el ritual de la Bóveda Sagrada (= Real Arco) como en el de Rosa-Cruz, es perfectamente posible en cualquiera de los casos, tomar apoyo en la gesta de los antiguos templarios para legitimar el recorrido de los Hermanos Escoceses. Reconstruir el templo es su objetivo. Las ceremonias incluyen en cada ocasión, alusiones a los guerreros que ponen su espada al servicio de su fe, a la vez que participan en los trabajos de construcción, con el privilegio, por otra parte, de dirigirlos. Por supuesto, una transposición «mística», de acuerdo a una fórmula recurrente, consistente en evocar y referirse al templo inmaterial que cada uno debe aplicarse a edificar en sí mismo. Pero el proceso de ascenso en los grados, en este sentido tan simbólico como el de las logias azules, no puede prescindir de la literatura dedicada a los antiguos caballeros de Occidente que fueron creados para Oriente.

Dicho esto, nada indica que el trio Kilmarnock-Clifford-Radcliffe funcione en el contexto de una logia o de un capítulo organizado de acuerdo

al modelo en lo sucesivo habitual, con los Hermanos ocupando Oficios distintos y otros componiendo la asistencia. Parece por el contrario que todo tuvo lugar en pequeño comité, en la intimidad más discreta. ¿Es ello por razón del elitismo marcado que persiste en los círculos jacobitas? ¿Es acaso por la puesta en sueños pronunciada por Jacobo III en 1738, que inclina a desobedecer, pero sin comprometerse? Es posible. En cualquier caso, tengamos en cuenta que la cronología merece ser tomada de lo más cerca posible. Si Hund es acogido, el 2 de enero de 1743 en un grado superior presentado como el *nec plus ultra*, al día siguiente es elegido para que lleve la dirección de la logia *Les Trois compas* y es el 6 de enero que propone cambiarle el título distintivo. En la medida que su presencia en París es relativamente reciente, la promoción al ejercicio, más bien rápida, de tal responsabilidad es sin duda debida a los favores de los que gozaba, justamente, por su vinculación jacobita. Por otra parte, su corta biografía dice, que procede al cambio de título invocando «en el nombre del gran maestro». A principios de 1743, todavía lo era el duque de Antin, y sabemos que él mismo ha tenido un capítulo Rosa-Cruz durante dos años.

Insistimos sobe la juventud del trio. No estando citados, los antiguos parecen querer quedarse a prudente distancia. ¿Es porque sus escrúpulos los llevan a respetar la consigna de Jacobo III? Cabe creerlo. Los jóvenes, apenas eran adolescentes en 1738. Por otro lado, los veteranos de la generación de sus padres, bien podrían optar por una animación mucho menor. Excepto para apoyar en lo sucesivo la causa de Carlos Eduardo como el Conde Marischal, operaron una especie de retirada a un segundo plano entre bastidores o en el secreto de grupos cerrados. En lo que concierne en particular a Charles Radcliffe of Derwentwater, ha manifestado siempre una perfecta lealtad ante su rey. Este antiguo gran maestro ya no ejerce ahora ninguna responsabilidad en el seno de la Gran Logia del reino de Francia, y nada muestra que tenga cualquier otra en una logia particular.

Haciendo un recorrido por la correspondencia de Sempill, entre otras, incluyendo el episodio en el que se irrita por la conducta de Marischal, se comprende rápido que el invierno de 1742-1743 es particularmente propicio a una concentración, en París, de personalidades jacobitas implicadas en la red política, y basta con dirigirse a los repertorios de francmasones de la época para darse cuenta. Pero son de preferencia los recién llegados a la

Orden los que aparecen más a menudo en primer plano de la escena. Por esta misma razón, no parece anormal, muy al contrario, que el barón de Hund, se aproveche de lazos afines.

Fuera de París, se puede apreciar que los años 1742-1743 confirman la aparición de al menos dos grados por encima de la escala simbólica. La prueba es aportada por el registro de la logia escocesa de Berlín, *L'Union*. Esta logia es fundada el 30 de noviembre de 1742 bajo el impulso de un equipo cuya mayoría de miembros son franceses. Dicha logia sólo confiere el grado de Maestro escocés a Hermanos que ya disponían de los tres grados azules. Un año más tarde, día por día, cuando festeja su primer aniversario, se observa una novedad. El antiguo venerable que deja la cátedra crea a su sucesor Caballero de la Orden escocés, dicho también Caballero de la Orden de San Andrés. En el registro de arquitectura, esta caballería no es nunca mencionada antes. Más todavía, una vez realizada esta operación, el nuevo venerable crea a su vez Caballero a su predecesor, así como a una decena de otros Hermanos[91]. El procedimiento parece entonces curioso, en el sentido que un francmasón no adobado todavía se permite hacer caballero a un segundo, para ser a su vez adobado por él. Pero, es difícil de creer que estos precursores del Escocismo en Berlín se sitúen en el terreno de la invención pura y simple. Proceden por imitación de lo que ciertamente sucede en otras partes. Como son en su mayoría franceses, nos creemos en el derecho de conjeturar que tienen su modelo de Francia. ¿Y no se dirá después, en los rituales de la década de 1760, como hemos visto, que el Caballero de San Andrés es otro nombre para el de Rosa-Cruz?

En el seno de *L'Union*, excluimos toda influencia de la obediencia londinense. Dicha influencia no puede ser imaginada de ninguna de las maneras. El vocabulario empleado en las actas de las sesiones, los símbolos y metáforas que sirven de referencia a las gestas cumplidas, y por supuesto la fecha conservada para la reelección de oficiales, así como en primer lugar la evocación a San Andrés, todo esto se inscribe en una coherencia que no debe nada a un improbable ascendente de la francmasonería inglesa tal como fue instituida con la creación de la Gran Logia de Londres en 1717. A buen seguro, una vez más, nos falta aquí poder disponer de los rituales de Berlín para saber en detalle cual es la orientación asignada al otorgamiento

de grados. Nada impide que se perciba pues al otro lado del Rhin un lejano eco o una imitación de lo que ya existe, al menos y sobre todo en la región parisiense.

La conexión con la política es igualmente evidente más allá de las fronteras. En marzo de 1743, cuando María Teresa de Austria ordena el cierre de los *Trois Cannons* en Viena, en un primer tiempo, y luego de las dos logias de Bruselas, en un segundo tiempo, está claro que no es por motivos religiosos, sino porque ella piensa que algunos Hermanos pueden estar bajo influencia de Federico de Prusia o de Jorge II de Inglaterra, del que desconfía particularmente a la vista de los virajes diplomáticos y militares sufridos desde hace tres años. Por lo demás, la principal causa de rivalidad entre María Teresa y Federico es el acaparamiento por parte de este, en diciembre de 1740, de Silesia, tierra natal de Hund. Es una lástima que desconozcamos su sentir sobre las guerras que se sucedieron a partir de esa fecha.

En todo caso, nadie dice que haya recibido al término de la ceremonia que le incumbió, la misión de hacer émulos entorno suyo. El privilegio que se le otorga no va acompañado de una especie de programa de reclutamientos que debiera cumplir una vez de vuelta a Lusacia. Que haya tenido el privilegio de ser acogido en la élite de la nobleza jacobita para adherirse a su causa, tanto masónica como política, es una cosa. Otra, que le dieran poder para llevar a cabo a su vez cualquier tipo de proselitismo. Por bien que la noticia publicada por Findel diga que recibió «instrucciones particulares», el alcance de las mismas queda limitado. En la hipótesis contraria, entonces no habría dejado de aludir a ella. Su caso no es análogo al de los príncipes de Hesse-Darmstadt que, parecen haber sido habilitados para crear una logia simbólica en Frankfurt después de su estancia parisina.

Volvamos entonces a las consideraciones factuales bien establecidas. Hasta noviembre, deambula por los medios parisinos. Y luego, el 13 de este mismo mes, estando a punto de regresar a su país, confía el primer mallete de su logia a otro barón, con la idea que podría volver y se reintegraría a la cátedra de Venerable. ¿Quién es este recién llegado? A día de hoy, no se ha logrado todavía identificarle. Y es que la forma de su nombre, tal como consta en el registro de Kittlitz, o por la transcripción efectuada primero por Merzdorf y después por Findel, es defectuosa. Para convencerse, basta con revisar los boletines de la policía encargada de la vigilancia de extranjeros.

El 6 de diciembre de 1743, hace su aparición bajo el nombre de Markau, luego, según sean los humores y la finura de oído de los agentes encargados de espiarlo, será nombrado como Marekel, Merkel, Markek, Marquek, Marquet, o finalmente Markel que acaba siendo la forma más estable. Que sea barón, es al menos repetido unánimemente.

He aquí lo que de él se dice este 6 de diciembre: «En relación con todos los extranjeros», está en París desde hace seis meses. Más bien pródigo en gastos, ya que va dejando deudas por donde pasa, ha tomado habitación en el hotel de la Guette, en la rue du Four. De un tiempo al otro, visita al encargado de negocios del gobierno inglés, Anthony Thompson, y a un enviado de la reina de Hungría (María Teresa de Austria), Paul Gondel. Desconcierta aparentemente a aquellos que le siguen la pista, pues al día siguiente se presenta como oficial inglés en la capital desde hace solamente cinco días. Más adelante, mejor informados de sus costumbres, los moscardones lo describen como alemán introducido en casa del conde de Saxe hasta el punto de permanecer allí largas horas, rindiendo en ocasiones viaje a Versalles, encontrándose con la princesa de Conti, visitando al barón de Sparre y al mariscal de Belle-Isle, sin descuidar a un banquero de Estrasburgo de nombre Morgan, parando en el Café Procope, apreciando la conversación con Pierre Clément, del que conocemos su pluma menesterosa cuando escribe su obra sobre los Francmasones[92], si bien la impresión que se entresaca de la lectura de estos archivos, es que el interesado frecuenta tanto a británicos hannoverianos como jacobitas, y de igual modo a sus compatriotas como a franceses implicados en los recientes tratos diplomáticos efectuados en Frankfurt, con el aliño notable que, en este disparatado conjunto, se cuentan muchos iniciados.

Pero el 19 de febrero, ¡triste noticia!, es anunciada su muerte. Acaba de perecer en el incendio que ha destruido el Hotel de las Damas de Francia, en la rue La Croix des Petits-Champs en el que se alojaba en ocasiones, y que era, al parecer, una guarida de espías[93]. Entonces, reacción casi inmediata, Thomson y su compadre Gondel se las arreglan para apoderarse de los efectos personales que tenía en su habitación del Hotel de la Guette[94], pero la policía parisina informada hace embargar estos papeles y precintarlos. ¿Incluían documentos políticos comprometedores? Imposible saberlo, no llegaron a ser archivados. En este momento, y solamente en

este, se dice únicamente que su verdadero nombre sería Menisberg, lo que no cambia en nada el hecho que pudiera haber llevado legítimamente el título de barón[95]. He ahí, poco más o menos, todo lo que se dice de él.

Si bien, los numerosos informes policiales de los que ha sido objeto son bastante inquietantes, por otras dos informaciones que estos aportan. La primera, es que se encuentra muy a menudo en compañía de diversas personas sea cuando está en el hotel de la Guette, en el que tiene su habitación, sea cuando almuerza o cena en la casa de comidas de Georges Ostman, rue de la Comédie. Ahora bien, Ostman era así mismo el gerente del hotel de la Guette, y este hotel es designado desde hace tiempo como lugar de alojamiento preferencial de los alemanes cuando vienen a París, por una parte, y como lugar disponiendo de espacio adecuado donde poder reunirse una logia masónica, por otra. De este modo, en 1737, cuando la policía enviada por el cardenal de Fleury trataba de poner fin a estas asambleas, los habituales de este hotel no mostraban ninguna voluntad de obedecer[96]. En ese momento, el hotel es regentado por el señor Lavau y su esposa, que no desdeñan, por lo demás, en avisar a la policía. Si por hipótesis no es posible masonear en su casa, siempre podrá hacerse en casa Ostman, el cual mostraba buena disposición ya en los años 1730 (el conde de Sparre, precursor entre los iniciados suecos, era uno de sus mejores clientes). ¿Es pues ahí que se tiene, hasta la inesperada desaparición de Markel, la *Loge Étrangere*? Esto es bastante probable. Es muy probable también, que cayera en sueños a consecuencia de este trágico acontecimiento.

La segunda información es que, entre los británicos con los que Markel tiene relación, se distingue a un capitán, de nombre Vincent[97], descrito por los policías como uno de los oficiales del almirante Thomas Matthews, jefe de la escuadra al servicio del gobierno de Londres, que se mueve en ese momento por el Mediterráneo. No solamente se revela que este almirante es presumiblemente favorable a la causa de los jacobitas, sino que está emparentado con William Matthews que el mismo gobierno ha nombrado como gobernador general de las Antillas inglesas, y cuyo nombre aparece en un cuaderno que incluye el ritual de la Bóveda Sagrada, con el que habría sido conferido el grado de Perfecto Elegido Escocés a Étienne Morin cuando este es hecho prisionero en las islas Caribe en 1743. Este

gobernador habría sido designado Gran Maestro Provincial de la Gran Logia de Londres en 1739. Desde entonces, tiene autoridad únicamente sobre las logias simbólicas. Por tanto, trabaja también el Escocismo. Digámosle hannoveriano de uniforme militar, pero estuardista de mandil masónico.

En cuanto al capitán comisionado en París, se trata de Philip Vincent, que ha dejado el *Royal Ark* del que garantizaba el mando desde agosto de 1741. Sus afinidades son parecidamente orientadas, puesto que pasa gran parte de su tiempo en casa del marqués Jean-Marie François del Parque de Locmaria, con notorias tribulaciones masónicas[98]. Su conducta es juzgada de equívoca sin lugar a dudas, ya que se le sabe al servicio del rey Jorge II, y no deja de decir que está descontento hasta el punto de pensar en dimitir, cosa que algunos observadores, fiándose de las indiscreciones de su doméstica, se inclinan a pensar que no es sincero[99], pero nada de menos cierto ya que no volverá a su mando y pronto dejará la marina.

He aquí porqué, para Markel, finalmente las responsabilidades al frente de la *Loge Étrangère* habrán sido muy breves. Pero, ¿qué más está sucediendo en la capital francesa que sea significativo desde el punto de vista masónico? La Gran Logia de París se reúne de urgencia tras la muerte del duque de Antin, gran maestro en ejercicio. Desde su elección *ad vitam* en marzo de 1740, y su instalación durante la cual no se privó de hacer leer el discurso de Ramsay, apenas habrá tenido tres años para tratar de llevar a cabo la reforma de la Orden en el reino, reforma que juzgaba necesaria y contemplaba excluir las logias a su modo de ver mal compuestas. El conde de Clermont, de sangre real, garantiza su sustitución. Se trata de un aristócrata a la escucha de su «primo» Jacobo III, no lo olvidemos, al que manifiesta y manifestará durante largo tiempo sus simpatías, y que concede al mismo tiempo una gran atención a la masonería escocesa. Por lo general, se cree que es exactamente lo contrario a lo que dejan entender los reglamentos generales que, según la vulgata, habrían sido concebidos el día mismo de su elección, reglamentos que denuncian en efecto la maestría escocesa vista como superflua y no mereciendo en nada la consideración que reclama. Pero la vulgata se equivoca.

El artículo de estos reglamentos en cuestión es el veinteavo y último. ¿Está realmente inspirado por Clermont? ¡No! De hecho, la fecha en que

estos reglamentos son aprobados es el 11 de diciembre, y la elección de Clermont no ha tenido lugar todavía. Se cumple al día siguiente. El día 11, son los antiguos oponentes al duque de Antin, los que, temiendo su reforma, tratan de imponer su marca. Siendo la piedra de toque de la historia, la cronología, descuidar o no tener en cuenta este desfase es una grave falta. El 12 de diciembre, he aquí lo que escribe el teniente de la Policía Claude-Henri Feydeau de Marville a su ministro Jean-Frédéric Phélyppeaux de Maurepas: «Los francmasones están de duelo por la muerte del Señor duque de Antin su gran maestro: han de reunirse para elegir a otro, se dice que los votos podrían estar en disputa entre el Señor conde de Clermont y el señor de Mailly».[100] En cuanto a los reglamentos, son presentados de la manera siguiente: «Reglamentos generales extraídos de los antiguos registros de las logias al uso en Francia, con los cambios hechos en Gran Logia reunida, el onceavo día del mes de diciembre de mil setecientos cuarenta y tres, para servir de reglas a todas las logias de dicho reino»[101].

Son las declaraciones ulteriores de Joseph-Jérôme Le François, dicho de Lalande, en la *Encyclopédie* de 1779, las que inducen a error, puesto que sitúan la elección el 11. Los autores que lo han seguido, no han hecho más que parafrasearlo, incluyendo los actuales. Algunos concederán inclusive una benévola atención a una lista general de logias vuelta a copiar en 1762 efectuada a partir de otra copia de 1744 pretendiendo que mostraría el estado de la francmasonería francesa a comienzos de la gran maestría de Clermont, mientras que únicamente corresponde, y además de manera parcial, a la de finales de la del duque de Antin[102]. La mejor prueba que tenemos para afirmarlo es que este duque está situado en cabeza de lista, con indicación de que dirige la Gran Logia. En 1744, muerto y enterrado, no tiene la virtud de poder estar activo de ninguna manera. De hecho, él mismo ha querido en 1741, después de su propia elección, que se hiciera un censo de logias existentes en el reino, con la idea de efectuar la selección, como antes hemos indicado. Es el resultado que se puede encontrar copiado y vuelto a copiar, al igual que los reglamentos generales por él queridos, pero sin el último artículo contra los Escoceses, añadido deprisa y corriendo por los revoltosos.

A la mañana siguiente, Clermont pronto se hace con el control de la situación; y por ello mismo este artículo ya no será discutido durante todo

su magisterio, es decir dieciocho años. Al contrario, es precisamente durante este período que el Escocismo conocerá días fastuosos, pero divergiendo lentamente de la matriz jacobita original. ¿Qué dice este sulfuroso artículo? In extenso: «Como hemos sabido que desde hace poco algunos hermanos se anuncian bajo el nombre de maestros escoceses, y forman ciertas pretensiones en logias particulares y exigen prerrogativas de las que no se conoce ningún rastro en los antiguos archivos y costumbres de las logias extendidas sobe la faz de la tierra, la Gran Logia ha determinado, a fin de conservar la unión y la buena armonía que debe reinar entre los Francmasones, que a menos que estos maestros escoceses no sean oficiales de la Gran Logia, o de alguna logia en particular, sólo serán considerados por los hermanos que como los otros aprendices y compañeros, de los que deberán llevar la indumentaria sin ninguna otra marca distintiva».[103]

Esta prosa es expeditiva y, por lo tanto, no involucra a Clermont ni al equipo que está construyendo a su alrededor. Incluso está empapada en la tinta de la ambigüedad cínica, ya que exonera a los dignatarios de la logia general o de las particulares, centrándose en reprender sólo a los humildes. Este «desde hace poco» que utiliza no es más que una fórmula de pura retórica, que traiciona una emoción ante una repentina publicidad, en el seno de la institución, en provecho de los grados escoceses. Antes de 1743, todo quedaba muy discreto. Las élites se cooptaban sin ruido ni vanidad, y en primer lugar en el propio capítulo Rosa-Cruz del difunto Antin. Asistimos aquí al mismo fenómeno que en 1737, con las gacetas que pretendían parecidamente, saber desde hacía poco que las logias simbólicas campaban a sus anchas por la capital parisina, mientras que la documentación prueba sin contestación posible que había que remontarse a más de diez años antes, con las iniciativas de los jacobitas en la rue de las Boucheries dónde, conviene señalarlo aquí, Ramsay se alojaba en ocasiones. ¡Por no hablar de la generación anterior que se activaba de noche en Saint-Germain-en-Laye!

En 1743, Clermont no se contenta con ejercer la autoridad de su gran maestría en la obediencia simbólica, sino que la ejerce parecidamente sobre los altos grados. ¿Sería hasta tal punto inconsecuente, como para condenar en los reglamentos generales de la primera el interés que manifiesta hacia los segundos? En 1761, su sustituto para los grados superiores, Jean-

Baptiste-Claude Bay de Tellins, recordará sin equívoco la transmisión de autoridad venida del duque de Antin hasta este momento[104], cosa que los historiadores no señalan nunca. Esto, es ya de por sí suficiente para invalidar la tesis de cualquier tipo de hostilidad por su parte. En 1743, no cambia el encabezamiento existente desde años anteriores. En el momento oportuno, veremos incluso como no dejará de insistir un día, sobre sus atribuciones en el control del Rosa-Cruz, y esto indicando ¡que concierne al «príncipe Eduardo»! *What more*?

Por el momento, lo que es cierto acaba de ser dicho. En 1743, es el año en que numerosos jacobitas insulares vienen a París para encontrarse con sus amigos exiliados y concertar con ellos el comportamiento a seguir desde el momento en que se lancen las operaciones de reconquista. Que las logias de estos aprovechen para aumentar el número de recepciones al(los) grado(s) escoceses se inscribe entonces en una coherencia de conjunto. Que simpatizantes franceses o extranjeros, tales como el barón de Hund, sean por su parte admitidos en el movimiento resulta fácilmente concebible. De dónde, en efecto, la sorpresa y la «fuga» de Hermanos pertenecientes a las logias simbólicas que, de lo contrario, se veían dejados de lado. La animación, la veían y la sentían, pero no participaban de ella. ¿Cuáles son aquellos que tienen mejor suerte? Pertenecen a la nobleza, la mayoría militares, y no ignoran que pueden ser movilizados de un momento a otro. La burguesía civil, desde este punto de vista, es más bien indiferente.

Largo tiempo después, la historia sólo tiene en cuenta el año 1745 para estudiar los preparativos de la expedición dirigida por Carlos Eduardo. En realidad, el impulso inicial se dio dos años antes. Como un memorial del 10 de diciembre de 1743 nos ofrece los detalles, Luis XV está claramente decidido a proporcionar su apoyo a Jacobo III. Está previsto hacer aparejar en Dunquerque el 15 de enero siguiente, una flota que transportará combatientes, habiendo partido del puerto de Brest, quince días antes, navíos que darán escolta a la flota[105]. Mejor todavía, el jefe escogido por Jacobo III para ejercer el mando supremo no será otro que el conde Marischal, del que sabemos la prolongada estancia en Boulogne. Salvo que la coyuntura pronto se presentará como desfavorable, de suerte que las maniobras son detectadas y rechazadas, para decepción de numerosos

protagonistas, en primer lugar, del propio Marischal, cuyo prestigio nunca ha llegado a ser muy considerable entre los jacobitas.

A modo de síntesis provisional, se puede establecer de manera firme que el barón de Hund se encuentra en París cuando los jacobitas en el exilio están totalmente determinados a implicarse en una nueva empresa militar concertada con Francia. Los pertenecientes a la fraternidad masónica redoblan el vigor para conferir al menos un grado escocés, dos, o incluso más, a los masones simbólicos que, de entre los suyos, son encontrados dignos de recibirlos. Al mismo tiempo -en el contexto de esta inusitada actividad- satisfacen a algunos extranjeros, sin desdeñar, por supuesto a los compatriotas que permanecieron en el país pero que atravesaron el canal de la Mancha por diversos motivos. No tienen en absoluto el menor deseo de publicidad. Pero el rumor no tarda en llegar a los cronistas más o menos bien dispuestos al respecto, mejor o peor bien informados sobre los objetivos de la Francmasonería en general, y sobre el funcionamiento de las logias en particular. De dónde los ecos que se perciben en ciertas publicaciones de la época. Es cuando se empieza a hablar abiertamente del Escocismo.

La manera en la que Hund recordará mucho más tarde los meses pasados en este ambiente, no contradice en nada lo que los archivos nos dicen. A fuerza de pasar por alto las suposiciones presentadas como tales, en cuanto a la identidad de sus anfitriones jacobitas, sus detractores creen que pueden prescindir de establecer la realidad de los hechos a los que se refiere. Incluso la referencia a Estrasburgo, al final de su periplo de 1743, se revela admisible. Que contribuya a la fundación de una logia llevando por título *L'Épée d'Or*, se presenta perfectamente plausible. Diversos otros casos conocidos, como en Metz o Brest, de logias que han tenido una duración limitada en los años 1740 y cuyos rastros de existencia son a día de hoy únicamente detectables en leves alusiones posteriores al hecho. Es incluso posible que esta logia se haya formado en el Escocismo, si no por instigación de Hund, al menos importando rápidamente grados que tienden a multiplicarse. Permanece alrededor de dos semanas en esta capital de la Alsacia.

Admitido esto, la noticia reproducida por Findel nos deja a la expectativa entre finales de 1743 y el 24 de junio de 1751, fecha que señala la erección de las *Trois Colonnes* de Kittlitz. Ocho años de aparente inactividad parecen

sucederse. Hund, vuelve a sus tierras, ¿pareciendo tomar distancia respecto de la francmasonería? ¿Se alista en el regimiento de Voluntarios del Saxo, al servicio de Francia, del que hemos visto su creación en la primavera de 1743? La Gaceta de Lusacia nos deja al respecto también en medio de la neblina, al igual que el discurso de Kessler. Este último afirma ciertamente que Hund se reúne con Marschall von Bieberstein, a quien incluso se habría referido después de su estancia en París, pero no hay razón para creerlo. No solamente Kessler extrapola a partir de lo que él mismo describe como un «profundo secreto», sino que ninguna investigación no permite a día de hoy clarificar la identidad de este Marschall al que Kessler atribuye la fundación de las logias de Altenberg y de Naumburg, las cuales serían las únicas en trabajar decentemente en Alemania, mientras que todas las otras tendrían tendencia en venerar a Baco, lo que traiciona aquí una tendencia a escamotear las verdaderas preguntas en los archivos que autorizarían tal enjuiciamiento.

Tampoco podemos comprender mejor ahora la alusión al "hermano de su amo" que, según Kessler, habría admitido a Hund en 1742-1743 en su ejército. Presenta en efecto a tres oficiales al regimiento de infantería del príncipe Xavier de Saxe como siendo los primeros francmasones solicitados por Hund para fundar el nuevo sistema de la Estricta Observancia. Según él, pertenecen a la logia de Naumburg, Les Trois Marteaux. Son los hermanos Ernst-Johann-Georg y Conrad-Jacob Schmid, así como a Wolf-Christian von Schönberg, siendo este último el que había servido de tutor a Hund durante su primer viaje por Francia. El hecho es que, François-Xavier de Saxe, nacido en Dresde el 25 de agosto de 1730 hijo de Augusto III de Polonia, sobrino del conde Maurice de Saxe, es sin lugar a dudas titulado como conde de Lusacia. Es igualmente hermano de Frédéric-Christian, ocho años mayor que él, heredero de los principales derechos y títulos paternos, habiéndose hecho llamar conde de Lusacia con motivo de un viaje a Italia entre 1738 y 1740. Que Hund conozca pues al menos a los hermanos Schmid por razón de una confraternidad de armas no resulta imposible. No obstante, es delicado decir más.

Más vale abordar el período comprendido entre 1743 y 1751 desde el exterior, es decir, relatando los acontecimientos mayores que han tenido un impacto en la evolución del Escocismo, o bien aproximándonos a algunos nuevos personajes que serán citados más tarde en la historia de la Estricta

Observancia, aunque Hund no los conoce todavía. En un primer tiempo, detengámonos en la ceremonia de Holyrood de septiembre de 1745 en el curso de la cual Carlos Eduardo Estuardo es armado Caballero francmasón, con una referencia explícita a la antigua Orden del Temple. En un segundo tiempo, analicemos las circunstancias de la aparición de una nueva Orden que, dos años más tarde, presenta a su vez la particularidad de retomar diversos principios organizativos conocidos antaño por los templarios, sin aparentemente tomarlos prestados ni de la Bóveda Sagrada ni del Rosa-Cruz, sino llevando una vez más la huella del sello jacobita. Curiosamente, más de una decena de años después de su extinción en Francia, va a legar una parte de su herencia a la Estricta Observancia.

CAPÍTULO V

EUFORIA, DERROTA, VENGANZA

En 1843, una edición publica en Edimburgo los estatutos relativos a la Orden del Temple tal como quedó establecida en Escocia, haciéndolos preceder de una especie de síntesis histórica en la que es evocada la reunión de Holyrood[106]. En las páginas 16 y 17, es transcrita la carta citada anteriormente del duque de Perth a David Ogilvie: «Es realmente un orgullo ver a nuestro príncipe en el palacio de sus padres, con toda la mejor sangre de Escocia a su alrededor [...] Este último lunes hubo un gran baile en el palacio, y el martes 24 de septiembre, previa convocatoria, hubo un capítulo solemne de la antigua caballería del Templo de Jerusalén celebrado en la sala de audiencias; no estuvieron presentes más de diez caballeros, porque desde la renuncia de Lord Mar al cargo de Gran Maestre, no se ha convocado ninguna reunión general excepto en su propio convento del Norte. Nuestro noble príncipe, el de más valiente aspecto con la túnica blanca de la Orden, tomó su profesión de digno caballero, y después de recibir las felicitaciones de todos los presentes juró que reconstituiría el Temple dejándolo más alto de lo que estaba en época de William el León; luego Lord Atholl dimitió como regente y Su Alteza Real fue elegido Gran Maestre. Le escribo esto sabiendo cuánto ama a la Orden».[107]

Pasemos por alto el papel desempeñado por el duque de Mar y el duque de Atholl, es decir, el marqués de Tullibardine. Ya se ha dicho suficiente al respecto. Examinemos más bien los matices que contienen los términos de gran maestría y regencia. La idea de regencia sugiere que se ejerce un poder en nombre y lugar de alguien otro. Pero ¿de quién? Tanto en inglés como en francés, un regente actúa cuando un monarca es demasiado joven, ausente o aquejado de una incapacidad. En el caso que nos ocupa, solo caben dos

posibilidades. O bien es preciso referirse a Jacobo III que daría por decirlo así, procuración, por el hecho de su alejamiento en Roma. O bien hay que referirse al príncipe Carlos Eduardo que, en el curso de los años 1720-1730, no cuenta con la edad de manifestar su autoridad. Bien pensado, la segunda posibilidad es la más satisfactoria.

Ciertamente, después de la amarga decepción provocada por el duque de Mar que, era el gran maestro y a ese título podía tomar iniciativas, nada impedía al monarca desplazado en Italia, querer confiar la dirección de la Orden al marqués de Tullibardine. Hasta que este decidiera su puesta en sueños de 1738; luego las iniciativas tomadas por ciertos de sus fieles en el sentido de continuar las reuniones en secreto, sobre todo en Francia, en la región parisiense, con Saint-Germain-en-Laye como punto focal. Para aquellos que, por aquel entonces han concebido que toda operación debería ser guiada por el príncipe, les ha parecido normal imaginar un dispositivo de regencia que, por definición, solo podía ser temporal hasta que un cambio en las circunstancias permitiera la recepción de éste a la gran maestría propiamente dicha.

No resulta simple hacerse una opinión respecto a la expansión de los grados escoceses antes de 1750. Son necesarias largas y pacientes investigaciones en un conjunto documental muy dispar por tal de realizar comprobaciones minuciosas y llegar a discernir las líneas de fuerza que orientan en ocasiones hacia Jacobo III y en otras a Carlos Eduardo. En cualquier caso, debemos considerar que en 1745 el duque de Perth emplea las palabras justas para significar que al menos existe pues una personalidad por encima del marqués de Tullibardine, duque de Atholl. Pero el hecho que añade en su carta que Carlos Eduardo deviene a su vez Gran Maestro supone que la Orden pasa efectivamente en ese momento, y sólo en ese momento, por las manos del príncipe. Nada de más conforme: la regencia termina cuando el poder es transferido hacia aquél al que le era destinado.

En este momento solamente, porque es hecho caballero en ese mismo día. No lo era antes. Y he ahí lo que excluye en cualquier caso que, en 1743, cuando el barón de Hund accede a la caballería jacobita, este príncipe pudiera jugar cualquier tipo de papel. Ni el de titular de los grados simbólicos ni cualquier otro; reviste en 1745 la ropa blanca de la caballería en la ignorancia o el desconocimiento de lo que se practicaba concretamente antes. En enero de 1738, por ejemplo, lo hemos visto

interesarse, al igual que a su hermano menor Henri, por la agitación en que se debatían las logias de la capital francesa. Quería saber lo que pasaba y cómo y de qué manera la policía procedía a ciertas pesquisas. Pero nada indica en la documentación que estuviera iniciado. Por el contrario, este secreto al que las gacetas tanta atención prestaban[108], el príncipe todavía no lo poseía.

Si Jacobo III fue informado o no, que las primeras victorias de 1745 contra las fuerzas enemigas estuvieron acompañadas por las solemnidades de Holyrood, lo ignoramos. Nos tenemos que limitar a señalar, una vez más, la estrecha similitud entre lo que se realiza con esta ceremonia y lo que era esperado en 1722. La patente entregada a Mar decía que la condición para instituir la Orden de la Restauración era la reconquista de Escocia. Una vez logrado el desembarco, sería posible crear nuevos caballeros entre los jefes de los clanes. La reunión de 1745 respeta este esquema. Una vez los jacobitas llegados a Edimburgo, organizan una discreta asamblea y limitada en su número para recibir al jefe de su ejército. El cual ejerce, por lo demás una regencia oficialmente en ausencia de Jacobo III. Sin que se tenga la certeza, es posible también que tuvieran lugar otras recepciones. En todo caso, serán los jefes de los clanes que constituían lo esencial del equipo quienes asistirán al adobamiento, por así decirlo, de su príncipe.

Estas consideraciones inclinan a pensar que hubo una clara previsión del acontecimiento, a la espera de los primeros éxitos militares. Parece dudoso que Tullibardine haya aceptado dejar su regencia sin saber a priori que Carlos Eduardo estaría de acuerdo, y que Jacobo III, en lo sucesivo proclamado rey *de jure y de facto*, no mostraría oposición. Lejos de Roma, en el contexto de una soberanía política recobrada, la dinámica de una victoria podría llevar a una flexibilización de las prohibiciones de 1738. La decena de caballeros que compusieron la asistencia sólo podían consentir en ello. Por este sesgo, volvemos entonces a las variaciones alegóricas comenzadas veinte años antes sobre la «nueva ley» o el «nuevo orden». El «hijo del hombre» interviene con acierto para restaurar la dinastía Estuardo y refundar a la vez los tres reinos que componen Gran Bretaña, quedando Escocia de alguna manera como cabeza de puente.

Tres meses después de la velada de Holyrood, en diciembre, el ejército de Carlos Eduardo se encuentra en Derby. Los francmasones de la ciudad

acuden a su encuentro para pedirle si aceptaría firmarles una patente de constitución. Tomando su nuevo papel en serio, consiente. Desgraciadamente, su marcha militar se interrumpe allí, ya que el proyecto de avanzar sobre Londres es diferido. A falta de refuerzos que les permitieran enfrentarse en igualdad de oportunidades las tropas acantonadas en torno a la capital inglesa por el duque de Cumberland, dan media vuelta, por temor a sufrir un ataque sorpresa del enemigo que los debilitaría considerablemente, según el marqués Jean-Baptiste Boyer de Éguilles, a su vez francmasón, y representante oficioso del gobierno francés ante el príncipe[109]. Como la carta del duque de Perth a Ogilvie, esta patente no ha sido hasta hoy reencontrada, lo que lleva a los autores hipercríticos cuando se trata de la historia de los jacobitas, pero más bien laxistas cuando les toca valorizar la historia de los hannoverianos, a desconfiar una vez más y tacharla de superchería. Excepto que, si hubo alguna manipulación, los responsables están en otra parte. En 1813, cuando la masonería inglesa arreglará sus conflictos internos, procediendo a la aproximación de las tendencias divergentes, los antiguos archivos serán destruidos. «La patente original de la logia de antiguos francmasones del condado de Derby [*The Derbyshire Lodge*], cuya sede está en Longmor, fue firmada por Carlos Eduardo en tanto que gran maestro, en Derby en diciembre de 1745, […] siendo sustituida por una patente inglesa en el momento de la Unión en 1813».[110]

No entraremos a valorar los errores tácticos de Carlos Eduardo y la humillante derrota de Culloden que lo obligó en la primavera de 1746 a renunciar de sus propósitos. Pasemos por alto las peripecias que lo trajeron de vuelta a Francia. En el marco de la presente investigación, el hecho destacado que llama la atención es que las relaciones entre padre e hijo se convierten en tumultuosas. Una incomprensión creciente los aleja a uno del otro. Carlos Eduardo rechaza escuchar los consejos que Jacobo III le dirige a través de un intercambio de correos. Hace lo que le da la gana. Animado por un espíritu de revancha, resuelve tomar decisiones políticas sin contar con el parecer de su padre, como la de organizar rápidamente una nueva expedición que lo llevaría a Escocia y le permitiría finalmente obtener una victoria clamorosa. Es con esta manera de proceder que enajena una gran parte de partidarios que tenía hasta entonces. Pero otro grupo está

abrazando su causa. Tanto es así que los masones entre ellos se sienten tentados por la innovación.

Quien dice revancha piensa tal vez en venganza. En historiografía masónica, el grado que desarrolla este tema es el de Kadosk. Durante largo tiempo, se ha creído que su aparición se sitúa alrededor de 1760. De hecho, hay que retroceder una docena de años. La nueva Orden o nuevo sistema que aparece entonces, a la mañana siguiente de la derrota es la de los Caballeros Elegidos. Empecé a probar su existencia en 1996 en una obra dedicada a los gentilhombres de Bretaña que habían abrazado la causa jacobita, como consecuencia del descubrimiento que hice en los archivos Quimper de un manuscrito auténtico que les concernía. Cierto tiempo después, publiqué un artículo de análisis y comentario en *Renaissance Traditionnelle*, en colaboración con Philippe Lestienne que había podido consultar en Poitiers un documento análogo. Pequeña revolución en las esferas de los investigadores: había numerosos autores a los que referirse, fuere para aprobarla tal cual, o fuere para complementarla con otras informaciones en su posesión. En lo esencial era de igual modo irrefutable. El grado dicho de Kadosh es claramente anterior a 1760, y esto vuelve a cuestionar la mayor parte de andamiajes teóricos admitidos durante tan largo tiempo como definitivos.

Volvamos a ello, no tanto para repetir todo lo que ya he podido decir al respecto, como para plantear tres o cuatro puntos que repercutirán en el recorrido de Hund. El primero es relativo a la patente firmada el 4 de agosto de 1749 en favor del barón Friedrich von Vegesack, a fin de autorizarlo a crear capítulos de la Orden en Hamburgo, Lübeck y Schwerin. El gran maestro que pone la primera firma se llama Massanes. Su estado civil es confirmado por los dos documentos de Quimper y de Poitiers: consejero en la Corte de cuentas de Montpellier. Lograremos definir mejor su personalidad gracias a un aplazamiento de los actos que le confieren su cargo de magistrado y de algunos hechos que marcan su existencia.

Nacido el 24 de octubre de 1730, en una familia de la alta burguesía, queda huérfano de padre a los quince años. Como parte de su herencia incluía este oficio de consejero, su madre lo autoriza a solicitar una derogación a fin de poder ejercer el cargo antes de la edad legal, que era a los veinticinco años. De inmediato, se traslada a París, provisto de los documentos justificativos necesarios y del dinero a abonar al receptor de

rentas del estado. El 10 de diciembre de 1745, tiene la satisfacción de obtener su carta acreditativa; pero la misma estipula que no podrá ejercer como tal hasta tener los veinte años cumplidos; dicho de otro modo, que tendrá que esperar hasta 1750. En consecuencia, dispone de cinco años para perfeccionar sus conocimientos de derecho y aprovechar de su tiempo disponible. Esta es la explicación de su presencia en la capital. Más adelante, de vuelta a Montpellier, permanecerá soltero, aficionado a las letras y las artes, lo que no le impedirá vivir en concubinato, tener hijos, y regularizar esta situación antes de su muerte que sobrevendrá el 21 de agosto de 1784, con inhumación en el cementerio de Cordeliers.

En 1749, ¿no sería demasiado joven para ejercer una gran maestría? Cabe creerlo y plantearse las lógicas dudas acerca de su adecuada madurez para el oficio. Salvo que la documentación es perfectamente clara. En efecto, la firma trazada sobre el diploma de Vegesack[111] es idéntica a la que puede verse en otros documentos autógrafos posteriores. Muy probablemente, fuera iniciado en una logia de Montpellier en tanto que hijo de un Hermano[112], pudiéndose muy bien beneficiar de una dispensa de edad, por su condición de hijo de masón. La manera cómo entrará en contacto con otros innovadores en los altos grados, nos lo sugieren distintos indicios convergentes. Su padre ha sabido establecer vínculos con los jacobitas presentes en Montpellier y alrededores. Algunos de ellos, no nos son desconocidos, como es el caso de Thomas Salkeld, ese «caballero del cuadrado» que acompaña Atterbury en 1728 por la ciudad, y que se encuentra con Henri de Bosc, a su vez consejero en la Corte de cuentas, bajo cuya protección pasan ciertas correspondencias dirigidas al obispo[113]. Como la familia de Bosc y la de Massanes tienen parentescos comunes, frecuentando los mismos lugares de encuentro, es normal que su curiosidad los haya inclinado a compartir la sociabilidad de los pioneros de la francmasonería en la Provenza[114].

¿Gabriel es el primer gran maestro en ejercicio? Lo es en 1749, y es él quien hace establecer los reglamentos de la Orden. Él es quien los firma. No obstante, la lista de diferentes presidentes de los capítulos se encuentra ya bien provista, si bien, puede creerse que los primeros momentos de su formación tienen una anterioridad tan solo de algunos meses, incluso de uno o dos años. En todo caso, al año siguiente, cede su lugar al conde René-

François-André de La Tour du Pin La Charce, brigadier de los ejércitos reales. Massanes por su parte pasa a ocupar el cargo de secretario. Su dirección queda ahora indicada en Montpellier, lo cual es conforme con lo que sabemos respecto a la obligación que tiene de entrar en servicio una vez haya alcanzado los veinte años de edad. Precisión suplementaria: las elecciones a la gran maestría son realizadas con motivo de la San Juan de invierno de cada año. En este aspecto, la tradición escocesa no varía.

Antes de que establezca una patente autorizando a Vegesack a crear escuela más allá del Rhin, es el conde de la Tour du Pin quien recibe al barón en su propio capítulo, como resulta de una declaración ulterior de este último[115]. Este recién llegado al relato no se trata de ningún neófito. Nacido el 30 de noviembre de 1715 en Ypres, capitán de infantería a los quince años, es promovido a comandante de la compañía, coronel del primer batallón del regimiento de Bourbon de infantería, y poco después a coronel del mismo en 1740. Es con este título que aparece en la documentación masónica, en 1743, siendo entonces el Venerable de la logia formada en este regimiento[116]. Entre tanto, contrae matrimonio el 13 de febrero de 1741 con Louise de Chambly, con la condición de que el primer hijo surgido de dicha unión lleve el nombre y las armas de Chambly.

Brigadier el 20 de marzo de 1747, participa durante el mes de julio siguiente en la batalla de Lawfeld, cerca de Maastricht, en el ejército mandado por el conde de Clermont. Desgraciadamente, es tan gravemente herido en las piernas que se plantea abandonar el servicio activo. Se retira entonces a su castillo de Bosmont, pero efectúa frecuentes estancias en París. De ahí su implicación entre los Caballeros Elegidos. ¿Puede que el interés que le presta, fuera por razón del lejano ancestro de su mujer, Louis de Chambly que acompañó a San Luís en las cruzadas de 1270? Quizá tenga en cuenta también otros vínculos existentes, ya que tiene como primos a íntimos del entorno de los Bosc y los Massanes de Montpellier, como se puede comprobar por los matrimonios establecidos[117].

Sean las que sean las respuestas, el hecho es que él también es cercano al conde de Clermont, propietario del regimiento de Bourbon, y que éste último no se ha mantenido ajeno a los acontecimientos que han marcado la orden masónica en el decenio transcurrido.

Vayamos entonces a sir Stuart presentado como «hijo del lord alcalde de Edimburgo» en el manuscrito de Poitiers, y transformado en «Etuvar» sin ninguna otra indicación, en el de Quimper. Se trata de James Steuart of Goodtress and Coltness. Nacido el 10 de octubre de 1713 en una familia de juristas, no es su padre quien fue alcalde de Edimburgo sino su bisabuelo, James Steuart of Kirkfield and Coltness, puesto que cumplió dos mandatos, en 1648-49 y 1658-59. La corta biografía que le he dedicado, apenas resume su trayectoria personal[118]. Por lo relacionado con la presente investigación, recordaré que está implicado, al menos a partir de 1741 en los preparativos de la operación militar promovida por Jacobo III. En 1745, se encuentra en el centro de la acción, cuando Carlos Eduardo le confía la misión de ser su mensajero personal ante la corte de Francia. De este modo, en una carta a Luis XV, el príncipe escribe, llevado por la euforia de sus primeros éxitos: «Os envío la presente por mediación de Stewart [Steuart], en quien podéis tener toda confianza. Es un hombre probo y fiel, perfectamente informado de todo lo que ha tenido lugar hasta hoy. Lo lamentaré, pero espero estar pronto compensado de esta pérdida con su pronto regreso, con las noticias más agradables que pueda recibir, me refiero a la salud de Su Majestad y la de mi querido hermano [Henri, Duque de York]».[119] El marqués de Éguilles le confía parecidamente pliegos confidenciales[120].

Según fuere necesario, Steuart, hace rápidos viajes a ambos lados del canal de la Mancha. Después de la derrota de Culloden, se refugia temporalmente con su familia en Fontenay-aux-Roses. Al mismo tiempo, se preocupa por la suerte de sus camaradas de combate que han logrado evitar la captura, que han pasado a Noruega con el objetivo de llegar a Francia, vía Suecia y Prusia, pero que han sido detenidos en el camino y puestos bajo estrecha vigilancia. Se propone enviarles, trescientas libras esterlinas de las que dispone procedentes de los fondos de guerra, a fin de subvenir a sus necesidades más urgentes[121]. A su cabeza: David Ogilvie, el mismo que sabe como promotor del Escocismo templario en sus tierras. Steuart recibe correos alarmantes, ya que temen ser expulsados a Londres donde no dejarían de ser juzgados y condenados a muerte. Una enérgica intervención de la diplomacia francesa relaja la tensa situación, lo que alegra a Steuart[122], y le permite retomar sus trabajos masónicos, teniendo una logia dicha de

Kilwinning en la que inician, el 6 de agosto, en Ystad, al menos a uno de los oficiales suecos que le acompañan, Georg-Magnus Sprengporten[123].

Que Steuart continúa formando parte del círculo íntimo de Carlos Eduardo, lo demuestra el hecho que, también aparece en otras correspondencias. Lo visita en su retiro provisional de Clichy. Lo ve en compañía de otro jacobita que se cruzará más tarde en el camino de Hund: Andrew Lumisden[124]. Sin embargo, a mitades de noviembre de 1747, Steuart, se halla a punto de partir con destino a Rouen, juntamente con Lumisden, así como con Stuart Threipland. Y es esta última información la que autoriza a pensar que la Orden ha comenzado a formarse probablemente antes de esa fecha. No podemos asegurar si, el príncipe, ávido de revancha es su inspirador. Por lo menos, está ciertamente informado de ello, especialmente porque son sus reveses de fortuna los que sirven como marco de fondo para el tema del ritual. Tanto en público como en privado, no deja de decir que su deber es reemprender el combate. Su derrota exige una revancha, un feroz deseo de un rápido recomienzo de la guerra contra aquellos que lo han vencido. Los Caballeros Elegidos reproducen en el ritual, si se me permite decirlo, toda la dramaturgia relacionada. Una vez más es reivindicada una filiación más o menos continuada con los antiguos templarios que se habrían refugiado en Escocia tras el proceso que les fue infligido en el siglo doce. He tenido ocasión de comentar diversos de esos pasajes en mis diferentes publicaciones.

Señalaremos que Steuart no se encontraba en Holyrood el 24 de septiembre de 1745, puesto que había partido pocos días antes rumbo a Francia. Esto nos deja en la indecisión de saber si pudo contarse entre los caballeros iniciados antes de la recepción de Carlos Eduardo a la gran maestría dicha templaria. Una cosa es segura, no obstante, a saber, que la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos quiere ser distinta, separada, de toda otra Orden escocesa formada antes que ella. Esto es fácil de establecer por la lectura de sus reglamentos. En efecto, el grado es propuesto inmediatamente después de la maestría simbólica, sin intermediación. Está pensada como una prolongación normal, sin consideración por ninguna otra, como si se tratara de ignorar lo que, anteriormente haya podido ser inventado dentro del Escocismo. O bien de oponerse a ello. Aunque retome determinadas escenas, como la de la cripta subterránea iluminada por una

lámpara, y en la que un nuevo caballero "obtiene el fruto de su elección", ya no se trata aquí de dulzura, compasión y abnegación, sino de puñales y golpes infligidos a un traidor simbólico hasta que sobreviene la muerte.

Otra particularidad: por primera vez, se establece una distinción entre dos categorías de miembros. En la exposición de los estatutos de la Orden, dicha particularidad aparece de la manera siguiente: «Se debe llevar el cinturón de la espada sobre el hábito; los eclesiásticos llevan una cintura blanca ribeteada de negro a modo de cinturón». En otros términos, hay aquellos cuya vocación es combatir, y aquellos otros que se dedican con preferencia a la plegaria. Los segundos, según el vocabulario de la época, ¿acaso no son los clérigos? Ahora bien, he aquí lo que pondrá a Hund en un aprieto cuando será abordado, en julio de 1767 por el luterano Johan-August Starck, el cual le hará precisamente mención de un clericato, a partir de una serie de confidencias que le fueron hechas por Vegesack antes de esa fecha. Hund se preguntará de dónde viene ese clericato, quedando turbado por las similitudes entre los conocimientos tenidos por Starck sobre la filiación que dice poseer y los poseídos por él mismo en la suya. Tengamos paciencia para ver cómo.

La conclusión a tener en cuenta provisionalmente es que, los riesgos ulteriores de confusión en cualquier ensayo de reconstrucción histórica, quedan aumentados por el hecho que, para ser indudablemente los inventores del Escocismo, los jacobitas participan de al menos tres movimientos separados. Sabemos de la aparición del Royal Arch en los años 1720, del Rosa-Cruz después de 1738, y finalmente en 1747 viene la Orden sublime de los Caballeros Elegidos. Individualmente o en grupos restringidos, no buscan espontáneamente la armonía de los sistemas. Tanto es así que, realmente no sabemos cuál es la significación que se le quiere dar en cada ocasión a los epítetos templarios. Retomemos el ejemplo de David Ogilvie. En 1745, él está ya instruido de la francmasonería que, en Holyrood, hace referencia a la antigua Orden del Temple. Acabamos de ver cómo, en verano de 1746, prisioneros en Noruega, intercambia correos con James Steuart, y se encuentra con él en París después de su liberación. Pasados algunos meses, obtiene de Luis XV el título autorizándolo a llevar un regimiento a su nombre. Saber, por la carta del mayor Pollet en 1763, que los oficiales de su estado mayor practican la francmasonería del Royal

Arch, no es pues una sorpresa. Por tanto, su nombre no aparece en las listas de los Caballeros Elegidos, al contrario que el nombre de su amigo Steuart.

Tampoco está el nombre de Carlos Eduardo en estas listas. Aun así, al tratar de promover el Clericato en la Estricta Observancia, Starck citará a este príncipe Estuardo como gran maestro de la Orden "templaria" postulado como sucesor directo del homónimo de la Edad Media. Cosa que establecería la ligazón con los Caballeros Elegidos, añadiendo que la investidura del conde de La Tour du Pin, como maestro provincial de Auvernia, habría sido debida a este príncipe[125]. Más o menos, utilizó el mismo discurso en una carta del 14 de marzo de 1775, dirigida a Ernst-Werner von Raven "bajo el sello del secreto"[126]. Tales extrapolaciones provocadas por los recuerdos fragmentarios de Vegesack, pero también probablemente por las de los militares del regimiento de Condé en un contexto que se resumirá más adelante, tendrán una apariencia de compatibilidad con los recuerdos personales de Hund. Esto no será lo que simplifique precisamente el conjunto del dossier, muy al contrario.

En un examen más profundizado, y antes de continuar, ponemos en duda la exactitud de los comentarios de Starck, porque nuestros documentos auténticos dicen que La Tour du Pin representaba a Île-de-France en 1750, y no la Auvernia[127]; pero esto no es óbice para que, para los protagonistas de los años 1760 tuvieran, por su parte, la íntima convicción de estar en lo cierto. Basta con que, en sus intercambios, tuvieran en determinados momentos referencias comunes (los Estuardo, Jacobo III, Carlos Eduardo, la francmasonería, la caballería templaria…), para que se inclinaran por el sincretismo. Lo que uno ignora, el otro lo toma por verdad, y así recíprocamente. Desde este punto de vista, el estudio de la historia de la Estricta Observancia debe tener en cuenta estas modificaciones operadas de buena fe, sin buscar sin embargo la conformidad con los hechos invocados.

Pero otros Caballeros nos interesan del repertorio efectuado en 1749. El primero de ellos es Frédéric Zollicoffre de Altenklinge, que representa a la Suiza del Norte. Nacido el 30 de octubre de 1674 en Sankt Gallen, pertenece a una rica familia de banqueros y negociantes. En 1743, como muy tarde, forma parte de la primera logia erigida en Burdeos y denominada *L'Anglaise*. Como tiene acciones de las minas de Poullaouen en Bretaña, se acerca en ocasiones por la ciudad portuaria de Brest. En esta

ciudad, juega el papel de diputado de su logia para instalar la logia general *L'Heureuse Rencontre* el sábado 4 de diciembre de 1745. Lo hace en asociación con Jean-Baptiste-Dieudonné Petit de Boulard, de a poco en esta capital de Poniente, proviniendo de la Martinica donde ejercía las funciones de magistrado, y donde Étienne Morin ha dirigido su iniciación en la *Perfection Écossaise*. Sabiendo que Morin es, por otra parte, visitante bastante asiduo de *L'Anglaise* aprovechando sus idas y venidas entre ultramar y la metrópoli, cabe pensar que Zollicoffre se lo encuentra también, si bien éste es informado de las novedades que este último comunica aquí y allá por donde pasa después de haberlas recibido a su vez en otra parte. Este es justamente el caso para el grado de la Bóveda o, si se prefiere del Royal Arch, teniendo el «cuadrado» como leitmotiv de su ritual. Ahora bien, el hecho de acoger el de Caballero Elegido como cuarto detrás de los tres simbólicos significa que hay una clara divergencia o, por lo menos, paralelismo de dos sistemas separados.

La confirmación nos es aportada por la situación de Jean-Baptiste Veyres, indicado como dirigente del Capítulo de Saint-Pierre en la Martinica. De una familia negociante de Bayona y Biarritz, hermano de Mathieu, un vigoroso capitán de navío, francmasón, se lo conoce como Perfecto de Escocia con su compromiso entre los Caballeros Elegidos. De vuelta a casa en la primavera de 1750, tiene la posibilidad pues de elegir entre los dos sistemas. ¿Es esta la razón por la que entra en conflicto abierto con algunos de sus Hermanos de ese Oriente? Morirá el 17 de septiembre de 1753 sin que haya podido hacerse una opinión respecto al proselitismo por él realizado. Zollicoffre le seguirá en su camino a la tumba el 26 de marzo de 1756, ignorándose igualmente si pudo llegar a crear escuela en Saint-Gall.

Releamos ahora una carta escrita el 16 de mayo de 1750 por Petit de Boulard, dirigida a la atención de sus amigos de Burdeos, carta confiada a Morin para que fuera el portador. Alegando la experiencia adquirida y el contacto con los Hermanos que tenía desde hacía seis años, asegura que, por lo que conocía, las «verdades Escocesas estaban sepultadas» en un caos, y que él se ocupó de ponerlas en orden. «De buena fe, solo eran misterios porque apenas tenían sentido común». Valorando que el grado de Elegido Perfecto es el más clarificador, gracias a lo cual los iniciados se reconocen todos como amigos «bajo la Bóveda sagrada» añade así mismo haber aumentado por su cuenta el posible catálogo añadiéndole el de Caballero de

Oriente. Considerando que de este modo se respeta una sucesión «natural», previene sin embargo que, si por su parte ha recibido este grado en las mejores formas gracias a los cuidados de «muy dignos Hermanos», existe en París otra versión que estima como no-auténtica. «Existe un Consejo de Caballeros de Oriente en París, pero, además de no poseer nuestro Escocismo, caen abiertamente en el error en lo que se refiere a los conocimientos de Oriente».[128] Nos gustaría saber entonces en quién está pensando.

En 1750, existe sin ninguna duda el Gran Capítulo de altos grados presidido por el conde de Clermont, en sucesión del duque de Antin. Es un capítulo Rosa-Cruz que, sin equívoco posible, tiene como referente al príncipe Eduardo. Esto no impide la existencia de otros dos o tres. Pensamos especialmente con el dirigido por André de Gilly desde 1737. Ahora bien, se trata todavía de reivindicar el patronazgo de Eduardo. En una patente entregada el 10 de junio de 1747 a Jacques Ollivier, de Montpellier, probablemente el emprendedor de la manufactura real de azulejos; precisa ser en efecto el «gran maestro de la única y verdadera Logia Escocesa Saint-Édouard fundada en París bajo los auspicios del muy excelente maestro Derwentwater, Gran maestro de las logias de Gran Bretaña, del que tenemos nuestros poderes»[129]. Pasemos sobre la fórmula que atribuye a Derwentwater la cualificación para dirigir las logias británicas. Perfectamente legítima a ojos de los jacobitas que recusan la obediencia hannoveriana, ella es más virtual que real, al igual que la referencia a Edimburgo en los documentos que la inspiran. Cuando menos, podemos confirmar que la logia de Gilly existe en tiempos del duque de Antin, puesto que la misma es mencionada en una lista establecida, como muy tarde, en 1743. Pero, por otra parte, en 1747, Montpellier, ¿no es acaso la ciudad de residencia habitual del Caballero Elegido, Gabriel de Massanes?

Gilly pertenece también a otra asociación que practica la alegre convivialidad, la Orden del Hacha. En 1750, el 23 de diciembre, uno de los nuevos miembros cuya recepción está organizada no es otro que Petit de Boulard. Más todavía, esta asociación comprende a tres otros signatarios de la patente otorgada a los de Montpellier. A saber: Charles de Valois (al que yo confundí con su hermano Adrien-Joseph en un anterior estudio[130]) que es

el «padrino» de Gilly cuando su recepción el 2 de junio de 1745, Louis Pecquet, negociante en rue des Lombards[131], Bénigne Dujardin, relator del Consejo de Estado, mucho más interesado por la literatura que por los expedientes jurídicos o administrativos[132]. Mientras tanto, estos mismos han fijado por escrito, el 2 de abril de 1748, los reglamentos que deben ser observados por «todos los Excelentes maestros esoceses» donde el Caballero de Oriente está presente como grado último del encaminamiento iniciático. Valois pasa todo a limpio, y firma como «secretario y archivero de la Gran Logia de los maestros Escoceses»[133]. ¿Es entonces a este consejo formado bajo este estandarte que Petit de Boulard hace alusión, como si estuviera en el error, arriesgándose a provocar un cisma?

No lo creo. A menos que le aceptemos una inclinación por la hipocresía, tenemos derecho a inferir que es con Gilly, Valois y otros que descubre su propio grado de Caballero de Oriente. Crea su Capítulo personal a continuación. Por consecuencia, no es imposible que aquellos a los que denuncia acerca de sus corresponsales burdigalenses sean más bien los Caballeros Elegidos. Ha oído hablar de ellos, tiene ecos de sus ceremonias. Sin ninguna duda, ellos también hacen reivindicación de Escocismo, pero el grado que ellos brindan no aparece en este «desenmarañador del caos» en coherencia con aquellos que él ya posee. «No hay que sacrificar nunca la tradición a la paz».[134] ¡Eso es lo que se dice! La tradición protesta contra la innovación. El mismo Morin, que conocía a Veyres por razón de su pasado común en la Martinica, está en disposición de extraer informaciones que le permiten comprobar que el cambio de óptica es radical. Y añadamos de pasada que, si ni el uno ni el otro recusan los otros grados, empezando por el de Perfecto Elegido que se da bajo la Bóveda, es porque les ha llegado sin alteración, ciertamente a las Antillas, pero a partir de los exiliados jacobitas europeos.

¿Es deseable ir más allá en el análisis? Sabiendo que la logia *Saint-Édouard*, explícitamente calificada de escocesa, ha sido constituida por el gran maestro Derwentwater en 1737 (o en el primer trimestre de 1738), tenemos gracias a ella una prueba complementaria de la tendencia a practicar una masonería de alto(s) grado(s) en París antes de esta fecha. Esta prueba, podíamos presentirla cuando, en el mismo año, este gran maestro contemplaba incluso de dar en -o por- las mismas logias azules, fuerza y

vigor a los antiguos ideales de la caballería, proponiendo que, en el futuro, sólo pudiesen ser admitidos en estas logias que gentilhombres llevando espada[135]. Ciertamente, en la carta de Boulard, son mencionados 9 grados necesarios antes de la obtención del de Caballero de Oriente, lo que permite pensar que en un decenio se han multiplicado los grados; no obstante, su carta comprende dos puntos focales y solamente dos, que son el de Caballero de Oriente y el de la Bóveda. Además, si tomamos perspectiva en relación a las declaraciones de este magistrado que se atribuye el hecho de haber «aumentado» por su propia cuenta la lista de grados para dejar entender que se encadenan unos a otros, es preciso convenir que el de Caballero de Oriente no es automáticamente el último inventado, lejos de esto. Puede no ser reciente. Pero tampoco no es el primero.

Este punto es igualmente importante ponerlo en exergo. El grado de Caballero de Oriente está separado del (o de los) de Escocés. Los reglamentos que el secretario Valois pasa a limpio el 2 de abril de 1748 no dicen otra cosa[136]. Una logia escocesa no se confunde con una Gran logia de Caballeros de Oriente. Cada una funciona con sus propias reglas. Cuando se procede por reconstrucción fuera de tiempo, es pues por un abuso del lenguaje que se describe inadecuadamente al Caballero de Oriente como «escocés». No está calificado como tal por aquellos que lo han concebido y lo difunden. He aquí porqué debemos tomarlo como más reciente que el Royal Arch.

El onceavo artículo de estos reglamentos indica que, si un Hermano lo desea, y recibe la aprobación, puede pasar del grado de Escocés al de Caballero de Oriente. Esto relativiza seriamente la altivez con la que Petit de Boulard se atribuye el haber «aumentado» por propia cuenta el repertorio, y tenemos con esto la clara confirmación que seguía las instrucciones del equipo de Gilly. «Todo excelente maestro gran Escocés que quiera alcanzar el Eminente y Soberano grado de caballero de Oriente tendrá sumo cuidado en seguir los deberes que le prescribirá un caballero de dicha Orden». Sin embargo, esta prevalencia concedida al Caballero de Oriente, no significa que la autoridad de una logia escocesa quede disminuida. Ni su autoridad, ni su prestigio. Por otra parte, es en su calidad «de Secretario y archivero de la gran logia de los maestros Grandes

Escoceses» que Valois formaliza estos reglamentos. No es que haya recibido mandato de los Caballeros de Oriente para hacerlo.

Es a partir de estas bases que, podemos confirmar con rotundidad la conclusión tan solo provisional formulada anteriormente. Los tres sistemas que se presentan como más visibles a finales de los años 1740 son, en primer lugar, los dichos del Quarré [Cuadrado], de la Bóveda o Arco Real, a continuación de los cuales se percibe la arquitectura gracias a las actas establecidas por André de Gilly, con el de Caballero de Oriente o Rosa-Cruz en mejor posición, y finalmente el que se erige bajo la impulsión de los Caballeros Elegidos. En cuanto al Gran Capítulo gobernado por Clermont, manteniéndose en la discreción, podemos considerar que ciertamente y por esta época se mantiene más en sintonía con los primeros que con el tercero. En cada caso, la referencia a los Estuardo es no obstante mantenida. Es por lo que, sólo nos cabe entender por avanzado las equivocaciones, incluso sospechas que impedirán más tarde una comprensión serena del papel jugado.

Retomemos ahora la trayectoria de Hund. En la biografía redactada por él, Kessler insiste sobre la idea que se efectuó una real transmisión de poderes entre Marschall von Bieberstein y Hund desde el momento en que vemos a estos tres sistemas cohabitar en Francia, a pesar de la aparición de los grados periféricos presentados igualmente como escoceses. En su historia de la francmasonería en Inglaterra, Francia y Alemania, Christian-Carl von Nettelbladt describe al mismo Marschal como entusiasta descubridor de conocimientos inéditos sobre la francmasonería en Saint-Germain-en-Laye en 1738, después de haber sido iniciado en los grados simbólicos en Londres, lo que lleva a pensar que dichos conocimientos tendrían que ver con al menos un alto grado. Habría tenido el privilegio de hacerlo bajo la tutela de Arthur Elphinstone Balmerino y de William Boyd of Kilmarnock[137]. No obstante, al igual que Kessler llegará a precisar que Marschall ejerce las funciones de maestro provincial para la Alta Lusacia cuando encuentra a Hund, y como Nettelbladt no dice nada de los conocimientos inéditos, nos encontramos en la incapacidad de probar este punto de vista.

Hemos podido ver como Marschall no resulta nunca citado en 1741 cuando los Hermanos de Dresde se plantean elegir un gran maestro para la

Alta Lusacia. Su nombre no es mencionado en ninguna acta, proceso verbal ni tampoco correspondencia. Por consecuencia, no vemos cómo habría podido comunicar a Hund una autoridad que no ejercía. Marschall no es tampoco mencionado, en los primeros documentos establecidos por la logia de Kittliz. Si los hermanos Schmid y el teniente coronel Schönberg lo son, es imposible de legitimar el vínculo que Kessler pretende anudar fuera de tiempo entre ellos y él. ¿Por qué? Porque este Marschall de ahí no es el bueno. Hay con toda evidencia otro, simplemente.

CAPÍTULO VI

JEROGLÍFICO MULTILINGÜE

Henos aquí en 1751. Según Carl-Heinrich-Ludwig Jacobi, en este año o quizá durante el anterior, Hund recibe en su dominio de Kittlitz la visita de una personalidad escocesa respondiendo al nombre de O'Keith, visita que duró unos cuantos días. Aquellos historiadores que se han interesado por este episodio aparentemente decisivo en la existencia del barón se inclinan en favor de que dicho personaje fuera James Keith, mariscal de campo en el ejército prusiano. Nacido el 11 de junio de 1696, ha combatido bajo las órdenes del conde de Mar durante la insurrección abortada de 1715. Refugiado en el continente, ha servido sucesivamente como coronel en España y general en Rusia antes de pasar al servicio de Frédéric de Prusia en 1747. Es el hermano menor de George Keith, conde de Marischal, al que se sabe también en Alemania en ese momento. Este último, llamado a Berlín por su hermano en 1748, pensaba poder pasar el resto de sus días en Venecia y Treviso, bajo el nombre de barón Keith[138], apartado de toda agitación política. Pero ha respondido favorablemente al proyecto de servir ahora a Federico II. Mejor aún, el propio Carlos Eduardo está cada vez más convencido de que no podría prescindir de él en la concepción de nuevos planes militares. En 1749 le pedirá que se convierta en su principal consejero. ¿Habría que elegir entre los dos?

Diversos indicios nos llevan a pensar que el visitante de Hund no es ni el uno ni el otro, sino más bien su primo Robert Keith of Ludquhairn. Hijo de William, refugiado en el continente después de 1715, sirve en primer lugar en el ejército imperial ruso bajo el mando de James Keith. Los lazos de parentesco obligan. En 1747, viene con él a Prusia para continuar su compromiso militar. Allá, en Berlín, contrae matrimonio el 11 de diciembre

de 1750 con Margaret-Albertina-Conradina von Suchin, hija de diplomático. Después de la muerte de James, pasará al ejército danés donde alcanzará la graduación de general[139]. Pero su papel en 1751 no puede ser bien interpretado si no se descompone el calendario en dos momentos.

El primer momento es aquel en que Hund se encuentra con el «superior» que le confiere los poderes para contribuir a la reedificación del Temple en Alemania, más exactamente en la provincia que se extiende entre los ríos Elba y Oder. Entendámoslo bien: no se tratan de unos poderes generales que vendrían a significar que Hund fue invitado a hacer renacer la antigua Orden caballeresca en su globalidad, sino de organizar una parte de ésta en un área geográfica hasta entonces abandonada. No deduzcamos por tanto que este sistema se encuentra en un estado ultimado de elaboración, que ya responde a una organización compleja. Veremos más adelante que está lejos de ser el caso. Parece más bien que, el sistema se encontraba en ese momento en un estado de cartografía virtual en la mente de este «superior», con la intención de irle dando un contenido concreto según fueran surgiendo las oportunidades. Fuera como fuere, en esta ocasión, este superior no es otro que el mariscal James Keith, que actúa en connivencia con su hermano mayor George, conde de Marischal.

Hund es recibido en casa de James Keith, estándose unos ocho días, muy probablemente en Postdam o Berlín. Durante su estadía es llevado a tomar conocimiento de los documentos que confirman el lugar eminente que ocupa este mariscal prusiano en el sistema masónico jacobita. Es incluso bastante verosímil que los dos hermanos Keith hayan tenido conocimiento en París, en enero de 1743, de su admisión en la Orden. Y quizá George, que se encontraba en la capital francesa, haya incitado a los jóvenes Clifford, Kilmarnock y Radcliffe a simpatizar con la juventud extranjera susceptible de proporcionar nuevos caballeros, pudiendo muy bien otros, además de Hund, haberse beneficiado de dichas expectativas expansivas sin haber dejado, no obstante, rastro en las crónicas. La furia de Francis Sempill y el apaciguamiento preconizado por el mismo Jacobo III, quien no llegó a ver nunca esto hasta su puesta en sueños, serían desde este punto de vista el resultado de tales audacias. A consecuencia de ello, la demanda de 1751 se inscribiría bastante lógicamente en el recuerdo de este acontecimiento.

El segundo momento es aquel en que vendría a traducirse a la práctica la devolución de los poderes. Es entonces cuando Robert se desplaza hasta Kittlitz y procede a la instalación de Hund. Llevando el título de Caballero de la Estrella Llameante (*Eques a Stella ardente*), comisionado por George y James, vela por tal que las formas sean respetadas. En cierto sentido, los Keith actúan en familia. Algunos exegetas emiten la hipótesis que este gran prior habría sido Simon Fraser, Lord Lovat. La cosa es imposible, puesto que Fraser fue decapitado en 1747 después de su captura en una isla del norte de Escocia. No estaba por lo demás presente en París en 1743, cuando se preparaba la expedición de Carlos Eduardo. Robert permanece aparentemente diversos días en casa de su anfitrión, después de lo cual mantiene con él una correspondencia episódica.

Tanto James como George (se comprenderá mejor más delante porqué hay que asociarlos) encontrándose ambos en el centro del dispositivo, permanezcamos por de pronto cerca del segundo. A lo largo del presente relato, lo hemos visto por Avignon, Roma, Madrid, Valence, Liège, París, Boulogne, etc. En 1746, cuando se convence de poder tomar un reposo definitivo en Venecia, se encuentra de regreso justamente de Rusia. Su cansancio de las complejidades políticas es perfectamente comprensible, ya que habiendo sido propuesto tres años antes para dirigir al ejército jacobita en Escocia, finalmente no fue seleccionado. En 1747, el 13 de septiembre, respondiendo a una apremiante carta de Carlos Eduardo del 14 de agosto, mantiene su firme deseo de no volver a ser molestado. Estima haber merecido ampliamente su reposo, y de alguna manera, precisa que otros jacobitas pueden perfectamente imponerse como mejores consejeros que él[140]. A pesar de estas reservas planteadas, durante los meses siguientes, se deja ablandar, aunque con prudencia. En el mes de noviembre de 1749, en todo caso, la aproximación queda restablecida[141]. En tan buenas condiciones que en 1751 lo podemos ver implicado en un nuevo plan de restauración de los Estuardo.

Para ver cómo, hemos de tratar una cuestión prejudicial. Aunque inesperada, ella es metodológicamente decisiva. Después de haber fundado la Orden del Toboso en España, juntamente con Hamilton, George se divierte algunas veces escribiéndose con este último e intercambiando correos conteniendo jeroglíficos en latín, tan pronto inspirados en la Biblia,

como en libros antiguos o presentados como tales. Los jeroglíficos están constituidos por fórmulas alambicadas que, únicamente aquellos que poseen las claves son capaces de traducir al lenguaje ordinario. De este modo, en una carta del 30 de enero de 1737 en la que emplaza a Hamilton a desencriptar o adivinar el sentido de un texto cuyas palabras son una mezcla del castellano, el latín y giros médicos, lo que inquieta en gran manera a un agente de correos, un holandés escribiendo en francés, que logra interceptar esta carta, pero que al no entender nada, no llega a copiarla para pasársela a los servicios de espionaje hannoveriano[142]. Y ¿por qué pues esta observación? Porque en 1751, la patente recibida por Hund ha permanecido hermética hasta el presente. Ella está transcrita en el libro de Friedrich-Ludwig Schröder, donde ha reunido materiales relativos a la historia de la francmasonería. Reproducciones en facsímil se encuentran igualmente disponibles en obras de lengua alemana, incluida la de Klaus C. Feddersen. Alfred Engel intentó en 1988 un intento de aclarar el código, pero sin poder descifrarlo ni identificar al autor[143].

Su objeto es pues el de investir a Hund en su misión de obrar para expandir la nueva Orden Templaria en Alemania, como era deseo de los jacobitas. Por bien que, a falta de poder ser descifrada, nadie puede decir cuáles son sus términos exactos, puede ser contemplada una hipótesis bastante sólida a partir de algunas líneas compuestas por sucesiones de números que se corresponden en el alfabeto latino. Empecemos por la fecha mencionada al final: «Ford XXIV most data VIII = CCCCXXVII»[144]. El sistema de datación es efectivamente el de los francmasones templarios. Para proceder a un cálculo de concordancia con el calendario usual, basta con remitirse a diversas cartas de los miembros de la Estricta Observancia en las que son puestas en claro las dos versiones (al final de la obra de Schröder). La diferencia de días entre las dos es de 11 y la de años es de 1314, en el sentido de que los caballeros modernos toman el año del suplicio de Jacques de Molay, último gran maestre de la Orden medieval, como punto de partida de su cómputo[145]. Si no tenemos en cuenta las dos barras de la primera X (10), la patente se habría emitido en 1741 (1314 + 427). Aunque algunos intérpretes lo afirman, esto es poco probable, ya que Hund aún no había entrado a formar parte del Escocismo. Consideremos estas barras como un indicio de duplicación de este primer 10, lo que se

observa en efecto en otros documentos no masónicos, y nos debemos inclinar por 1751 (1314 + 437). El día es el 13 (24-11) del mes de agosto (VIII).

Esta fecha es compatible con la de la partida de Marischal de Postdam, el 28 de agosto para ir a París y cumplir con su papel de embajador. Desde entonces, retomemos algunos elementos concernientes a los aspectos políticos. En enero de 1750, el cronista Edmond Barbier, muy atento a reproducir los rumores que circulan por París, escribe esto: «Con respecto al pobre príncipe Eduardo, que es la admiración y la curiosidad de toda Europa, no se habla de él en ninguna gaceta; no está en Roma ni en Avignon, y se ignora absolutamente dónde pueda estar. Sin embargo, debe residir en algún lugar y en algún rincón de la tierra, sea cual sea la incógnita que guarde. Este silencio y este secreto, para un príncipe de esta importancia, también son muy singulares».[146] Al mes siguiente, se efectúan nuevas pesquisas en casas de particulares para averiguar que no lo estuvieran alojando clandestinamente[147]. En primavera, el príncipe Eduardo, habiendo recibido una importante suma de dinero del banquero George Waters, hace comprar armas en Anvers con vistas a pertrecharse para una futura acción militar que augura inminente. En este ambiente de entusiasmo, encarga a un grabador parisino de la rue Saint-Jacques acuñar dos mil medallas con su efigie, con la intención de entregarlas a sus más vigorosos partidarios[148]. Se encuentra entonces en Luneville. Más tarde pide a su padre, por correo, que le renueve su antiguo nombramiento de Príncipe Regente. La respuesta no se hace esperar, y merece ser reproducida aquí por entero.

«En lo concerniente al poder de regencia que pedís, deberéis comprender que habéis actuado hacia mí, estos cinco últimos años, de tal manera que en ningún caso merece una tan grande señal de confianza y bondad por mi parte. Pero lejos de mí la idea de actuar, en particular hacia vos, por rencor o resentimiento. Bien es cierto, que el trato que me infligís representa una pesadumbre constante para mí, pero aumenta más mi compasión que mi cólera, pues siempre estaré convencido de que os estáis equivocando. Si al parecer olvidáis con rapidez que sois mi hijo, yo no puedo olvidar que soy vuestro padre».[149] Esta patente le será a pesar de todo transmitida[150], de suerte que vuelve a firmar de nuevo su correspondencia a terceros con las

siglas C.P.R. (Carlos Príncipe Regente), sin que el gesto paterno de tal manera expresado llegue a conmoverle. Convencido de que tiene que probar suerte otra vez, persiste paralelamente a su intención de volver como vencedor al otro lado del canal de la Mancha y en tener ante sus ojos su propia brújula.

En septiembre, acompañado de John Holker, oficial del regimiento de Ogilvie y francmasón, llega hasta Londres bajo un falso nombre para encontrarse secretamente con los fieles a su causa. Permanece allí del 16 al 22. Durante este corto intervalo de tiempo, se convierte al protestantismo. De vuelta a Lunéville hacia finales de mes, vía Boulogne y París, juega con el silencio y el secreto, desconcertando a los agentes de espionaje hannoveriano, que imaginan verlo por todas partes al mismo tiempo. El 5 de octubre, por ejemplo, uno de ellos lo supone en Montlhéry, en casa de Andrew Lumisden[151], mientras que Carlos hace tiempo que se encuentra en Roma. Se mueve sin cesar, a veces vestido de abate, otras con un parche en el ojo como si fuera tuerto, cejas y cabellos teñidos, acompañado únicamente por Henri Göring y un tal La Luz, según los manuscritos, pero que en realidad es Charles-Xavier de Aguesseau, caballero de la Luz, capitán en el regimiento de Auvernia, pariente del canciller de Francia Henri-François.

En febrero de 1751, se halla en Berlín donde se encuentra con el rey Frédéric. El secreto es todavía bien guardado. Llega de incognito. Frédéric y James Keith son las únicas personas que lo reciben sabiendo quien es. Pero es Marischal quien arregla la entrevista; él es quien asegura las presentaciones. Nada trasciende de sus intercambios. Aunque el rumor que corre sobre la intención del príncipe de concluir alianzas para un próximo golpe ya es conocido. Desea interesar a Prusia en la empresa, ciertamente, pero también a Suecia y Rusia. Contempla incluso la posibilidad de confiar a Marischal el mando de las tropas que serían movilizadas. Es así que el 21 de junio le hace llegar, a través de Göring un correo más bien halagador en el que lo describe como «honesto hombre» con capacidades para convencer a Frédéric de que sus planes son realizables.

Esto sirve para lo que está escrito, y se puede de este modo reconstruir una cronología fiable. Sin embargo, saber cuáles han sido las consignas orales dadas por ahí, es otra cosa. ¿Existe relación de causa y efecto entre la

animación política de este primer semestre de 1751 y la reaparición del barón de Hund en el paisaje masónico? Es el 24 de junio cuando crea su logia personal en su castillo de Kittliz, *Aux Trois Colonnes*. Asocia a la misma, entre otros, a su antiguo mentor cuando su primer viaje a Francia, Wolf-Christian von Schönberg, al que documentos ulteriores presentan como senescal de la Alta Lusacia. Este ofrece una ventaja clara a ojos de Hund, haber sido recibido Maestro Escocés en la logia de Naumburg el año anterior.

Sabiendo pues que la patente es muy verosímilmente del mes de agosto, por una parte, y que es en las semanas siguientes que el barón emprende fundar el capítulo injertado en la logia, por otra, hay lugar para creer que el trasfondo donde la agitación de los jacobitas se renueva con diez años de diferencia es ciertamente determinante. Desde febrero, cuando sabemos a Carlos Eduardo en audiencia secreta con el rey Frédéric, Hund ha tenido largo tiempo de ser solicitado para reemprender su actividad masónica. En este momento, está evidentemente convencido del papel mayor jugado por Carlos Eduardo Estuardo. Las sucesivas intervenciones del mariscal Keith que lo recibe en su casa durante una semana completa, luego de Marischal que es el autor de la patente cifrada, luego la de Robert Keith que asegura su instalación, le aportan un segundo aliento en su trayectoria personal.

Para ser exactos, sabiendo que después de la fecha, las cifras que se encuentran al final de esta patente pueden ser también traspuestas en letras, se constata que está firmada «Georgius Wilhelmus, Equ. a sole aur. Tfac. Temp. Magister». El jeroglífico ¿persiste? ¿George William? Marischal tiene por nombre efectivamente George. ¿Añade William? Su padre se llamaba así. Al igual que su abuelo George y su bisabuelo William. Es una lástima que su partida de nacimiento no haya sido encontrada, pero no resulta imposible que su nombre se haya querido que fuera compuesto. Es el caso de su hermano menor que ha sido llamado James-Francis-Edward, como Jacobo III, su rey sin corona. Por lo demás, partiendo de este modelo, podemos incluso pensar que su nombre completo es George-William-Edward, lo que iría en el sentido de una carta del 31 de octubre de 1763, en la que las verdaderas iniciales del caballero del Soleil d'Or (Sol de oro; en francés en el texto) son dadas como «G. W. E of—«, sin que el apellido sea transcrito después de este «of» y que se deje un espacio vacío[152].

Es una lástima igualmente que no se pueda saber cómo interpolar el «Tfac». Sin embargo, se trata aquí de un latinajo, como lo sugiere el resto del apartado, entonces sería posible que estuviéramos ante una contracción de *temporis facto*, que denota la idea de tener un oficio o un trabajo durante un intervalo de tiempo determinado. Por medio de lo cual tendríamos *in fine* «George William, caballero del Sol de Oro, en funciones de Maestro del Temple (o de los Templarios)». Esta lectura es corroborada por otras que no se prestan a ningún equívoco. En efecto, cuando el mismo Hund firma documentos institucionales, por ejemplo, en 1755, los relativos a la reglamentación disciplinaria en el seno de la naciente Orden, escribe «hermano Charles de la espada, por el momento Provincial». Es parecidamente en el caso de su adjunto, Ernst Gottlob von Kiesenwetter, «hermano Ernst Caballero del Diamante por el momento canciller»[153]. En francés, la fórmula «por el momento» es equivalente a *temporis facto*.

Una tal conclusión cambia el parecer corrientemente admitido que designa tanto a Carlos Eduardo, como a su padre Jacobo III como siendo el Caballero del Sol de Oro. Veremos que, durante los años 1770, una y otra interpretación eran compartidas entre algunos contemporáneos. Pero, por mucho que giremos el jeroglífico en todas las direcciones, la lectura más coherente que podemos ofrecer es esta. Es bastante probable que, en ocasión de la visita a casa de James Keith, Hund pidiera una patente que le confiriera la autoridad deseada en un proyecto de federar en torno suyo a personalidades con simpatías hacia los jacobitas. El hecho que dicha patente emane de George en persona, aunque sea oculto detrás de un criptograma, muestra claramente su carácter poco ordinario. Desde Holyrood, Carlos Eduardo ejerce una gran maestría distante. En Berlín, ha podido muy bien conceder oralmente a Marischal una delegación de poder. O bien, lo que es más simple, ha tenido motivos para abandonar su cargo después de la derrota de 1746 y dejarlo vacante para Marischal. En todo caso, proceso definitivamente concluyente, comparemos la redacción de esta patente y la de las cartas ordinarias del conde: la similitud es evidente. La primera es, por supuesto, la caligrafía aplicada; pero la inclinación y la forma de las letras son las mismas.

Fuera del texto, por así decirlo, dos otras informaciones nos llaman la atención. La primera es un sobrescrito. «*To Mr Andrew Lumesdek, actual*

secretary to his Britanic Majesty». En castellano: «Al Señor Andrew Lumisdek, actual secretario de Su Majestad Británica». La forma Lumisdeck pudiendo estar mal transcrita, es preciso leer Lumisden. Queda por saber cuál es el sentido de esta inscripción. En 1751, Lumisden está en Roma. Ha llegado a finales de 1749, y ha visto como se le confiaba el empleo de subsecretario de Jacobo III para asuntos privados. De estar en segunda fila, detrás de James Edgar, el secretario titular, reclama pues un matiz en relación a lo que revela el documento de Hund. Tendrá que esperar hasta septiembre de 1762, después de la muerte de Edgar, para que sea finalmente promovido. A pesar de todo, ello no impide que él continúa siendo francmasón y que, entre los asuntos privados, muchos de ellos son tocantes a la Masonería. Por otra parte, será justamente a él a quien será confiado a finales de siglo el registro de la logia jacobita existente en Roma y cuyos trabajos fueron interrumpidos en 1737. Queda por saber si la inscripción de 1751 que le concierne es contemporánea al establecimiento de la patente, o más tardía, es deseable mantener la expectativa en cuanto al uso que Hund debería hacer de ella. Sin embargo, tiene la ventaja de confirmar el vínculo con el entorno cercano a Jacobo III.

La segunda información queda contenida en el timbre impreso después de la firma encriptada del caballero *a Sole Aureo*. Se aprecia un conjunto de motivos heráldicos, entre los cuales un caballero con armadura teniendo a la izquierda un escudo, mientras que un león erecto se encuentra en simetría a la derecha. Dos banderolas vienen a encuadrarlo, una por encima, la otra por debajo, que dicen respectivamente *Perit ut Vivat*, y *Post nubila Phoebus*. En traducción «Morir para vivir (o bien: debe perecer para revivir)», la otra: «Después de la lluvia el sol (o el buen tiempo)». En el primer caso, se vuelve al tema del árbol roto, del viejo roble que muere para ceder su lugar al joven retoño que crece a su lado. En el segundo caso, ¿no tenemos de nuevo representado el motivo central de las esperanzas alimentadas por los partidarios de los Estuardo? Indudablemente, este era ya muy presente en el momento de la restauración de Carlos II. Por ejemplo, cuando John Paterson pronuncia, bajo este título en latín, un sermón de *Thanksgiving* en Aberdeen el 19 de junio de 1660. A petición de lord Provost, Paterson se felicita por el retorno del monarca a sus dominios[154]. Ahora bien, Aberdeen abriga también el colegio fundado en

1593 por George Keith 5º conde Marischal. En 1678, Robert Paterson, hijo de John, pasa a ser el principal de dicho colegio. ¿Simple anécdota?

Otro aspecto a no descuidar. Desde el discurso pronunciado por Kessler algunas semanas después del deceso de Hund, la vulgata gusta de poner por delante a Heinrich-Wilhelm Marschall von Bieberstein para instituirlo como predecesor de Hund a la cabeza de la Séptima provincia templaria. Según este relato, sería gracias a él, cuando estando al borde de la muerte, que el barón habría obtenido su acreditación, de alguna manera. En la medida que este episodio no encuentra lugar en las diferentes cronologías de los protagonistas, con el añadido de la gran opacidad en el caso de Bieberstein, salvo que fue iniciado en Inglaterra por los hannoverianos y mandatado por la Gran Logia de Londres como gran maestro provincial para el Alto Saxo, hay que temer una confusión entre tres designaciones: Marischal (George Keith), Marschall (von Bieberstein) y Feld-Marshall (James Keith). Los testimonios de la vigésima quinta hora confundieron el expediente.

El origen de los errores se pierde en la confusión de los rumores más o menos tardíos, más o menos contradictorios, que los silencios de Hund puedan inspirar. No obstante, existen rastros documentales. Examinemos por ejemplo el de la *Matrícula de la Gran Maestría entre el Elba y el Oder*, seguido del de las consideraciones sobre las prebendas y la organización de las provincias regidas por la Orden. Una copia traducida al francés se encuentra actualmente en los fondos Willermoz, de la biblioteca municipal de Lyon[155], y ha sido publicada por Steel-Maret[156]. Se pude leer ahí que esta matrícula habría sido establecida «en antiguos caracteres de los monjes» sobre pergamino de tiempos de Sylvestre de Grumbach, que habiendo desaparecido al otro lado de la Mancha en tiempos de la persecución continuada después de la muerte de Jacques de Molay, y habría sido mostrada a Hund por su predecesor inmediato en esta gran maestría provincial, con motivo de una visita que el barón le habría hecho poco tiempo antes de su muerte. Ningún nombre para este predecesor, únicamente la designación siguiente: «El gran mariscal general, caballero de la mesa de trazar, maestro provincial entre el Elba y el Oder»[157].

Sin pronunciarnos sobre la veracidad de un pergamino de esta naturaleza, realcemos las informaciones más significativas en cuanto a los acontecimientos concernientes a Hund. El original de la matrícula habría

quedado conservado en el siglo dieciocho en el Gran Capítulo de Inglaterra. ¿Por qué en Inglaterra y no en Escocia o en Grumbach donde antaño se le suponía haber emigrado? Este original habría sido entregado al «gran mariscal general» para que lo tradujera a la lengua alemana. ¿Resulta esto aceptable? Sí, si partimos del principio que los jacobitas consideran aceptable poderse referir a Inglaterra o a Escocia, a condición de hacerlo bajo su propio código que no es el mismo que el de sus rivales hannoverianos de Londres. De todas maneras, se nos revela que James Keith, introductor de la francmasonería en San Petersburgo a comienzos de los años 1730, tenía por su parte una doble vinculación, puesto que su primo John Keith, 3º conde de Kintore, gran maestro para Escocia en 1738-1740, luego para Inglaterra en 1740, lo ha nombrado en la primavera de este año 1740, maestro provincial para Rusia.

En una corta declaración empeñando su honor, Hund precisa no haber podido consultar el original, sino únicamente una copia garantizada por su predecesor, copia traducida del inglés al alemán por este último. Esta copia habría sido autentificada por dicho Gran Capítulo de Inglaterra. Esto no tiene nada de incongruente. Si una vez más dejamos en suspenso la cuestión del original, es muy posible que dignatarios consideraran tener la responsabilidad de que un gran capítulo emitiera tal documento. Hund asegura a su vez una copia, después de lo cual añade que, antes de su muerte, su predecesor habría quemado los papeles en su posesión, de tal suerte que sólo subsistirían de estos archivos lo que el barón hubiera podido conservar, fuera mediante copias por escrito, aunque fuere en forma de fragmentos como recuerdo. En otros términos, Hund pasa una semana en casa de su anfitrión, transcribe lo que puede, memoriza otras informaciones y asume como consecuencia que le será imposible remitir a sus contemporáneos a estas pruebas, puesto que las mismas habrán sido consumidas. Esto se admite también.

Su anfitrión es claramente señalado como su predecesor a la cabeza de la provincia entre los ríos Elba y Oder. Este respondería al nombre de Orden de Caballero de la Mesa de trazar (*Eques a Tabula designatoria*). ¿Por qué, no? El mariscal James Keith bien podría cumplir esta función en 1751. Muere el 14 de octubre de 1758 en la batalla de Hochkirk, en lo más duro de la guerra de los Siete Años. El testimonio de Hund es posterior a esa fecha, puesto que lo escribe después de la guerra. Antes de partir en

campaña militar, James Keith experimenta serios problemas de salud y reposa en su residencia. Sabiendo que por aquel entonces tanto él como su hermano, se encontraban definitivamente alejados de Carlos Eduardo, después de las peripecias ocurridas, que relataremos más adelante, bien puede haber hecho desaparecer unos archivos que sólo tenían importancia para él. Por tanto y de ahí la declaración de Hund: «Afirmo por mi alma y conciencia que la copia traducida más abajo es en todo punto conforme al original y que ha sido fielmente interpretada, de lo que doy fe con mi firma y pongo mi sello de armas».

Como consecuencia de esta patente rehabilitada fielmente a partir de la traducción alemana del pergamino en «caracteres de monjes», las explicaciones sobre las prebendas comprenden el equivalente a seis páginas. Aún aquí, dichas páginas son declaradas firmadas por el gran mariscal que igualmente las ha traducido del inglés. He aquí otro documento salvado de la destrucción gracias a la transcripción efectuada por Hund. Lo mismo sucede con los «antiguos derechos y usos de la Orden», con el nombre y número de las provincias. Aquí, el escepticismo comienza a despertarse ya que no se observa concordancia exacta entre la lista de estas provincias y aquellas que hayan podido ser administradas por los templarios de antaño. Pero nada dice que Hund se haya aventurado a inventarlas. Bien ha podido transcribir lo que ha leído y consultado en casa de James Keith.

Se trata de los mismos documentos que son citados en 1763, en una carta colectiva concebida el 31 de octubre por Hund y sus asociados, carta dirigida a un tal Johnson del que hablaremos más adelante. Estos declaran detentar la matrícula establecida en 1301, y la posesión de diversas reliquias o vestigios, entre ellas, la primera Regla dada a la Orden en el momento de su institución. Creen oportuno añadir que ningún intelecto humano (*kein menschlicher Verstand*) es capaz de retener, en la sucesión de los tiempos, únicamente por tradición oral «tantos reglamentos de un cuerpo tan respetable como el constituido por nuestra Orden»[158]. Pero ¿cómo se ha realizado la transmisión material de estas reliquias o vestigios? ¿Cómo tomar la anécdota sobre su destrucción casi *in articulo mortis* por el gran mariscal general? ¿Podía permitirse privar de dichos vestigios a un sucesor que él mismo había designado?

Difiramos la respuesta. Por el momento, retengamos un último punto importante. Cuando, en la carta de 1763, las iniciales del caballero *a Sole Aureo* son presentadas bajo la forma G.W.E., hemos visto que las mismas vienen seguidas de la partícula inglesa *of*. Como el conjunto de la carta está en alemán, la inserción de esta *of* confirma, si acaso hubiera necesidad, que el mariscal von Bieberstein no puede en ningún caso quedar concernido. La carta añade por otra parte que este caballero es «par de Inglaterra». Mejor todavía: «Este es el único alto Superior de la Orden que reconocemos, puesto que de todos es sabido que el Gran Maestro elegido cada año por la Gran Logia de Londres no es reconocido por los verdaderos Hermanos de nuestra noble Orden». Si el título de par (de Escocia) ha sido retirado al conde Marischal por el gobierno hannoveriano después de la insurrección fallida de 1715, le fue conservado en cambio por Jacobo III. *Exit* Bieberstein, efectivamente.

No olvidemos tampoco el hecho que algunos anglófonos escriben Marshall o Marschall cuando hablan de Marischal. Este es el caso cuando un observador dedicado al gobierno de Londres informa en enero de 1746 a Thomas Holles, duque de Newcastle, secretario de Estado encargado de explotar las informaciones relativas a política internacional, de la llegada del «barón Keith» a Venecia. «Hace algunos días, lord Marshall ha llegado aquí desde Moscovia. Se llama Barón Keith».[159] Se repite el caso cuando el mismo Hamilton le dirige algunas cartas a su residencia de Madrid en 1736. Escribe la dirección en francés de la manera siguiente: «A Su Excelencia El Conde Marschall y General de los Ejércitos de Su Católica M[ajes]tad: en casa Mr Patric Joyce banquero en Madrid».[160]. ¡Toma pues! ¡Esta vez, estamos delante de un auténtico Marschall general! Muchos otros ejemplos podrían ser enumerados en la abundante documentación manuscrita de la época. Religuemos entonces los tres Keith con sus nombres de Orden: George es el Caballero del Sol de oro [au Soleil d'Or]; James es el Caballero de la Mesa de trazar; Robert es el Caballero de la Estrella Llameante.

Por esto, retomemos algunos datos: Carlos Eduardo está en Berlín en febrero de 1751, para tener una entrevista confidencial con Frédéric de Prusia arreglada por Marischal, en presencia de su hermano menor James. El 24 de junio, Hund crea la logia en Kittlitz. En agosto, recibe la patente

dicha templaria, indudablemente de manos del conde. Anteriormente, ha tenido lugar la ceremonia de Holyrood, y dos años antes la recepción del barón en pequeño comité, en el que se pueden distinguir al menos, los jóvenes Kilmarnock y Clifford. A continuación, habrá el recuerdo de Jacobi relativo a la venida de un O'Keith a casa de Hund, probablemente Robert, gran prior. Habrá la referencia a un tal Marschall designado erróneamente por Kessler como siendo Marschall von Bieberstein, y será esta vez el Feld-Marschall James. Habrá contactos epistolares mantenidos con el gran prior. Habrá también, de manera constante, referencia a los Estuardo, hasta tal punto que el Caballero del Sol de Oro será tenido tanto por Carlos Eduardo, como por Jacobo III, mientras que podemos entender a día de hoy que ni el uno ni el otro, podían ser tal caballero.

Incluso la temática templaria encuentra una inserción muy coherente en la biografía familiar de los Keith de la época. Diversos ancestros suyos protagonizaron antaño combates guerreros. De este modo, es en el siglo once que Robert Keith fue creado gran mariscal de Escocia por el rey de Escocia de la época, en recompensa por su valentía. Otro Robert fue confirmado en este oficio, con transmisión hereditaria a sus descendientes, como consecuencia de una hazaña al frente de la caballería escocesa, cuando la batalla de Bannockburn, el 24 de junio de 1314, que dio la victoria a Robert Bruce contra Eduardo II de Inglaterra. Según algunos autores, él mismo habría sido templario, al igual que su hijo William, el cual formó parte en 1330 de los caballeros encargados de llevar a Jerusalén el cofrecito con el corazón de Bruce, muerto el año anterior.

Sin embargo, Marischal está particularmente atento a su genealogía. Con independencia del hecho que, desde su proscripción de 1716, un primo suyo ha permanecido fiel a la dinastía de los Hannover, Alexander Keith of Ravelston, autoproclamándose jefe del nombre y armas de los Keith[161], lo cual no gusta mucho a Marischal, por lo cual se complace en referirse más bien a las hazañas legendarias de los primeros caballeros de su linaje. Lo mismo ocurre con otro de sus primos, con menos títulos, que realiza una investigación documental lo más detallada posible para refutar con precisión las afirmaciones de Alexander[162]. Este es, Robert Keith of Uras, eclesiástico cuya carrera lo llevará hasta el obispado de Fife, siendo su preceptor y el de su hermano James entre 1703 y 1710. Ahora bien, por esa

época, el mismo era gran amigo de Ramsay, como lo demuestra una muy calurosa carta de este, al haber dejado su Escocia natal para irse a Londres a servir al conde David de Wemyss[163]. Robert, ¿era ya francmasón o lo será más tarde? La cuestión merece ser planteada, ya que forma parte de las personalidades religiosas que gozarán de una alta consideración entre los iniciados a cargo de los asuntos de Jacobo III en su palacio de Roma, a ejemplo de James Edgar.

No obstante, a finales del verano de 1751, Marischal aceptó una embajada en París para el servicio de Prusia. Llega en el curso de la segunda semana de septiembre. Su nombramiento, guardado en secreto hasta entonces es dado a conocer en la corte de Versalles y por supuesto a los otros embajadores. El de Inglaterra, protesta de inmediato, al considerar que un enemigo de su rey no puede representar oficialmente a Prusia. Poco importa. Jacobo III se preocupa de que este fiel súbdito pueda alejarse de él sirviendo a otro monarca. Marischal se esfuerza en tranquilizarle. En cuanto a Carlos Eduardo, ruega a su compañero Göring que encuentre los medios para arreglar con él una nueva entrevista, a fin de poderle comunicar sus últimas consignas y recibir sus consejos. Göring lo logra con grandes dificultades, ya que los diferentes lugares de encuentro contemplados acaban revelándose como poco seguros, y únicamente el fijado en casa del banquero George Waters se estima como satisfactorio.

La dificultad, rápidamente comprobada por Marischal, es que no puede cumplir públicamente gestiones que dejarían adivinar fácilmente su implicación en cualquier futuro proyecto de expedición. No puede tampoco arriesgarse en privado, salvo de manera muy secreta, ya que los agentes del espionaje enemigo estarían prontos a informar a sus jefes. Por otra parte, al hilo del transcurrir de los días, su escepticismo aumenta respecto a las posibilidades de lograr una empresa militar de envergadura. Las potencias tradicionalmente aliadas, no hacen más que vagas promesas. Peor todavía, Carlos Eduardo no cesa de querer excluir a Francia de sus asuntos, ya que el tipo de fuerza utilizada contra él para obligarlo a dejar el territorio francés en diciembre de 1748, se ha vuelto por su parte en un tenaz rencor. Marischal se encuentra pues inmerso en un embrollo, a la vez personal y diplomático que ensombrece su horizonte.

El 30 de noviembre, los jacobitas de Saint-Germain-en-Laye lo invitan a asistir a la tradicional festividad de San Andrés. Marischal no va. Su presencia sería mal interpretada. Caso de asistir ¿sería en tanto que representante de Prusia?, o ¿en tanto que personalidad jacobita de alto rango? Los hannoverianos tienen allí un agente infiltrado[164] que no dejaría de sacar provecho del menor desliz que pudiera desacreditarlo. El mismo Carlos Eduardo es también esperado y tampoco asiste. Ni a finales de diciembre cuando el rumor le apunta la intención de una velada clandestina en la región parisiense. De hecho, su actual preocupación es que, a la vista que una batalla militar no puede resultar exitosa, a falta de tropas en suficiente número; le asalta la idea que un comando, podría ampararse y secuestrar la persona del rey Jorge II en su palacio de Saint-James, y dejar así la plaza vacante para su padre. Cualesquiera que sean sus sentimientos hostiles al respecto, es preciso tomar precauciones en su manera de concebir una transferencia de poder.

Uno de los espías al servicio de los Hannover se llama Alastair-Ruadh MacDonell of Glengarry. Se trata de un joven jacobita que ha cambiado de bando, sin duda por razones financieras. Pasado a Francia a la edad de trece años, en 1738, sigue aparentemente una primera instrucción militar antes de entrar enrolado en el regimiento Real Escocés, en el que se convierte en francmasón en 1743. A comienzos del mes de marzo siguiente, cuando se empieza la concentración de tropas en la Mancha para pasar a Escocia, se encuentra en Gravelines, precisamente en compañía de Marischal, del que es ayuda de campo. Promovido a Capitán el 1º de agosto de 1744, vuelve poco después a su país, con el fin de preparar la gente de su clan para la insurrección. Nuevamente en Francia, se reúne con sus amigos, y forma parte del entorno del conde de Derwentwater quien, después de los primeros éxitos de Carlos Eduardo, embarca en Dunquerque con los refuerzos el 21 de noviembre de 1745. Aprisionado por la marina inglesa al día siguiente[165], es encarcelado durante largos meses; liberado en 1747, es con alivio que logra recuperar sus costumbres en el continente. No obstante, haciendo una estancia en Londres en 1749, es abordado por hombres vinculados al gobierno hannoveriano que lo identifican, y sometido a chantaje, acaba aceptando jugar un doble juego en lo sucesivo.

Como es francmasón, es normal encontrar bajo su pluma metáforas inspiradas en el arte de construir. En otoño de 1752, escribe a James Edgar, secretario de Jacobo III, que el complot urdido por Carlos Eduardo se encuentra bastante avanzado, pero «que las piedras fundacionales están puestas sobre terreno muy arenoso»[166], aunque, agrega, Marischal, que está en dicho complot, le merece una débil credibilidad. En paralelo, no deja de comunicar a su superior el duque de Newcastle los nombres de aquellos de los que conoce positivamente su implicación. Con tal efectividad, que los arrestos se encadenan con suficiente energía y rapidez para que la red quede desmantelada en Gran Bretaña y que el príncipe Eduardo se encuentre una vez más ante la imposibilidad de llevar a cabo cualquier tipo de restauración. La fecha prevista era el 10 de noviembre.

Tal es el triste final del que se conoce como complot Elibank, por el nombre de uno de sus protagonistas Alexander Murray of Elibank. Diversos oficiales del regimiento de Ogilvie estaban seleccionados para dirigir a los hombres encargados de tomar al asalto el palacio de Saint-James, y apoderarse del rey Jorge II y de otros miembros de su familia. A la vista del desenlace, uno tiene la impresión de encontrarse ante el mismo desastre que en 1722, cuando el complot Atterbury quedó ventilado. No puede decirse que esto desmoralice por completo al joven príncipe, ya que se animará de nuevo tras otro período de dudas y errancias, pero a fuerza de repetirse los fracasos, su entorno tiende a marchitarse, al igual que sus súbitos cambios de humor bastan para provocar el alejamiento de varios de sus fieles.

Ya he señalado en una anterior obra[167] que 1752 marca curiosamente el cierre o la suspensión de numerosas logias francesas, al igual que capítulos, hasta tal punto que, en Bayona, el armador Timothée Lichigaray hablará de «golpe fatal»[168]. Se constata efectivamente un primer debilitamiento en este año que se convierte en masivo al año siguiente. Si hubo o no, conexión con el malestar político, no se puede explicar. En la cronología se advierte una especie de cesura, cuyas consecuencias conducen a la desaparición de muchos archivos. Esta desaparición no es necesariamente voluntaria, puede resultar de un desinterés o un malestar, sin un esfuerzo posterior de recuperación y así asegurar la transmisión de un patrimonio a nuevos equipos. En cualquier caso, es lo suficientemente claro como para que tenga sentido. En concreto, es entonces cuando ya no oímos hablar de varias

logias calificadas como Escocesas, sin haber podido encontrar los registros o cuadros de logia hasta ahora. Desaparecen del paisaje casi simultáneamente, en poco tiempo. Hoy en día, su existencia solo está atestiguada por fuentes externas y fragmentarias.

Observamos sin embargo una excepción cuya ventaja consiste en proporcionar la prueba que los jacobitas en relación directa con Marischal mantienen su ascendente. Dicha prueba concierne a la ciudad de Arras. ¡Complejo expediente!, bien se puede objetar y altamente controvertido. El 21 de junio de 1788, la Cámara de Grados del Gran Oriente de Francia expone que se ha creado un capítulo en esta capital del condado de Artois en el año 1752 por Carlos Eduardo. Se otorga pues un reconocimiento a aquellos que se dicen sus continuadores, en fecha 16 de febrero de este año de 1788. Continuadores intermitentes, eso sí: recuerdan y reivindican los trabajos comenzados en 1752, pero interrumpidos en fecha indeterminada, y retomados únicamente más tarde en 1774. La información parece curiosa a día de hoy, ya que se suele remitirse a 1745 o 1747 para marcar la aparición de este capítulo. ¿Qué es exactamente?

En primer lugar, levantemos acta de las divergencias en cuanto a la datación. En 1860, el catálogo de la librería Tross en París, en previsión de una posible subasta de numerosos manuscritos masónicos, presenta una patente que habría sido entregada en «el año de la encarnación de 1745»[169]. En 1931, en un artículo de la revista *St-Claudius*, Nicolas Choumitsky ofrece el facsímil de una copia tenida como reproduciendo fielmente esta patente, esta vez con la fecha del «16º día del 2º mes, del año de la encarnación cinco mil setecientos cuarenta y cinco»[170]. Como esta copia es del mes de mayo de 1788, el año en que la Cámara de Grados se pronuncia, nos llama la atención la diferencia de años entre 1745 y 1752. Otra copia de 1806 se encuentra actualmente depositada en los Archivos departamentales de Pas-de-Calais que recuerda también el año 1745, pero el 15º día, con una certificación de conformidad suscrita por diversos oficiales de Arrás[171]. En su *Histoire de la fondation du Grand Orient de France*, Thory prefiere 1747, mismo día, mismo mes[172]. Todas estas vacilaciones, y aun así tan solo tenemos una pequeña muestra entre las que pueden encontrarse en las publicaciones, nos permite pensar que nadie tenía el supuesto original de 1740 ante sí, de modo que el año 1752 es quizás el que deba ser recordado.

¿Puede ser? En el cuerpo de texto de la patente de 1745, el hecho que Estuardo sea transformado por Stuwart, lo que no sucede nunca en los archivos auténticos de los jacobitas, es un indicio de falsedad. El hecho de agradecer, por haber prestado cobijo durante seis meses a Carlos Eduardo, y querer recompensar a los francmasones locales su asistencia, es igualmente absurdo. Si algún Estuardo ha efectuado largas estancias en la ciudad, y ello no sin cierta intermitencia, es su hermano menor, el príncipe Henri, duque de York, el cual se enorgullece por otra parte de haber mostrado en la guarnición un perfecto entusiasmo en el servicio de las armas[173]. Por consecuencia, no resulta imposible que un puñado de audaces hayan pensado efectivamente en 1752 conferirse bajo su propia autoridad la patente en cuestión. Pero estemos igualmente atentos al nombre del secretario, Berkeley, que sería el supuesto redactor del original. No existe ningún fiel a Carlos Eduardo que, bajo ese nombre, pueda presumir de suficiente familiaridad con el príncipe para establecer tal documento. En cambio, encontramos a Francis Bulkeley cuyo nombre es afrancesado bajo la forma de Bulkeley.

A menudo va a Fitzjames, o sea, a un centenar de kilómetros al sur de Arras. Esta comuna lleva este nombre desde que el duque de Berwick fuera elevado a la dignidad de duque par de Francia, en mayo de 1710. Esto es lo que escribe Bulkeley a Montesquieu el 20 de septiembre de 1751. «Tenemos aquí al Milord Maréchal [Marischal], ministro plenipotenciario de Prusia, que irritó tanto al rey Jorge que envió instrucciones al señor Yorke [Charles Yorke, hijo del canciller Hardwicke] de que no tuviera ningún contacto con él».[174] Nacido en Londres el 11 de septiembre de 1686, llega a Francia hacia 1700, cuñado del mariscal de Berwick, propietario de un regimiento de infantería a su nombre, teniente general, con el título de vizconde de Cashel en la nobleza de Irlanda, manteniendo contacto con Montesquieu desde hace más de veinte años, Bulkeley conoce bien las regiones del norte por haberlas recorrido durante largo tiempo con sus soldados. Cuando en París visita a Marischal, o al revés, ¿solo intercambia bromas con él? Si hay política, y la hay, qué de más seguro, ¿no mezcla y trata de masonería?

El día en que la Cámara de Grados examina el asunto de los de Arrás, el presidente de la sesión no es otro que Gerbier de Verchamp. ¡Él de nuevo!

No nos atrevemos a descalificarlo, porque lo asisten seis administradores que están lejos de ser proclives a la credulidad. Gerbier menciona por primera vez un auto de constitución ya otorgado el 21 de agosto de 1774 a los de Arrás en el que "se relaciona el título constitutivo otorgado en 5752 por el H.·. príncipe Eduardo al Capítulo de Arras para autorizarlo a trabajar los altos grados". Añade que «ese título primitivo se encuentra extraviado, pero que su existencia parece constatada por la patente de la que acaba de hacer lectura y que, en consecuencia, estima que los trabajos de este Capit.·. deben ser remitidos a la época de 1752». Un tal recordatorio tiene la ventaja de marcar una cierta antigüedad. Si bien las nuevas patentes están fechadas en lo sucesivo del 16 de febrero de 1788, según la demanda formulada por los de Arras, se insiste en que los primeros trabajos del capítulo se realizaron "de buena fe a partir de 1752, en virtud del título original entonces concedido a este Capt.·. por el príncipe Eduardo, según consta en el escrito adjunto a esta solicitud"[175].

En este contexto, 1752 puede haber sido una fecha importante para los de Arras. Han podido tener una patente, si no firmada por el mismo Carlos Eduardo, al menos puesta bajo sus auspicios, cuyo texto dice haber conocido desgracias e infortunios. Luego después, en el espacio de algunos meses, el desenlace del complot Elibank, ha podido acelerar una desafección brutal. Mucho más tarde, pero ni en 1774 en que el documento de reconstitución se inspira del original, ni en 1788 en que el original ha sido extraviado, pero no el documento que lo reproducía, los nostálgicos han podido reunir recuerdos dispersos y fabricar uno falso. En otros términos: acontecimiento bastante probable, evidencia documental ciertamente falsa para establecer un punto de referencia en 1745 o 1747.

Desde 1749, y más exactamente en 1750, Bulkeley forma parte del círculo restringido de allegados a Carlos Eduardo que creen en la posibilidad de izar su estrella en el firmamento de la gloria, sin detrimento sentimental respecto a Jacobo III, al que se juzga definitivamente como habiendo quedado fuera de la carrera. En 1751, sabiendo que el príncipe ha cambiado de confesión religiosa, es favorable a un proyecto de matrimonio que lo ligaría a una princesa protestante; lo que, a juicio de Bulkeley, debería permitir al partido obtener con mayor facilidad que antes el apoyo de monarcas igualmente protestantes. Porque los hermanos Keith son

protestantes, piensa que en Prusia podrían hacer uso de su influencia a fin de concebir un proyecto internacional que permitiera debilitar el poder de los países católicos. Marischal, sobre todo, le parece el más seguro de las altas personalidades capaces de arrastrar tras su estela un mayor número de simpatías. Bulkeley es suficientemente persuasivo para que Carlos Eduardo ponga sus más ardientes esperanzas en este general que ha renunciado a su dulce *farniente* italiano. Es por esta razón que, el 21 de junio de 1751, el coronel Göring es enviado a Berlín a fin de que convenza a Marischal para que entre de una vez por todas en los planes. La continuación, la conocemos. Entre 1750 y 1752: todo va bien. En 1753, todo va mal.

Así pues, el capítulo de Arras aparece en 1752, cuando queda probado que Marischal y Bulkeley son política e intelectualmente solidarios, en el círculo más cercano al príncipe Eduardo. Luego, pasa a sufrir la misma suerte que otros capítulos escoceses de los que se sabe positivamente su existencia en torno a 1750, pero que pronto pasan a dejar, en un segmento de tiempo muy corto, ningún tipo de rastro material suficiente para elucidar a la vez las condiciones de su aparición y las de su extinción. La Orden Sublime de los Caballeros Elegidos sufre por lo demás la misma suerte. Serán los recientes descubrimientos de manuscritos olvidados durante largo tiempo en Quimper y Poitiers los que permitirán reconstruir una parte de su breve historia. Aunque, como anuncié, reaparecerán a la sombra de Hund cuando nadie lo espere.

Por cierto, señalemos también el capítulo de Orleans. Conocemos positivamente su existencia gracias a un diploma expedido el 9 de abril de 1757 a un joven maestro de dieciocho años, Jean-Baptiste Targe[176]. Por una parte, el preámbulo es muy explícito respecto al patronazgo de Carlos Eduardo, en el sentido en que los dignatarios se declaran revestidos de «todos los honores y autoridades por nuestro querido hermano y gran maestro el príncipe Carlos Eduardo Estuardo». Por otra parte, uno de los signatarios, en este caso Martin Itéguiemme[177], se dice detentor de los grados de Caballero de Oriente y de Rosa-Cruz. Estos grados son los más elevados dentro de la escala practicada. Por debajo, están al menos los de Elegido, Escocés Trinitario Francés y el de Maestro Perfecto Escocés Inglés, los cuales son conferidos a Targe en ese mismo día. Merecería ser llevada a cabo una detallada investigación, con el fin de dilucidar las

condiciones en que se ha creado este capítulo y cómo ha llegado a adoptar tal escala iniciática.

Reservemos dicha investigación para otra obra. Baste con recordar aquí que, entre 1743 y 1757, el número de años es ampliamente suficiente como para favorecer una multiplicación de grados escoceses. La preminencia concedida a los de Caballero de Oriente y Rosa-Cruz constituye una constante que atraviesa todo este intervalo de tiempo. El hecho de que se crucen en el camino de Marischal, no hace más que reforzar la hipótesis de que éste juega un papel determinante en el dispositivo, cosa que contraria a algunos de sus amigos. No vemos, en cualquier caso, cuáles podrían ser los argumentos que inclinarían a sospechar de un nuevo engaño por parte de los masones de Orleans cuando se reivindican de la figura de Carlos Eduardo. En 1757, Itéguiemme se presenta como antiguo Venerable de su logia. Nos cabe imaginar que su entrada al Escocismo pudo efectuarse varios años antes.

Una anécdota literaria para terminar. Es a tomar con las precauciones debidas, teniendo en cuenta lo que puede suceder cuando las ornamentaciones fabulescas se invitan a una pseudo biografía arreglada por un tercero. En los *Recuerdos de la marquesa de Créquy*, Maurice Cousin de Courchamps describe a Marischal en trance de ofrecer a la joven René-Caroline-Victoire de Froulay, de la que el hotel de sus padres era lugar de reunión favorito para los jacobitas de la región parisiense, en el transcurso de los años 1710-1720, una medalla conocida entre los numismáticos bajo el nombre de Noble-à-la-Rose. La misma representa «un caballero que está armado con todo lo que le corresponde como tal, y que tiene una rosa en la mano. El dorso aparece cargado por una cruz floronada»[178]. Al parecer dicho regalo se habría efectuado en nombre de Jacobo III, el cual dispondría de un cofrecito con otras medallas transmitidas de soberano en soberano desde hacía un número incalculable de generaciones, y que él mismo sólo distribuía entre fieles probados. En los diccionarios de la época, se lee que en efecto Eduardo III las habría hecho producir como piezas de moneda de oro en 1344, después de lo cual corrieron imitaciones por Francia y Flandes. Verdadera o falsa, esta anécdota es para relacionarla con el extracto de los primeros rituales Rosa-Cruz conocidos (lo que no quiere decir originales).

El Caballero de Oriente «es llamado Rosa-Cruz, porque los Maestros de la Gran Logia de Escocia en los primeros tiempos hicieron acuñar medallas sobe las cuales aparecían uno de los símbolos de este grado, consistente en una rosa sobre una cruz. Jesucristo habiendo sido comparado con la Rosa del Evangelio por su dulzor ejemplar: algunas de estas medallas al caer en manos de algunos miembros de una logia poco instruida, adoptaron el emblema y tomaron el nombre de Caballeros de la Rosa-Cruz, lo que ha sucedido entre aquellos que no han buscado profundizar en el origen o causa del error».[179] ¿Significa esto que los primeros Rosa-Cruz o Caballeros de Oriente, tuvieron efectivamente una medalla que llevaban encima para reconocerse unos a otros? Observemos que los jacobitas tenían sin ninguna duda la costumbre de distribuirse medallas o anillos, con una inscripción en su cara interna, para señalar concretamente su común pertenencia a una sociedad discreta. Algunos, llegado un día ¿habrían hecho referencia a Eduardo III? La leyenda quiere que este rey haya sido el reformador de la antigua masonería de la Edad Media para adaptarla al nuevo contexto de modernidad. No es más que una leyenda, pero resulta comprensible que las imaginaciones se aceleren cuando se alega, como en la cita de más arriba, que serían masones «poco instruidos» los que habrían introducido la confusión de géneros. Tanto si había medalla como si no, quizás eran más conscientes que sus epígonos.

CAPÍTULO VII

1754

El registro de la logia de Kittlitz así como los documentos emitidos por Hund y el círculo de fieles que reunió en torno suyo, nos permiten pensar que el despliegue del aire e influencia de la Orden sobre las diferentes provincias no es una realidad concreta entre 1751 y 1754. Siendo más precisos, aquella provincia sobre la que Hund ejerce en lo sucesivo su magisterio, la situada «entre el Elba y el Oder», era a la práctica más virtual que otra cosa, hasta el encuentro con los Keith. James ejercía una dirección más teórica que práctica. Podemos presumir que la organización mencionada en la lista copiada en casa de este último por Hund, aproximadamente calcada sobre la de los antiguos Templarios, procedía más de una proyección de futuro que de un inventario de una estructura existente. Después de 1754, resulta cómodo hacer ver como si se tratara de un sistema ya complejo; pero no se dieron detalles sobre él, ninguna pista que permitiera precisar cómo funcionaba, por lo que es mejor evitar cualquier extrapolación al respecto.

Expliquémonos. Para formar su capítulo, Hund recluta esencialmente a Hermanos de la logia de Naumburg, con la particularidad que todos ellos han accedido al cuarto grado dicho de Maestro Escocés. Este es el caso de su primer adjunto Schönberg y el de al menos otros cinco que componen el areópago de dignatarios en la primavera de 1754. Schröder publica una lista datada del 26 de abril[180]. Los cinco son Ernst-Johann-Georg Schmid, primer teniente en el ejército del Saxo, Johann-Wilhelm Mylius, teniente de ingenieros, Friedrich-Anton Viltzhum von Eckstadt, mayor de la guardia de Granaderos a caballo, Johann-Heinrich Braun, capitán, Ernst-Gottlob von Kiesenwetter, decano de los Estados del principado del Elector del Saxo.

Son pues Maestros Escoceses, pero sin más. Ninguna estructura exterior a su logia les concierne. Por el contrario, desde el mismo momento que acceden al noviciado, entran por consecuencia en la de la provincia que dirige Hund.

Un ritual de recepción publicado por Steel-Maret está fechado en este año 1754, sin modificaciones posteriores aparentes. Es perfectamente claro en cuanto al método. Son exactamente los Maestros Escoceses quienes son recibidos al noviciado. Llevan un mandil verde, lo cual es conforme a la reseña. Y luego «el mandil de este grado no son más que las armas de la provincia, que se le indican simplemente al recipiendario, diciéndole que cada distrito tiene las suyas, sin especificarle por tanto ni el número, ni sus nombres»[181]. Hay varias provincias, pero cuántas, nadie lo sabe. Ellas tienen un nombre, pero cuál, nadie debe saberlo, tampoco. Todo esto es muy oscuro, hasta el punto que uno acaba preguntándose si Hund no se encontrará atrapado en el discurso que mantiene en lo sucesivo ante su propio equipo, condicionado por el juramento de guardar secreto, prestado tres años antes. Las informaciones copiadas a toda prisa en casa de Feld-Marschall James Keith continúan siendo más abstractas que nunca.

Desde una perspectiva más amplia, el testimonio del lionés Jean-Baptiste Willermoz corrobora el punto de vista según el cual existen compartimentos, y que el templarismo no es llevado por los mismos hombres. «Desde el año 1752, es decir hace ya treinta años, habiendo sido elegido para presidir la logia que me había recibido, y no teniendo ninguna conexión, ni con el difunto Rev. H. ab Ense [von Hund], ni con ninguno de los partidarios de su sistema, supe misteriosamente que aquellos a los que confería este 4º grado de la masonería, se convertían en sucesores de los caballeros T[emplarios] y de sus conocimientos; lo repetía y lo he repetido durante diez años, como lo había aprendido de mi predecesor, quien a su vez lo había aprendido por una antigua tradición, de la que no conocía el origen».[182]. La alusión *ab illo tempore* de la elucidación de un origen es un giro retórico sin ningún valor significativo. Por el contrario, que Willermoz se haya aplicado, como dice, a conferir él mismo este grado a miembros de su logia, y esto sin ninguna ligazón con Hund no hace más que validar el contenido del ritual de 1754.

Tengamos cuidado con los razonamientos al revés. El noviciado no es todavía conocido por Willermoz ni en 1752, ni en 1754; lo conocerá veinte años más tarde, cuando solicite la integración de su logia lionesa a la reforma de Alemania iniciada por Hund. No obstante, si reconoce una analogía entre el cuarto grado obtenido por él en 1752, grado que confiere a su vez a los otros lioneses de su entorno, y aquel cuyo ritual le fue comunicado en 1774, es a fortiori porque no duda ni un segundo sobre un origen común, luego de las diferencias surgidas más tarde. Durante largo tiempo, el silencio deliberado o la ignorancia de lo que pasa afuera impiden el compartir informaciones. Cabe preguntarse si la coyuntura desastrosa, justamente, a partir de 1752, no es mucho más determinante que la decisión de tal o cual gran dignatario jacobita, Marischal u otro, para justificar este silencio o esta ignorancia. Para muchos, la pérdida de las últimas ilusiones políticas no los estimulará a consolidar su masonería caballeresca en varios países al mismo tiempo. El propio Carlos Eduardo sigue siendo un actor distante a este nivel. Lo que se lleva a cabo bajo su nombre es una cosa, otra distinta es el poco interés que le dispensa.

Al referirse a este cuarto grado recibido anteriormente, Willermoz no dice que vislumbrara otro por encima del mismo. Ahora bien, este cuarto grado no es otro que el de Caballero de Oriente, como lo atestigua su carta a Hund de diciembre de 1772[183]. Durante al menos ocho años, los lioneses le concedieron el lugar más importante en su repertorio. Cuando en 1760, el 4 de mayo, constituyeron una logia general en su ciudad, era preciso disponer de este grado para pertenecer a ella. Y no será hasta 1765, que se alzarán por encima del mismo para constituir un capítulo denominado del Águila Negra, bajo la dirección de Jacques Willermoz, hermano de Jean-Baptiste, con el fin de gestionar los otros grados que se multiplicarán a partir de entonces. Esta constitución se hará sin tener conocimiento todavía del trabajo de Hund en Alemania. Aunque la provincia de Auvernia sea en teoría la segunda del sistema, no tendrá todavía consistencia real.

En el año 1754, la provincia dirigida por Hund es la séptima, si no cronológicamente, sí al menos geográficamente. El reglamento y los estatutos redactados en abril están claramente indicados como siéndole aplicables, sin vínculo ni supeditación a ninguna otra[184]. Su forma y su contenido revelan pues una voluntad de formalizar tan rigurosamente como

sea posible un funcionamiento interno. Su predecesor en el cargo, en este caso James Keith, no ha dejado a su disposición ninguna estructura anteriormente constituida, ningún grupo de colaboradores activado, ningún reglamento general. En este sentido, he aquí porqué se puede hablar de una innovación que no se integra en un dispositivo más amplio por fuera de esta provincia. Si existen otras, y cuál es su composición, nadie está en disposición de decirlo. Y observemos de pasada que la sede de esta provincia alemana se la supone encontrarse en Sonnenbourg, lugar de la antigua encomienda, a menudo designada en los textos por las letras s. b. g. que por así decirlo se trataría de un oriente totalmente virtual. Al igual que los francmasones jacobitas del continente presentan sus escrituras como si fueran emanadas de Edimburgo, aunque no lo sean, Hund juega a una imitación parecida transportándose ficticiamente a un horizonte imaginario, que antaño fue lugar de acogida de los caballeros.

El preámbulo al mismo reglamento está compuesto por una cita de la *Eneida* (Libro XI, 425) que hace alusión a los reveses de la fortuna. Podría traducirse así: «Los días son numerosos y el clima, que trae continuos cambios, trae así mismo felices oportunidades; la fortuna, que pasa de un extremo al otro, se ha burlado de gran número de hombres, sólo para consolidarlos en la prosperidad».[185] En el mismo estilo que las divisas latinas recordadas anteriormente, es posible ver en dicha cita una alusión a la restauración de la antigua Orden del Temple. Simultáneamente y sin contradicción, es posible considerarla también, una vez más, que se trata del combate de los Estuardo para recuperar su poder. Por otra parte, esta cita es a menudo utilizada por los políticos, como cuando en la época del retorno de los Borbones al poder después del episodio napoleónico. Sea como sea, la *Eneida* sirve de referencia literaria a los jacobitas en el exilio para traducir en alegorías su errancia y su esperanza de regresar como vencedores a su país natal. Entre otros, cuando Alexander Pope escribe *La forêt de Windsor*, se inspira mucho en la obra de Virgilio. Y este es un libro dedicado en 1713 a George Granville, futuro duque de Albemarle en la *nobleza* jacobita, del que hemos visto que su sobrino hace, en Bruselas, cumplir los primeros pasos de Hund dentro del Escocismo.

Sin embargo, varios autores consideran 1754 como una especie de punto de inflexión en la historia de la Estricta Observancia. En este sentido, Thory

escribe: «En ese año, el caballero de Bonneville funda un capítulo de altos grados y lo instala el 24 de noviembre. Ha hecho construir para este establecimiento un magnífico local en un suburbio de París denominado la Nueva Francia: esta sociedad estaba compuesta por personas distinguidas de la corte y la villa que, cansadas de las disensiones que deshonoraban las logias de París, decidieron separarse para formar esta reunión particular, la cual tomó el nombre de Capítulo de Clermont. Dicho capítulo ha hecho revivir el sistema de los Templarios: el barón Hund recibió en el mismo los altos grados, y es de allí que extrajo los principios de la doctrina de la Estricta Observancia, de la que fue apóstol en Alemania, como se verá».[186] Se ignora si tal relato es una suerte de amalgama de informaciones extraídas de fuentes inconexas, siendo la principal de ellas, el artículo de Joseph-Jérôme de Lalande en *L'Encyclopedie*[187] retomado en 1786 por Gabriel-Henri Gaillard[188], o bien se sustenta en archivos concordantes. Por su parte, Findel versa en la perorata, pero añade: «Los miembros de este capítulo de Clermont eran, en su mayor parte, partidarios del Pretendiente».[189]

Hasta una más amplia investigación, no podemos establecer de manera definitiva que Hund efectuara una tercera estancia en Francia durante la que pudiera participar de algún tipo de reunión masónica. Todo lleva a creer, por el contrario, en una gran improbabilidad. En efecto, si el capítulo parisino del que habla Thory es fundado el 24 de noviembre, se revela, como acabamos de ver, que el reglamento de la Séptima provincia es del mes de abril. Por esta razón, sería ilegítimo establecer una relación de consecuencia entre los dos acontecimientos, no estando el segundo inspirado por el primero. Además, no ha lugar otorgar a un imaginario caballero de Bonneville la fundación del capítulo de Clermont, puesto que este capítulo es operacional desde hace varios años. En cuanto al verdadero dignatario masónico que gravita en el entorno del gran maestro, este no es otro que el conde Charles-Gabriel-Antoine de Bénouville, jefe de campo de caballería, corneta de la compañía de caballería ligera de la guardia del rey, del que se puede probar sin lugar a dudas que se reunía con los Hermanos de la Nueva Francia, más exactamente en la rue Bellefond, pero no en las condiciones resumidas por Thory. He hablado de ello en mi *Réseaux maçonniques et mondains au Siècle des lumières*[190]. Sin embargo, resulta cierto que Carlos Eduardo se encuentra en la región parisiense durante una

gran parte del año 1754, por una parte, y que el capítulo injertado en la logia de Clermont conoce un período de vigor por este mismo tiempo, por otra.

Volvamos algunos meses atrás. En febrero de 1753, a pesar del fracaso del complot Elibank, Marischal persiste en defender la causa de Carlos Eduardo. Dirige a Federico de Prusia un despacho en este sentido, cuyo principal argumento es que la oposición al rey Jorge II en Gran Bretaña estaría muy viva y podría ser hábilmente explotada con el fin de contribuir a la restauración de los Estuardo. Federico le responde de buena gana, mostrando su buena disposición para recibir a un emisario del partido que vendría de incógnito a Berlín[191]. Esta declaración es hecha no obstante a espaldas del príncipe. La política no pide menos, en ocasiones, callar ante un actor de primera línea, proyectos en los que otros querrían implicarlo, más vale por otra parte, añade Marischal, no meter a nadie en la confidencia, ya que la menor indiscreción lo pondría en una posición muy incómoda.

En septiembre de este mismo año, Marischal cambia de tono. Previene a Carlos Eduardo que los jacobitas que, de una manera u otra, se han visto comprometidos en el complot Elibank reclaman la destrucción de todos los documentos que los relacionase, y esto en presencia de un testigo que tiene toda su confianza y que podría tranquilizarle. Llegará incluso a afirmar que cualquiera de los documentos, sin importar cual, se encontraría con mayor seguridad en manos de Marischal, que en las del príncipe. Lo solicitado se ejecuta, guardando la esperanza que, a pesar de la desconfianza que el comportamiento del príncipe inspira cada vez más a la mayoría de sus partidarios, Carlos Eduardo conservará no obstante la afección, aunque sea enfriada, de aquel que aparece ahora como el personaje de mayor influencia de la diáspora jacobita en Francia. La esperanza es frágil. Un día cree, pero al siguiente ya no. Querría certezas.

A comienzos de 1754, Carlos Eduardo deja Lieja donde estaba temporalmente instalado con su amante, Clementina Walkinshaw, y la pequeña recientemente nacida de esa relación. Va a París, pensando que, a petición suya, Marischal aceptará verse con él y que la ocasión será propicia para continuar con su colaboración establecida sobre nuevas bases. Se halla igualmente en una cruel falta de dinero, y cuenta con la generosidad de sus

habituales para recomponer sus fondos. Marischal encuentra excusas dilatorias para sacárselo de encima y responderle al príncipe que sus gastos injustificados disgustan profundamente a los donantes. Carlos vuelve entonces a Lieja, y se queda poco tiempo, haciendo de nuevo su equipaje, y esta vez, con mujer e hija, vuelve a París a comienzos de abril.

Por bien que tenga casi prohibida su presencia en territorio francés desde finales de 1748, no deja de hacer cortas apariciones intermitentes bajo identidades supuestas. Su primer anfitrión no es otro que el conde Louis Phélypeaux de Saint-Florentin, secretario de Estado encargado de la Casa del rey, lo cual no es poca cosa. Y es francmasón para más señas. Esta complacencia es curiosa. Ella explica, sin embargo, por qué los más altos cortesanos de Versalles están informados. Al igual que los responsables jacobitas. Marischal no deroga por su parte su voluntad de secreto. Evitando pronunciar o escribir cualquier cosa que pudiera dejar esperar cualquier hipotética instigación, se guarda incluso de firmar su correspondencia con el príncipe, confiándola a un porteador especial. Además, el 15 de abril, se permite ordenarle que no le diga ni comunique, cualquier posible lugar de asilo que pueda tener en el futuro, ya que ha jurado no mentir a «cierta persona» que podría pedirle información[192]. De golpe, Carlos Eduardo siente claramente que ha dejado de ser acogido con los brazos abiertos; pero persiste en querer creer que puede lograr convencer a su antiguo compañero de que vuelva a seguir su senda. El 9 de mayo, responde querer respetar las recomendaciones recibidas, pero insistiendo sobre sus sentimientos inalterables de amistad hacia el conde y pidiéndole o bien una respuesta, o una entrevista[193].

La reacción muy directa, visiblemente irritada, de Marischal, diciéndole que está fatigado por tanta presión y que a lo único que aspira es a retirarse de la política, poniendo de manifiesto que no quiere saber nada más, no es suficiente para concluir este intercambio epistolar. Carlos Eduardo vuelve a la carga, con el pretexto de que sus desgracias lo llevan en ocasiones a mostrarse brusco, y reiterando sus declaraciones de amistad. Esta vez Marischal se abstiene: no hay respuesta, ni oral ni escrita. La señal es muy fuerte. He aquí como el vínculo entre los dos hombres se distiende definitivamente. Marischal solicita a Federico II, entrevistarse y lo obtiene en julio, a consecuencia de cuya entrevista recibe la nominación de

gobernador de Neuchâtel, por aquella época bajo dominio prusiano. Aún y así, Carlos Eduardo, permanece todavía algunas semanas en París y continúa con sus intrigas. ¿Es por ello, que su presencia reanima a los francmasones que cultivan el Escocismo? Sabiendo que diversos rituales hacen alusión claramente a los Estuardo, no resulta inconcebible que curiosos entusiastas le pidan algunas luces. No debemos olvidar, tampoco, que se encuentran en la ciudad jacobitas que han tenido conocimiento ciertamente de la ceremonia de Holyrood, nueve años antes. En primer lugar, este es el caso del inevitable David Ogilvie, quien aceptó el proyecto de hacer participar a cierto número de sus oficiales en la ejecución del complot Elibank. En marzo de 1751, ha alquilado una gran casa en rue de las Tuileries. Desde entonces, aunque a menudo se encuentra a la cabeza de su regimiento en el norte, vuelve frecuentemente a la capital.

Para mejor entender las peripecias que jalonan este año 1754, conviene tener en cuenta que el príncipe permanece poco tiempo bajo techo de Saint-Florentin, mostrándose inconstante, a veces bajo los efectos del alcohol y poco respetuoso con su compañera con la que no duda en discutir públicamente. Gusta hacerse llamar Jean Douglas; aquellos que conocen su verdadera identidad juzgan su comportamiento como muy poco oportuno. Desde este punto de vista, puede emitirse la hipótesis que su actitud no se presenta precisamente como un modelo de equilibrio, ni incluso que sus preocupaciones políticas que rayan la obsesión, le dejan muy pocas motivaciones para asistir a cualquier tipo de logia. No obstante, un testimonio de relieve merece aquí ser examinado de cerca. El del gran maestro de las logias de Francia, el mismo conde de Clermont.

El 20 de enero de 1767, Clermont escribe al marqués François-Bonaventure-Joseph Dumont de Gages para decirle lo que piensa de unas recientes declaraciones de Louis-François Zambault relativas al grado de Rosa-Cruz. Zambault es uno de los administradores de la Gran logia. Como ignora cual es esta declaración, tiene la dificultad de precisar si la misma traduce una divergencia de opinión sobre el valor del grado, o se trata de otra cosa. En todo caso, nada hay de más evidente que el vínculo directo establecido entre la Rosa-Cruz y la persona del príncipe Estuardo. «Aquellos que conocen este Grado, son recibidos con todos los honores en mi Real Logia. Pero, aunque el número sea muy grande por la indiscreción de nuestros Miembros, los que conocen la totalidad en su conjunto se

limitan a treinta y tres, y estos son los que reciben los grandes honores, el Martillo [¿Manto?] así como el Reconocimiento entre nosotros, y estoy asombrado de que Zambault pueda decir lo que dice, ya que nunca ha estado en mi Real Logia, y que es en consideración a la memoria de nuestro querido H.·. el Príncipe Eduardo, que esta Logia todavía existe en nuestro Oriente».[194]

En primera lectura, este testimonio deja perplejo. La fórmula «en consideración a la memoria» sugiere que se trataría de recodar a un difunto, y en efecto, en el momento en que Clermont firma la carta, Jacobo III está muerto desde hace un año. Como Eduardo sería el tercer nombre, de su nombre compuesto [*James-Francis-Edward*; Jacobo-Francisco-Eduardo] resultaría lícito pensar en él. He aquí un punto de vista que he tenido ocasión de avanzar en anteriores publicaciones. Sin embargo, lecturas diversificadas en la literatura del Antiguo Régimen nos vienen a probar que la misma fórmula es aplicable también a los vivos. Este es el caso, por ejemplo, cuando François de Malherbe comienza una carta al famoso capitán Louis de Berthon de Grillon de la siguiente manera: «Vivís en la memoria de todos aquellos que tienen el honor de conoceros».[195] La posibilidad de relación con Carlos Eduardo es pues completa y, bien pensado, más satisfactoria. Como sea que sabemos que un capítulo Rosa-Cruz trabaja en París desde 1741 en la esfera más próxima al duque de Antin, y que este capítulo pasa más adelante a estar bajo la autoridad del conde de Clermont, resulta lógico que este último cite al príncipe Eduardo en su correspondencia, y por otra parte, es posible encontrar un número incalculable de documentos en los que se cita al «joven pretendiente» hijo del «viejo pretendiente» Jacobo III siendo indudablemente designado de esta manera.

La conexión con la Rosa-Cruz queda aquí establecida sin ningún tipo de ambigüedad. ¿Tiene en 1754 el príncipe la ocasión de verse con su primo Clermont, hasta el punto de participar en una asamblea del capítulo? Siendo la clandestinidad del príncipe, tan solo secreto de polichinela, esta posibilidad no es a excluir. No obstante, aunque lo fuera, Clermont no tiene ninguna necesidad de la presencia física de un Estuardo para mantener en el transcurso de una ceremonia Rosa-Cruz una alusión, más o menos discreta a las peripecias profanas del joven Pretendiente que se encuentra todavía

con la fuerza de la edad, y al que los caprichos de la política internacional, bien podrían propulsar hacia el sol de la gloria, dando así pleno sentido a la cita de Virgilio sobre los reveses y giros de la fortuna. No olvidemos tampoco que el grado de la Bóveda Sagrada, también denominado del Cuadrado, de Jacobo VI o también en inglés Royal Arch, es practicado en el capítulo de Clermont, como lo prueba el ritual citado anteriormente, en el que queda indicado que Chaillon de Joinville jugará un papel preponderante en 1763.

Aún y así; si, por hipótesis, la asamblea de la Nueva Francia es organizada en el fasto por el conde de Bénouville, como lo sugiere Thory, y si la misma concierne a los dignatarios de rango más elevado del Escocismo, los cuales son también en su mayoría miembros de la nobleza, Carlos Eduardo es imposible que asistiera. Al haber dejado París a finales de septiembre, no puede que esté en noviembre. Que hubiera entre los invitados, numerosos simpatizantes a su causa y a la de su padre: es muy posible. Que Carlos Eduardo colaborara presencialmente de alguna manera, esto es inconcebible. Únicamente la fecha del 24 puede ser confirmada por otra fuente. La Gran logia se reúne efectivamente el 19 a fin de deliberar, entre otras cosas, sobre la constitución de nuevas logias. Estas constituciones son ratificadas el domingo 24, día de San Severín, y se decide el envío de dicha ratificación a las logias.

Una vez operada esta disyunción entre lo que pasa en París y en Kittlitz, no deja de acontecer que muchos de los documentos que sirven a Hund para cuadrar su sistema en 1754 están relacionados explícitamente también al grado de Rosa-Cruz y son incluso susceptibles de aportar ciertas informaciones complementarias al papel jugado por Marischal y su hermano James. Como sucede con la matrícula de la VIIª Provincia, estos documentos han sido igualmente detentados por Willermoz quien ha modificado diversos de ellos para adaptarlos al caso particular de su provincia en 1774, incluso para invalidarlos algunos años más tarde. Conviene entonces leerlos con precaución. Aún y así, la fecha a veces se indica en el encabezado, a veces en el cuerpo del texto, lo que evita cualquier posible duda sobre su origen.

Consideremos en primer lugar el *Ritual para la constitución de una logia regular*. Fija el desarrollo de la ceremonia de elección de los oficiales fundadores y la imposición del título distintivo de la logia. El personaje

central es el gran maestro de la Orden o «al menos un diputado gran maestro». Su primer gesto solemne es el de entronizar al Venerable designado, y lo hace con estas palabras: «Por el poder que he recibido, yo gran maestro Escocés, caballero de la Espada y de la Rosa-Cruz, te constituyo maestro de esta logia, con plenos poderes y autoridad sobre ella, y sus miembros, por este año únicamente». Con esta fórmula, ¿se trata de establecer una equivalencia entre «Maestro Escocés, Caballero de la Espada y Rosa-Cruz» o bien se trata de grados distintos y encadenados progresivamente en una continuidad jerárquica? Sabemos al menos de la posible sustitución entre los dos primeros. Por lo tanto, parecen constituir el cuarto grado y el de Rosa-Cruz el quinto.

Un discurso más tardío dedica diversas líneas a la descripción del de Rosa-Cruz. Este grado habría sido creado durante la guerra de las Dos Rosas en Gran Bretaña. Hablando alegóricamente, se trataría de «la religión católica puesta en grande» (en singular), a condición de entender que anunciaba la «masonería renovada». En otros términos, vendría a significar que «nuestros ancestros hijos y sobrinos de los primeros Masones abrieron los ojos a la verdad, y renunciaron a las prácticas de la antigua ley, para seguir las de la nueva, abrazando el cristianismo cuando la primera cruzada»[196]. Discurso más tardío, digo yo, porque no perdona a los Templarios medievales que habrían sido poco más que unos campesinos ávidos de botines; pero en las primeras líneas, se pueden encontrar igualmente en filigrana las escenas de la Bóveda Sagrada bajo las ruinas del templo, aunque se atribuye aquí a «la antigua masonería», lo que nos mantiene en la distinción ya marcada en otras ocasiones entre las dos referencias emblemáticas que son, para los jacobitas, Jacobo III y Carlos Eduardo, incluyendo en el lote al conde de Clermont, como acabamos de ver.

El modelo de patente entregada cuando la instalación de una logia indica que su constitución es decidida en la «sede efectiva de Edimburgo». En el texto, la fecha presentada es la del «año de los masones de 1754» luego, en lo concerniente al gran maestro, al «octavo año» de su «advenimiento a la gran maestría»[197]. Procedamos por substracción, y constataremos que el gran maestro estaría en función desde 1746. Cualquiera que persistiera en creer que se trata de Marschall von Bieberstein no entendería porqué

Edimburgo es mencionada aquí tan abiertamente, al no reconocerse a este Hermano más que el título de Provincial concedido por la Gran Logia de Londres. Inglaterra no es Escocia. Por el contrario, es sumamente habitual dentro de los usos de los jacobitas exiliados el referirse a Edimburgo como sede virtual de su sistema, como Hund se declarará en lo sucesivo con sede en Sonnenbourg sin serlo, y no es del todo incongruente, al contrario, el de tener el año 1746 como aquel en que Marischal toma la responsabilidad de la Orden, al desinteresarse por la misma Carlos Eduardo, después de lo que James Keith es creado Maestro provincial en Alemania en la que estará en lo sucesivo al servicio del rey de Prusia.

Todo conduce a creer que Hund no se ha contentado con apoyarse en la patente encriptada transmitida por Marischal en el verano de 1751, ni con las copias realizadas por el mismo Hund durante ese año en casa de James. Después de la instrucción dirigida por el Gran Prior Robert, ha buscado otros documentos (profanos o masónicos) que le permitieran dotar de una doctrina al capítulo de Kittlitz, con el proyecto de ser imitado por aquellos que pudieran a su vez ser constituidos en la provincia. En 1754, continúa asumiendo una puesta en forma desarrollando puntos reglamentarios no previstos cuando la partida. En 1774, su nuevo adjunto Johann-Georg-August von Weiler realiza copias, hace partícipe de las mismas a Willermoz, y a otros Hermanos en cumplimiento de su misión de propagador. Willermoz, se inspira en las mismas, por supuesto. Luego, le introduce variaciones ya que algunos términos le incomodan, aunque conservando la retórica inicial, en cualquier caso ya modificada por Weiler. De donde la impresión para un lector actual de encontrarse ante palimpsestos en los que se adivinan rastros de diversas versiones enmendadas superpuestas. Esto es tan cierto que numerosos otros manuscritos archivados por Willermoz conllevan correcciones claramente visibles, con palabras sistemáticamente tachadas y sustituidas por otras cuando son desaprobadas, sea por él, sea por Weiler. Ya que tiempo vendrá en que será cortado el vínculo templario y será rechazado todo lo que, de cerca o de lejos, evoque la gesta de los templarios y su importación a los rituales masónicos, como se señala, por ejemplo, en los Estatutos de los Hermanos del Temple concernientes a sus costumbres[198] en los que los términos de caballeros del temple están a menudo rayados y sustituidos por

caballeros escoceses, pero al menos sirve para poner de relieve que templario y escocés son equivalentes bajo su pluma.

¿Deberíamos volver ahora a Thory, que presenta a los Escoceses suecos como imitadores de los franceses, pero con un mayor apoyo histórico? «Ciertos masones instruidos son de la opinión que el sistema sueco es el mismo que el del capítulo de Clermont que existía en París, pero perfeccionado y asentado sobre bases históricas, lo que le faltaba a este último. [Entre los grados de este sistema el 6º es] el de los Hermanos Estuardo (este último grado ha sido formado por el grado de Caballero de Oriente y el de Príncipe de Jerusalén)».[199] A lo que, Findel añade: «El gran capítulo de Clermont fue acogido en 1754. Es probable que hayan trabajado de acuerdo al método inglés».[200] No es la primera vez que los suecos aparecen en el relato, y veremos como vuelven a aparecer con fuerza al final. Tratemos pues de clarificar las relaciones que mantienen con los francmasones franceses y/o jacobitas hasta 1754.

Sabemos que uno de los primeros iniciados suecos del que los anales han guardado rastro es el conde Axel-Ericson Wrede von Sparre. Recibido aprendiz en París el 4 de mayo de 1731, a la edad de 23 años, pasado a compañero el 16 de noviembre siguiente, luego maestro el 6 de mayo de 1733, establece a continuación la primera logia de Estocolmo. Después de él, otros compatriotas siguen el mismo camino parisino, entre ellos el barón Scheffer. No obstante, algunos de ellos se entretienen también en la provincia. Es particularmente el caso de Knut-Carlsson Posse, el cual, capitán en un regimiento al servicio de Francia, es recibido en 1746 en Metz en una logia tenida por Louis-Henri-Hyacinthe de Tailfumyr de Fresnel, más adelante es elevado maestro escocés en Estrasburgo en la logia presidida por el comisario de Guerras, Jean-François Gaucher de Praslin. El 13 de enero de 1752, provisto de cartas de constitución entregadas por el conde de Clermont, funda la Saint-Jean l'Auxiliaire también en Estocolmo. Otros suecos, habiendo igualmente recibido grados en Francia, le aportan su colaboración. Que sean por esta misma razón los pioneros del Escocismo en su país, sobre el fondo del ritual templario, resulta perfectamente comprensible.

Se puede mesurar el ascendente personal ejercido por Clermont repasando el inventario de logias creadas bajo su larga gran maestría. Un buen número

de ellas se denominan «hijas de Clermont», en otros términos «hijas de la logia de Clermont», cuando deberían decirse constituidas por la Gran logia. Esta no funciona todavía sobre los principios que serán más tarde los del Gran Oriente. Como lo repiten a menudo las fórmulas de aire monárquico empleadas por su secretariado, el conde de Clermont actúa según su «buen parecer». Durante largo tiempo, es el equipo de dignatarios escogidos por él quien trata y despacha los asuntos. No se han organizado todavía en «cámaras» como se verá más tarde, con entre otras la Cámara de las provincias, la Cámara de París, la Cámara de grados. Clermont delega todo o parte de sus poderes, según sean las circunstancias, va nombrando substitutos: particular, general; para los altos grados, no obstante, un diputado gran maestro. Esto a la práctica significa que puede prescindir de toda reunión deliberativa para pedir o aprobar la demanda de constitución de una logia particular, o bien para entregar a un Hermano único un documento autorizándolo a tomar la iniciativa de fundar una nueva logia en un oriente determinado, sea dicho oriente fijo (en una ciudad) o móvil (en un regimiento). El primer caso, es sobre todo el de extranjeros que, de paso por París, desean actuar en *missi dominici* de vuelta a su patria. Justamente, entre 1743 y 1754, diversos suecos aprovechan de tal posibilidad.

Cuando en 1737, el barón de Scheffer se constituye en el precursor, de acuerdo a este procedimiento. Sus poderes le son conferidos por el conde de Derwentwater y no por la «muy antigua y muy ilustre sociedad de los francmasones del reino de Francia». Formar maestros, lo que supone haber iniciado primero aprendices y compañeros, constituir logias con ellos, nombrar responsables, esta es la amplitud de iniciativas que puede tomar. Ellas son parecidamente centradas en su persona, no en una institución. Ciertamente, se trata para él de considerarse, no obstante, subordinado a la Gran Logia de Francia. Pero, la retórica de la patente participa enteramente de una concepción de autoridad soportada en un sólo hombre. Por otra parte, una precisión estipula que Scheffer deberá actuar así hasta que haya «un número suficiente de logias para elegir a un gran maestro de dicho Reino de Suecia», aunque el gran maestro del «Reino de Francia debe ser previamente advertido». Con la firma, el sello que oficializa el acta es ahí también personal, y no institucional.

Es en este mismo espíritu que Scheffer constituye o regulariza al barón de Sparre, venerable de la primera logia de Estocolmo, aunque sea más antiguo

que él en la Orden. Le hace expedir los reglamentos generales aplicados en Francia, después de haber referido dicha diligencia.[201] El establecimiento de una estructura administrativa viene lentamente, no sin tanteos. He aquí un aspecto, quizá, sobre el que la Gran Logia de Londres va por delante; pero únicamente en este aspecto. En todo caso, la subordinación de los grados simbólicos a los escoceses, tal como son respectivamente otorgados en logias azules y capítulos, es admitida por Clermont, al igual que el principio de base de reservar los segundos a una élite. De tal suerte que el vínculo que él mismo establece entre Carlos Eduardo y la Rosa-Cruz ayuda a entender efectivamente porqué los documentos empleados por Hund en 1754 son de la misma inspiración.

La cuestión que queda en suspenso es saber lo que sucede cuando Marischal deja París en julio de 1754 para hacerse cargo de sus funciones de gobernador de Nauchâtel el 20 de septiembre siguiente. Pues bien, Carlos Eduardo se traslada él mismo a Suiza. Desde Basilea donde se alberga bajo el nombre de Thompson, renueva sus peticiones. Aunque Marischal no le responde, el príncipe se obstina. Esto termina finalmente por saberse. Tal es así que, a partir de 1756, los agentes al servicio del gobierno hannoveriano comienzan su primera aproximación con el fin de apartar definitivamente de la causa a este jacobita de entre los más fieles a la misma. Les costará tiempo, pero finalmente lo lograrán. En cuanto a Hund, ¿está igualmente informado de estas nuevas peripecias?

Si mantiene correspondencia con Marischal, cosa que no conocemos, probablemente no reciba comentarios que deban permanecer confidenciales; pero huelga decir que la llama masónica ya no se puede mantener con el mismo ardor que a principios de la década, cuando un nuevo proyecto de restauración política aún movilizaba a un número no despreciable de partidarios. Es probablemente lo que explica un primer ahogo de la Estricta Observancia antes de la Guerra de los Siete Años. Esta guerra va a crear grandes impedimentos al desarrollo del sistema. Antes de ser declarada, una especie de vacilación se adivina sin embargo en las actividades incitadas o supervisadas por el barón. Cuando James Keith quemará los documentos en su posesión, este acto se inscribirá también en una lógica de fatalidad. Sin embargo, a Hund no le faltará energía para recuperarse con otros pensamientos en mente.

CAPÍTULO VIII

PERIFERIAS GUERRERAS

Según Jacques-Innocent Gaybler, el conde de Clermont, el general Chevert y otros oficiales franceses en Alemania durante la guerra de los Siete Años habrían sido introducidos en la Estricta Observancia por «legítimos superiores»[202]. Un resumen cronológico de acontecimientos concernientes a la logia *La Candeur* de Estrasburgo entre 1772 y 1778 justificarían su punto de vista. Este resumen es probablemente establecido por él mismo. En el documento puede leerse que el 28 de abril de 1773 los estrasburgueses han aceptado la fundación de un capítulo vinculado a la Estricta Observancia, y que su principal responsable, el conde de Lutzelbourg, que tuvo la ocasión de estarse unos días en el Saxo durante el año anterior, recibió del barón de Weiler las consignas requeridas para proporcionar a los nuevos reclutados las informaciones necesarias para la comprensión del funcionamiento de la Orden. Textualmente, cada uno debe saber: «el nombre del penúltimo G^{ran} M$^{aestro\ General}$ conocido bajo el nombre de H.·. *a Sole aureo* y quien era el rey Jacobo Estuardo, dicho el Pretendiente, sucedido por su hijo, que se ha comprometido a ocuparse de los asuntos de la Orden, como Legado *a latere* el C^{aballero} Vickland, por quien fue recibido el difunto Príncipe de Clermont y el General Chevert y diversos HH.·. en Alemania e Italia, como [aparece] por actos amparados por una sanción legal, aprobados y protocolados en Irlanda y Escocia, y por lo tanto copias autentificadas fueron depositadas en los Archivos de la VIIIª por Milord Chesterfield».[203] Decididamente, el escepticismo ya despertado sobre los documentos de Lyon no puede ser aquí más vivo.

Antoine-Joseph de Lutzelbourg, jefe de campo de caballería al servicio de Francia, posee sólidas relaciones en el Saxo, puesto que al menos uno de

sus tíos ha formado parte del entorno del Elector Augusto III, rey de Polonia. Es la única cosa que podemos atestiguar. Por lo demás, la ficción invita a errar en la absurdidad. Pasemos del caballero *a Sole aureo* que no es Jacobo III ni su hijo. Tampoco el caballero Vickland, que podría haber jugado algún tipo de papel; este nombre no se encuentra en ningún repertorio de jacobitas cercanos a Carlos Eduardo. Puede leerse a menudo el de Francis Strickland, que en un primer momento es preceptor del príncipe Henri y que acompaña a Carlos Eduardo durante la expedición de Escocia en 1745, pero que muere al año siguiente, de manera que no es concebible confundirlo con Vickland, excusando un error del copista. En cuanto a prestar a Philip Dormer Stanhope, 4º conde de Chesterfield, la capacidad de detentar documentos que autentificarían la recepción de Clermont y Chevert, cabe preguntarse cómo y de qué manera podrían haber llegado a su poder y porqué se habría dado el gusto o el deber de confiárselos a los responsables de la VIIIª provincia. Adversario de los jacobitas, no tiene ninguna razón para aparecer en el *casting*. Dicho de otra manera, si hay que admitir, a pesar de todo, que la temática templaria progresa en los espíritus durante la guerra de los Siete Años, pongamos la mirada en protagonistas cuya implicación pueda ser menos sujeta a caución.

Empecemos por evocar la referencia a Carlos Eduardo que aparece en documentos aparentemente inconexos entre ellos. Antes que, de masonería, hablemos una vez más de política. En noviembre de 1755, el comisario de marina Jean-Baptiste de Cury de Saint-Sauveur, cónsul de Francia en Amsterdam ve llegar a su residencia a un inglés que dice llamarse Édouard en un primer momento, y conde Linski después. El inglés desea poner en marcha un proyecto de expedición para atravesar el canal de la Mancha a fin de devolver los Estuardo al poder. Asegura que el general Oglethorpe se pondrá a la cabeza de los combatientes, pero que es preciso un sostén apoyado por Francia para que el éxito quede garantizado. Como un conde con este nombre no existe en la nobleza inglesa de la época, y sabiendo que hay que desconfiar de agentes turbadores que predican la falsedad para tender una trampa a los crédulos, Cury de Saint-Sauveur mantiene una actitud reservada, no dejando sin embargo de informar a su jerarquía una vez el visitante se eclipsa. De golpe, este misterioso Édouard alias Linski pasa a París en diciembre, donde se encuentra ahora con Nicolas-Louis Le Dran para hacerle la misma exposición. Le Dran es el principal

comisionado de Asuntos extranjeros; da cuenta de lo que le han expuesto a su superior, el conde Antoine-Louis Rouillé de Jouy, Secretario de Estado, el cual a su vez, comunica dicha información al teniente general de la policía, Nicolas-René Berryer, conde de La Ferrière, para organizar y disponer una vigilancia. Es lo que se lleva a cabo del 12 de febrero al 6 de marzo. Resultado, nada.

Nada en lo concerniente a Linski del que nunca se ha oído hablar. ¿No podría ser Carlos Eduardo quien prueba suerte de incógnito, bajo los disfraces que tanto le gustan y bajo uno de los muchos seudónimos que le gusta tomar en su deambular de aquí para allá? Habiendo escapado a los agentes de información británicos que lo espían en Suiza, ya que nadie sabe lo que hace exactamente en ese momento, puede jugar de abogado de su propia causa. Tras la lectura de la retórica diplomática de Cury de Saint-Sauveur que, quizá, ignora o finge ignorar la verdadera identidad de su inesperado visitante, y sabiendo que los informes de los policías comisionados por Berryer han desaparecido, uno solo puede quedarse perplejo ante este nuevo enigma.

Resulta interesante, en todo caso, la mención al general James Oglethorpe. Hermano de Eleanor, la primera protectora de la Orden en Francia bajo la gran maestría de Derwentwater, más conocida bajo el título de marquesa de Mézières, ha vivido en Georgia donde ha fundado, el 21 de febrero de 1734, la primera logia masónica. En 1746, ejerciendo el mando al servicio de los hannoverianos, es llevado ante un consejo de guerra bajo pretexto de no haber dirigido a sus hombres con suficiente energía contra el ejército de Carlos Eduardo. Es absuelto en el juicio, pero privado en el futuro de toda responsabilidad militar. Ahora bien, Oglethorpe es amigo de juventud de James Keith, con quien cumplió una parte de sus estudios en París, y con quien mantiene un contacto epistolar. Como por casualidad, cultivando así mismo el incognito bajo el nombre de Hurtmore, Oglethorpe está en Holanda cuando el pseudo Linsky también lo está, y el propio Oglethorpe dirige una carta a Keith el 9 de diciembre, ya que los dos hombres se proponen encontrarse en Prusia.

Esto no es todo, antes de tomar su cargo en el consulado de Amsterdam, Cury de Saint-Sauveur era cónsul en San Petersburgo. Recomendado por el ministro Jean-Frédéric Phélypaux de Maurepas, llega en la primavera de 1744, y no deja de encontrarse con Keith en sus funciones oficiales, incluso

probablemente en tenidas masónicas. En junio de 1748, algunos meses después de la partida de Keith, abandona precipitadamente Rusia después de haber quemado todos sus papeles. En el intervalo, sus instrucciones habrían sido de actuar lo más secretamente posible, incluso a espaldas del ministro plenipotenciario de Francia, para convencer al conde Alexis Bestuchef gran canciller del Imperio, de renunciar a un acuerdo con Inglaterra, en particular, con vistas a oponerse militarmente a Francia y sus aliados. Desde Fontainebleau, Maurepas, confirmaría en 1747 la importancia de su misión. Este diplomático no aparece pues como un subalterno relegado a tareas secundarias[204]. De todos modos, no lograría maniobrar a Bestuchef. Al contrario, lo irritó mucho, por lo que, después de un interludio parisino, se dirigió a Amsterdam.

Dejando esto atrás, en enero de 1756, el abogado Edmond Barbier anota en su diario personal que los preparativos de guerra eran cada vez más notorios en los países que iban a enfrentarse. Añade: «No se habla ya más aquí del pretendiente el príncipe Eduardo, o al menos no se habla del mismo afirmativamente. ¡Qué oportunidad para él de tener una guerra así! Si la deja pasar, no queda más esperanza».[205] Ello no impide que, con el transcurrir de las semanas, algunos rumores aseguren que este príncipe hace reapariciones en París, y que no tiene intención de dejarse excluir del tablero internacional. En junio, poco tiempo después de la declaración de guerra, mientras se le sabe positivamente en Lieja; tres son los informes que son depositados en la oficina de Asuntos exteriores de Versalles apoyando el proyecto de un desembarco masivo de tropas en Gran Bretaña. El más destacado de ellos, es el establecido el 13 por Pierre-Alexandre Mackenzie-Douglas of Kildin, francmasón.

Superviviente de la batalla de Culloden, bien conocido del príncipe Louis-François de Conti, es elegido precisamente para el cumplimiento de una misión secreta en San Petersburgo. Bajo el falso pretexto de un viaje de salud y divertimiento, debe hacer parada en las grandes capitales de los países atravesados, observándolo todo bajo la apariencia de interesarse por las riquezas mineralógicas, ya que posee sólidos conocimientos en este ámbito, y transmitir cada vez que le sea posible a través de intermediarios seguros, sus informes a París. Si lo necesita, podrá solicitar ayuda al embajador de Suecia en Rusia para llevar a cabo esta tarea. Así mismo, no

deberá escribir nunca con claridad. Deberá hacer uso de un lenguaje alegórico (sic). A modo de muestra: *zorro negro* designará al embajador de Inglaterra, *lobo cerval* será Bestuchef, y *armiño* el partido ruso[206]. Esta especie de lenguaje es empleado por los francmasones jacobitas, como sabemos, lo que es un medio para desorientar al contraespionaje hannoveriano cuando este logra interceptar las cartas[207]. Es así que, salido a principios de junio de 1755, Mackenzie-Douglas está de vuelta a París a finales de diciembre. Siete meses de colecta aparentemente prolífica, ya que ha sabido actuar sin despertar sospechas y ha podido darse cuenta por sí mismo de los progresos efectuados por la diplomacia de Londres con miras a imponer sus puntos de vista a Bestuchef. El informe que redacta respecto a la oportunidad de un desembarco prolonga su inversión: tratar de inscribir la causa estuardista en el escenario de la guerra empezada.

Sea su plan u otro que Carlos Eduardo pudiera tener en mente, el hecho es que lo discute en noviembre con el duque Armand-Louis du Plessis de Richielieu y con el conde Thomas-Arthur de Lally, casualmente también francmasones como él. En su entorno, algunos consejeros hasta hace poco mantenidos a distancia, sugieren incluso que Jacobo III abdique de manera solemne, a fin de permitir a su hijo tratar casi a nivel de igualdad con las otras potencias. A semejanza de George Kelly, ellos ven en Jacobo III a un hombre agotado, que ha renunciado a toda empresa militar, mientras que Carlos Eduardo habría por el contrario conservado toda la energía de la juventud. No se trataría pues entonces de una cuestión de regencia, sino del pleno ejercicio de una soberanía de derecho, a la espera de ser concretizada en hechos por una operación militar de envergadura. Ciertamente, Jacobo III responde a este género de ofensiva personal, diciendo claramente que él desea también una batalla decisiva. Sin embargo, no puede disimular una amargura: no encuentra entre sus partidarios a un hombre digno de confianza al que poder acreditar ante Luis XV a fin de representarle en las discusiones al más alto nivel[208]. Resonando en la credibilidad de la familia, las tribulaciones de Carlos Eduardo provocan la resignación de los mejores.

Desde un punto de vista estrictamente masónico, es indudable que la guerra acelera la expansión del Escocismo a partir del hogar francés. Si conviene tener en cuenta como un hecho absolutamente improbable la iniciación del conde de Clermont y de una parte de sus generales en la

Estricta Observancia, podemos igualmente señalar que Carlos Eduardo permanece todavía como una autoridad para un número no desdeñable de Hermanos. Tal es el caso para aquellos que siguen la estela del caballero Charles-François Radet de Beauchaîne. Por supuesto, que se trata nuevamente aquí de un personaje muy controvertido, puesto que algunos autores lo tratan de traficante de grados, convirtiendo en moneda una pseudociencia, sin que sepan nada al respecto, ya que la documentación de primera mano no dice nada relacionado con dicho tráfico. Pero los hechos son tercos. Nos obligan a tener otro punto de vista, aunque matizado.

La patente entregada por Beauchaine el 27 de octubre de 1758 al conde Nicolas-Hector Andrault de Langeron, capitán en el regimiento de Marcieu, ayudante mayor del general de infantería[209], es muy instructiva cuando se la compara con la entregada un año antes en Orleans al joven maestro Jean-Baptiste Targe. De entrada, sin contestar su validez, la circunspección es de rigor ante ciertas anomalías que traicionan las aproximaciones de Beauchaîne, incluso sus improvisaciones. A continuación, el hecho de que un número muy consecuente de Hermanos de la alta nobleza no dude en reconocerle cualidades masónicas bastante avanzadas, permaneciéndole fieles durante largos años, es signo de consideración, a la vez hacia su persona y por las enseñanzas que ofrece.

En lectura comparada, es interesante observar que diversas fórmulas convencionales de presentación son las mismas entre el diploma de Targe en Orleans y el de Langeron en Alemania. He aquí lo marcado en la patente de Orleans: «*Virtus dedit ardens* / Las tinieblas no lo entendieron / *Pro amore populi* / A. L. O. / *Charitas nos docet*».. He aquí lo señalado en la patente de la logia ambulante del regimiento de Beauchaîne: «*Pro Amore Populi* / *Constantia Meruere Lumen* / *Charitas nos docet*. / Las tinieblas no lo entendieron. A. L. O».[210] A falta de poder tener los originales a la vista, no tenemos la certeza que los transcriptores hayan respetado el orden de las diferentes secuencias. Ello no impide que la convergencia sea pues chocante. Se podría deducir de ello que existe claramente una organización que hace de Carlos Eduardo su gran maestro. Cuando dos documentos análogos son producidos en dos lugares muy diferentes, sin contacto aparente entre los signatarios, sólo se puede presumir una matriz exterior común. Sin embargo, es perceptible una nítida diferencia. Cuando la

autoridad de Carlos Eduardo es mencionada, es señalado como príncipe en la de Orleans, y como rey[211] bajo la pluma de Beauchaîne. Este último, incontestablemente se halla en el error. Como los de Arras posteriores, que transformarán las letras P. R. (o sea, Príncipe Regente) en Pretendiente Rey.

Otro punto opaco. Una concordancia parcial se observa entre los grados citados, pero solo es parcial en el sentido que, en Orleans, tenemos: Elegido, Escocés Trinitario Francés, Perfecto Maestro Escocés Inglés; mientras que en Alemania: Elegido, Escocés Francés Trinitario, Caballero victorioso del Sol y Perfecto Maestro Inglés. Ahora bien, en Orleans, hay también Caballero de Oriente y Rosa-Cruz. Beauchaîne no parece conocer estos grados, puesto que escribe en el diploma de Langeron que «el título más glorioso de un masón es el de perfecto maestro inglés», por una parte, y que las firmas de los dignatarios no van acompañadas de los símbolos o acrónimos que le están relacionados, por otra. ¿Cómo proclamar abiertamente una simpatía hacia los masones jacobitas y exhibir a la vez un desconocimiento de los usos que estos practican? Si hubiera sido introducido en una logia conforme a estos puntos de vista, su texto tendría otros giros. Verosímilmente, se ha inspirado erróneamente en un diploma del mismo estilo que el entregado a Targe, el cual se detiene en Perfecto Maestro Inglés, sin más. En los dos casos, los párrafos finales son por lo demás poco más o menos similares[212].

No obstante, en la medida en que Beauchaîne es capaz de atraer Hermanos de la nobleza de servicio en los ejércitos, es que logra crear ilusión. Estos son capaces de saber si hay engaño en el apego con que se reivindica a Carlos Eduardo. Estando en relación con contemporáneos que no ignoran que los capítulos trabajan bajo sus auspicios, acogen favorablemente los ofrecimientos para ser elevados por él en la jerarquía iniciática. Muy pronto, no dejará de completar él mismo su repertorio. Es entonces que se dirá Rosa-Cruz, Caballero Kadosh, incluso «decorado por todos los honores y autoridad por el muy digno, muy querido y M.·.R.·.G.·.M.·. Carlos Eduardo Estuardo»[213], lo que no es más que una manera de atribuirse un patronazgo ficticio dando la impresión de lo contrario. Entendámoslo bien: con o sin Marischal de intermediario, queda demostrado que este príncipe inspira los capítulos. El conde de Clermont mismo aporta un testimonio que

no tiene nada de fantasioso. Resulta posible pues equipararse a la escocesa, simplemente citándolo. Queda todavía, hacerlo de manera coherente.

No es sino después de 1760 aparentemente que Beauchaîne empieza a centrar estos discursos de justificación sobre la temática templaria. El corto estudio que Alain Le Bihan le ha dedicado, muestra claramente esta evolución[214]. Manteniendo a Carlos Eduardo en el pináculo, con fiesta anual organizada el día de su aniversario, se asegura que los caballeros de la Orden que dirige, caballeros a los que califica de «protectores de la inocencia», son los herederos directos de los de la epopeya medieval. Una ambivalencia de sentimientos le sirve para denunciar la extrema multiplicación de altos grados, y sin embargo estar interesado en todos aquellos que se pongan a su alcance. Podemos pues ver en él a un curioso que, a semejanza de Hund, busca también fijar una tradición multisecular para legitimar el estilo que da a su propia actividad. Si podemos considerar como muy improbable cualquier eventual encuentro entre los dos hombres durante la guerra de los Siete Años, una especie de paralelismo se adivina en sus respectivas trayectorias.

Todavía más elocuente es la acción atribuida al marqués Gabriel Filley de Lerneux. Contribuye a fundar en Berlín, siendo prisionero de guerra, un capítulo que pone en valor la caballería templaria. El 17 de julio de 1760, se asocia con el barón Friedrich-Wilhelm von Printzen, consejero militar de Federico II, para darse a conocer a los Hermanos alemanes, sobre todo a los de la logia de los *Trois Globes*. Pensaremos después que se habrá inspirado en los usos del capítulo parisino subordinado al gran maestro Clermont, y que habrá acumulado los grados de Maestro escocés, Caballero del Águila, Caballero Ilustre, y finalmente de Sublime Caballero Ilustre, o incluso de Caballero Elegido. En verdad, no podemos conformarnos con una enumeración tan aproximada, y menos con una referencia a Clermont, cuyas prácticas sabemos que son de otra dimensión. La influencia del marqués se realiza de manera diferente.

Hijo de Pierre Filley de La Coste, teniente general de ingenieros, él mismo capitán ingeniero contando con largos años de servicio[215], fue capturado por las fuerzas prusianas durante la batalla de Rossbach. No cabe poner en duda su experiencia masónica ni de su voluntad de asumirla en toda circunstancia, ya que se dedicó a animar su cautividad formando una logia

junto con otros prisioneros franceses, bajo el título de *La Fidelité*; basta con examinar la lista de miembros de la logia berlinesa para observar la presencia de Friedrich-Carl Daum, hijo del banquero y manufacturero de armas que rinde grandes servicios al rey Federico. Ahora bien, el mismo Filley de Lerneux fue recibido entre los Caballeros Elegidos diez años antes. Su nombre está inscrito en la lista de Diputados Grandes Maestros para Prusia. Ahora, en los *Trois Globes*, está señalado como el más antiguo miembro (*als ältestes mitglied*)[216]. Es decir, bien mirado, Filley de Lernoux no es pues tan innovador como pudiera pensarse. De dos cosas, una: o bien despierta a Daum de un despreocupado sueño concerniente a su cualificación templaria, o bien propone integrar dicho templarismo en una parrilla inédita, ya que el Caballero Elegido es concebido en su origen como un grado singular, inmediatamente después del de maestro azul.

Estas consideraciones nos llevan a pensar que el contexto de la guerra es ciertamente favorable a la difusión de los altos grados escoceses, pero que no dejan de producirse ramificaciones a partir de la cepa jacobita, con adjunciones más o menos anárquicas, con el riesgo de aumentar el «caos» ya lamentado por Petit de Boulard a comienzos de los años 1750. De todas maneras, cosa a destacar, no se levantan todavía voces contestando el papel atribuido a los partidarios de la Casa Estuardo. Nadie se sorprende por la evocación de su combate con miras a una restauración, dejada siempre para más adelante. Nadie protesta porque la sombra de los reyes de la dinastía, al menos desde Jacobo VI de Escocia, planee sobre los rituales capitulares, o cuando el príncipe Carlos Eduardo es citado, con razón o no, como teniendo parte bajo el velo de las alegorías.

He ahí una primera serie de observaciones que es conveniente no eludir cuando se quiere resituar el ambiente masónico en su contexto político-militar. Hay una segunda serie que se presta igualmente a reflexión. Desde diciembre de 1743, Jacobo III y su turbulento hijo mayor no se han vuelto a ver. Han intercambiado escasos correos más bien amargos y cargados de reproches. Sus desacuerdos son conocidos por todas las cancillerías de Europa y, a fortiori, muy apreciadas por el gobierno de Londres que aprovecha para tratar de acelerar la desafección de sus fieles más notables. Sin embargo, Jacobo piensa que la hora de la reconciliación ha llegado. En 1758, mientras que Carlos es invitado por su tío el duque Charles-Godefroy

de Bouillon a tomar asilo en el castillo de Carlsbourg que posee en las Ardenas, Jacobo despacha hacia a él a Andrew Lumisden, su secretario particular del que sabemos que su nombre figura en suscripción de la patente otorgada en 1751 a Hund. No es ésta su única misión, ya que debe encontrarse con otras personalidades, pero ésta es sin lugar a dudas la de mayor relevancia.

Saliendo de Roma el 8 de octubre en el mayor de los secretos, Lumisden debe atravesar Francia antes de llegar hasta Bouillon, luego de pasar por Alemania y Austria. La ausencia voluntaria de órdenes por escrito nos impide saber con exactitud lo que le pedía. No obstante, a juzgar por las cartas que dirige a sus familiares durante su viaje o después del mismo, se sabe que tiene por consigna el encontrarse únicamente con las personas designadas por Jacobo, y por consecuencia evitar cualquier otra. Su confidencia es explícita: he recibido «directivas apremiantes de mi jefe en el sentido de encontrarme exclusivamente con aquellos que ha tenido a bien nombrarme; es a causa de esto que he tenido que recluirme los días que he pasado en París».[217] . Bajo su pluma, la reclusión no es sinónimo de completo encierro. Se trata tan solo de tomar precauciones ante posibles habladurías intempestivas de terceros que podrían preguntarse por las razones de su desplazamiento desde Roma.

Desgraciadamente, cuando llega a Bouillon, el ambiente no es de lo más favorable. A pesar de la estima de Carlos Eduardo hacia él, ya que se relacionaron y apreciaron mutuamente en 1745-1746, no consigue influir sobre este príncipe. Particularmente rígido e irritable, éste rechaza la mano tendida de su padre. En este sentido, el fracaso es notorio. Dejemos pues provisionalmente de lado las posibles conversaciones masónicas, si acaso las hubo. Por el contrario, preguntémonos sobre lo que sucedió en Alemania, cuando Lumisden toma el camino de regreso. No pasaría por este país si su programa no incluyera algunos altos en el camino. Mejor todavía, pone especial cuidado en no volver a ver antiguos compañeros de guerra y exilio. En particular, estando en Tübingen, se guarda cuidadosamente de no encontrarse con Steuart que reside allí provisionalmente, y se excusa de ello por correo. ¿Se dirige más bien hacia Hund? Entonces, ¿se queda en Neuchatêl donde Marischal ocupa el lugar de gobernador y se prepara para ir a España y representar allí extraoficialmente a Federico II? Es posible,

aunque nos faltan pruebas. Interrumpe en efecto su correspondencia personal, y la oficial no la retoma evidentemente al haberse comprometido en la sola relación oral con Jacobo III. La única información que podría ir en este sentido es que, al final de la guerra, cuando el Convento de Altenberg reunido el 15 de mayo de 1764, Hund somete los documentos en su poder al examen crítico de los invitados, entre los cuales, la controvertida patente de 1751 en la que figura claramente el nombre de Lumisden al que se añade la mención de su cargo de secretario «actual» de Su Majestad Británica. Dichos documentos son juzgados entonces como auténticos. En base a lo cual, Hund mantiene que ejecuta órdenes emanadas de los «superiores desconocidos».

El viaje de Lumisden estaba previsto por una duración de cuatro meses aproximadamente, se alarga finalmente a siete. Observemos que ese tiempo se corresponde igualmente con el período en el que Carlos Eduardo, a pesar de su gran desconfianza hacia Luis XV quien ha ordenado su expulsión del reino en 1748, trata de negociar con el duque Étienne-François de Choiseul y el mariscal Charles-Louis-Auguste Fouquet de Belle-Isle, la implicación de Francia en un vasto dispositivo de ataque a la Gran Bretaña. El primero es Secretario de Estado para Asuntos extranjeros, el segundo, su homólogo en el departamento de Guerra. De acuerdo a lo planeado se armaría una flota en Brest y partiría hacia la conquista con cerca de cincuenta mil hombres de tropa. En diversas ocasiones, en su correspondencia privada, Lumisden se hace eco de los preparativos comprometidos en este sentido. Es en el contexto de estos contactos en preparación del proyecto, que el príncipe llega el 5 de febrero de 1759 al palacete de Choiseul, pero causa una muy mala impresión por dos motivos. El primero es porque se presenta ebrio a la cita, el segundo es que se empeña en que el desembarco proyectado se haga en Inglaterra, mientras que Choiseul y Belle-Isle proponen una doble acción en Escocia e Irlanda.

Una vez más, las más altas autoridades del Estado están pues perfectamente informadas de las idas y venidas del príncipe errante. Esta libertad tácita de movimientos se duplica hasta el límite de la protección. La policía no está movilizada para seguirle el rastro. Se sabe por otra parte que está particularmente ligado al mariscal de Belle-Isle, francmasón notorio. En efecto, al término de su estancia en Bouillon, Michael Sheridan, le escribe a fin de que interceda acerca del mariscal en favor del caballero de

la Luce, es decir Charles-Xavier de Aguesseau[218], el cual solía acompañarlo desde no hacía mucho, junto con Göring en otras peregrinaciones. Hijo de César-Joseph, gobernador de Beaumont-en-Argonne e ingeniero en jefe en Bouillon, este caballero aspira a un puesto en el Estado mayor del ejército. Eso para decir esto: sabiendo que muchos son los masones parisinos de altos grados que se cruzarán un día u otro en el camino de Carlos Eduardo, son lo bastante atrevidos como para cuestionarle directamente sobre la veracidad de las afirmaciones hechas respecto a su persona en cuanto a los capítulos que a él se refieren. Cualquier desmentido por parte del príncipe, ellos no tardarían en hacerlo correr en su entorno. Pero no se ha encontrado ningún testimonio que vaya en este sentido.

Dos últimos personajes nos interesan de los presentes a lo largo de la duración de la guerra, ya que a ambos se les supone a día de hoy haber tenido una influencia en la difusión del Escocismo templario al menos en este de Francia: Antoine Meunier dicho de Précourt, y Jean-Baptiste de Barail. De hecho, tomar medida de esta influencia es un ejercicio delicado, por la muy simple razón que los comentarios que dichos personajes inspiran son directamente proporcionales a los documentos que los citan, pero sin que pueda establecerse de manera precisa si los comentarios son testimonios de un papel decisivo, o de una figuración en una coyuntura secundaria y temporal. Sin embargo, sabiendo que el primero será admitido en la Estricta Observancia al margen del Convento de Altenberg, en 1764, cabe pensar que Hund no le concedería esta gracia si este no tuviera conocimiento substancial de la panoplia escocesa existente.

El 24 de junio de 1760, habiendo fundado el año anterior su logia bajo el título de *Les Parfaits Amis*[219], Meunier escribe a los administradores de la Gran Logia de Francia diciéndoles que acaba de terminar una obra en la que asegura poder demostrar «metódicamente el origen de la Orden desde los tiempos de las Cruzadas». Según él, el grado último de la francmasonería sería el de Caballero Victorioso de Oriente. Y añade: «Allí podrán encontrar la reseña histórica de los Maestros perfectos, Elegidos y Escoceses con la historia de Ricardo Rey de Inglaterra dicho Corazón de León fundador de las Logias Escocesas así como la época del paso de la Orden a Francia en 1718».[220] Habida cuenta que nadie ha podido tener hasta la fecha, la obra mencionada entre sus manos, resultando imposible examinar los detalles,

cabe pensar que la reseña a que se refiere está centrada en los grados dichos de perfección, lo que remitirá sin lugar a dudas a las alegorías de la Bóveda Sagrada. Además, si el caballero de Oriente (cuando se presenta, Meunier, deja de lado la idea de victoria, y señala solamente «Maestro escocés y caballero de Oriente») es presentado como el *nec plus ultra*, es porque estamos también ante una versión más o menos inspirada del grado Rosa-Cruz. No obstante, presentar a Ricardo I de Inglaterra, dicho Ricardo Corazón de León como fundador de las logias escocesas es realmente una auténtica innovación de cosecha propia. Esto hace pensar que modula efectivamente la temática templaria, sin haber tenido acceso de primera mano a los rituales. Ahora bien, este acceso, no tardará en tenerlo en unos pocos meses. Si bien que las modificaciones que aportará a su discurso ofrecerán, aunque en línea indirecta, una luz interesante al encaminamiento del mismo Hund. Volveremos sobre ello.

Por el momento, él es quien nos orienta hacia Barail. En una carta del 4 de julio de 1761 a los mismos destinatarios anteriores de la Gran Logia en la que, por lo demás, hace el elogio del caballero de Beauchaîne que estaría «a la cabeza de la más bella logia del universo», escribe que Barail habría sido autorizado el 19 de mayo de 1755 por el conde de Clermont para constituir logias en sus diferentes residencias. Por añadidura, Barail, dispondría de una especie de acreditación de un tal general Brombering, de milord Kawenditche, y del general Berg, sustituto de Federico II de Prusia. Sabiendo que se trata aquí de la presentación oral de nombres propios deformados, es preciso ver en el primero al barón Carl Björnberg, durante un tiempo oficial del regimiento Real Sueco al servicio de Francia, mientras que los dos otros permanecen por ahora difícilmente identificables. Ahora bien, Barail detenta el grado de Gran Inspector Gran Elegido, que creemos se puede confundir con el de Kadosh. Al parecer lo habría aportado desde Alemania donde habría sido hecho prisionero de guerra. ¿Qué es realmente?

Nacido el 23 de febrero de 1734 en Nancy, parroquia de Saint-Roch, de padre abogado y sustituto del procurador general de la Corte de Lorena, Barail, es recibido cadete gentilhombre del rey Stanislas Leszczynski el 8 de marzo de 1753. Dedicándose al oficio militar, responde favorablemente a la llamada de Johann-Christian Fischer que decide en 1756 el levantamiento de un regimiento de Voluntarios extranjeros destinado al servicio de la marina real francesa. Esto le vale para participar como teniente en una

campaña en Canadá, de estar presente en la desafortunada defensa de Louisbourg en julio de 1758, y ser hecho prisionero durante algunas semanas por los ingleses, antes de ser liberado y devuelto a Europa. Ya de vuelta, el segundo batallón al cual pertenecía es reconstituido, luego un destacamento es enviado en guarnición a Göteborg, en Suecia, país aliado de Francia durante la guerra. Barail, probablemente participa más tarde, en invierno de 1759-1760, en las maniobras dirigidas por el famoso François Thurot para tratar un descenso sobre Londonderry, maniobras que terminan fracasando y saldándose con una nueva captura, con desenlace en liberación efectuada en mayo de 1760. Encuentra la forma de emplearse rápidamente en el regimiento de húsares de Bercheny. En el cual, Meunier lo cita en marzo de 1761 como prisionero de guerra de paso por Metz proveniente de Alemania. Y ves por donde que descubrimos también su pasado masónico.

Si en 1755 fue acogido en el entorno parisino del conde de Clermont, no nos parece inverosímil. Si recibió una patente, probablemente así fuera, aunque Meunier ironice respecto al preámbulo de la misma en la que Clermont lo hace partícipe de «su complacencia» («¡qué absurdidad!» se arriesga a escribir, poniendo en evidencia a la vez su desconocimiento de los usos del sistema, ya que la utilización de la fórmula que le sorprende, es la habitual). Sus peripecias militares autorizan a pensar que ha podido frecuentar logias inglesas, suecas, y alemanas. Y si puede reivindicar en 1761 el grado de Gran Inspector Gran Elegido, en proximidad al de Kadosh, esas mismas peripecias permiten admitirlo igualmente. En este caso, es más bien la filiación con Caballero Elegido de finales de 1740 que hay que poner en relieve, y no una hipotética convergencia con la Estricta Observancia. Posteriormente, no reivindicará por otro lado otros títulos, como cuando la logia que dirigirá en 1777, *Les Fidèles Cosmopolites*, entregará un certificado de posesión de grados simbólicos a Charles Garnier, natural de Neufchâteau. Firmará en esa ocasión diciéndose Gran Inspector Gran Elegido, Caballero Kadosh (G.I.G.E.C.K.S.)[221].

Es sin duda bajo la impulsión de Barail en 1761 que lleva a Meunier, por su parte también G.I.G.E.C.K.S. en particular a reforzar su interés por los Templarios en general. En su evolución personal, después de llegar a la cumbre de Caballero de Oriente, he aquí que privilegia el Kadosh, aunque por poco tiempo, puesto que termina repudiándolo en marzo de 1762. Sin

embargo, al igual que Barail, parece ser, no conoce todavía la Estricta Observancia de Hund. Habrá que esperar pues a 1764, con el convento de Altenberg, para que su admisión sea pronunciada en la Orden. Sin Barail que no lo imita, y al que quizás no tendrá ocasión de volver a ver, tratará de acercarse a los altos grados de los que tiene conocimiento. Veremos que, bajo su pluma, se recuperarán los tres renglones hasta la fecha dominantes: Royal Arch, Rosa-Cruz y Caballero Elegido.

CAPÍTULO IX

LA FÁBRICA DE LEYENDAS

Durante la guerra, Hund pone aparentemente en sueños a su Orden. Ninguna documentación directa se corresponde en efecto con este bastante largo período de siete años. Esto contrasta comparativamente con la animación percibida entre los franceses que se manifiesta al otro lado del Rhin. Dicha animación ha podido verse con el caballero de Beauchaîne que logra atraer hacia él a numerosos oficiales ejerciendo un mando militar más o menos importante en el seno del ejército. Lo hemos visto también con Gabriel Filley de Lerneux que hace escuela en Berlín, a pesar de su condición de prisionero de guerra. Después de su liberación, reabre incluso *La Fidelité* en Marburg, en el curso del invierno de 1760-1761, en que dirige el cuerpo de ingenieros. Y cuando Jean-Baptiste de Barail se encuentra de paso por Metz, posee en su activo la creación de una logia en Hanau en agosto de 1760, siendo la dirección de la misma confiada a François Le Boucher de Lenoncourt.

Recuperada la paz, se dan las condiciones favorables para recomenzar. De este modo, y hasta la muerte de Hund, la Estricta Observancia conoce tal expansión que su audiencia en Europa se hace notable. No solamente es en Alemania que el número de logias o capítulos aumenta en grandes proporciones. Su reputación es sobre todo debida a su elitismo. No entra en ella todo aquel que quiere. La nobleza es su primer medio de reclutamiento, o bien la gran burguesía. En determinado momento, se llega incluso a contemplar un reconocimiento mutuo con el Gran Oriente de Francia. Pero, precio del éxito, la insatisfacción experimentada por ciertos adherentes por no recibir explicaciones respecto a los Superiores Desconocidos, los cuales se creía gobernaban la Orden, deja la puerta abierta a las más desabridas

especulaciones. Las leyendas son transformadas en realidad, las hipótesis fantasiosas en certezas indestructibles. ¿Habría que atribuirlas a Hund mismo?

Hund ha jurado secreto. Entre sus contemporáneos, varios de ellos le reprochan no traicionarlo, cosa cuando menos paradójica entre francmasones. Helo aquí entonces, dividido entre dos posibles actitudes. O bien se opone vigorosamente a aquellos que se creen mejor informados o formados que él, reivindicando las mismas supuestas autoridades, pero sin ser capaces tampoco de proporcionar la más mínima prueba. O bien acepta asociarse con aquellos otros que avanzan elementos de prueba y que, por este motivo, están tentados de completar la doctrina. Entendámoslo bien: cualquiera que jura no desvelar nada de un secreto, se encuentra en posición más ventajosa para saber si otro más hablador que él, lo posee o no. Siempre es posible entablar entonces un juego de preguntas-respuestas a fin de recoger indicios convincentes respecto a la posible información que posea el otro. En caso de impresión negativa, no queda otra solución que el rechazo. En caso de impresión positiva, queda abierta una posible colaboración.

Comencemos por las travesuras tragicómicas de un aventurero que, al poco de terminar la guerra, repite que posee una ciencia que no poseen otros. Verdadero profeta, cambiando de nombre como quien cambia de camisa, unas veces en Halle, otras en Jena y otras en Berlín, no solamente se proclama detentor de una autoridad suprema en la Orden del Templo de Jerusalén, sino que tiene la audacia de declararse incluso hijo natural de Jacobo III. De este modo consigue convencer al pastor Philipp-Samuel Rosa el cual, a partir del capítulo berlinés creado por Filley de Lerneux y Daum, logra crear o regularizar una veintena de otros capítulos. Sobre la base de que este último no interpreta correctamente tal o cual conjunto de símbolos, lo acusa de no haber sido instruido válidamente. Peor aún, lo ridiculiza con sus amigos y no encuentra nada mejor que hacer que tomar su lugar. Por supuesto, eso es suficiente para llamar la atención de Hund, a quien llegan ecos del personaje hasta Kittliz, y al principio considera la posibilidad de que el individuo sea en realidad lo que está diciendo que es: un alto dirigente de la nueva Orden del Temple.

De donde el intercambio de un cierto número de correos. El señor Georg Friedrich von Johnson, de acuerdo al nombre en aquel momento utilizado,

facilita las cosas. Sin embargo, después del intercambio de algunas cartas, Hund desconfía. Se pregunta y propone una entrevista personal que tendría el mérito de permitir a cada uno comunicar al otro lo que sabe. Suponiendo que podría llegarse a concluir una unión entre ellos, a fin que sus dos versiones de la Masonería templaria fueran una, prefiere debatirlo todo a viva voz. El 23 de diciembre de 1763, le escribe esto: «Por mi parte haré lo posible por tal de estrechar los lazos de unión que recíprocamente nos proponemos y […]

tenderé gustosamente la mano a todo lo que pueda contribuir a las ventajas reales de nuestra muy alta Orden»[222]. Modesto aunque táctico, no excluye la posibilidad de mantenerse en una posición subalterna si llega a revelarse que Johnson puede demostrar su propia superioridad. Un cierto «haber vivido» lo ha convertido en desconfiado, añade en su carta, pero está dispuesto a quedarse en un segundo plano, cediendo el paso a un iniciado más aventajado que él.

La entrevista tiene lugar en el curso de la segunda semana del mes de mayo siguiente en la ciudad de Altenberg, en presencia de compañeros de uno y otro lado. No obstante, no le hace falta mucho tiempo a Hund para desenmascarar al señor Johnson. Sus luces eran tan confusas como su identidad, y queda convencido de hallarse ante un bribón. Y el bribón no se hace de rogar para emprender la huida. Según Kessler que facilita un retrato físico de la escena digno de la mejor novela negra, con una inquietante «ferocidad de mirada», sólo habría tomado el nombre y el lugar de un auténtico emisario del Gran Capítulo de Escocia, a quien habría matado en un bosque, por lo que Hund no hubiera tenido mucha dificultad en detectar la impostura. Kessler cree que es bueno agregar que este falso Johnson, no obstante, se habría provisto de cartas de acreditación firmadas por los Superiores de la Orden, cartas que habría robado al verdadero Johnson. Es una pena que esta segunda parte del incidente forme parte de la fábula. Pero, puesto que se trata de la pluma de Kessler, no sacamos ninguna consecuencia en favor de la credibilidad de Hund. La única conclusión a tener en cuenta es que el término de Estricta Observancia pasa a ser a partir de este momento el nombre del sistema. Johnson es el inventor, habiéndolo tomado prestado de las autoridades religiosas.

Pero, a pesar de todo, ¿Hund no debería proporcionar garantías a aquellos que han venido con él a Altenberg para asistir a un acontecimiento que inicialmente se presentaba bajo buenos auspicios? A él le incumbe legitimar su propio ascendente. Al fin y al cabo, un impostor puede esconder a otro. De donde la obligación en que se encuentra de exponer la condiciones en las que ha franqueado las primeras etapas de su recorrido masónico, de detenerse en el episodio de su admisión a un capítulo escocés en 1751, así como los documentos de la Orden producidos con anterioridad a la guerra.

El inconveniente para cualquier historiador es que los testimonios respecto a lo que se dijo o hizo en esta ocasión sólo le pueden ser conocidos de manera indirecta. Que yo sepa, no existe ningún proceso verbal que recoja las palabras tenidas entre los protagonistas de Altenberg. Unos relatan esto o aquello, pero sin ponerse nunca de acuerdo. En lugar de eliminar de una vez por todas, fábulas y leyendas, estas se entremezclan de manera aún más hermosa. Por ejemplo, ¿cómo conciliar las extrapolaciones de Kessler sobre el ficticio Gran Capítulo actuando en Escocia mientras que la sombra de los Estuardo exiliados en el continente planea a placer, y desde buen comienzo, sobre el Escocismo?, la noción de Superiores Desconocidos ¿acaso no dejaría de ser una gran banalidad? Se trata simplemente de volver la mirada hacia Jacobo III o hacia Carlos Eduardo. El misterio sólo aparece a partir del momento que pongamos intermediarios entre los príncipes y los responsables provinciales. Entonces, las imaginaciones se disparan.

La patente es el principal escollo. ¿Qué hacer? Aunque el cuerpo del texto esté escrito en un lenguaje totalmente hermético, en el que únicamente los pasajes que proporcionan una sucesión de cifras encuentran su equivalente en latín, la patente es reconocida como auténtica por aquellos que la examinan. Bajo ¿qué criterios? ¿Se ha de concluir que únicamente los altos dirigentes de la Orden poseen la clave para una traducción completa?

Puesto que el principal implicado no es otro que Marischal, del que son conocidas a la vez las capacidades inventivas y la inclinación a lanzar desafíos a sus corresponsales para que se apliquen por sí mismos al ejercicio de descifrado; para la confección de la patente ¿se ha inspirado en una parrilla compartida con otros iniciados del Temple, o bien ha producido por su cuenta una de nueva, incluso si eso significara no decir nada más después, puesto que prevé que su colaboración con Carlos Eduardo será de corta duración?

Al menos la suscripción que cita Lumisden como secretario de Su Majestad Británica presenta la ventaja de ser clara. Y nada más fácil, en la primavera de 1764, de saber que dicha Majestad no es la que reina en Inglaterra, sino en verdad la que desespera en Roma por no poder volver a poner pie en su tierra natal. Esto elimina también la posibilidad de confundir a este secretario con el que presta servicio a Carlos Eduardo bajo el nombre de Giacomo Approsi, del que se dice que Hund pudo haber estado en relación epistolar después de haber recibido su patente de 1751. Este nombre del supuesto secretario del príncipe es prestado y todo apunta a creer que no es más que uno de los numerosos pseudónimos adoptados por el propio príncipe en ocasión de ciertas correspondencias que no deseaba mantener bajo su nombre. Diversos observadores de los años 1750 lo describen en efecto frecuentemente disfrazado de abate. No precisa pues emplear mucho esfuerzo para revestir esta identidad ficticia. No hacía mucho, un tal abate Giacomo Approsi había adquirido una pequeña notoriedad en las librerías italianas componiendo algunas poesías. En Roma, y cuando era niño, Carlos Eduardo había tenido ocasión de leerlo.

Hund avanza sin duda el nombre de Marischal, que muy bien pudo haber pronunciado Marschal puesto que muchos anglófonos lo hacen. Tampoco se abre demasiado. Habla de diversos Superiores Desconocidos, pero el secreto que ha prometido guardar no le permite nombrarlos. Otros son los que aseguran a tiro pasado que se trata de Heinrich-Wilhelm Marschall bon Bieberstein. Los únicos elementos de información verosímil que se poseen sobre él son que fue mandatado por la Gran Logia de Londres en 1737 para ejercer las funciones de Gran Maestro Provincial para el Alto Saxo. Se encontraba entonces en Inglaterra. En el camino de vuelta, pasa por Saint-Germain-en-Laye y ha descubierto la masonería escocesa con ciertos jacobitas. Ahora bien, nada demuestra que se encuentre con Hund un día, y todavía menos que fuera investido por el conde Derwentwater, gran maestro cuando su paso por Francia, para asegurar cualquier tipo de proselitismo en Alemania.

No se puede poner en duda la visita a Marischal en 1751, ni la presencia del Gran Prior en Kittlitz. La alusión que hace Jacobi más tarde es aceptable. Que resulte entonces cómo pensar en el general James Keith, concedámoslo. Que sea preferible pensar en Robert Keith of Ludquhairn es mucho más pertinente. Nadie pensó en esto en ese momento. Y nadie lo ha

pensado hasta hoy. Por tanto, el rompecabezas es mucho más fácil de recomponer cuando se lo hace entrar en el relato. Todo concuerda. Marischal y su primo Robert están en Berlín o Postdam cuando Hund crea su propia logia de Kittlitz y echa los cimientos de la Estricta Observancia. Tanto antes como después, Marischal al menos es considerado por Carlos Eduardo como su más importante consejero. La continuación la conocemos. Añadamos solamente que en el momento del convento de Altenberg, James ha fallecido. Fue muerto el 14 de octubre de 1758 en la batalla de Hochkirch. Robert ha pasado a Dinamarca. En cuanto a Marischal, renunciará definitivamente al año siguiente a militar en favor de su rey o de su hijo. Un perdón de su antiguo enemigo hannoveriano, el rey Jorge II, le había sido concedido en mayo de 1759, con la posibilidad de volver a Escocia y recuperar sus tierras con toda legitimidad. Obtenida esta reconciliación, no es precisamente lo que hacía la causa de los Estuardo la cosa más fácil de defender.

El convento de Altenberg lleva igualmente a Hund a pronunciar los nombres de Kilmarnock y de Clifford. Durante largo tiempo, al menos en lo referente a Kilmarnock, se ha pensado que se trataba de William Boyd of Kilmarnock, elegido a la dirección de la Gran Logia de Escocia en 1742. Yo mismo, lo he creído durante algunos años, hasta que tuve conocimiento de la correspondencia de Carlos Eduardo con el barón Waechter. Se trata del joven Kilmarnock, así pues, de un hijo de William, en este caso de James, del que Gustave Bord nos ofrece por otra parte su firma. El testimonio de Carlos Eduardo vale también para el joven Clifford. En cuanto al caballero del penacho rojo, emitiendo la hipótesis que no es otro que el hijo de Charles Radcliffe, conde de Derwentwater, ya he dicho preferirla a la de Baigent y Leigh, quienes designan al segundo conde de Eglinton.

Poco importa. En 1764, tanto Jacobo III como Carlos Eduardo están todavía vivos, y los vientos de la política son tan cambiantes que todavía es posible continuar creyendo en una nueva estrella que podría levantarse y enderezar la fortuna de la dinastía. Hund prosigue pues su propio camino sin desviarse de sus primeros compromisos. No renuncia al hecho de hacer evolucionar su sistema. Por el contrario, lo consolida. Es así que la repartición en provincias, de acuerdo a la antigua práctica medieval, deviene en actualidad. Simplemente esbozada en los años que le preceden, queda ahora finalizada. Muy probablemente, Hund se inspira en el libro de

Nicolaï Gürtleri sobre la historia de los templarios, impreso en 1691 en Amsterdam. El préstamo es parcial, ya que Gürtleri describe diecisiete provincias[223], mientras que Hund propone nueve, pero esta organización mínima, aún y quedando de algún modo oficializada, admitía ser desarrollada en el futuro.

Es igualmente en Altenberg que Hund conoce a Johann-Christian Schubart. Nacido el 24 de febrero de 1734 en Zeitz, iniciado en la logia de Brunswick en octubre de 1762, promovido en tres meses a la maestría escocesa en Hildesheim, afiliado a la *Trois Globes* de Berlín, de la que se convierte en Diputado gran maestro en noviembre de 1763, «gran partidario de la masonería francesa» según Kessler, ha pasado los últimos tiempos de la guerra de los Siete Años en las funciones de comisario de víveres en provecho del ejército inglés. En el seno de la Estricta Observancia es conocido por haber propuesto un plan económico destinado a aportar a la Orden finanzas substanciales. Entre proyectos de especulaciones de bienes raíces, operaciones financieras tipo tontina y acciones comerciales, debería ser posible a su juicio garantizar entradas consecuentes al sistema, en particular las prebendas de los dignatarios de la Séptima provincia. Ante la determinación de Schubart, incluso se abriga la esperanza de comprar en algún lugar vastas extensiones de tierra para establecer allí colonos que serían gobernados de acuerdo con los principios masónicos. Hund está totalmente seducido. Este género de asuntos los concibe como una tentativa de organizar una sociedad profana, pero respetando la ética que estima como la más elevada posible. En las funciones de visitador general que le son rápidamente confiadas, Schubart, pone de relieve estar en disposición de magníficas competencias de propagandista, aprovechando los numerosos viajes para atraer a la Orden y las logias, a personalidades prestigiosas. De pasada, señalaremos que, en tanto que miembro afiliado a los *Trois Globes*, ha frecuentado a Daum y que, estando en disposición de los grados escoceses, ha tomado conocimiento del de Caballero Elegido.

Kessler traza de Schubart un retrato antitético al de Johnson. «Hombre amable, espiritual y de figura muy atenta». Esto no le basta, sin embargo, para ganarse la unanimidad de los caballeros. El plan económico les parece muy ambicioso y demasiado acuciante, ya que el mismo prevé el abono de tasas de diversos montos, que no todos se muestran dispuestos a consentir.

En el espíritu y proyecto de Schubart, se trata de reproducir el antiguo esquema de la Orden medieval reputada por haber sabido acumular grandes riquezas mediante fructuosas actividades comerciales y bancarias. Pero las mentalidades y la manera de pensar han cambiado. En el siglo dieciocho, las redes económicas ya no funcionan como antes. Hay sueños que, en lo sucesivo y en tanto tales, se verán meramente reducidos más al ámbito novelesco, que a las esferas de los que manejan el dinero. La consecuencia no tarda en transformarse en enfrentamiento radical: ante la perspectiva del fracaso y reacio a seguir a Hund en una nueva reforma ideológica de la Orden, Schubart renuncia y pronto pasa a pensar en una sola cosa: hacer prosperar una gran granja adquirida gracias a un rico matrimonio con la hija de un opulento comerciante de Leipzig.

Según Pierre-Yves Beaurepaire, la idea de poblar un territorio de colonos voluntarios, con fines de administrarlos bajo formas inéditas, preocuparía ya a Hund en 1743, cuando su estancia en París. Se encontraría allí con «representantes británicos, la mayoría francmasones y partidarios de los Estuardo, aunque no todos», los cuales pertenecerían a «una asociación hasta hoy desconocida», que le propondrían «participar financieramente en el proyecto de un establecimiento colonial en Labrador una vez volviera la paz»[224]. No se trata de una hipótesis, un postulado: «esto es cierto», precisa el autor. ¿Qué es lo que lo prueba? Nada. Que Hund pudiera pensar en Labrador más tarde, ¿Por qué no? Que el proyecto sea emprendido por los británicos que no sabemos a quién representan es más que dudoso. La duda aumenta cuando, en el mismo párrafo, Beaurepaire se dedica a tratar 1º) de William Kilmarnock como posible iniciador de Hund, cuando no se encontraba en París, al contrario de su hijo James; 2º) de un juicio perentorio sobre la causa de los Estuardo que estaría "ya debilitada" -según él-, mientras que este año, como el anterior y los dos siguientes, es por el contrario un momento de efervescencia entre los jacobitas; 3º) de Alexander Seton Montgomerie, conde de Elington (sic), lo que significa retomar las tesis de Leigh y Baigent, de las que conocemos su fragilidad; 4º) de James Keith como visitante de Hund en 1750 ó 1751, en completo olvido de la existencia de su hermano mayor George y de su primo Robert. "Por tanto, debemos tener cuidado con las asimilaciones apresuradas", leemos más adelante. ¡Oh, cuánto!

Por el contrario, estemos ahora atentos a la presencia de Meunier de Précourt en el convento de Altenberg. Este antiguo inspector de policía que ha ejercido durante largo tiempo en París, y reunido abundante documentación sobre la vida de las logias, no cesa de variar su punto de vista sobre los altos grados. ¿Cómo jerarquizarlos? ¿Cómo aceptar algunos de ellos como equivalentes y, así pues, sustituibles sin que ello impacte en la jerarquía? ¿Qué fundamentos históricos darles? En junio de 1761, escribe a los lioneses que el grado G.I.G.E., dicho de otro modo, el Kadosh, subordina a todos los otros. Es un grado de venganza, sobre el que ha sido instruido por los hermanos de Mayence, Sedan y por los Cazadores de Bercheny, lo que no nos sorprende, ya que sabemos del encuentro que venía de tener con Barail. En consecuencia, se trataba de presentar implícitamente la cadena de Caballeros Elegidos como la más significativa de la historia reciente del Escocismo.

Inmediatamente por debajo de este grado, se encontraría el Royal Arch. En un cuadro comparativo, Meunier precisa: «Los Hermanos de Lyon parecen poseer este grado bajo otra denominación. Nosotros creemos que podría ser el de M^{aestro} secreto o M^{aestro} favorito, el jeroglífico triangular coronado es el conocido por los suecos con el nombre de Royal Arch»[225]. Una vez más, Barail pudo haberle dado alguna información, ya que sabemos que tuvo la oportunidad de estar en contacto con los suecos en 1759. Pero el hecho de sugerir analogías, sobre todo con el Maestro secreto nos remite claramente a fuentes anteriores, puesto que el ritual de la Bóveda sagrada describe signos y toques atribuidos a este grado.

Por bien que el grado de Caballero de Oriente sea presentado como anunciando la «masonería renovada», no se está cuestionando explícitamente el de Rosa-Cruz en esta correspondencia de Meunier, pero será cosa hecha en la primavera de 1762. El 29 de abril, comienza a insistir sobre el hecho que el Gran Inspector Gran Elegido Kadosh se inscriben en la tradición de los templarios, luego agrega que de todos modos deberían acercarse a los Rosa-Cruz. Según él, los primeros Rosa-Cruz aparecieron en el norte en 1414. No serían otra cosa que los templarios «que poseedores de su gran secreto, subsisten todavía en la mayor parte de Alemania, y que se han comunicado con algunos miembros de la Orden teutónica»[226]. El 13 de septiembre, reincide sobre la misma idea. «Finalmente en 1414, aparecieron

bajo el título de Rosacruces o Invisibles en Nuremberg, un organismo respetable que aún existe en Alemania, y que son depositarios de mil secretos maravillosos».[227]

Recorriendo el resto de su correspondencia, por lo menos la que ha subsistido en archivos dispersos, ciertamente nos avergüenza el uso que Meunier hace de las referencias históricas que supuestamente consolidan sus análisis. El recurso por ejemplo a François-Eudes de Mézeray o a Louis Moreri, a riesgo de ensartar paráfrasis llenas de hollín, despierta gran perplejidad. Pero, en este caso, es justamente su juego intelectual lo que es interesante observar. Su tendencia, es la de rebatir tantas veces como sea posible, cualquier grado escocés por la vía templaria. Los documentos de los que dispone, aparentemente numerosos, si hemos de hacerle caso, lo confortan en la idea que, por un sesgo u otro, la mayor parte de grados escoceses, sino todos, encuentran su explicación en las decisiones operadas durante los largos decenios que favorecieron la expansión de la Orden del Temple, y sobre todo después de su caída bajo los golpes infligidos por Felipe el Hermoso, con la obligada permanencia en la clandestinidad que seguiría a dicha caída. Esta es la razón por la que Meunier instaura a los Rosa-Cruz como herederos enmascarados que se habrían instituido en el siglo quince, con el fin de prolongar secretamente la tradición. Y, escribe, podría decirse otro tanto de los Kadosh.

En lo que concierne al Kadosh, en una carta de 1762 en la que se dirige a Willermoz, Meunier se expresa así: «Es cuestión de mostraros la analogía del grado G.I.G.E. con el acontecimiento de la muerte de Jacques de Molay. La Apertura de la logia puede ser considerada como representando la sucesión de este acontecimiento; todos los hermanos reunidos sólo respiran venganza por un juicio tan cruel como injusto».[228] Aquí una vez más, tal declaración se deriva de la literatura original de la Sublime Orden de los Caballeros Elegidos. Meunier toma de la misma, las grandes líneas para suscribir el discurso de la leyenda de una persecución injusta que habría llevado a algunos caballeros a huir del continente para refugiarse en Escocia, y perpetuar su tradición, al igual que mantener la esperanza en una rehabilitación. Para legitimar su discurso, Meunier asegura visitar el castillo histórico del Temple en París y efectuar a cada día felices descubrimientos. En realidad, todos sus esfuerzos están orientados hacia el mismo objetivo, a

saber, tratar de dar coherencia a las distintas leyendas producidas hasta entonces en relación al Escocismo. Evidentemente, para lograrlo, no le queda otra que aventurarse a su vez por la deslizante pendiente de las ficciones.

Pero, ésta no es la única observación que cuenta al respecto. Cuando se repasa su biografía[229], independientemente de las idas y venidas intelectuales a las que se entrega, se percibe rápidamente que el personaje se interesa también por los proyectos de colonización de tierras en Rusia. Hund está lejos de ser el único francmasón que, en el siglo dieciocho, se imagina un territorio que podría ser administrado de acuerdo a las inspiradas leyes de la Orden, aunque Meunier aparece mucho más pragmático, mucho más interesado por las ventajas profanas propiamente convertidas en especies contantes y sonantes. De todas maneras, el proyecto de implantar familias extranjeras en las planicies abandonadas del Volga tiene el apoyo de la zarina Catalina II. Hund piensa que los Hermanos de la Estricta Observancia pueden encontrar interés en implicarse en dicho proyecto. Antes incluso de pertenecer a la Orden, Meunier piensa en sacar provecho de ello.

Así pues, la cuestión que se plantea es de saber si Meunier se encuentra en Altenberg porqué está animado por la voluntad de descubrir el templarismo del que Hund sueña en su expansión, o bien porque se inscribe en una empresa de colonización que satisfaría el plan económico elaborado por Schubart con el asentimiento de Hund. De hecho, Meunier, no se contenta con reclutar familias en Francia, piensa también en las de los Países Bajos y de Alemania. Es a comienzos de 1764 que se asocia a dos compadres de los que se ignora si son francmasones o no, Jean de Bosse y Benjamin Couliette de Hauterive, para proponer al embajador de Rusia en París, Dimitri-Alexeïevich Galitsyne, el reclutamiento de cultivadores que podrían aceptar la expatriación. Coste de la operación: 12.000 rublos. Estamos en febrero de 1764. Meunier no espera para empacar.

Si hace un alto en Altenberg en mayo; es, en un segundo tiempo, armado caballero bajo el nombre de *Eques a Nodo,* por Hund[230]. Sin embargo, no acepta este favor como aparentemente debiera. Ha establecido previamente contactos, si no con Hund en persona, al menos con algunos de su más cercanos. En efecto, de Altenberg pasa a Hamburgo, donde se afilia sin

tardanza en la logia *Absalom zu den drei Nesseln*. En agosto, su relevo para Rusia, el conde Aleksei-Semenovich Musin-Puskin enviado plenipotenciario de la Emperatriz Catalina, se felicita de que haya efectuado tan buen número de reclutamientos, para que pueda organizarse una próxima partida. El optimismo de este diplomático se confirma, puesto que un convoy de treinta colonos llevado por Meunier, que transita por Lübeck, llega a San Petersburgo el 18 de septiembre[231]. El mismo Musin-Puskin es registrado entre los efectivos de la Estricta Observancia, en tanto que miembro de la logia de Hamburgo. Se puede concluir de todo ello que Meunier dispone de contactos que tiene por objetivo. Sin embargo, sería exagerado invertir el punto de vista que da a Hund numerosos corresponsales en Francia. Individualmente, Meunier parece ser la excepción. Colectivamente, no fue hasta la primera mitad de la década de 1770 que las logias francesas solicitaron su adhesión a la reforma alemana.

El asentamiento de colonos a las orillas del Volga no tuvo el éxito esperado. No hay flujo de candidatos. Y Meunier encuentra rápidamente otros asuntos de los que ocuparse. Se instala en San Petersburgo, contrae matrimonio, muere y… resucita. Sin duda se aplica a sí mismo la metáfora de Fénix que renace de sus cenizas. Ya en 1757, había hecho experimentaciones dejando creer en su asesinato. Mejor todavía, escamoteándose entre el cielo ruso para reaparecer algunos años más tarde en París, se fabricará una documentación militar en la que declarará haber formado parte de las fuerzas francesas proporcionadas en apoyo del ejército jacobita dirigido por Carlos Eduardo en 1745-1746. Lo que no deja de ser una fábula más polarizada sobre los Estuardo. Pero no divaguemos; más bien, resumamos algunas pruebas que han aparecido en las páginas anteriores.

Cuando el relato nos conduce hacia Rosa, Johnson y Schubart, citados como contemporáneos a los que Hund concede un vivo interés, después del final de la guerra de los Siete Años, podemos darnos cuenta que tienen los tres un conocimiento más o menos exacto de la filiación templaria que pasa por los Caballeros Elegidos. Antes que ellos, podemos hacer caso del marqués Filley de Lerneux en Berlín, pero a condición de no quitarle ojo a la presencia de Friedrich-Carl Daum en los efectivos de la *Trois Globes*, quien en 1762 es incluso explícitamente señalado como siendo el decano de

los miembros de esta logia. Se constata pues una especie de constante en el papel jugado, con éxitos absolutamente innegables, protagonizados por estos tres hombres. Si, en cada ocasión, Hund se siente atraído por ellos o hacia ellos, es porque su curiosidad es despertada con razón. Ahora bien, hagamos un paso más, y será exactamente el mismo escenario que no tardará en reproducirse con Starck, pero esta vez con la intermediación del barón de Vegesack.

CAPÍTULO X

A MAYOR FELICIDAD DE LOS CLÉRIGOS

Según Kessler, una vez lanzado el plan económico propuesto por Schubart, Hund contribuye al mismo gustoso, confiando la gestión de la mayor parte de sus bienes raíces a los administradores de la Estricta Observancia, incluso pensando en transferirles la propiedad. A cambio de una renta anual, daría de este modo ejemplo de un desinterés personal en provecho de una caja común. Sin embargo, la acogida a su propuesta no recibe una respuesta proporcional a sus expectativas. Además, los intentos de invertir personalmente en el comercio resultan muy pronto desastrosos. Las críticas son cada vez más vivas. Por lo tanto, renuncia al plan propuesto y lo convierte en una renta vitalicia según las formas habituales en el derecho privado. Soltero, no tiene heredero directo. A menudo, es él quien termina proveyendo las capitaciones de los Hermanos que realizan misiones más o menos frecuentes fuera de la sede de la Orden. En primer lugar, las del propio Schubart, cuando se comprometió en afiliar varias logias en Alemania.

Kessler añade que la dimisión de Schubart es debida, por un parte, a las críticas recibidas por la elaboración de su plan, y por otra, a la hostilidad manifestada por ciertos Hermanos de Anspach cuando trataba de reagruparlos en capítulo. Otra razón conocida tiene que ver con Starck. Curiosamente Kessler no habla de ello. Cabe considerar por tanto que Schubart, hombre de confianza de Hund hasta 1767, ve la necesidad de tomar distancias cuando se apercibe que el discurso de Starck le parece de características, ya vistas o ya oídas, sin que pueda adherirse al mismo plenamente. Starck asegura que existe una rama sobreviviente de la Orden

del Temple y que, además, la Estricta Observancia que clama ser su heredera, no puede hacer otra cosa que aceptar la colaboración. Mientras que Hund estima ser el garante de la rama caballeresca, Starck pretende que hay que pensar también en los clérigos, los religiosos que antaño hacían de igual modo el viaje a Jerusalén bajo el mismo estandarte. Salvo que esta rama sobreviviente, o más bien alegada como tal, no es otra cosa que la inventada por la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos.

Schubart no ha dejado testimonios circunstanciados que permitan hoy estar absolutamente seguros sobre su opinión. Los escépticos podrían pues objetar que yo fuerzo aquí el tiro. Pero, como acabamos de comprobar en las páginas precedentes, es fácil establecer que Schubart es una relación de Daum al interior del capítulo enraizado en la *Trois Globes* de Berlín, por una parte, y que es preciso no exagerar la importancia de las posibles modificaciones que el marqués Filley de Lerneux o el pastor Rosa hubieran introducido al grado de Caballero Elegido, por otra. Las exageraciones, ya que ellas vendrán de todos modos, son provenientes de Starck. Además del hecho de que Schubart es, por tanto, contestado tras sus errores de Anspach y su concepción poco realista del plan económico, le resulta difícil aprobar las extrapolaciones de este joven y ambicioso pastor. El 6 de junio de 1768, sin ningún otro motivo de compromiso, anunció su renuncia a todas las funciones que había desempeñado hasta entonces.

Bien es cierto que el dosier es sensible. En preámbulo a su análisis, completemos el retrato de Starck que anteriormente hemos esbozado. Nacido el 28 de octubre de 1741, en Schwerin, comienza sus estudios de teología en Göttingen cuando, con veinte años, una logia de militares franceses lo acoge en su seno. ¿Cuál? En la *Apologie* publicada bajo anonimato, escribe: «Fui recibido en la logia del príncipe de Condé que está en la gran Maestría de Francia, aunque en ese momento se encontraba en Alemania»[232]. Efectivamente, una gran parte del regimiento de Condé se encuentra por esa época en Hannover, al haber tomado en septiembre de 1760 el ejército francés Göttingen y disponiéndose a permanecer allí durante varios meses. Ahora bien, primer argumento a tener en cuenta, es este regimiento el que está más representado entre los efectivos de militares de los Caballeros Elegidos, entre 1749 y 1752, como si respondieran a un fenómeno de emulación[233]. Incluso si algunos ya no estarán bajo la bandera

diez años después, varios todavía lo están, y es fácil entender que Starck reciba de ellos algunas observaciones y comentarios relacionados con su muy singular Escocismo.

De 1763 a 1765, Starck reside en San Petersburgo a fin de proseguir sus estudios universitarios. Allá, tejerá nuevos lazos con los francmasones locales. Según ciertos biógrafos, se interesa también por el catolicismo, y se pone en contacto con Giuseppe-Maria Castelli, prefecto para la propaganda de la fe que reside en Roma. Contempla inclusive la posibilidad de un viaje a Italia a fin de profundizar su conocimiento de la historia y las antigüedades. El marqués Mathieu-Nicolas de Bausset-Roquefort, embajador de Francia, lo disuade de emprenderlo, diciéndole que encontrará más oportunidades en Francia. Es así que, llevando consigo cartas de recomendación firmadas por el embajador, realiza su viaje en otoño de 1765.

Las recomendaciones[234] son dirigidas, la primera a Emmanuel-François de Bausset, primo hermano del marqués, abate general del clero; la segunda a Louis-Sextius de Jarente de la Bruyère, obispo de Orleans, con el que Bausset está emparentado por matrimonios entre familias; la tercera al abad Jean-Jacques Barthélemy, al que el marqués de Bausset parece haber conocido en Marsella en su juventud, y cuyo interés por las lenguas orientales, así como por los vestigios de la antigua Roma, solo puede coincidir con el de Starck. Estos datos presentan la ventaja de ser coherentes. Se podría todavía añadir otro, que ningún biógrafo señala, más allá de la influencia inicial de los oficiales del regimiento de Condé, y es que el marqués de Bausset era así mismo francmasón, por más detalles, poseedor de grados escoceses. Al igual que su hermano Antoine-Hilarion, pertenecía a la logia de Marsella, la cual les entregó dichos grados escoceses a finales de los años 1740[235]. Ahora bien, esta logia de Marsella posee igualmente un representante en la lista de los Caballeros Elegidos, en este caso el negociante Jean-David Mallet[236].

Algunas semanas después de su instalación en París, el 8 de febrero de 1766, Starck se convertiría al catolicismo como lo atestigua el registro de abjuraciones firmado por el abad Bausset, y otros dos cofrades, Joubert y Chazal de La Morandie. El registro habría sido consultado por el autor de la reseña que le está dedicada en el diccionario *Biographique universelle* de

1825, el cual precisa que un informe manuscrito del abate Joubert confirmaría el hecho[237]. El inconveniente es que esta reseña designa al abate Joubert como el «sabio orientalista» del siglo dieciocho; ahora bien, de nombre François, resulta que éste habría fallecido el 29 de diciembre de 1763[238], no pudiendo pues haber asistido a la abjuración de Starck. ¿Hay que reemplazarlo por su hermano Jean-Baptiste, igualmente presbítero, pero menos versado que él en la interpretación de la Biblia y otros antiguos escritos? Quizás.

El caso es que Starck permanece poco tiempo en la capital francesa, donde puede encontrar satisfacción a su curiosidad entre los preciosos manuscritos de la biblioteca real. Informado que su padre se encuentra enfermo en Schwerin, regresa a casa, para pasar a ocuparse en la vecina ciudad de Wismar, del empleo de director de escuela adjunto. Allí se hace íntimo de Friedrich von Vegesack, cuyo pasado masónico es ya de largo recorrido. *Bis repetita*, henos aquí llevados por enésima vez hacia los Caballeros Elegidos. Recordemos que, el 4 de agosto de 1749, este barón recibía su patente autorizándolo a crear un Capítulo de la Orden en las ciudades de Hamburgo, Lübeck y Schwerin. La consecuencia es clara: después de haber frecuentado en Göttingen a los oficiales de Condé, con sus mismas afinidades, Starck sólo puede sentirse en esta situación que confortado en los conocimientos ya adquiridos desde su propia iniciación.

Sin embargo, además de que nadie es capaz de precisar cuál es el trabajo realizado por Vegesack entre 1749 y 1766, como tampoco el de Daum en la *Trois Globes* de Berlín durante poco más o menos el mismo período, la relación con la Estricta Observancia apenas puede establecerse. Puesto que su patente proviene de otra filiación, no ofrece ningún tipo de pasarela hacia el sistema de Hund. Vegesack dice haber sido admitido en la Orden Sublime por el conde de La Tour du Pin; esto es así. Ha recibido poderes para propagar la Orden en Alemania, esto es comprobable gracias a la patente firmada por Gabriel de Massanes. De igual modo está en su derecho de hacer valer los títulos adquiridos durante su estancia en Francia. Pero, si Starck está en la buena disposición de otorgarle pleno crédito, tampoco puede hacerlo, no importa cómo.

Insistamos de nuevo sobre el punto crucial. El Caballero Elegido siendo un cuarto grado entregado después de la maestría azul, esto nos lleva a

considerar que la Orden no retoma los grados escoceses anteriormente creados; lo que hace es desarrollar una concepción lateral. Únicamente la mención de remitirse a la gesta de los Estuardo ofrece un enraizamiento común con el templarismo de Hund. Dicho de otra manera, la convergencia que se descubre en julio de 1767 sólo se legitima y sustenta por mediación de la hipótesis sobre un mismo anclaje primitivo que, por lo demás, habría sido olvidado o descuidado. La confianza entre los dos hombres, después que Starck hubiera tomado su primer contacto con Hund el 31 de marzo de este año, se instala pues sobre tan precaria base. El intercambio de informaciones que cada uno posee no despierta ninguna sospecha, salvo probablemente respecto a Schubart.

La entrada en materia es por otra parte bastante confusa. En una carta del 18 de abril de 1767 a su amigo von Raven, Starck desliza en efecto una copia de los poderes recibidos por él mismo en 1766 de un relojero de San Petersburgo firmados con el seudónimo de *Pylades ab Arce*. He aquí el tenor de los mismos: «Entrego al hermano Jean-Auguste Starck, hijo y hermano de los Padres, y la familia de los Sapientes de la Orden de los Sabios para todas las generaciones del universo, plenos poderes para recibir y adoptar a todos aquellos que encuentre dignos y capaces, según edad, la orden y su propia conciencia. / Hago y firmo en términos propios. / Pylades – de la tercera generación. / P / Era común de 1766»[239]. Todo ello está redactado en francés. La P indica el lugar: Petersburgo. No obstante, este género de documento es difícilmente aceptable como tal. No se descubre en el mismo nada que, ni de cerca ni de lejos, autorice establecer cualquier tipo de vínculo ni, con los templarios del pasado o con los recién visitados de nuevo por Hund. En todo caso, es claramente, apoyándose en los solos archivos irrefutables proporcionados por Vegesack que Starck desarrolla sus argumentos.

Volvamos al breve pasaje dedicado anteriormente a los clérigos. Tal cual son vueltos a transcribir en el registro de Poitiers, los estatutos de la Orden Sublime incluyen un artículo, el 18º, que dice literalmente esto: «Se deberá llevar el cinturón de la espada sobre el hábito. Los eclesiásticos llevan [nt] una [e] faja blanca ribeteada de negro como cinturón»[240]. Hay pues dos categorías de Caballeros Elegidos que se distinguen por su vestimenta. El artículo 3 de los estatutos precisa cual es la importancia del hábito con

motivo de una reunión del Capítulo: «Cada h.·. propuesto y admitido, entregará antes de su recepción una limosna de cinco luises, equivalentes a ciento veinte libras, en manos del Tesorero del C[apítulo] el cual le proporcionará un hábito completo con todos sus atributos. Todos los hh.·. capitulares llevarán sus hábitos y atributos en C[apítulo], no estando permitido a un h.·. capitular entrar en c[apítulo] sin ellos. Y fuera del c.·. todos los h.·. están obligados a llevar el C[ordón] N[egro] con la C[ruz] R[oja] bajo sus hábitos a fin de evitar que los profanos hablen sobre [las] cosas que ignoran, y que podrían interpretar de manera poco conveniente».[241]

Precisión indispensable: se trata aquí de los estatutos del registro de Poitiers. Cuando se los compara con los de un manuscrito conservado en los Archivos de Quimper, se aprecia que les son posteriores, y en mayor número (10 en Quimper, y 20 en Poitiers). Además, el artículo sobre la diferencia entre Caballero de espada y Caballero eclesiástico no está mencionada. Examinando con atención los dos documentos, está claro que provienen de la misma fuente, ya que los primeros artículos son exactamente iguales con algunas variantes de sintaxis. Sin embargo, los primeros son aprobados por Massanes en su calidad de gran maestro, mientras que los segundos lo son por su sucesor La Tour du Pin, interviniendo Massanes entonces como secretario. Concluimos que entre las dos versiones se produce una clara evolución en la concepción del marco institucional de la Orden. Esto confirma que la Orden es de origen reciente, de lo contrario los estatutos habrían podido estar ya fijados.

Inspirándose en dicha Orden, Starck no inventa pues el principio del clericato. Lo transpone únicamente a un nuevo contexto. Pero ésta no es la única observación a tener en cuenta. Vemos también como el historial adoptado por la Orden explota la temática templaria. Los Caballeros Elegidos son presentados como inscribiéndose en la tradición de los siete maestros masones que fueron a vengar la muerte de Adoniram en tiempos de Salomón. Luego, de siglo en siglo, mientras que algunos iban perdiendo la disciplina antaño adquirida, otros se contentaban con mantenerla en secreto. Estos serían, de acuerdo a los documentos conservados en Quimper, quienes formarían los primeros elementos de la milicia del Temple. «Tomaron el nombre de templarios, debido a su institución primera

en la construcción del templo de Salomón. El Papa les dio la cruz roja en un cordón negro, un hábito blanco y una cruz poco más o menos parecida a la de los caballeros de San Juan de Jerusalén a los que se unieron a continuación».[242]

De manera más concisa, es añadida la rememoración de las persecuciones de las que fueron objeto y la huida de algunos de ellos a las montañas de Escocia. Según nuestro texto original, habrían vivido en paz, y cambiado su nombre a fin de no exponerse a hostilidades diversas. Se habrían hecho llamar Elegidos o Maestros Elegidos o incluso Caballeros Elegidos. «Allí retomaron el nombre de Elegidos para no sufrir la misma suerte [que los condenados a la hoguera] y para evitar las calumnias [que] en Francia habían indispuesto al vulgo contra su orden».[243] Respecto a lo que, el historial termina con estas palabras: «Es proveniente de Escocia que la Elección ha venido a Francia». En otros términos, los Caballeros del siglo dieciocho serían los continuadores de una larga saga que había resplandecido en la Edad Media durante la época de las Cruzadas, pero pudiendo reivindicar a los antiguos constructores del reino de Salomón.

Estas consideraciones formarán parte en lo sucesivo de la leyenda masónica cuando la misma se inspira en las viejas temáticas salomónicas y hierosolimitanas. Resulta pues superfluo proponer un comentario al cruzamiento de caminos literarios e históricos. Más vale poner de relieve una paradoja. Resulta frecuente oír o leer que las doctrinas que aseguran explotar hoy la herencia templaria lo hacen en virtud de una tradición secreta que habría sido transmitida al hilo de las generaciones. Esta tradición secreta, casi por definición unánime, sería interna a una organización multisecular. Por tanto, es en externo que son buscados los argumentos o títulos considerados como valedores para conferirle una legitimidad. La paradoja está ahí: es frecuente ver justificar una tradición con la reivindicación de un saber transmitido en interno mientras que los elementos de este saber son todos tomados de una documentación externa.

El breve relato seudo histórico de los Caballeros Elegidos nos remite a Eusebio de Cesarea, Filón el Judío, Flavio Josefo, y se acerca incluso de citar a Montesquieu [Charles Louis de Secondat] quien, en El Espíritu de las leyes, hará el elogio de los Templarios. En lo concerniente a Eusebio de Cesarea (263-339) es probable que sea en las numerosas páginas que dedica

a la vida de Cristo y a la manera en la que el emperador Constantino hizo realizar excavaciones en el sitio de Jerusalén con el fin de reencontrar rastro de su calvario y su sepulcro, que interesen al redactor. Cuida en efecto en citar a Cristo como reprochándoles a los Fariseos un olvido progresivo de sus propias reglas; pero añadiendo que algunos supieron a pesar de todo guardar su pureza. Y es refiriéndose explícitamente a ello que presenta a los Caballeros Elegidos como sus lejanos herederos. En la obra de Flavio Josefo (37-100), ya figuran por otra parte mencionados. De dónde el vínculo entre estos dos autores. La referencia a Filón de Alejandría (-20-+45) es más delicado de interpretar. ¿Quizá sea el lugar reservado al *logos*, al poder creador del verbo, que es determinante? Sea como sea, es comprensible que el teólogo Starck se sienta atraído por un conjunto de referencias que remiten a tales autores de la antigüedad.

Siendo este el caso, que los auténticos Caballeros del Temple se asocien con los clérigos en su tiempo, se acepta. Mientras que unos combaten, otros se encargan de los asuntos espirituales. En este sentido, *bellatores* y *oratores* cohabitan en la prosecución del mismo objetivo: garantizar la seguridad en los Estados latinos de Oriente. El esquema medieval puede pues ser bien copiado como tal en el contexto de una francmasonería de tinte militante y militar. Todo lleva a creer, no obstante, que el barón de Hund no tiene conocimiento de ello en las primeras etapas de su encaminamiento personal. No se percibe ningún rastro, tampoco, en los rituales más antiguos concernientes a los primeros grados escoceses. Ni los del Real Arco, ni los Rosa-Cruz lo mencionan. Es gracias a las lecturas históricas (o novelescas) que Starck no deja de hacer, que le proporcionan numerosas ilustraciones. Desde el mismo momento en que fue lanzada la persecución por parte de Felipe el Hermoso, numerosos fueron los clérigos que se contaron entre las víctimas, hasta el punto de ser sometidos a la tortura más atroz. Por consecuencia, con la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos, es posible creer en la correcta recuperación de la lejana tradición. Bajo reserva de aceptar algunas aclaraciones complementarias, Hund se encuentra en disposición favorable respecto a Starck.

Podemos avanzar una hipótesis respecto a la introducción de este esquema al campo masónico, a partir de 1746, como hemos visto, el tema de la venganza se convierte en muy acuciante en el entorno de Carlos Eduardo.

Ahora bien, la dramaturgia adoptada por los Kadosh es lo bastante violenta como para no poder ser aceptada como tal por los eclesiásticos cuya vocación es más bien la plegaria, el entendimiento, y la resolución pacífica de los conflictos. Por lo tanto, sólo pueden formular objeciones y escrúpulos a ser presentados como portadores de la espada o el puñal. En Poitiers, se conoce al menos dos que se encuentran en este caso. El primero es René de Pigis, quien juega un papel eminente en 1750, ya que a partir del 28 de abril asume las funciones de diputado gran maestro a la cabeza del capítulo creado en la ciudad. Sus poderes le son otorgados por el conde de La Tour du Pin, el mismo que ha recibido en su propio capítulo al barón de Vegesack, algunos meses antes. Abad en comandita de la abadía benedictina de Quinçay desde 1718, después de haber sido gran dignatario catedralicio de Autun, por otro lado, protegido por la Casa de Orleans en la que cumplía el oficio de limosnero, e incluso el de secretario ordinario de la duquesa, tiene ocasión de poder estar a menudo en Versalles o París, donde se encuentra con sus amigos masones. El segundo eclesiástico es Pierre-François Fumée, prior de la iglesia colegial de Sainte-Radegonde, de la que dependía la abadía de La Valasse en 1747. En el capítulo, tiene el oficio de segundo asistente, que es el término equivalente al de Vigilante en la logia simbólica. Se siente igualmente más cómodo en las oraciones que en el manejo de las armas, podemos admitirlo. Son precisamente ellos los que reciben en su capítulo a la mayor parte de oficiales de Condé mencionados más arriba.

Sin embargo, las limitaciones del trabajo de Starck, una vez efectuada la aproximación a Hund, pronto comienzan a transparentar. Este último ignora en la época de su admisión templaria en 1743 que la misma no es comparable con la de Vegesack en 1749, ya que no se trata de los mismos sistemas los que la han operado. Peor todavía, ve claramente que Starck, que es hombre brillante y de pluma fácil, busca constituir una literatura de legitimación que toma prestada de rumores concernientes a estos dos sistemas, pero que a la vez no puede evitar sus artificios. Como he dicho más arriba, y como él mismo lo confirma en una carta a *Diethelm* Lavater en 1809, forma parte de aquellos que convocan una biblioteca exterior para elaborar una tradición pretendidamente transmitida en su interior[244]. Las limitaciones se hacen notorias fácilmente cuando dirige en 1768 al capítulo

provincial un repertorio del que se espera enumere a todos los grandes maestres de la Orden que se habrían sucedido en la clandestinidad desde la desaparición de Jacques de Molay. Por supuesto, allí destacan varios Estuardos. Sin embargo, el carácter fabricado y artificial de este repertorio es evidente. La leyenda prevalece sobre la historia.

Esto es fácil de demostrar. Cuando aborda la época que le es contemporánea, Starck sólo puede apoyarse una vez más en documentos proporcionados por Vegesack, o sobre confidencias orales, a pesar de lo que aprendió en 1761 en Göttingen. En efecto, la principal referencia continúa siendo indudablemente la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos. Las fuentes manuscritas de primera mano, así como los testimonios presentados, no dicen otra cosa. Ahora bien, la interpretación que de ellas hace no concuerdan con la realidad, como podría establecerse si se refiriera a los archivos de Poitiers y de Quimper, sobre todo cuando estas presentan la ventaja de corroborarse recíprocamente. No solo no se encuentra allí el repertorio en cuestión, que parece ser parte de una reconstrucción a posteriori, sino que los errores de transcripción de ciertos textos son flagrantes.

Examinemos la mención relativa al conde de La Tour du Pin, mención que debería por tanto ser la más exacta, ya que es el conde que ha recibido a Vegesack en la Orden Sublime. «En 1743, C… E… E… [Carlos Eduardo Estuardo] fue elegido Gran Maestro bajo el nombre de Equitis a Sole Aureo. Fue investido por el Capítulo Clerical de Aberdeen en 1745. Con él, en ese tiempo, la Orden gozaba de las mejores perspectivas, pero ellas pronto fueron comprometidas y finalmente arruinadas a causa de la muerte del Gran Prior L… [Lovat]. Cuando su estancia en Francia, transmitió el oficio de jefe del ejército de Auvernia al conde L.T. d. P. [La Tour du Pin]. Restauró la provincia de la Baja Alemania, lo que ya había sido emprendido por su predecesor».

De entrada, podemos contestar el hecho que el caballero *Sole Aureo* sea asimilado a Carlos Eduardo. A continuación, si bien es cierto que el príncipe fue elegido gran maestro, la fecha de 1743 no puede ser tenida en cuenta. La distinción entre elección (1743) e investidura (1745) no tiene ningún sentido, desde el momento que sabemos que el príncipe fue admitido caballero en 1745 y promovido a gran maestro de inmediato. Además, no es en Aberdeen que la ceremonia tuvo lugar, sino en Holyrood.

Y dicho capítulo no tenía nada de clerical. Estaba compuesto esencialmente por combatientes que no pensaban precisamente en estas sutilidades. Por último, decir que Carlos Eduardo transmite al conde de La Tour du Pin un oficio a la cabeza de la Provincia de Auvernia, y únicamente en esta, es ignorar todas las demás provincias citadas en los archivos de la Sublime Orden de los Caballeros Elegidos, sin que coincidan con las definidas por Hund, ya que si el término es claramente empleado en una ocasión en el manuscrito Quimper para designar las antiguas provincias de la Orden del Temple, las menciones concerniendo a los diputados grandes maestros son por su parte muy heterogéneas, sin que ninguno de ellos sea explícitamente señalado como gran maestro provincial. Mejor todavía, La Tour du Pin es relacionado con la Île-de-France, mientras que para Auvernia lo es Pierre-Pic de Goudal de la Goudalie[245], capitán en el regimiento de Condé Infantería. Starck comete aquí un flagrante error de atribución.

En su esfuerzo por hacer compatibles las dos series de informaciones fragmentarias provenientes, una de Hund y la otra de Vegesack, hace muchos esfuerzos, demasiados. El objetivo es de dar a la Estricta Observancia una nueva configuración. Salvo que, en estas informaciones, las que a lo sumo son hipótesis, o peor una mera ficción, son avanzadas con exceso de temeridad. El 17 de febrero de 1767, cuando participa en la fundación de los *Trois Lions* en Wismar, conjuntamente con Vegesack y el mayor sueco Johan von Böhnen, tiene la plena intención de situarse bajo los auspicios de la Estricta Observancia, porque es con la aprobación del Capítulo provincial que se realiza esta fundación; su conocimiento de la Orden es sin embargo todavía bastante superficial. Que se califique masónicamente de clérigo, que lo es de todos modos, pero por su condición de pastor luterano; que retome pues la distinción introducida hace cerca de veinte años antes en los Caballeros Elegidos, por nuestra parte no tenemos nada que objetar; aún y así, debería darse cuenta de que la experiencia personal de Vegesack no es análoga a la de Hund. Ambos se declaran expresamente templarios. Ambos están legitimados para hacerlo. Pero ello no impide que, en el fondo, no estemos hablando de la misma cosa.

En el momento de establecerse contacto con el capítulo provincial, salta la sorpresa respecto a Vegesack, al que se sabe más antiguo que Starck en edad y en masonería. ¿Quién ha podido recibirlo pues anteriormente al

grado templario? Un Hermano bastante puntilloso, protesta declarando que por lo que le consta, sólo se le conoce la posesión del cuarto grado, y que duda de su recepción a la caballería templaria bajo el nombre de *a Leone insurgente*. La réplica es bastante mordaz. El 5 de agosto de 1767, Vegesack hace saber en una carta que ha interpuesto una querella al respecto, ya que fue recibido templario en Francia en 1749. Justamente por esta razón, es depositario de conocimientos ignorados por muchos. Sí, ¡pero! Como los Estatutos de los Caballeros Elegidos dicen claramente que su grado es un cuarto, sin alusión a otro por encima; la respuesta de Vegesack ¿no es eso soslayar la pregunta?

Salvo si se considera que ciertas prácticas son deliberadamente silenciadas en los textos de la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos, los seudónimos latinos no eran empleados por ellos alrededor de 1750. Todos los miembros son designados bajo su apellido familiar. En su carta justificativa, Vegesack nos enmaraña además hablándonos de un capítulo clerical de la Orden del Temple del que afirma ser miembro, como si, en realidad, sus efectivos no incluyeran eclesiásticos. Es en tanto que clérigo que se expresa, pero sin precisar según qué criterios se distinguiría respecto de un caballero. ¿Es para protegerse de otras posibles objeciones, la más poderosa de las cuales sería pedirle que explicara, si no fuera un clérigo, y por tanto un caballero, cómo su trayectoria siguió una trayectoria diferente a la de Hund? Si realmente proceden del mismo sistema, deberían tener las mismas referencias en todo. Obviamente, a pesar, y más allá de la marca jacobita, este no es el caso. Por tanto, es mejor por tal de evitar una situación visiblemente embarazosa, postular inmediatamente dos categorías de Hermanos estatutariamente distintas desde el principio, y que habrían seguido dos caminos separados después. Comprobándolo en listas autentificadas, no se encuentra en parte alguna la mención de un capítulo exclusivamente clerical, ya que clérigos y caballeros cohabitan en una misma organización, pero según parece conviene ignorarlo.

Se puede también observar que Starck mezcla curiosamente los géneros. Tan pronto habla de grandes maestros de la Orden, como sólo cita grandes maestros provinciales. Este es el caso con La Tour du Pin, falsamente implantado en Auvernia. Sucede lo mismo con el caso del misterioso Sacville del que dice que en 1750, Carlos Eduardo, le confió el «Gran Priorato de la Orden en la Provincia de Italia». Algunos autores lo designan

como tratándose de Charles Sackville, conde de Middlesex, al que se sabe en Florencia el año 1732 y masón activo en ese momento. Hace entonces su gran Vuelta a Italia, acompañado por su tutor Joseph Spence. El problema es que este termina su viaje por Italia en septiembre de 1733, momento en que regresa a Dublín, para no volver a continuación. Parece que Starck se entusiasmaría demasiado rápido por un personaje muy alejado de las esferas jacobitas. En su *Apologie des franc-maçons*, lo pondera alegando que, bajo el pontificado de Benedicto IV, el mismo Sackville se encuentra en Roma con Jacobo III, e interviene por tal de disipar los temores de este Papa contra los francmasones. Contribuye incluso en hacerle aceptar la iniciación, lo que no impide a este neófito publicar una nueva prohibición el 18 de mayo de 1751; pero la fábula se presenta como sumamente burda[246]. Starck ha forjado probablemente esta leyenda en San Petersburgo, durante la estancia que efectuó cuando estaba estudiando. Allí fue donde, efectivamente, entabló contacto con Lorenz Natter[247] el cual grabó una medalla en 1733 estando en Florencia en homenaje a Sackville, y quizás después Starck malinterpretó lo que se le dijo.

Fuera como fuere, entendemos que su propósito es menos cuestionar las disimilitudes que establecer una complementariedad. En torno a ciertos comunes denominadores, por así decirlo, espera poder amplificar un discurso de connivencia. Algunos autores aseguran que Starck se inspira de hecho en Pierre Melissino, un general de artillería al servicio de Rusia, que posee un cierto renombre en San Petersburgo y que construye por su parte un sistema en el que el clericato ocupa un lugar preponderante. Cuando la estancia de Starck en la ciudad, entre 1763 y 1765, tomaría prestados algunos aspectos del sistema de Melissino. Más adelante, se serviría de ellos en el momento de su colaboración con Hund. A modo de concesión, podemos llegar a admitirlo si se parte del principio que la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos, efectuó reclutamientos fuera de Francia, como en Alemania, Italia, Suiza u Holanda, como da cuenta de ello el listado de diputados grandes maestros, que bien pudo llegar hasta Rusia. Pero el punto de vista puede llegar a invertirse radicalmente si tenemos en cuenta que, ya en época de su iniciación en Göttingen, Starck recibió ciertamente informaciones respecto al clericato, y que muy bien pudo ser uno de los inspiradores de Melissino. Por lo demás, el mismo Stack insiste sobre el

hecho que su doctrina encuentra fuertes apoyos en Francia, más exactamente en Auvernia de la que piensa, equivocadamente, que el conde de La Tour du Pin asume todavía la dirección.

Vayamos incluso a considerar que sus propias declaraciones no hay que tomarlas siempre al pie de la letra, y que es preferible fiarse de las comprobaciones permitidas por la documentación. La prueba nos es aportada por sus cambios de posicionamiento cuando se refiere precisamente al misterioso Caballero *a Sole Aureo*. Mucho después del hecho, en varias de sus cartas a Lavater escritas entre 1809 y 1815, afirma haberlo conocido personalmente en San Petersburgo. Se trataría del conde Robert Belford, un jacobita exiliado después de la derrota de Culloden. En 1763, por aquel entonces de unos sesenta años de edad, gotoso, este conde habría sido albergado en casa del canciller Mikhail-Illarionovich Voroncov. Independientemente del hecho que este personaje escapa a todas las investigaciones que nos ofrecen los dosieres de la diáspora jacobita, hay motivos para sorprenderse. Después de haber dado el nombre de Carlos Eduardo hacia 1770, Starck cambia ahora de óptica. Esto nos hace pensar.

Afinemos el análisis para interesarnos por la manera en que presenta el trabajo de los clérigos. En una carta del 2 de abril de 1767, insiste sobre la idea de que tienen a su cargo los más elevados conocimientos en el seno de la Orden. En tanto que dedicados al estudio y la meditación, son a sus ojos mucho menos cualificados que los caballeros ocupados en el manejo de las armas. Ahora bien, Stack presenta una historia que parte de los Esenios de la Biblia para culminar en su siglo; y lo hace de nuevo inspirándose en las antiguas síntesis establecidas por la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos. Estos describen en efecto un conjunto de familias salidas de los maestros recompensados por Salomón por haber manifestado, durante la construcción del templo de Jerusalén, a la vez altas competencias técnicas y una excelente integridad moral. Posteriormente, de generación en generación, algunos de sus sucesores se habrían mal comportado, olvidándose de toda disciplina, aunque una parte de ellos habría sabido mantener la herencia. Sería pues esta parte, voluntariamente separada, quien habría dado a los Esenios, conocidos también bajo el nombre de Kadosh, que significa santos en hebreo[248]. Hasta aquí el punto de partida.

En segundo lugar, una reseña establece el vínculo con los templarios sin preocuparse demasiado por las verosimilitudes. A pesar de su amplitud, volvemos a transcribir sin cortes el pasaje más significativo. «Después de su separación la mayor parte que vivía en el celibato practicaba las virtudes austeras, los otros las practicaban también dentro del matrimonio, y no tuvieron dificultad después de la venida del Mesías para someterse a la ley del Evangelio a la que abrazaron. Los solteros se retiraron a los desiertos de Libia y la Tebaida y fueron conocidos bajo el nombre de Padres del desierto. Desde siempre habían tenido un jefe, el más notable por su sumisión al Evangelio que fue San Juan limosnero del que las logias de los masones sacaron su nombre de logias de San Juan. Tenían pequeños hospicios desperdigados para recibir a los peregrinos de camino para visitar los santos lugares. Resolvieron así mismo conducirlos y defenderlos contra los enemigos de la fe, Hugues de Paganis y Godefroi de Saint-Amour, pidieron al Papa que los erigiera en sociedad destinada a este piadoso y santo empleo, lo que les fue concedido; tomaron el nombre de templarios debido a su institución primera cuando la construcción del templo de Salomón; el Papa les dio la cruz roja en un cordón negro, un hábito blanco y una cruz poco más o menos parecida a la de los caballeros de San Juan de Jerusalén a los que sin duda se unieron».[249].

Dicho esto, nuestros documentos originales siendo poco prolijos respecto a los acontecimientos que sobrevinieron después de la persecución lanzada a comienzos del siglo catorce, Starck emprende la labor de exponer cómo la tradición se habría perpetuado. Al hacerlo, en ocasiones permanece elíptico, mientras que en otras proporciona detalles. Como resulta superfluo reseguir los meandros, ya que de hacerlo nos veríamos a menudo entrando en materia de controversia, haremos solamente tres observaciones. La primera es que nuestro clérigo explica la relación del templarismo con la francmasonería como el resultado de un acomodamiento bastante insólito. Según él, en torno a los años 1310, el maestro provincial de Auvernia, en este caso Pierre de Aumont, habría conseguido escapar a su arresto. Encontrándose entonces en la clandestinidad y, para circular sin ser molestado, se habría hecho pasar por un obrero masón, al igual que sus compañeros convertidos en clandestinos como él. «Para que la Orden no fuera descubierta, Aumont propuso inventar y adoptar, a la manera de los

masones de oficio, signos y palabras secretas que les permitieran comunicarse y reconocerse; y como se habían proclamado contra la voluntad de sus enemigos, libres y adoptado costumbres extranjeras, se declararon Francmasones y al comienzo desempeñaron realmente este oficio». Es igualmente Aumont quien, pasando a Escocia, habría permitido la supervivencia de la Orden. Desgraciadamente, las pruebas materiales faltan. Que haya habido templarios en Auvernia y en Escocia, ¡sea! Que Aumont haya sido el protagonista central de tal supervivencia, de tal cosa no sabemos estrictamente nada.

Aumont habría muerto en 1316 y su sucesor, George Harris, habría añadido a los tres grados masónicos de aprendiz, compañero y maestro, el de escocés. Habría inventado también el noviciado. ¡Curioso! Antes de Starck, nadie estaba informado de esto. Harris habría muerto en 1330 y sería sustituido por Sylvestre de Grumbach. El inconveniente es que Starck presenta a este hombre como pasado a su vez a Escocia, después de haber encontrado refugio junto con otros compañeros en casa de Hugo Wild en Mayence. ¡Doblemente curioso! Sylvestre de Grumbach no es más que una sola persona con Hugo Wildgrave de Salm (es decir, como ejerciendo su autoridad sobre un territorio forestal propicio a la caza[250]), comendador de Grumbach. Ahora bien, es justamente este a quien menciona, cuando hace referencia a la matrícula de la VIIª provincia. Ya hemos visto qué pensar al respecto.

No vayamos más lejos en el repertorio más bien fantasioso de otros nombres. Detengámonos en el tercer punto dedicado a poner de relieve el papel de los clérigos, indudablemente imaginado como el de los eclesiásticos. Starck asegura que la elevación a las funciones de gran maestro de la Orden del Temple reclamaba antaño su presencia. En tiempos del comendador de Grumbach, este fue el caso de Pierre de Bologne. «Tuvo que ser investido por Petrus de Bononia, lo que era costumbre en la Orden», pero «no lo practicaban Aumont y Harris». Para mostrarse tan afirmativo, convendría citar las fuentes que lo testimoniaran. Nada de esto.

Nacido en 1263, Pierre de Rotis es llamado Pierre de Bologne, ya que es nativo de allí. Presbítero, jurista hábil y perspicaz, es nombrado procurador general acerca de la curia romana, sin duda rápidamente después de su recepción en la Orden. Se encuentra en Francia en 1305 en el momento de

la elección del papa Clemente V y de su coronación en Lyon. Cuando Felipe el Hermoso lanza su ofensiva contra la institución, Pierre garantiza su defensa. Muy pronto, su propia vida pasa a correr peligro, escoge la huida y vuelve tan pronto como puede a su tierra natal de Italia donde no es perseguido por las autoridades eclesiásticas. Su reputación es sólida, su integridad y fe no son cuestionadas. Por otra parte, pasa en 1315, a formar parte de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Pero con toda seguridad no puede investir en 1330 a Sylvestre de Grumbach, puesto que en esta fecha ya no está en este mundo, habiendo fallecido durante la primavera del año anterior, y sepultado en la iglesia de Santa María de Bolonia [Bologne]. Giovanni-Nicolo-Pasquali Alidosi ha transcrito su epitafio en su opúsculo dedicado a las personalidades de su región, habiéndose ilustrado en diferentes ordenes de caballería[251]. Hasta aquí su breve biografía.

En cuanto a la noción de investidura, no tiene demasiado sentido, puesto que un gran maestro podía ser elegido in absentia y reconocido en su plena legitimidad sin otro procedimiento, como lo especifican los estatutos jerárquicos de la Orden (artículos 198-223). Aunque se mencionan las funciones de capellán, no se debe olvidar que la Orden fue creada por caballeros laicos, por un lado, y que la autoridad relativa de un capellán se reconoce únicamente a partir de 1139, por otro lado[252].

Esta precisión cronológica, en apariencia secundaria, nos lleva a hacer otra, metodológicamente más importante, ya que ella confirma que los Caballeros Elegidos no están, desde su creación, tan en armonía o concordancia con los Templarios tal cual Hund los (re)presenta. En los primeros, el sistema de datación toma efectos a partir de 1118 que es el año convencionalmente admitido como el de la creación de su Orden por un puñado de caballeros agrupados en torno a Hugues de Payns, bajo el nombre de Pobres Caballeros de Cristo y del templo de Salomón, antes de ser aceptados dos años después por Balduino II, rey de Jerusalén. Con Hund, el calendario comienza a contar a partir de 1314, que es la fecha de la muerte de Jacques de Molay. De este modo, 1770, corresponde al 652 año conmemorativo en unos, y el 456 en los otros. Es en lo que el famoso *Pactum fundamentale* se esfuerza en conciliar los dos estilos, quedando fechado de acuerdo a la simbología siguiente: 16/27 Maii, A[nno] O[rdinis] I/R 653/459, lo que deja no obstante una fluctuación en los cálculos, ya que

datando el 27 de mayo de 1772 (pero 1771 - 459 = 1313, y 1772 – 653 = 1119)[253].

En resumen, en su voluntad de conciliar las dos series de informaciones venidas de los Caballeros Elegidos y los Caballeros Templarios, tal cual son comunicadas respectivamente de Vegesack y Hund, sin poner en duda su sinceridad ni la autenticidad de los papeles personales que ellos detentan, Starck se inspira sobre todo de obras ya publicadas sobre la Orden del Temple. Pero el ejercicio es doblemente peligroso. Se trata a la vez de construir un relato que pueda explicar cómo los clérigos han podido tener en el pasado un destino independiente al de los guerreros, antes del reencuentro del que sería el instigador en el presente, luego, de una manera más inclusiva, proporcionar un marco cronológico que conduzca de siglo en siglo hasta los jacobitas.

CAPÍTULO XI

KöHLO Y DESPUÉS

Dos sistemas se juntan, que sitúan a los Estuardo como dirigentes ocultos. Ambos pretenden inscribirse en la continuidad real y espiritual de la antigua Orden del Temple. Para esto, precisan construir un relato histórico común que parezca justificar el hecho que hayan podido estar durante un tiempo separados. No basta con buscar una lejana fuente que nos remita a los Esenios a los que se los pondría como ancestros de los francmasones Kadosh, ni perder el tiempo con unos refugiados en Escocia desde la persecución decretada por Felipe el Hermoso, convendría también proporcionar algunas ideas sobre la bifurcación que habría sobrevenido entre los dos sistemas precisamente cuando los Estuardo impusieron su magisterio. Por tanto, la discreción de Starck al respecto es más que decepcionante sobre este punto. Al leer sus escritos, cuesta comprender como postula que Vegesack haya podido ser recibido en la rama clerical ya autónoma, o bien Hund en la rama caballeresca.

Supongamos como él imagina, una cadena de grandes maestros, que la desaparición de Jacques de Molay no habría podido interrumpir. Habría siempre un solo gran maestro en predecesor o sucesor de otro, y así hasta el caballero *a Sole Aureo* cuya elucidación de identidad tanto lo enmaraña. Si todos y cada uno tuvieron control sobre la Orden, ¿cuál de ellos habría querido o tolerado una separación de las dos ramas? ¿Con qué objeto, respondiendo a cuál interés? Los misteriosos Superiores Desconocidos, ¿habrían ellos provocado deliberadamente una ruptura?, o por el contrario ¿habría sido provocada a sus espaldas? Estas cuestiones se plantean, ya que no puede uno contentarse simplemente con tomar acta del proyecto de reconciliación. Una coherencia de método reclama saber lo que ha pasado

antes. En el presente caso, la ausencia de respuesta por parte de Starck significa consentimiento. No pasó nada. De hecho, estamos lidiando con hechos distintos e inéditos en ambos casos. Las leyendas que los acompañan no son suficientes para producir una arqueología plausible. De dónde la necesidad de abordar el episodio del convento de Köhlo con mucha circunspección.

Köhlo (Kolo) es un territorio que se encuentra hoy en la comuna de Brody, en Polonia, cerca de la frontera alemana. Köhlo pertenece al conde Aloysius-Friedrich von Brühl, oficial de artillería nacido el 21 de junio de 1739 en Dresde, donde preside al menos desde 1764 la *Saint-Jean des Voyageurs*. Es entre el 4 y el 24 de junio de 1772 que acoge en su castillo a las diferentes delegaciones convocadas. Por bien que no acude en persona y se contenta con enviar portavoces, Starck ha tenido tiempo para afinar un protocolo por el cual Hund y él mismo reconocerán la utilidad de unirse. De este modo, sus dos versiones de la masonería templaria pasarán a ser una sola. Algunos días antes, el 27 de mayo, y gracias al cuidado de su amigo Ernst-Werner von Raven, Starck ha comunicado a Hund un texto organizativo, el *Pactum fundamentale*. Dicho documento, se ha acordado someterlo a la aprobación del convento.

No será la única cosa en debate. A pesar de las justificaciones ya producidas desde Altenberg, la duda persiste, incluso se inflama, en el espíritu de numerosos participantes, respecto a la legitimidad presentada por Hund, teniendo que, una vez más, volver a mostrar sus títulos, en particular la patente encriptada de 1751, y volver a contar como se ha efectuado su recepción parisina. Se nombran cuatro examinadores para proceder al interrogatorio. Aparentemente, cumplen ésta muy delicada tarea con seriedad, y llegan a una conclusión positiva. Pero ¿cuáles son los criterios que adoptan para pronunciarse? Lo ignoramos. Deliberan, como hemos dicho, a conciencia y con sinceridad. Señalaremos sin embargo que el contexto político permanece todavía impregnado de referencias jacobitas, y que no pueden permanecer insensibles al mismo. Incluso si las mismas tienden a atenuarse con el paso de los años, ellas tienen al menos sentido en la mente de algunos Hermanos de Alemania, empezando por aquellos que rodean al conde de Brühl, su anfitrión.

Efectivamente, entre los oficiales de su propia logia se pueden distinguir más de media docena de franceses o francófilos que no ignoran la

influencia jacobita ejercida durante largo tiempo sobre la Orden. Tal es el caso de uno de sus adjuntos directos, el conde Jean-François Noyel de Bellegarde, nacido en 1707, cuyo hermano mayor Joseph-François, marqués de las Marches, nacido en 1692 y casado en 1719 con Françoise-Charlotte Oglethorpe, hermana de Eleanor, marquesa de Mézières, escogida como protectora de la Orden en Francia por Charles Radcliffe de Derwentwater después de su elección a la gran maestría, pero hermana también de James Oglethorpe del que conocemos sus privilegiadas relaciones con James Keith desde su juventud. Su otro hermano Claude-Marie, nacido hacia 1700, desposado con Maria-Anna-Katharina Rutowska, medio hermana de Maurice de Saxe, y hermana uterina de Friedrich-August Rutowski, elegido gran maestro de las logias del Alto Saxo en 1741. Iniciado al mismo tiempo que Maurice de Saxe, el 24 de junio de 1737, cuando una tenida de la Gran Logia de París, estando todavía Derwentwater en funciones.

Otras conexiones son posibles. Joseph-François de Bellegarde marqués de las Marches, es el fundador de los *Trois Mortiers* en Chambéry, en 1749. Diez años antes, recibía de la Gran Logia de Londres una patente de gran maestro provincial en el ducado de Saboya. Esto limita el alcance de un comentario sobre su adhesión al Escocismo, se pensará. No realmente. En el equipo del que se rodea, uno de los Hermanos más activos no es otro que el antiguo capitán Honoré Jaume de La Valette quien construía alegremente a la cabeza de una logia escocesa en el curso del invierno 1745-1746, cuando era teniente en el regimiento de Lowendal[254]. En 1765, se convierte en Venerable de la *Trois Mortiers*, y exhibe como grado máximo el de Caballero de Oriente, como la mayoría de otros miembros de esta logia[255], mientras que los de la *Voyageurs* de Dresde llevan sin embargo el de Gran Escocés, con los grados de Elegido en preliminar[256].

Más allá de posibles testimonios indirectos, ¿es más fácil contestar la legitimidad de Hund que la de Vegesack? Sin duda. Los documentos que cada uno detenta no son de la misma concepción. Es una apuesta segura, aunque solo sea confiando en el archivo de Quimper de los Caballeros Elegidos, que Starck puede proporcionar más materiales, aumentados por las compilaciones a las que se libra. Por tanto, la anterioridad de Hund en la cronología de la masonería templaria (el singular es discutible, pero es una

reunión que se supone que el convento de Köhlo aprueba) no puede ser cuestionada. Nadie puede negar que la logia de Kittlitz fue fundada en 1751 y que a continuación Hund y sus primeros afiliados concibieran los estatutos y una manera de funcionar en capítulo, que poseyeran al menos una coherencia interna.

A pesar de esto, y además del *Pactum fundamentale* brevemente comentado más adelante, se acostumbra a decir que el convento echó de todas maneras la referencia a los Superiores Desconocidos. La idea de tener que someterse a unos dirigentes que permanecen obstinadamente en la sombra, sin que sea posible ni tan siquiera nombrarlos, ya que Hund no revela mayores certezas, a excepción del vínculo jacobita, esta idea desagrada a un número cada vez más creciente de Hermanos. El convento decide pues abandonarla. Todo superior en la jerarquía de la Orden, cuales sean su función y título profano, debe poder ser identificado. Mejor todavía, debe poder ser elegido. Es así que el duque Ferdinand de Brunswick es elegido gran maestro de la Orden para la baja Alemania, Magnus Superioris Ordinis per Germaniam inferiorem. Hund conserva la dirección de la séptima provincia, en posición subalterna.

Aunque el duque no aparta la posibilidad de ejercer su magisterio por delegación tácita de al menos un superior que en esa hora podría existir realmente. El único en disposición de poder ser invocado ¿no es acaso Carlos Eduardo? Jacobo III había muerto en Roma el 1 de enero de 1766. Sin haberlo visto nunca más desde 1743, a pesar de los intentos de reconciliación intentados por Lumisden, Carlos Eduardo ha tomado su sucesión. Este último ha vuelto finalmente a Italia. Parece no preocuparse por nada de esta lejana agitación. Pero, ¿esto es por indiferencia, por cálculo o por otra razón difícil de conocer? La pregunta continúa planteada, en despecho del retroceso que ha tomado por parte de un número creciente de protagonistas. Hund no tiene de todas maneras la respuesta.

El texto del *Pactum fundamentale* ha sido publicado por Schröder en el segundo volumen de sus *Materialien*[257], Ferdinand Runkel ha efectuado una nueva publicación del mismo en su Historia de la francmasonería en Alemania[258]. Los acuerdos concluidos tienen por objeto precisar las relaciones futuras entre los clérigos y los caballeros. A grandes rasgos, son abordados dos grandes niveles de consideración. El primero es

rigurosamente práctico, en el sentido que dice cómo clérigos y caballeros pueden o deben actuar unos respecto a otros cuando tengan reuniones distintas o conjuntas. ¿Qué reglas de comportamiento adoptar? ¿Qué colaboración? El segundo nivel es teórico, en el sentido que los clérigos reivindican la posesión de altos conocimientos a los que los caballeros no están autorizados a contestarles, mientras que los caballeros están reconocidos como más competentes a fortiori en materia de asuntos militares.

Por supuesto, entre bastidores, hay un claro deslizamiento entre una concepción ortodoxa de la clericatura y una concepción latitudinaria. Veinte años antes, los Caballeros Elegidos no veían a los clérigos de otra manera que como eclesiásticos. El saber que era valorizado en ellos y por ellos era el de una teología de seminario, ni más ni menos. Con Starck, aunque él mismo fuera un hombre de religión, los clérigos podían ser laicos, y el saber que reivindicaban se expandía hacia la mistagogía, y el esoterismo alquímico. Starck se entrega de alguna manera a llevar a cabo una extensión del campo. Lo hace más prometiendo comunicar a Hund todos los diversos documentos en su posesión, que estarían escritos en latín, tanto rituales como reglamentos, y todas las actas relacionadas, incluida una reseña histórica sobre la rama militar, documentación que, revisado lo poco que queda de ella, son de su fabricación. Promete la documentación en copia conforme (copia vidimata)[259]. Estos dos términos serían apropiados si hubiera sido capaz de mostrar los originales, o de indicar qué autoridad, más allá de sí mismo o un tercero de su círculo, certificara dicha conformidad.

De todos modos, el convento de Köhlo interviene como un acontecimiento mayor en la historia de la Estricta Observancia. Pronto es percibido como si hubiera logrado realmente la reunificación de los dos sistemas. En Francia, los primeros efectos se constatan por el deseo de diversas logias de adherirse a su vez a la Orden de este modo recompuesta. Mientras que en Alemania Schubart, dimitido desde 1768, acentúa su divergencia alineándose con otras logias, como la de Lavater en Zurich, los Hermanos de Estrasburgo y Lyon, en particular, juzgan oportuno operar un acercamiento hacia Hund. Este es un aspecto lo bastante importante como para que Starck, en despecho de anécdotas que relata respecto a vínculos

con San Petersburgo, donde por lo demás regresa durante la primavera de 1768, antes de pasar a Königsberg al año siguiente, no deje de situar en Auvernia, si no la principal fuente de la tradición del Clericato, al menos la más reciente. ¿No sería el momento de proceder a algunas búsquedas documentales, gracias a una investigación acerca de los Hermanos locales?

Procedamos paso a paso, ya que aparecerán nuevas encrucijadas. Estrasburgo, para comenzar. Este Oriente está destinado a convertirse en la quinta provincia en el sistema calificado en lo sucesivo como reformado o rectificado. Son los miembros de la logia *La Candeur* quienes toman la iniciativa. Diversos pasajes del registro conteniendo los procesos verbales de sus asambleas relatan las condiciones en las que trabajan para lograr este objetivo. A veces lacónicas, otras detalladas, son a completar por la efeméride redactada en la primavera de 1778 o poco después por Jacques-Innocent Gaybler[260].

Para ser exactos, es en mayo de 1772 que los estrasburgueses manifiestan abiertamente su interés por la Estricta Observancia. El conde de Lutzelbourg, estando de vuelta del Saxo donde ha estado residiendo durante cierto tiempo, les hace partícipes de nuevos conocimientos que ha adquirido concernientes a los grados escoceses. Quieren saber entonces más sobre el particular y escriben el 10 de mayo una carta al barón Weiler encargado del secretariado de Hund. Este, les acusa recepción de la misma el 5 de junio, y a consecuencia de la cual los hermanos estrasburgueses les formulan su petición de pasar a formar parte de las «logias alemanas dichas reformadas». Para lograrlo, son aconsejados por el conde Heinrich von Brül, caballero de Malta, el cual se había agregado algunos meses antes, y que no es otro que el hermano del anfitrión de los congresistas de Köhlo.

La justificación que es dada para este movimiento de aproximación hacia Alemania es que la francmasonería francesa estaría en pleno marasmo. Desde la muerte del conde de Clermont, e incluso antes, demasiadas logias estaban faltas de disciplina. No solamente se habrían desviado de los reglamentos generales de la Orden, sino que habrían concedido crédito desmesurado a grados capitulares tan inoportunos como fantasiosos. Estos grados capitulares habrían invadido, por otro lado, igualmente Alemania, pero el convento de Köhlo habría permitido pues ponerles freno y buen orden. No se puede ser más entusiasta: «Meditadas con prudencia,

conducidas con circunspección, [las reformas] tienen por objetivo reformar los abusos de la masonería, restablecer su unidad, suprimir todo aquello que pueda detener su marcha hacia el objetivo, y acelerar por los medios más sólidos y eficaces la reunión general. Ocho años de trabajo asiduo, una completa armonía entre los diputados de más de 300 logias, una protección señalada de potentados y príncipes ilustres por su nacimiento y célebres por sus talentos y por su calidad han fijado incluso en la civilidad la existencia de la Orden. El Saxo es el punto central de donde este gran todo se extiende para no tener en el futuro otros límites que los del mundo conocido».[261]

Para que nada falte respecto a los sentimientos de los dirigentes de la logia *La Candeur*, conviene observar que dicho sentir se ha dirigido igualmente, algunas semanas antes, a la Gran Logia de Londres por tal de obtener constituciones. Obtienen satisfacción a sus peticiones el 2 de mayo. Tras la respuesta, aprovechan entonces para dirigir una circular a las logias de su correspondencia a fin de incitarlas a imitarla. Pero los vientos que corren en Alemania hacen que desestimen el ofrecimiento y vuelvan sus ojos hacia Hund. Si bien que, después de un intercambio de correos producido durante el verano, las logias se felicitan de recibir lo que ellas denominan un decreto de afiliación que les ofrece la posibilidad de proceder a su vez a la rectificación de las logias de su provincia o crear de nuevas. Se trata de una medida administrativa. Por lo que concierne a aspectos doctrinales relativos a los grados, han de esperar a otras circunstancias. Al menos, pueden constatar que los estrasburgueses han hecho limpieza en su nomenclatura y han decidido limitar provisionalmente el número de grados a cuatro, a saber, lo tres simbólicos y el de Rosa-Cruz. Lo que tiene la ventaja por otro lado de ser parcialmente conforme con el modelo alemán.

Pero decir esto no es suficiente. Los principales dignatarios nombrados en el decreto de Hund son el barón Siegfried-Samson de Landsperg a la cátedra de gran maestro, luego Pierre de Guénet y Philippe-Jacques Franck en funciones de asistentes[262], es decir de Vigilantes, según terminología de las logias azules. Tras la lectura de estos tres nombres, sólo podemos poner en exergo el de Guénet, antiguo Venerable que tuvo igualmente una logia en París, bajo el título distintivo de *Saint-Pierre*[263]. En 1763, los más altos grados que arbolaba eran los de «Gran Elegido Maestro escocés, caballero de Oriente y Occidente»[264] al igual que, en acompañamiento de su firma, el

de Caballero Kadosh[265]. En el mismo año, cuando dirigía correos a la sede de la Obediencia francesa, se auto titulaba «maestro de la logia de Rosa-Cruz C.K.S,»[266] en otros términos Rosa-Cruz Caballeros Kadosh. Ahora bien, Guénet es un amigo muy próximo a la familia Massanes. Después de su iniciación en los años 1730, en París, conoció al padre de Gabriel allí. Esto no significa que haya tenido conocimiento de manera automática de las iniciativas de éste en el momento de crear la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos. Pero, el hecho de declararse Kadosh en el curso de los años 1760 es en todo caso un indicio, mientras que la focalización en el grado Rosa-Cruz diez años después es casi natural para él.

Nacido hacia 1702, debe su iniciación al conde de Derwentwater. No se sabe cuál era entonces su actividad profana, ni qué lo lleva a Estrasburgo donde participa en la fundación de la logia *La Candeur* en enero de 1763. Sin duda ha hecho carrera como militar o es hombre de leyes, puesto que la mayor parte de sus antiguos amigos a los que cita en su correspondencia, se encuentran en uno u otro caso. Con la edad y el paso de los años, su apego a la masonería, escribe, no ha flaqueado. Aunque su papel en la expansión de la Estricta Observancia en el Languedoc es determinante. Es más bien hacia Montpellier que se dedica en prioridad, allí donde pasó su juventud antes de migrar a París. Aunque todavía no lo conoce de primera mano, su principal intermediario es entonces Pierre Astruc, consejero en la Corte de cuentas, Venerable de la *Saint-Jean du Secret*. Luego, se mueve por Burdeos, donde logra convencer al joven Thomas Lumière, abogado en el parlamento, para que siga la reforma, no sin cierta dificultad por otra parte, porque este último deberá causar baja en *L'Amitié*, en una posición de rechazo, y crear su propia logia, *L'Harmonie*, para obtener la afiliación. Al mismo tiempo, Guénet intercambia numerosas cartas con el lionés Jean-Baptiste Willermoz. Y he aquí cómo llega hasta este imprescindible protagonista que, sin saberlo por el momento, será la causa del crepúsculo de la Estricta Observancia, al menos de acuerdo al estilo querido por Hund.

El 6 de noviembre de 1772, el barón de Landsperg exhorta a los lioneses a romper definitivamente con la administración parisiense de la Orden, en plena restructuración, y solicitar su aceptación en la reforma alemana. Su tono es el de un aristócrata que deplora que, en el decenio anterior, los pequeños burgueses parisinos se hayan visto comprometidos en numerosos

incidentes que han tenido por efecto el descrédito de la Orden[267]. Menos de tres meses más tarde, el 25, la respuesta es del mismo cariz. Willermoz lamenta también los desórdenes sobrevenidos en el seno de la Gran Logia de Francia, y promete tomar efectivamente contacto con los dignatarios alemanes. Con tal fin, escribirá a la logia del conde de Brühl en Dresde, la *Saint-Jean des Voyageurs*, con la cual, precisará ulteriormente, podría haber tenido la oportunidad de mantener correspondencia en el pasado, si no hubiera olvidado o descuidado dar seguimiento a una solicitud del 7 de octubre de 1766[268]. Esto no le impide considerar, no obstante, que se pueden continuar manteniendo buenas relaciones con la administración parisiense, siempre que allí también se realice una reforma rápida. Sobre este punto, Willermoz se muestra más flexible que Landsperg, menos tajante, más diplomático. Después de todo, los lioneses han organizado una gran ceremonia el 25 de marzo a fin de honorar la memoria del conde de Clermont, y la recolecta efectuada en ese día, entre los doscientos Hermanos presentes, ha permitido recoger fondos y enviar una buena parte a las logias del Saxo, en respuesta a la petición de ayuda planteada por su parte[269].

En otra carta del 25 de noviembre, Willermoz explica haber hecho adhesión personalmente a otra Orden, sin especificar a cuál (se trata de la Orden de los Elegidos Coëns), pero también haber sido visitado por un Hermano de Dresde del que espera recibir «algunas luces» y evocando ya el proyecto de la reforma alemana. ¿En qué luces pensaba? El nombre de este curioso visitante no está indicado. Pero documentos posteriores nos revelan que se trata del conde de Bellegarde de paso por Lyon a fin de dirigirse a Turín. Desgraciadamente, el conde andaba muy apresurado y no ha podido tener con Willermoz la entrevista en las condiciones deseadas. Ni tampoco a su vuelta de Turín, ya que Willermoz se había desplazado entonces hasta París. ¿No sería que, simplemente quería saber cuánto crédito debía darse a las declaraciones de Starck sobre el control del conde de La Tour du Pin y su forma de operar en la provincia de Auvernia? Willermoz emite una hipótesis: «Me informó de la unión que se había iniciado entre las R[espetables] Logias de Alemania, pero no me ocultó que desconocía su objetivo, conocido por un número muy reducido de hermanos en su logia; pensó que probablemente yo

estaba mejor informado».[270] Estar más informado que un adjunto directo del conde de Brühl, esto supone seguramente poseer raros secretos.

El 18 de marzo de 1773, el barón de Weiler proporciona ciertos fulgores a los lioneses. El objetivo de los reformadores alemanes es el de restablecer la Orden a su primer estado, sobre la cual se permitió «revelar que, desde hacía varios siglos, nuestra misma Orden era dividida en 9 provincias, de la que su Oriente era la IIª y se denominaba la provincia de Auvernia»[271]. Esto no es todo. Resulta que *Saint-Jean des Voyageurs*, la logia del conde de Brühl cayó en sueños y cuando su visita de paso por Lyon, «el conde de Bellegarde nada podía revelarle, porque no formaba parte del santuario, y no es parte todavía».[272] El santuario es la Orden dicha interior, y únicamente aquellos que acceden a ella están informados de los más altos conocimientos. En apariencia, esto bastaba para convencer a Willermoz y los suyos. Están de acuerdo para confirmar su deseo de afiliación. Así es como firman: «El Jefe y los miembros, tantos seculares como del clero de la Provincia de Auvernia del gran priorato de Lyon». La nueva retórica queda pues asumida: miembros seculares y clericato forman la composición de su capítulo. Sin embargo, no tienen por qué adherirse a la prosa de Starck, porque tienen los medios para determinar directamente si la misma corresponde a alguna verdad. Pero, ¿quizás todavía no conocen el contenido completo? Además, como pronto veremos, el clero es más bien de tipo ético en la provincia, al menos en el momento en que se asume ese compromiso.

Unas palabras referidas a Weiler. Gusta de presentarse así: «*F. Aug. a Spica aurea S. S.O.T., Eq Prof., Pro tempore VII prov. visit*». En otros términos: «Hermano Augusto de la Espiga de oro, caballero Profeso, Secretario de la Estricta Observancia Templaria, visitador pro tempore de la Séptima provincia». Nacido en Austria hacia 1726, cumple buena parte de sus estudios en el colegio Clementino de Roma. Según sus declaraciones, es creado caballero templario en 1743 por Lord Raleigh, en presencia de dos monjes benedictinos, en una iglesia de la ciudad. He aquí un primer punto que nos suscita circunspección, ya que todas las investigaciones llevadas a cabo por descubrir quién es este Lord, han resultado infructuosas hasta el día de hoy, pero supongámosle provisionalmente aceptable. Durante la guerra de los Siete Años, es mayor de infantería en el ejército imperial, y obtiene en 1761 su afiliación en la logia militar del conde Johann-Ferdinand

von Kufstein en Viena. Allí, recibe los altos grados de Príncipe Elegido y Caballero Kadosh. A continuación, pasa a la logia Saint-Jean des Voyageurs, con el conde de Brühl. En el cuadro de esta logia establecida en 1766, él se declara Elegido en todos los grados, Caballero de Oriente, Rosa-Cruz, Gran Escocés, nada más ni nada menos, lo que no permite dar crédito al episodio romano de 1743 en el que afirmaba haber sido recibido templario. En 1769, y sin dudas gracias a Brühl, toma conocimiento de Hund. En las semanas que siguen al convento de Köhlo, lo vemos pues activarse, sobre todo en dirección a los Hermanos de Francia atraídos por la reforma alemana. Les comunica, entre otros, los rituales traducidos al francés por el hugonote Abraham-Henri Bénard, profesor de lengua en la compañía de cadetes gentilhombres del Saxo, en instrucción militar en Dresde[273] y traductor de Esopo y Fedra[274].

Poco más o menos por ese mismo momento, un francés desde hace largo tiempo interesado por el Escocismo está presente en Viena. Nos lo hemos encontrado ya anteriormente: Jean-Baptiste-Diuedonné Petit de Boulard. La correspondencia que mantenía a comienzos de los años 1750 con los bordeleses, entre otros, era particularmente elocuente respecto a su aspiración de desenmarañar el «caos» de grados existente por esa época. Gozando de buenas relaciones con Étienne Morin, al igual que con Charles de Valois del que nos es conocido su activismo en París, parecía entonces estar bastante al corriente de las iniciativas de otros precursores, no sin contestarlas en ocasiones, como sin duda hizo con los Caballeros Elegidos. Ahora, después de un recorrido personal muy singular que sería demasiado largo recordar aquí, pertenece en la capital austríaca a la logia La Esperanza (*Zur Hoffnung*) creada en 1769, luego más tarde rectificada en 1773, nos lo encontramos pues aquí admitido, a su vez, en la Estricta Observancia, con la posibilidad de informar a sus Hermanos sobre la historia de los años 1740, y a fortiori sobre la referencia a los Estuardo que se encontraba por aquel entonces como cosa absolutamente natural.

Por lo demás, es también tiempo en que el nombre de Jacobo III es cada vez más pronunciado como para confundirlo con el caballero *a Sole Aureo*. Según Gaybler, es comunicado como tal por Weiler a los estrasburgueses el 28 de abril de 1773. Hemos visto más arriba bajo qué forma, en qué sentido, desde la muerte de Jacobo III, habría sido Carlos Eduardo quien se habría

hecho cargo, sin saber tampoco su nombre de guerra, ni el del improbable caballero de Vickland a quien el príncipe le hubiera otorgado una amplia delegación de poder. ¿Es únicamente Weiler quien deja correr su imaginación, dando crédito a las alambicadas síntesis de Starck? ¿Es Hund quien renunciaría a su juramento de guardar secreto? En ausencia de ni un solo escrito de este último, o de una confidencia relatada por un testimonio digno de fe, no tenemos ninguna razón para suponer que Weiler haga otra cosa que repetir lo que ha oído de su boca. Por otra parte, desde que los rumores concernientes al Escocismo en general, y al templarismo en particular, apuntan casi siempre hacia los Estuardo, después de todo, eso sería sólo una forma casi trivial de darles un barniz de verosimilitud. El cambio que sobreviene, en cualquier caso, en relación al escenario presentado en años pasados, es que la noción de reforma o rectificación está pensada como una especie de recentrado sobre los principios fundamentales. En consecuencia de ello, conviene cuando menos entenderse y converger sobre cuáles son, sobre las circunstancias que han llevado a conocerlos primero y descuidarlos después, sobre la capacidad de los iniciados a no reproducir en el futuro los mismos errores del pasado.

El hecho que el acceso a la Orden interior no sea automática, por causa de elitismo claramente afirmado, no es precisamente de naturaleza a simplificar la situación. Cualquiera que quiera entrar, como escribe Guénet, debe ser antiguo y activo masón. En mitad de los años 1750, Hund lo concibe como el círculo restringido que asegura la dirección del sistema. Aquellos que son dejados al exterior, pueden muy bien estar tentados a ejercer su espíritu crítico cuando una información les parezca extraña. Pero la multiplicación de recepciones puede entrañar el mismo efecto. Cuantos más nuevos candidatos sean recibidos, más expuesto se está a que la confrontación de opiniones haga plantear cuestiones espinosas. Incluso si el duque Ferdinand de Brunswick garantiza en lo sucesivo el magisterio supremo, para satisfacción general de sus comitentes, se sabe que permanece abierta la idea de actuar todavía por delegación tácita de una autoridad superior. ¿Tienen razón? La referencia a los Estuardo no puede quedar abandonada de un plumazo; en todo caso Hund no se muestra capaz personalmente de resolverlo, y no lo resuelve. Admite únicamente que los jacobitas, antaño tan apremiantes a su modo de ver, se han hecho cada vez más silenciosos, hasta dejar de manifestarse. ¿Resulta esto comprobable?

Después de Köhlo, el obstáculo se hace incluso más grande que antes, por razón misma de la expansión de la Orden. Hasta el año 1772 tenía poca audiencia fuera de Alemania, apenas disponiendo de relaciones sólidas. Este ya no es el caso en la actualidad, puesto que el proyecto de volver a dar cuerpo a las antiguas provincias se ha tomado finalmente en serio. El barón de Weiler que se siente decididamente el alma de un *missi dominici* está disponible en casi todos los frentes. Aunque, vela por transmitir el máximo de conocimientos que posee a los extranjeros progresivamente ganados para la causa, está lejos de tener respuesta para todo. Más exactamente, está lejos de poder remediar las propias anomalías que no dejan de aparecer en la doctrina.

En primera aproximación, el aumento rápido del número de provincias es un signo de vitalidad. He aquí sin duda el efecto más evidente de las decisiones tomadas en Köhlo y del activismo de Weiler. En Francia, se crean al menos tres, en el espacio de dos años. La de Borgoña, cuya capital es Estrasburgo, la de Auvernia con capital en Lyon, finalmente Occitania con capital en Burdeos. Respectivamente y de acuerdo al proyecto, estaríamos hablando de la quinta, la segunda y la tercera provincias. Al interior de cada una de ellas, el número de prefecturas se multiplica de manera parecida, al igual que el de prioratos. Por lo demás, no hay que fiarse de las fronteras políticas. Como en la época medieval, una provincia templaria puede ignorarlas para cubrir partes de territorio que se extienden a lo largo de dos o varios países. Por ejemplo, la provincia de Borgoña comprende en su red, tanto Estrasburgo como Lille, Chalons, Gante, Besançon, Amberes, Dijon, Metz, Basilea, Luxemburgo, Nancy, Bruselas, Valenciennes o Friburgo en Suiza. Pues, esto es lo que hay.

Pero no impide que el carácter fabricado de esta organización trasluzca a ojos de aquellos que, de acuerdo a la fórmula de Guénet, son antiguos y activos masones. Algunos de ellos se muestran temerosos de poder ser manipulados con fines poco confesables, sin entender muy bien la acción de Weiler. Hasta tal punto que, los escrúpulos que tenían antes de dar el paso, ya que al cabo terminan dándolo, se convierten en las premisas de lo que más tarde acentuará su desconfianza. Desde primer momento, Willermoz no oculta las dudas que lo asaltan. No es el único. En la mayor parte de las logias de Lyon, cuyos responsables tienen la ventaja de poderse reunir frecuentemente en Gran Logia provincial, a pesar del decreto lanzado no

hace mucho por la de París, disolviéndola, debaten rigurosamente. Son nombrados incluso comisarios para examinar las correspondencias provenientes de Estrasburgo y Dresde.

El proceso verbal de la asamblea extraordinaria que tienen el 24 de junio de 1773, contiene seis series de objeciones que merecen ser comentadas todas ellas. La primera es que se les impone que el capítulo a crear en Lyon sea dirigido por un noble. El elitismo no admite derogación. Esto no incomoda demasiado la sensibilidad de Willermoz, cuyo floreciente negocio lo lleva a frecuentar numerosos clientes de la aristocracia, y a llevarse bien con todos ellos. Pero, le es habitual no sobrestimar tampoco una posición social conferida por nacimiento; prefiere valorizar más bien la cualidad de un carácter adquirido por el fruto de un trabajo honesto y una disciplina moral esclarecida. La verdadera nobleza, a su modo de ver es la del alma. «Se asegura que los últimos conocimientos de la Orden quedan reservados a la nobleza que es la única que puede pretenderlos; y que los plebeyos están excluidos o reducidos a conocimientos muchos menos extendidos; lo que hiere directamente la igualdad tan presumida en la Orden, la cual sabe por otra parte poner en práctica todas las reglas de subordinación».[275]

De alguna manera, cada uno se suscribe de todos modos a esta primera condición. Después de haber pedido a Hund en persona que asegure en la lejanía su gran maestría provincial, lo que acepta a título provisional[276], la elección recae en un Hermano que goza entre ellos de buena reputación, Antoine-François Prost de Royer, el cual consiente en ejercer al menos las funciones de administrador general, siendo ya Venerable de *La Parfaite Réunion*. Escudero, señor de Brancion y otros lugares, antiguo abogado de gran elocuencia, teniente general de la policía, sacrifica una parte de su precioso tiempo disponible para reunir regularmente a un grupo de Hermanos escogidos. En ocasiones, lo hará en su casa lo que le simplificará la tarea. En Estrasburgo, la cuestión ni se plantea, ya que el barón de Landsperg está muy implicado en la vida de *La Candeur* de la que es el Venerable casi inamovible desde 1763; además, a su alrededor extensas son las redes familiares entrelazadas que constantemente brindan nuevos iniciados, tanto hombres como mujeres (albergue de adopción). El contexto de Lyon es diferente.

La segunda objeción tiene que ver con la estructura jerárquica de la Orden, que tiene repercusión sobre los supuestos conocimientos últimos. A la manera de los discursos tenidos a propósito de los grados simbólicos, en los que la maestría da acceso a un saber que un iniciado no puede poseer antes, el sistema reformado, piensan los lioneses, sólo propone en las provincias que muy pocos miembros a recibir estos conocimientos, incluso uno de solo. Para el resto de conocimientos, quedarán como impenetrables. «El poder residirá siempre pues en manos de uno solo, que regirá todo, bajo la dirección secreta de algunos principales jefes extranjeros, a los que unos dicen invisibles y otros desconocidos». Extranjeros, por una parte, invisibles o desconocidos, por otra; he aquí dos aspectos, los cuales sumados, los franceses sólo pueden rechazar, inmersos y prontos como están a disertar sobre las Luces y la Razón.

En tercer lugar, ¿cuáles serán los gastos a los que cada miembro será sometido? Los amigos de Willermoz tienen la cabeza en su sitio y el dinero a buen recaudo. Suponiendo que el elitismo no sea riguroso y que las posibilidades de llegar al *nec plus ultra* sean bastante grandes, ¿cuántos grados van a pedir y qué dispendio van a reclamar en cada ocasión? La cumbre no es sin duda inaccesible al entendimiento de cualquier Hermano bien instruido, sea este noble o no, pero las disponibilidades financieras no son ilimitadas. «Es cierto que se exige de cada recipiendario a los últimos misterios de la Orden una suma de 400 escudos, como han asegurado los Hermanos de Alemania, a quienes se les ha pedido parecida suma para tal fin»; es patente el temor a una selección mercantilista incompatible con el espíritu de la francmasonería.

La cuarta objeción está enlazada a la anterior y encuentra probablemente su justificación en los sobresaltos provocados no hace mucho por el plan económico de Schubart. Los lioneses temen que las sumas recogidas con las elevaciones de los grados sean transferidas en su mayor parte a Alemania y sirvan para financiar las prebendas de algunos privilegiados que se replegarían tras la excusa del secreto para no rendir cuentas a nadie. «Nos cabe sospechar […] que el empleo de este dinero sea destinado, en todo o en gran parte, a financiar pensiones, en forma de tontina, para aquellos que han creado el plan y prosiguen todavía con la empresa».

Con lo hasta aquí expuesto en mente, la quinta objeción apunta al propio Hund en persona. ¿Es honesto y desinteresado? ¿No lo es? Willermoz y

otros negociantes que tienen una red de contactos extendida por Europa, han oído por aquí y por allá opiniones discordantes respecto al barón. Porque el mismo Hund ha probado fortuna en el mundo de los negocios sin ningún éxito. Por el contrario, se le tiene por sospechoso de haberse asegurado sustanciosas entradas, gracias a las cotizaciones de las logias afiliadas. La sospecha es crudamente formulada: «Si citamos al hermano Hund, es sólo por el conocimiento que tenemos respecto a las solicitudes que él mismo hizo, tanto a personas sedentarias como a extraños, ya sea verbalmente o por correspondencia; estas solicitudes incluso se hicieron de tal manera que sugirieran que tenía el mayor interés en que el plan mencionado tuviera éxito. Ya hemos sido tantas veces víctimas de los innovadores de la Orden de la Masonería, que todo este artículo merece la mayor de nuestras atenciones».

La sexta objeción es la más importante, ya que la misma encausa el vínculo con los Templarios de antaño. «Finalmente, la mayor de las aprensiones es respecto a presumir que el objetivo secreto de este sistema sea el resucitar la O[rden] de los T[emplarios], los cuales, como sabemos fueron rigurosamente perseguidos en todos los países y principalmente en Francia». Nuestros recalcitrantes emiten la hipótesis que Hund se ha asociado con miembros de familias alemanas que tuvieron templarios entre sus antepasados y que, por esta razón, se muestran ahora tan dedicados en hacer renacer la tradición. Ahora bien, que el movimiento sea bien acogido en Alemania, puede no serlo en el reino de Francia. «Tenemos buenas razones para entender y contemplar este objetivo como quimérico, e inclusive peligroso para tratar de implantarlo en Francia, donde todas las innovaciones de este género están especialmente proscritas por las leyes. Sería toda vez más delicado para las logias de Lyon que tienen, entre sus miembros que las componen, a magistrados que por su estado están obligados a velar por el mantenimiento de estas mismas leyes, y estarían temerosos de comprometerse». Les gustaría un mayor estudio sobre tal observación, como por ejemplo un desarrollo sobre las quimeras y peligros a los que se expondría el sistema; pero esta retórica, de la que no hay que perder de vista que es empleada en junio de 1773, es ya un fuerte indicio de lo que más tarde acabará sucediendo. Cinco años más tarde, en el convento de las Galias, Willermoz la retomará con acrecentado vigor, y más todavía en el de Wilhelmsbad en 1782.

No es tampoco imposible que esta última reticencia se vea agravada por el *affaire* de los jesuitas. Después de haberse resistido durante largo tiempo a las presiones diplomáticas, Clemente XIV publica el 23 de julio de 1773 la carta pontificia *Dominus ac redemptor*, por la que suprime la Compañía de Jesús. Entre los argumentos que esgrime para justificar su decisión, hay la referencia a los templarios que ya fue apuntada por su lejano predecesor Clemente V. No sin cierta sutileza, por otra parte, recuerda en el decreto de supresión que el Temple terminó adquiriendo una mala reputación, a pesar de los buenos servicios prestados en su tiempo, y qué sin haber habido materia para condenarlos formalmente, se vio oportuno ordenar su extinción[277]. Nuestros lioneses no pueden ignorar esta carta pontificia, ya que el mismo rey de Francia había firmado diez años antes, contra los discípulos de Ignacio de Loyola residentes en el reino una orden de alejamiento. Dicho de otra manera, que poniendo de relieve consideraciones que tienden a mantener como legítimo un enjuiciamiento del pasado, comparándolo con otro presente, no son de naturaleza a inspirar que el ambiente sea de una perfecta quietud y apaciguamiento.

Una última preocupación que no es debatida en Gran Logia, pero que no tardará en irritar a los lioneses, es que no podrán erigir su capítulo si este no comprende dos categorías de adherentes. Además de la condición que el presidente sea de noble extracción, Willermoz es instado a elegir en su lista de Hermanos propuestos a la aprobación de Hund, al menos un miembro tan eminente como sea posible perteneciente al clero. Así que ¡volvemos de nuevo! El *Pactum fundamentale* impone sus reglas. El 6 de marzo de 1774, Weiler lo tiene perfectamente claro. Una vez que sus corresponsales han vencido las reticencias señaladas anteriormente, y que se reúnen la noche del 22 de julio de 1773, en casa de Willermoz, para firmar y formalizar su demanda de integración a la reforma, constata que no figura ningún eclesiástico. En consecuencia, invita a Willermoz a hacer lo necesario para remediarlo. Hund ha emitido un acuerdo de principios para su agregación, acuerdo que Weiler le comunica el 23 de febrero; pero este punto, calificado de «detalle secreto»[278], queda todavía por examinar.

En lo sucesivo titular de una patente de canciller y del nombre de Orden *Baptista ab Eremo* (Bautista del desierto)[279], Willermoz propone entonces al abate Gérard. En respuesta, Weiler duda en aprobar la demanda de

integración de inmediato. «Encuentro en vuestro cuadro al H. abate Gérard, canónigo; si es sujeto digno de ser admitido a los misterios de la Gran Orden y de convertirse en miembro de vuestro Capítulo, resérvelo y prepárelo. Necesitamos a un eclesiástico de consideración. Si éste no conviene, puesto que tampoco lo veo entre los que han firmado la demanda, busque a otro. Precisamos, si es posible, a un Hermano de esta clase para poder constituir adecuadamente el Gran Capítulo».[280] ¿Por qué de tantas formalidades?

Sin ser el menos relevante de los lioneses, el abate Pierre-Félix-Antoine Gérard es en realidad canónigo en Colmar donde ejerce una magistratura de consejero pasante en el Consejo soberano. Nacido el 19 de diciembre de 1748 en la ciudad, terminará su carrera en 1837 en Estrasburgo, en funciones de vicario general de la diócesis. Por el momento, no causa buena impresión a Weiler que insiste en otra carta del 5 de abril de 1774: «sería deseable que el eclesiástico que agregáramos estuviera provisto de algún título de nobleza y alguna dignidad; aunque fuera la de simple sacerdote»[281]. Gérard es hijo de magistrado, sin otra particularidad. Finalmente, es aceptado para el capítulo de Lyon participando al año siguiente en la fundación de *La Concorde Colmarienne*. Pero Willermoz, prudente, solicita en segundo lugar a un lionés de adopción. François-Louis-Augustin Barbier de Liscoët perteneciente a la aristocracia bretona. Nacido hacia 1726, vicario general de la ciudad occitana de Léon, admitido al capítulo de la catedral de Lyon en 1756, francmasón desde hace algunos años, cofundador de la *Choix des Hommes libres* en 1766, con las funciones de segundo Vigilante, satisface en todo, los exigentes criterios concebidos en Köhlo.

El hecho que Starck pretenda detentar «sus secretos y ritos originales de una antigua Masonería que [posee] todavía en Auvernia de los capítulos de clérigos», retomando la formulación de Alice Joly[282], sólo explica en parte la insistencia de Weiler acerca de los lioneses por disponer de un eclesiástico de buena posición en su cuadro lógico. Por una parte, la regla es válida para todas las provincias, puesto que de alguna manera es orgánica. Por otra, Weiler entiende sin dudas que más vale no ser demasiado crédulo ante la fábula de Starck, sobre todo cuando es invocado el conde de La Tour du Pin. ¿No podrían sorprenderse Willermoz y sus amigos de no haber oído nunca hablar de la acción de este contemporáneo entre ellos? Qué de más

normal, se dirá, ya que se hace referencia a él en 1750 en una región completamente diferente. Pero esta no es la información que los alemanes reciben. De este modo, Kessler pretende que las logias de Francia e Italia habrían deseado ardientemente ser revivificadas por Hund a fin de que «la Orden no se apagara completamente en sus países»[283], lo que supone efectivamente una actividad anterior, pero sin que nadie pueda decir nada de serio al respecto. En todo caso, he ahí una piedra de toque, entre otras, para juzgar la no fiabilidad de la seudo historia de la Orden que ha dado por legitimo el *Pactum fundamentale*.

El 28 de mayo de 1774, Willermoz recibe una carta de Guénet quien estipula que, en la época medieval, la sede magistral de la provincia de Auvernia en realidad estaba en París, no en Lyon. Nuestro muy pragmático comerciante no se conmueve demasiado por ello. Muy expeditivo en sus fórmulas, condensa así su manera de ver: «Por derecho la sede magistral debería estar como lo estuvo antaño en París, pero Lyon que se ha entregado de buena gana a todos los esfuerzos necesarios, bien merece preferencia sobre esta otra capital que no ha hecho nada ni conoce nada».[284] Dicho de otra manera, cuales sean las posibles distinciones entre la Isla de Francia y Auvernia, La Tour du Pin permanece para él como un verdadero desconocido, o a no conocer, sin otra consideración superior. Sus preocupaciones más urgentes son las de reunir los fondos requeridos para permitir a Weiler venir hasta Lyon, añadiéndole las sumas necesarias para la confección de los hábitos y la compra de dos armaduras, una de ellas con su casco, para que los rituales de iniciación sean respetados; más de 4.500 libras en total, y preparar el alojamiento de su huésped para cuando llegue a su ciudad, acompañado de Pierre de Guénet y de Louis-Claude de Saint-Martin que se unirán a él en la parada que haga en Estrasburgo.

Haciendo esto, la cuestión de la jerarquía entre los grados y la coherencia a respetar en su encadenamiento continúa planteada. Hemos podido ver que, la reforma, no versa solamente sobre el funcionamiento administrativo, con la formación de las provincias, prefectura, prioratos, de acuerdo a una geometría de subordinación sucesiva, sino que contempla también la concepción de las etapas a franquear para llegar a la clase de los caballeros. Si en Estrasburgo se lleva a cabo un inventario, al menos en apariencia, a fin de que en lo sucesivo sólo sean reivindicados los grados propuestos por

Hund, tal manera de proceder traduce tan solo una reacción superficial que no compromete a largo término. Tanto en Alemania como en otras partes, los Hermanos ya bastante avanzados dentro del Escocismo, aceptaron de mala gana esta censura masiva. Ya que debían renunciar al mismo tiempo a visitar las logias o capítulos que la reforma no considera en nada. Apenas se avergüenzan de la paradoja que, durante dos décadas, ha inclinado a un gran número de ellos a denunciar la profusión de altos grados, buscando a la vez su adquisición. De todas maneras, en lo concerniente a las logias no alemanas, la dificultad radica en gestionar una integración a la reforma y la pertenencia simultánea a uno o varios sistemas.

En Francia, lioneses y estrasburgueses ocupados como están en deplorar las recientes disfunciones de la Gran Logia y criticar la manera en que se forma el Gran Oriente en torno a Louis-Philippe-Joseph de Orleans, duque de Chartres, sólo pueden exponerse a un aislamiento que les sería perjudicial. ¿Qué puede significar en Estrasburgo una supuesta lealtad a la Gran Logia de Londres, cuando resulta que esta última contempla a los grados escoceses como meras innovaciones, en el mejor de los casos y grotescas y en el peor de ellos como peligrosos? Tras leer y releer los documentos producidos poco después del convento de Köhlo, uno solo puede quedarse perplejo ante su retórica. Si se tratara de aceptar plenamente un proceso de rectificación, el asunto quedaría concluido en dos tiempos y tres movimientos. Por el contrario, todo pasa como si la rectificación fuera selectiva, limitada tan solo a ciertos aspectos de la actividad masónica. ¿No haría falta un nuevo convento para clarificar esto?

CAPÍTULO XII

COMPLEMENTOS DEL REPERTORIO: BRUNSWICK 1775

Del 23 de mayo al 6 de julio de 1775, Brunswick se convierte en la sede de un nuevo reagrupamiento provincial. Kessler proporciona dos razones para justificar el orden del día, sin el cual la organización se hubiera previsto como en Köhlo procediendo a encuentros regulares. La primera de las razones sería que los Hermanos de Dresde estarían molestos, al sentirse dejados de lado, cuando las gestiones llevadas a cabo por Weiler en Francia y en Italia para la creación de nuevos capítulos. Este embajador de la Orden particularmente incierto en sus contactos, sólo rendía cuentas a Hund y al duque de Brunswick, cosa que incomodaba mucho a otros dignatarios. Se lo recriminaban, por tanto, hay motivos y ocasión para tranquilizarlos. La segunda razón, es que ha aparecido en escena un nuevo perturbador, Johann-Georg Schrepfer, sembrando la turbación en 1774, con una inclinación hacia el charlatanismo ocultista. Como la tendencia general no es a seguirle, ni a él ni a nadie parecido, no resulta superflua una puesta a punto encaminada a recordar algunos elementos de la doctrina, incluso para disipar dudas respecto a las circunstancias de su muerte acaecida brutalmente el 8 de octubre de este año 1774.

No nos detengamos en Schrepfer. Nacido en torno a 1730, habría tenido una vida aventurera antes de dedicarse al comercio. Gran apasionado por la magia y los trucos de ilusionismo, llegaría hasta el punto de amenizar con ciertos juegos de manos algunas tenidas de logia. Un día, se habría atrevido a declararse hijo natural del príncipe de Conti. Lograría hacerse con un puñado de partidarios casi incondicionales entre los Hermanos crédulos, mientras importunaba a otros. Algunos le habrían exigido incluso de dar

explicaciones. Consecuencia: una noche después de tener logia, acompañado de cuatro Hermanos, decide caminar por las afueras de Leipzig sumergiéndose permanentemente en las sombras del más allá, con una bala de pistola en la cabeza. Algunos dicen que se habría alejado un momento de sus compañeros para suicidarse. Otros dicen, ni más ni menos, que habría sido ejecutado. He aquí en todo caso, lo que hacía disparar las imaginaciones con fabulaciones de todo tipo. Por otro lado, Hermanos de Dresde, que lo apreciaban mucho, habrían mostrado su desagrado y evitado el convento.

Lo que piensa el propio Hund, nadie lo sabe. Si se le cuestiona, es a otro nivel. A medida que las críticas continúan creciendo sobre el tema de su legitimidad masónica, una vez más se le pide que se explique sobre los hechos que les preocupan desde hace veinticinco años.

¿Quién lo ha recibido templario? ¿En qué condiciones? ¿Cuál es la validez de sus poderes? Todas estas cuestiones llegan a convertirse casi en una obsesión. A pesar de los apaciguamientos dados en Altenberg y Köhlo, los escépticos mantienen sus cuestionamientos. Estos llegan a ser ofensivos, o al menos percibidos como ofensivos por Hund. Este no comprende cómo puede llegar a ejercerse tal presión sobre él que lo obligaría a tener que olvidarse del juramento prestado de guardar secreto. Cuando repite que su palabra de honor debería bastar, reacciona mal al constatar que por el contrario es tenida como insuficiente. Llega a enojarse tanto que amenaza en batirse en duelo con cualquiera que le diga a la cara que es un embustero o un impostor.

Nuevamente, ¿cómo leer la indescifrable patente de 1751? ¿De quién se trata al referirse al gran prior de la Orden? En el año 1743, se murmura el nombre de Simon Fraser of Lovat. Nadie es capaz de confirmar nada concreto al respecto. Solo se sabe que es muerto en el patíbulo de los hanoverianos al término del proceso infligido a los jacobitas capturados durante la guerra de 1745-1746. Ya por los años 1750, se piensa en este enigmático Robert, caballero *a Stella ardente*, a propósito del cual las informaciones son hasta tal punto contradictorias que los contemporáneos, pierden su latín allí, es el caso de decirlo. En cuanto al caballero *a Pena rubra*, dicho también «del penacho rojo», si no se trata de Carlos Eduardo, ¿a quién hay que identificar en su lugar? La misma pregunta surge cuando se invoca *a Sole Aureo*. Hund admite no obstante que los superiores

jacobitas, anteriormente directores, se han ido progresivamente despegando de la Orden, hasta el punto de desinteresarse por la misma. Esto mismo, ya lamentado en Köhlo, lo es todavía más en Brunswick. De dónde la evolución cada vez más acentuada hacia la autonomía.

Hund está fatigado por tener que justificarse continuamente. Se le desafía, él desconfía. A día de hoy, la comprensión de su actitud exhibida en 1775 queda oscurecida por las extrapolaciones de los compiladores reticentes contra él. Rechazar en su actitud un fondo de sinceridad resulta excesivo. Tomarlo como un ingenuo que se habría dejado engañar por mistificadores, fueran estos jacobitas o no, es otro tanto. Postularlo, como hemos oído decir, que lo habría inventado todo a partir de sus tribulaciones masónicas, resulta tan ridículo que tomaría demasiado tiempo encontrar argumentos sensatos que lo probaran. Hund es suficientemente experimentado como para saber que ha cometido errores concibiendo o dejando concebir elementos del sistema que irían mucho más allá de los recibidos entre 1743 y 1753. Incluso si esto significaba reclamar el epíteto templario, pensaba encontrar en los escritos sobre la caballería antigua materia suficiente como para compensar los silencios y lagunas de su primer bagaje.

En la distancia, Starck no hacía nada para facilitarle la tarea. Por el contrario, y no sin ironía, se dedica a mantener el malestar entre algunos de su confianza. Ausente en Brunswick, ya que es ahora profesor de teología en Königsberg, se desahoga sin ningún tipo de consideración en su correspondencia. De este modo, en una carta del 14 de marzo de 1775 traiciona su poca solidaridad[285]. Si bien retoma la idea de que Hund habría recibido sus poderes de Carlos Eduardo, considera que se ha distinguido demasiado en Alemania por irregularidades, que impedirían a las demás provincias adherirse plenamente a su programa, o incluso a reconocer el ascendente que reivindica. Aunque Starck es elíptico en sus palabras, fácilmente se puede adivinar su argumento principal, ya que retoma la fábula del Conde de La Tour du Pin que habría ejercido, y que según él seguiría ejerciendo, incluso, la máxima autoridad en Francia.

Bajo su retórica epistolar, deja flotando la duda de que la documentación recibida de Vegesack contiene información relacionada con el mismo sistema que Hund dice tener. Es por lo que, persiste en valorizar a La Tour du Pin, pero también a James Steuart al que presenta como su homólogo en Escocia.

Retoma igualmente la deriva hacia Sackville en Italia, así como la que lleva a Simon Fraser of Lovat, que el escribe como Simon Lovat[286], a secas, del que cree firmemente que fue el gran prior hasta su condena a muerte sobre el cadalso. Que Hund tenga otras referencias, qué de más normal; pero he aquí lo que incomoda a Starck. Por lo que, se arriesga en un enigma: «*Eques a Sole Aureo* (Carlos Eduardo) todavía vivo: es altivo (*stolz*), pero su pasividad en la Orden (*seine schläfrigkeit im Orden*) no es imputable a su carácter». Si el carácter no es la causa, ¿en qué hay que pensar? La respuesta no es dada. Starck juega, al hombre que sería casi el único en poseer el secreto más elevado, pero que se prohíbe desvelarlo.

Todo esto no impide que la rama clerical de la Orden se encuentre a su vez expuesta a vicisitudes. Estando pues Starck ausente, aquel que es su más elocuente portavoz en Brunswick es von Raven. A él también, se le pregunta si conoce las circunstancias en las que sus predecesores han podido trabajar. No es cuestión fácil de responder. Su propia información la ha recibido de Starck el cual manipula la documentación a su conveniencia. Pero ¿y antes? Los documentos proporcionados por este último son ciertamente redactados en su mayor parte en latín, lo que no los hace por tanto provenientes de una fuente fiable. Además, la promesa de revelar altos misterios hasta entonces ignorados por la rama caballeresca no ha quedado hasta entonces realmente cumplida. Nadie está en disposición de decir que haya estado recientemente ilustrado por cualquier tipo de luz aportada por el clericato. A semejanza de Starck, von Raven finge poseer por su parte altos conocimientos cuyo estatus no permiten ser comunicados a terceros poco instruidos, incluso en la circunstancia de puertas cerradas de un convento. Sobre lo qué, repite que, en Francia, sobre todo, hay Hermanos que trabajan todavía según las reglas y que podrían certificar la conformidad de aquellas en uso en la rama clerical. Pero quienes son exactamente, dónde están y como contactar con ellos, he ahí justamente lo que evita decir.

Sea como sea, el movimiento engranado en Köhlo es, por el momento difícil de parar o doblar. Es incluso ahora que son definidas con el mayor número de matizaciones posibles las funciones de los clérigos, las de los caballeros, así como la progresión que cada rama puede seguir en la Orden hasta llegar al más alto grado. Un esfuerzo de clarificación sostiene el

proyecto de consolidar mejor que no lo fue antes, a la vez el organigrama administrativo y la estructura de los rituales correspondientes a cada grado. Es así que los debates de Brunswick llevan a validar la creación de las provincias de Auvernia, Borgoña y Occitania, tal como Weiler ha podido llevarlas, y anima la próxima vinculación de la provincia de la Alta Alemania que engloba una parte de Italia. Se establecen reglamentos, vueltos a copiar para que nadie pueda ignorarlos.

Consideremos los grados. La Orden Interior[287], que en lo sucesivo preferirá denominarse Directorio Escocés, comprende tres de ellos. El primero es el de Escocés verde. Está concebido para llevar a una reflexión profundizada sobre los símbolos. Son necesarios veinticinco años cumplidos para pretenderlo. Un Hermano puede llegar a permanecer en él toda su vida si no se le constatan aptitudes para elevarse. De lo contrario, la duración mínima de reflexión es de un año, o de seis meses en casos excepcionales. El segundo es el de novicio que permite obtener «nociones muy claras sobre la Orden», pero sin que su objetivo último sea desvelado. La reflexión se prolonga, se especializa. Tres años son necesarios para llevarlo a cabo. Pero, en caso de necesidad, un año puede bastar. El último grado es el de caballero que «da un conocimiento completo del origen, las vicisitudes, del estado actual y el objetivo de la Orden». He aquí, en resumen, el *nec plus ultra*. No se lo alcanza antes de los treinta años. Y todavía es menester producir un certificado del maestro de novicios, que de fe de las buenas disposiciones del postulante.

¿Por qué el Escocés Verde? Sabiendo la variedad de rituales o documentos que se refieren a este grado sin ponerse de acuerdo, poniendo bajo una misma etiqueta atributos y honores diferentes, resulta difícil de discernir la cepa en la que se inspiran los discípulos de Hund. Un detalle llama sin embargo la atención. Se encuentra en el resumen efectuado por Willermoz, en mayo de 1777, de un correo recibido del Hermano Lumière, canciller de la provincia de Occitania, con residencia en Burdeos. Lumière se pregunta en efecto «sobre los peligros e inconvenientes que podría presentar hacer ostensible el grado de Escocés verde en las logias reunidas»[288]. Nos falta saber punto por punto cuales son los argumentos de este joven Hermano bordelés. Pero una lectura del ritual «rectificado» nos pone sobre el camino.

Sin ninguna duda, el Escocés verde es un grado entregado inmediatamente después del de Maestro azul. Es pues el cuarto dentro de la progresión. No obstante, en dos ocasiones, es presentado como concedido a un candidato que accede a liberarse "del yugo de la masonería simbólica"[289]. Antes de entrar en capítulo, momento en que se le pone una cuerda alrededor del cuerpo para significarle claramente su subyugación, no quitándosela hasta que no haya jurado su obediencia al Directorio escocés. Una tal concepción, solamente puede dejar perplejos a los Hermanos que no tienen tendencia a considerar que los tres primeros grados sean particularmente engañosos u opresivos. Se trataría inclusive de olvidar todas las explicaciones relativas a los «jeroglíficos», lo que es empujar la censura un poco más lejos, incluso si significa admitir que resulta ser puramente abstracta. Además, aunque la Orden posea también su escala simbólica, no hay que olvidar que los recién admitidos en la reforma son provenientes de las logias azules tradicionales, y que pueden muy bien apreciar negativamente, que sea desnaturalizado el trabajo que ya han cumplido.

¿Cuál es la matriz de este grado? El conjunto del ritual es muy depurado, muy sobrio. Es probablemente resultante de una simplificación impuesta en diversos préstamos anteriores. ¿Hemos de pensar en la Bóveda sagrada? Ninguna descripción de una cripta, de un subterráneo o cavidad análoga, aparece en ninguna parte. Por el contrario, queda perfectamente claro que el número 4 es dominante, casi exclusivo, lo que nos hace pensar en el cuadrado. «La logia sólo es iluminada por cuatro velas alineadas de tal manera que el conjunto de ellas, formen un cuadrado. No está comprendida en el número de las mismas la de la mesa del secretario que tiene una aparte». Cuatro animales forman alegóricamente un conjunto de virtudes a cultivar: «Sed valeroso y generoso como el león, pero sin crueldad; hábil como el mono, imitador de vuestros ancestros, sin ridiculez ni petulancia; perspicaz como el gavilán, pero no perseguidor; finalmente, astuto como el zorro, sin ser bribón ni falso». Se puede pensar ahí, que se trata de una transposición del catecismo de Arquitecto, tal como el seudo abate Larudan ha revelado una versión en 1746 comprendiendo cinco animales, a saber: el león, el zorro, el gavilán, el pelícano y la paloma[290].

El color verde, por su parte, expresa la esperanza. «He aquí el color de la esperanza, todo lo podéis esperar, vuestro afán apresurará su

cumplimiento». Los mandiles de Maestros simbólicos forrados de azul son sustituidos por mandiles forrados de tafetán verde. Los colores de los tapizados de los muros de la estancia son verdes, al igual que la tapicería que cubre las mesas. Se puede encontrar en el ritual de Caballero de Oriente, una descripción análoga para la primera estancia en la que comienza la ceremonia de atribución del grado. De igual modo, los cordones de los principales oficiales son de un «verde moaré, cayendo en punta sobre el estómago, sin joya»[291], y los mandiles parecidamente. Este ritual pretende haber «conservado las fórmulas originales de la Masonería» alegando que el verde era antaño el color de las armas de Ciro[292], aunque el rojo sea calificado a continuación como siendo el «color real de los Escoceses»[293], de dónde que cordones y mandiles verdes sean dejados en el umbral de la segunda estancia decorada de rojo. Observación de utilidad: en el manuscrito aquí examinado, que data de 1763 aproximadamente, el grado de Caballero de Oriente es presentado como la sucesión coherente del de Gran Arquitecto. No olvidemos, tampoco, la carta del mayor Pollet dirigida a Johann-Peter Gogel, también en 1763, que hace referencia al grado de la Bóveda practicado por los oficiales del regimiento de O'Gilvie en Francia a finales de los años 1740: «El collar del Arco Real es rojo, el mandil verde, con una cruz de San Andrés».[294] Finalmente, el acceso al grado de Caballero en la Estricta Observancia confiere parecidamente un cordón rojo. Verosímilmente, el sincretismo de Starck, que parece ser quien «materializa» en palabras los cuadernos producidos después de Köhlo, no puede desmarcarse de los rastros jacobitas, pero desdibuja o elimina todo aquello que pudiera llevar las imaginaciones hacia los pioneros políticos del Escocismo.

Estamos pues en 1775, una decena de años antes, el discurso era poco más o menos el mismo, pero sin que una cláusula reclamara renegar de la francmasonería simbólica. Un ritual no datado, pero probablemente establecido al siguiente día de la guerra de los Siete Años es en efecto elocuente por su concisión[295]. Dicho ritual se presenta bajo la forma de un catecismo. Su título: *Preguntas para los Maestros Escoceses*. El número 4 queda claramente presentado como decisorio, especificando que una logia Escocesa necesita de un mínimo de cuatro participantes para ser formada, en este caso un maestro (presidente) y tres Hermanos. De igual modo, los

cuatro animales en los que inspirarse para cultivar sus cualidades quedan expresamente citados. El color de un maestro es el color del fuego (*Feuerfarbe*), que podemos asociar al rojo, y el de la logia al color de la esperanza (*Farbe Hoffnung*), que es el verde. Los Hermanos reunidos declaran obrar en la reconstrucción del Templo. Tienen por símbolo a un león que, bajo un cielo borrascoso, al pie de un peñasco, juega apaciblemente con instrumentos de matemáticas, como si trazara con fuerza y serenidad los planos del edificio a reconstruir. Su divisa: *Meliora praesumo* (espero que mejore). Lo que está en resonancia con *Revirescit* o bien *Post Nubila Phoebus*.

En cuanto a los reglamentos fijados en Brunswick, el quinceavo artículo divide la Orden de los caballeros en seis clases, estableciendo que tres de entre ellas se subdividen a su vez en dos partes. Como podemos correr el riesgo de perdernos en la retórica utilizada, no resultará superflua una clarificación de los esquemas habituales en el siglo dieciocho. De entrada, importa captar el matiz entre las nociones de grado y Orden. En una mayoría de rituales masónicos, es habitual considerar el grado como una etapa o gradación en una escala de progresión. Tal es el caso cuando se entra en las logias simbólicas donde hay tres, con la sucesión siguiente: aprendiz-compañero-maestro. La función de la Orden es la de organizar la transmisión de estos grados en el respeto de reglas preestablecidas concerniendo la edad de los impetrantes, su aptitud para formarse, las necesidades de las logias en cuanto a miembros cualificados susceptibles de tener rango de oficiales, y muchos otros criterios más. Por tanto, este esquema queda fuertemente relativizado cuando se trata y quiere aplicarse a grados escoceses. Se deben considerar pues, dos escenarios.

El primero es a tenerlo en cuenta *stricto sensu*, si se nos permite decirlo. Sobre todo, en los primeros años en los que el Escocismo toma auge, a un grado le corresponde su Orden. De este modo, el grado de Caballero Elegido corresponde al de la Orden Sublime, el grado de Rosa-Cruz a la Orden del mismo nombre, etc. Es por anacronismo que ciertos historiadores actuales envuelven en un mismo sistema una serie de grados originalmente queridos separados, como podemos ver por ejemplo cuando historiadores temerarios atribuyen a Étienne Morin la invención de la Orden del Real Secreto que comprendería veinticinco grados[296]. La documentación de

primera mano de que disponemos da fe de ello, la Orden del Real Secreto sólo corresponde al grado que confiere, sin extensión hacia ningún otro. E, incluso considerada en su singularidad, ¡ciertamente no fue Morin quien la inventó!

En segundo lugar, con el paso del tiempo, puede sin embargo llegar a suceder que la noción de Orden designe a la vez el conjunto de un sistema y una parte, y la de grado admita diversas formas o clases. Es en este sentido que hay que leer el artículo relativo a las seis clases. «La Orden de los Caballeros escoceses se divide en seis clases distintas, a saber: la de los Caballeros, [*Socii*] Aliados, Clérigos, Sirvientes de armas y Mozos de armas. Los conocimientos de la Orden son absolutamente completos, para los cinco primeros». Sería deseable un empleo diferente del vocabulario, ya que el término de caballero no designa, aquí tampoco, la misma cosa según sea el contexto. Cualquiera perteneciente a la Orden de los caballeros escoceses puede no ser caballero sino clérigo, entre otros. Pero, al menos, entendemos que esta Orden caballeresca está engastada en la Orden Interior, calificada como Directorio Escocés, que a su vez se encuentra en la Orden dicha de la Estricta Observancia Templaria, aunque cada vez menos, como será de utilidad señalarlo a continuación.

El esquema más simple para representar esta repartición es el de los círculos concéntricos. Hay una Orden en su sentido amplio, luego una Orden interior y luego Orden de los Caballeros. Únicamente aquellos que acceden al último grado pueden tener los «conocimientos absolutamente completos» de este conjunto y de los objetivos apuntados. Dicho esto, la clase de los Caballeros está más valorizada que las otras. El artículo 16 estipula que, para ser admitido, «se ha de ser noble de nacimiento, o ennoblecido por un cargo de Magistrado u otro similar, o finalmente tener un rango distinguido en la sociedad civil». He aquí uno de los puntos que indisponen a los lioneses de la burguesía al igual que a banqueros o grandes tenedores de haciendas generales. ¿En qué consiste un rango social distinguido para un negociante como Willermoz, por ejemplo, o para el abogado Lumière que no se ha hecho todavía un nombre en la ciudad, ya que es muy joven todavía? El escudero debe satisfacer los mismos criterios, salvo que su estatuto es el de la paciencia. Antes de ser armado caballero, se le impone un tiempo de prueba.

Los *Socii* son los asociados. Tienen la posibilidad de acceder a los conocimientos superiores; pero sin embargo no están sometidos a las mismas reglas, les son ofrecidas mayores libertades. Cooperan, según sus medios y posibilidades, en las acciones propuestas. A su vez están subdivididos en dos clases: la de protectores y la de simpatizantes. La primera acoge a príncipes, a personas de alta cuna y también a «aquellos que por su estado y posición personal se encuentran en disposición de prestar servicios importantes a la Orden en general». La segunda está compuesta igualmente por aquellos que se distinguen por su nacimiento o estado civil, incluso por celebridades en el mundo de las artes, o bien se trata de plebeyos que no pudiendo ser elevados a caballeros, pueden ser útiles a la Orden o convertirse en sus benefactores».

Los clérigos están explícitamente señalados como constituyentes de «una clase aparte». Su recepción en la Orden escocesa no está organizada como la de los otros miembros, y su fórmula de compromiso no es tampoco la misma. Desafortunadamente, el artículo 18 no ofrece detalles que puedan permitir hacerse una idea exacta de las diferencias. Pero el acento está puesto sobre su formación anterior de eclesiástico. Protestante o católico, poco importa, ya que los rituales están adaptados según el caso. «Nosotros los eclesiásticos» (*Geistlichem*), le gusta decir a Starck cuando se dirige a un cofrade y Hermano. Con ellos, en teoría, la cuestión del nacimiento es menos crucial, como si la instrucción religiosa recibida fuera suficiente para garantizar el valor de los interesados; pero a la práctica, hemos podido ver como el asunto preocupa a Weiler, y cuanto importuna a Willermoz con sus reiteradas exigencias.

Antes de seguir más adelante, se impone hacer una observación. Es frecuente oír decir que Köhlo ha marcado el abandono del apelativo Estricta Observancia Templaria, tomada de Johnson, en provecho de Régimen Escocés Rectificado. Esto no resulta tan evidente en la documentación de la época. De hecho, se observa una incomodidad en la manera de caracterizar a la vez la Orden y la Caballería. En 1774, cuando se trata de los Caballeros profesos, es indudable que el compromiso que ellos juran en el momento de sus votos hace todavía referencia a la Estricta Observancia Templaria. El pasaje del ritual que lo atestigua está redactado en latín de la siguiente manera: *Forma professionis militum templariorum reformati ordinis*

Strictae observantiae[297]. Que la Orden sea rectificada o reformada, esta fórmula pone explícitamente el acento en la noción de estricta observancia.

Tal como es comunicado a estrasburgueses por Weiler en 1774, y luego a los lioneses, el ritual manuscrito de recepción al grado de caballero revela todavía más esta incomodidad, por las tachaduras o añadidos que tachonan diversos folios. La idea de retomar la herencia templaria no es del todo abandonada, como cuando los hábitos distintivos son propuestos a los impetrantes con la fórmula latina: *Ecce vestimenta templarii*. Pero la palabra *templarii* es subrayada como para retener la atención, y puede leerse al lado un añadido, como sugiriendo una substitución: *militis Christi*[298]. En el primer caso, tenemos «He aquí el hábito de los templarios», en el segundo «He aquí el hábito del soldado de Cristo». Más adelante, se trata claramente de valorizar un Caballero del temple, estando las dos últimas palabras subrayadas (*del temple*)[299], pero aún más adelante se vuelve a encontrar en el texto Caballero del temple y un mismo subrayado, con esta vez «de Cristo» añadido al margen, a continuación de la palabra Caballero que se encuentra al final de línea, lo que confirma la voluntad de sustituir una expresión por otra.

En las *Reglas y Estatutos de la Orden*[300], las correcciones son todavía más nítidas. En el primer artículo que habla del Caballero del Temple, están esta vez tachadas las dos palabras *del Temple* para sustituirlas en subscripción por *escocés*. Las expresiones *Escudero del Temple*, o *Hermano del Temple* sufren la misma suerte. Se prefiere calificarlos de escocés, sin más. Como estos manuscritos están comprendidos en la colección realizada por Willermoz, cabe emitir la hipótesis que las correcciones están realizadas de su puño y letra, y quizá con posterioridad a 1774. No obstante, es claramente de Dresde que proviene, en verano de 1774, la consigna a los capítulos de las diferentes provincias en el sentido de «comunicarse únicamente bajo el apelativo de Directorio Escocés»[301], si hemos de creer a Gaybler que no se priva de significar que relata los «principales acontecimientos de la O.·. Interior en la Vª [provincia] desde 1773 a 1778». De igual modo, los reglamentos comunicados por Weiler a los italianos en 1775 tienen en cuenta estos arreglos retóricos, puesto que el artículo 15 no habla de Caballeros del Temple, sino sin ninguna duda de Caballeros Escoceses[302].

En principio, ¿no es difícil pretender observar estrictamente las reglas antiguas, por un lado, y reconocer la necesidad de adaptarlas a los tiempos modernos, por otro, y por lo tanto no ser tan estricto como se quisiera? El ritual de los Caballeros profesos lo dice bajo otra forma: «Nuestros predecesores, en tanto que regulares prestaron tres votos solemnes, vos, como su verdadero sucesor los debéis prestar igualmente, aunque adaptados a los tiempos»[303]. Modificar, rectificar, reformar: poco importan los matices semánticos. La cuestión que subyacente en todos estos procedimientos puestos en práctica es el de saber, si, al cabo de las modificaciones, rectificaciones o reformas, el espíritu de la caballería templaria es conservado. Se podría incluso articular la pregunta en dos partes: ¿*Quid* de la caballería? Y ¿*quid* del templarismo?

Yendo al corazón de los rituales manuscritos, está claro que los ceremoniales relativos a la atribución de los grados están inspirados en la literatura templaria. Los papeles impartidos a los diferentes dignatarios que ofician, son los supuestos que desempeñaban los protagonistas de antaño. La gestual, las posturas. Los discursos pronunciados también. La indumentaria está particularmente cuidada. Los Caballeros son en un primer tiempo instados a considerar la armadura como su principal atributo. «Quitaos la vestimenta de un masón y revestíos de esta armadura, el más noble hábito de un Caballero». Así es como se lo equipa, pero provisionalmente sin casco y sin espada[304]. Algunos minutos más tarde es autorizado a aligerarse y tomar la cota de armas, la clámide, dicho de otro modo, la larga túnica de paño blanco recogida en el cuello, y el cordón rojo sobre su pecho. Se le da también un anillo que deberá llevar en el dedo meñique de la mano derecha. Acto seguido viene el casco, el paludamentum, dicho de otro modo, el manto de guerra, la espada, el cinturón y el collar de la Orden, este último impuesto por el prior del clero[305]. En el momento de la profesión mayor, el anillo pasa del meñique derecho al izquierdo. Es así que la distinción entre los dos estatutos, en el seno de la misma clase, se hace físicamente visible. Y las fórmulas más solemnes son pronunciadas en latín. Se parte del principio que los candidatos entienden esta lengua. Cuando este no es el caso, se consiente la traducción al interesado, después de habérselas pronunciado en latín.

Que todo esto sea realmente conforme a las antiguas prácticas, es lo que se dice, pero no queda demostrado. Además del hecho anecdótico que Jacques de Molay no entendía el latín, al igual que la gran mayoría de sus compañeros, la principal objeción que se puede plantear es mucho más simple y más directa: los Templarios no armaban caballeros a los que se unían a ellos. Habían de serlo de antemano, según las convenciones sociales de la época. Nadie conoce ni un solo testimonio que ofrezca un punto de vista contrario. Como lo recuerda oportunamente Pierre Girard-Augry en una de sus obras, «eras recibido hermano en la Orden, no armado caballero»[306]. Digámoslo de otra manera: la Orden del Temple no ha creado caballeros, son los caballeros quienes han creado y hecho prosperar la Orden del Temple. Retomar apelativos distintivos para evocar por otra parte a los escuderos, sirvientes de armas, mozos de armas o clérigos, no es tampoco un procedimiento suficiente para además ser creíble. La literatura asociada, tal como Starck la concibe, no permite disipar las ambigüedades o mentiras que salpican los rituales en este aspecto. Muy al contrario, he aquí lo que los invalida doblemente. No solamente la lista reconstruida de grandes maestros que supuestamente habrían transmitido la herencia hasta el siglo dieciocho, es inadmisible tal como está, sino que la susodicha herencia es en sí misma tan incoherente que hace evidente su propia falsedad. Así pues, el envite de un análisis crítico consiste en hacer un aparte en las cosas, entre lo que es comunicado a Hund cuando su compromiso masónico hasta el momento que funda la logia de Kittlitz, por una parte, y lo que es construido, arreglado y modificado a continuación, sobre todo bajo la influencia de Starck, por otra. En un primer tiempo, de lo que se trata es claramente de masonería. En un segundo tiempo, todo sucede como si se buscara la ruptura, y hemos visto como la misma es revindicada en la elevación a Escocés verde, pero sin poder ser consumada. Los lazos son indisolubles. No solamente los altos grados hasta el *nec plus ultra* continúan pensados, hacia y contra todo, en continuación de los simbólicos, sino que la construcción a la que están sometidos no escapa a los clichés de la francmasonería. El argumento de la conformidad a los usos internos de la Orden del Temple, es puesto por delante, para sugerir que es posible una emancipación. Pero con ello no basta, también es necesario que esta conformidad sea efectiva, no discutible. Lejos está de que sea este el

caso. Cualquier aspiración de hacer actuar en la Estricta Observancia las reglas antiguas, sólo puede llegar a cumplirse si la validez y la antigüedad de estas reglas se prueban conjuntamente. Aun admitiendo la necesidad de rectificación, debe probarse que aquello a lo que se aplica la rectificación tiene autenticidad.

El resto es evidente, si se me permite decirlo. Como nunca se abandona el ámbito de la francmasonería, los arreglos y disposiciones efectuadas en Köhlo y Brunswick, inicialmente apoyados por el proyecto de enderezar fielmente la Orden del Temple, después de siglos en sueños, solo hacen que inventar un sistema que tiene una relación con la antigua Orden solamente de carácter nominal. Ningún tipo de transmisión de un saber o poder eficientes. Teóricamente, esto no disminuye en nada la fuerza de este nuevo sistema, porque vale para otros, concebidos durante el siglo XVIII, o después (¡hay muchos!). Salvo que el rechazo a la referencia jacobita no puede ser compensado en modo alguno por las extrapolaciones librescas de Starck, aunque presuma de hacer más coherentes y más completas las observaciones que atribuye a Hund sobre la antigua caballería.

En cualquier caso, al menos para los franceses, el vínculo con la francmasonería sigue siendo inquebrantable desde el principio. Así es como los Hermanos de *La Candeur*, en Estrasburgo, han afinado más o menos voluntariamente su nomenclatura, pero están deseosos de conservar la de Rosa-Cruz con tanto más fervor que Weiler no duda en afirmar que la posee, en particular en los documentos que consigna con Hund, en particular la patente concedida el 13 de octubre de 1772 al barón de Landsperg para dirigir el capítulo provincial de Borgoña. Añade por otra parte su título de Gran Escocés[307]. Este otro grado es designado bajo el nombre de Escocés rojo[308]. Y he aquí lo que nos lleva a la observación hecha anteriormente sobre los Caballeros de Oriente que, en un ritual, pasan del verde al rojo en dos tiempos consecutivos de una misma asamblea capitular. Esta referencia es tan flagrante que los lioneses consideran a su vez que existen dos grados intermedios después del de Escocés verde, y citan por su parte el Escocés rojo y luego el Caballero de Oriente[309].

Es cierto que Weiler se muestra particularmente irónico cuando justifica la conservación de ciertos grados usuales. Según la interpretación que Willermoz hace de ello, Weiler los dice hechos «para distraer y pasear a

aquellos a los que no se ha juzgado dignos» de poseer los más elevados y entrar así en la Orden Interior[310]. Pero, admite pues algunas excepciones, ya que de lo contrario habría que considerarlo como un iniciado frívolo. De todas maneras, la posibilidad de acumular otros altos grados queda a cuidado de los Directorios Escoceses, los cuales son libres de marcar sus preferencias.

Una extravagancia, cuando menos: «todo grado de Elegido y todo cordón negro queda proscrito»[311]. La Orden Sublime de los Caballeros Elegidos concedía al negro un significado importante. En efecto el cordón entregado a los recipiendarios era negro. «Recibid este Cor[dón] que deberá servir para ligar cada vez más en vuestra alma los sentimientos de la religión, la virtud y el honor». A continuación, se le entregaba el hábito blanco: «Recibid este háb[ito], el más antiguo que haya en el mundo, su blancura debe haceros recordar el candor que debe brillar en todas vuestras acciones, el negro con el que está ribeteado debe recordaros las desgracias ocasionadas a la Or[den] S[ublime] por no haber observado con exactitud sus Estatutos»[312]. En cuanto a la cruz roja, he aquí lo que se decía: «Llevamos [la cruz] roja, para hacernos recordar que no debemos avergonzarnos del Evangelio»[313]. La explicación era bastante inesperada. Fuera como fuere, la preocupación de los redactores de la misma era la de tomar por modelo a los caballeros del Temple. «El Papa les dio la cruz roja en un cordón negro, un hábito blanco y una cruz más o menos parecida a la de los caballeros de San Juan de Jerusalén a los que se unieron después»[314]. Con su "rectificación", Starck ha reducido estos detalles a la insignificancia echándolos al desván del olvido.

Otra cosa que merece un breve comentario. En el entusiasmo de su reunión a los alemanes, los lioneses proceden en 1775 a una especie de recorte de orientes del reino de Francia que permitiera a cada Hermano quedar bajo la responsabilidad de las grandes logias ya existentes o por crear en el futuro. Conciben un «compendio de provincias que componen el distrito de 18 gr[andes] logias escocesas comprendidas»[315]. Estos orientes son Lyon, París, Rouen, Caen, Rennes, Nantes, Brest, Amgers, Tours, Orléans, Nevers, St-Flour, Grenoble, Marsella, Toulon, Châlons-sur-Marne, Amiens, Boulogne-sur-Mer. De las 18 ciudades, 17 están efectivamente provistas de un responsable. La que no lo tiene, curiosamente, es París,

cuyas dependencias quedan así descritas: «París comprende la Isla de Francia, el París Chartrain, el Laonnais, el Soissonnais, el Gâtinais, la Beauce y la Brie». ¿No resulta extraño? Efectivamente, recordemos que, en los archivos de la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos, tan selectivamente explotados por Starck, es a la Isla de Francia que queda adscrito el conde La Tour du Pin, no a Auvernia. En 1775, el conde se encuentra todavía con vida[316]. Al no nombrar a nadie, ¿se trata para Willermoz y sus amigos de tomar precauciones, a fin de evitar una posible impugnación?

Esto supone que conocen, con mayor o menor aproximación, el papel jugado por el conde anteriormente. Al haber tenido ocasión de leer la seudo cronología que lo cita como gran maestro provincial de Auvernia, en este punto, se sitúan en disposición de poder oponer un desmentido categórico. Y, como Willermoz es reputado de ir rebuscando por aquí y por allá, conocimientos sobre el pasado de la francmasonería, no podemos excluir que haya sabido, sobre todo con ocasión de sus viajes anuales a París, la existencia del conde, así como la facultad de este último de turbar en cierto modo el organigrama previsto de los 18 orientes, exhibiendo la documentación en su poder, casi contemporánea a los comienzos de Hund. Este organigrama, continúa permaneciendo en 1775 en estado puramente virtual, ya que en la mayor parte de casos los Hermanos asociados a un determinado oriente no han hecho, ni dispondrán del tiempo necesario para hacer las gestiones pertinentes para concretizarlo; pero, en cualquier caso, es correr un gran riesgo el asociar el nombre de un Hermano lionés a una región donde el antiguo podría protestar.

Podría decirse lo mismo en cuanto a la península italiana donde Weiler prolonga su misión, casi apostólica, pero se guarda muy bien de acercarse hasta Florencia o Roma. Limita su avance a la zona de Turín. Por tanto ¿no sería ya la ocasión soñada de dilucidar finalmente el enigma de los Superiores Desconocidos? Si damos crédito a las palabras de Starck, en cuanto al carácter altanero de Carlos Eduardo y su fría inercia respecto a la Orden, cuando menos, debería ser llevada una investigación acerca de su persona y la de otros Hermanos, jacobitas o no, capaces de dar alguna información al respecto. Más todavía, en la medida que Weiler asegura haber sido recibido templario en Roma en 1743, ¿no sería provechoso el

acercamiento a hombres que hubieran podido conocer en esa época, con el fin de agregarlos al movimiento en expansión?

En los preliminares de la fundación del capítulo turinés, en octubre de 1775, no son jamás mencionados los italianos o extranjeros que pudieran haber conocido a Weiler anteriormente, a pesar de autocalificarse ahora este último como gran prior de Italia. Tampoco es esbozada ninguna explicación sobre las razones de la discontinuidad entre los años 1740 y 1770. Asociándose estrechamente con Gabriel Asinari, conde de Bernez, mayordomo del rey de Cerdeña, Weiler moviliza a un grupo, del que se desconoce que ninguno de sus integrantes, haya estado en relación ni tenido ningún contacto, ni de cerca ni de lejos con contemporáneos que hayan tenido un pasado análogo al que se les atribuye. Al contrario, como este grupo proviene de la logia simbólica *La Mystérieuse* y de su capítulo añadido, basta con dirigirse a los cuadros establecidos después de las elecciones anuales en curso de los años anteriores, para darse cuenta que los grados que en ella son conferidos son análogos a los conferidos en Francia o Alemania, sin ninguno por encima, y sin recuerdo aparente de las premisas del período anterior a 1750. Estos son los de Elegidos, Caballero de Oriente y Kadosh[317].

CAPÍTULO XIII

LA DECADENCIA

Kessler emite una reserva respecto al ardor de Hund hacia el final de su vida. Dicho ardor disminuye. «Si algo puede reprochársele, es haber puesto demasiado poco interés en nuestro sistema. El hombre sin interés personal que lo anima se relaja, también aquellos que están por encima de él, salvo, cuando pueden esperar hacer fortuna con sus Her[manos] indigentes o sus sucesores».[318]

Se adivina la ambivalencia de tal reproche: que Hund mantenga su interés intelectual, es lo que resurge de los elogios de Kessler; pero debería mantener también un interés material, puesto que la fortuna se cuenta aquí en especies contantes y sonantes. La expresión «debería»; es al mismo tiempo, una manera de decir que su honor ha consistido en no buscar ningún enriquecimiento egoísta. Al contrario, según Kessler, Hund ya se ha empobrecido considerablemente financiando actividades por el bien de la Orden.

Después del convento de Brunswick, Hund debe afrontar a un nuevo rival. Pero ¿cómo continuar motivado cuando uno mismo es objeto de repetidas sospechas? Nacido en 1742, Gottlieb-Franz Xavier Gugomos es un auténtico barón de la nobleza germánica. No se sabe si aprovecha la repentina muerte de Weiler en Turín, el 9 de noviembre de 1775, para tratar de ocupar su sitio y excluir a Hund al mismo tiempo. La cuestión es que está en posesión de diversos documentos producidos hace poco por Starck, y que los interpreta a su manera. El hecho es que también es familiar de Georges-Gillaume Hesse-Darmstadt, del que hemos visto el papel jugado en Frankfurt sur Main, cuando la recepción de Hund en persona a los dos primeros grados simbólicos, en 1741. La hipótesis que haya podido sacar

provecho de sus recuerdos, tanto de Francia como de Alemania, es plausible.

En otoño de 1775, Gugomos convence a los dos hijos de este, Louis y Georges, de emprender un viaje a Francia e Italia para ir en busca de los precursores de la Orden, e incluso de los Hermanos que, si hemos de creer a Starck, estarían todavía activos en Auvernia. El gasto que el viaje supone es proporcional a sus vanas ambiciones. De Estrasburgo a Lyon, de Lyon a Roma, los gastos del camino cuestan caros, sin que se descubra nada de concreto. Llegados a Roma, a los dos príncipes apenas les queda una perra chica en la bolsa y deciden volver a casa. Gugomos continúa algunas semanas más en la ciudad pontificia, produciéndose el milagro. Si hemos de creerlo, se encuentra con un monje que le proporciona todas las luces buscadas sobre el Temple, sus dirigentes pasados y actuales, su doctrina, etc. Entusiasmado con sus logros, escribe a los príncipes. Carta entusiasta. Luego a otros Hermanos de Alemania. Su idea es plantear que se han extraviado en un mal camino, no poseyendo los conocimientos adecuados. Pero él, gracias al encuentro con el enigmático monje, sabe cuáles son los verdaderos misterios. A consecuencia de ello, les propone ni más ni menos, formar parte de su proyecto puesto al día. Para esto ¿qué mejor que un convento?

Como ciudad de reunión, propone Wiesbaden que reúne las condiciones. Gugomos confía que cada provincia alemana enviará delegados. Del 15 de agosto al 4 de septiembre de 1776, cree poder deslumbrar a los participantes, poco más de una veintena, por su manera de presentar la verdad que una imaginación desbordante alimenta como si de un geiser se tratara. Al parecer, sería en Chipre que residiría el más alto dignatario de la Orden secreta del Temple. Le habría sido comunicada una patente por parte del gran maestro de los compañeros de la milicia de Cristo y el Templo, el cual lo habría nombrado diputado con la finalidad de restablecer en las provincias la «verdadera y muy antigua religión», tal cual fue defendida antiguamente por los caballeros, y con la libertad para crear de nuevos. Al hacerlo, también se permite justificar la venganza contra traidores y renegados. La muerte bajo el puñal les está reservada. Y por ese bies vuelve al ritual de los Caballeros Elegidos que desarrolla exactamente el mismo tema. Un poco de sal ocultista por encima y todo irá a pedir de boca en el mejor de los mundos oníricos posibles, por poco que su auditorio se

muestre crédulo y flexible. Pero nada resulta según lo previsto. Diversos Hermanos le oponen severas objeciones; tanto es así que se ve acorralado y relegado a «la oscuridad, como digno refugio de sus secretos escandalosos», explica Kessler.

Por si fuera poco, aparece otra rivalidad mucho más difícil de gestionar. Los franceses de las tres provincias recientemente agregadas pretenden no emanciparse más de lo razonable. Como el Gran Oriente ha logrado afirmarse al margen del reino de Francia, atrayendo bajo sus auspicios a la gran mayoría de logias, sería correr un alto riesgo actuar ahora como si el G.O. no existiera, limitándose al régimen del Escocismo rectificado. Este es el escollo contra el que no hay que romper, según expresión de los estrasburgueses, retomada por Willermoz[319]. Adivinamos especialmente en este último, que el problema que surge es saber conciliar un doble compromiso. ¿Podrán las propias obediencias tolerarlo? Cuando escribe a Weiler al respecto, hace nacer en él una gran desconfianza. En 1774 Weiler quisiera que Willermoz lograra "inculcar al duque de Chartres el deseo de iniciarse en el sistema de la Orden"[320], pero teme mucho a Jean-Jacques Bacon de la Chevalerie, el cual cree que podría crear impedimentos. «Puede sernos de gran utilidad en París y también hacernos un gran daño»[321].

Algo que no sería correcto pasar por alto y dejar en silencio, es que cuando la figura del duque de Chartres atraviesa el decorado, también regresa la del conde de Clermont. El responsable es Guénet. Esto es lo que dice: «El príncipe conde de Clermont había sido iniciado al interior por el Pretendiente, pero no llegó a decirlo a ningún masón y se ha llevado el secreto a la tumba»[322]. ¿Cómo podemos dar más crédito a esta afirmación que, a aquella otra que imagina al mismo protagonista, pero recibido por no se sabe bien qué dignatarios próximos a Hund durante la Guerra de los Siete Años? ¿Qué argumento emplear para tratar de demostrar que un secreto, indefectiblemente guardado hasta la muerte, sea ahora conocido por Guénet? He aquí una incoherencia en una lista ya larga de por sí. Al menos podemos entender que Guénet acepta sin discutir la referencia a Jacobo III o Carlos Eduardo, puesto que la pertenencia de Clermont al grado Rosa-Cruz y al Arco Real es bien conocida por veteranos como él.

Aún y así, Bacon, que conoce bien a los masones de Lyon, ya que él mismo nació en la ciudad, acepta entrar en el juego. Camarada del barón de

Landsperg desde su juventud, ya que antaño sirvieron ambos bajo el mismo uniforme de los mosqueteros, ahora coronel de infantería en disponibilidad, rico propietario de plantaciones en Santo Domingo[323], se ha convertido en pocas semanas, desde su formación sobre los vestigios de la antigua Gran Logia, en uno de los oficiales entre los más prominentes del Gran Oriente. Ahora bien, al igual que Willermoz, es miembro de la Orden de los Elegidos Coëns, y se ha molestado con el fundador Martinès de Pasqually, llegándolo a tratar de estafador y hasta de bribón, y es probablemente en este incidente en que ha pensado Weiler cuando ha temido una actitud negativa por parte de Bacon e incluso hostil. Pero, por el contrario, muestra buena disposición, hasta el punto de hacerse admitir como *socius* del Directorio de Auvernia, y aceptar de ser su diputado en París.

El 8 de febrero de 1775, anuncia a los lioneses «haber obtenido después de muchas dificultades que, el G. O. de F[rancia] reconozca también como regulares las logias de Francia que, provistas de constituciones extranjeras, se reúnan al G.O. por vía de afiliación o agregación»[324]. Por el momento, el compromiso es teórico. Podrá ser traducido a la práctica cuando los tres Directorios sean unánimes en querer afiliarse, pero no antes. Sin embargo, si los bordeleses reaccionan gustosos, los estrasburgueses se muestran reacios. Su rencor mostrándose tenaz respecto a la antigua Gran Logia de la que piensan que el Gran Oriente no es más que un avatar, oponiendo una inercia muda a las peticiones que les son efectuadas. El 12 de septiembre, Bacon de La Chevalerie llega al hartazgo y suscribe la idea de dirigirles rápidamente una correspondencia con el fin de que den muestra de sus mejores disposiciones. En la provincia de Occitania el ambiente no es mejor, puesto que las disensiones y litigios persisten entre los Hermanos compitiendo por los honores. A la carta de Bacon le siguen algunas peripecias epistolares que sería demasiado largo enumerar aquí, con el proyecto de atraer a los más altos dignatarios franceses a otro Directorio que podría ser creado en París, a condición que no dispute la prevalencia del de Lyon. Al menos el asunto llegó a su culminación en febrero de 1776, por lo que el 22 de mayo se concluyó un tratado de unión, con la distante aprobación de Hund y la ratificación personal del duque de Chartres el 31 siguiente. No tan solo se agrega cada Directorio como tal, sino también las logias de su dependencia.

El interés de tal procedimiento, a ojos de Hund, es el de obtener por parte de la administración masónica francesa la validación indirecta de su sistema. Todavía queda que lleguen a entenderse con las palabras. Por lo esencial, lo que el Gran Oriente promete respetar, es más la nomenclatura de los grados y la manera en que son conferidos, que los elementos de doctrina acumulados al hilo de los años. Las equivalencias son por otra parte fáciles de encontrar para los grados simbólicos y aquellos que, como el de Gran Escocés o el de Rosa-Cruz, han sido de todas maneras creados en los capítulos abiertos en Francia bajo influencia de los jacobitas. En este contexto, el alivio de Willermoz es grande cuando constata que su adhesión y la de los otros partidarios de la reforma no cuestiona su pertenencia a sus logias respectivas de origen. «Aunque seamos de la reunión, yo y los demás podremos continuar siendo miembros de nuestras logias, lo que nos evitará todo cisma»[325]. No obstante, en diversas ocasiones, en la correspondencia intercambiada entre Bacon de La Chevalerie y sus comitentes lioneses, se hace alusión a artículos secretos. Si, por definición de su propia naturaleza, están destinados a no ser conocidos, es fácilmente deducible, por el contexto de la propia correspondencia, que en ningún caso pueden constituir un perjuicio potencial para el Gran Oriente, sino que más bien lo son para la Estricta Observancia, en la medida que no es con la Orden con la que se ha firmado el tratado, sino únicamente con los Directorios que tienen su sede en el reino de Francia.

El Gran Oriente lleva incluso su afán (o la malicia) hasta hacer imprimir el tratado en cuestión, revelando *de facto* la existencia de estos artículos secretos, por lo cual dejan de merecer continuar llevando este nombre, y fuerzan a Willermoz a tener que justificarse torpemente ante Hund. Es a sus espaldas que tal iniciativa ha sido tomada. «Si por algún acontecimiento, su grandeza fuera consultada por algunos miembros u oficiales del G. O., os solicito culparme de esta conducta, por la cual mucho me temo que nuestros R.R.H.H. de Borgoña sean todavía más sensibles que nosotros».[326] Dos artículos solamente. El primero es de índole financiero, revelando cuales son las cotizaciones que deberán abonar al G.O. los Directorios y las logias escocesas bajo su autoridad. Y no hay nada más por lo que exclamarse. Por el contrario, el segundo estipula que los tres directorios franceses proponen su mediación y buenos oficios si los «establecimientos del mismo Rito

formados fuera de Francia» contemplan a su vez una unión; y ahí, el asunto es espinoso, porque se trata de focalizar establecimientos, no de la administración general de la Estricta Observancia. En este sentido, Hund, incluso si considera que las logias francesas son frívolas, solo puede sentirse decepcionado.

De todos modos, nadie está en disposición de predecir cómo va a evolucionar esta unión. Weiler ha desaparecido brutalmente el 9 de noviembre de 1775 durante una estadía en Turín, y algunos meses más tarde le toca el turno a Hund. «En el año de 1776 y el 8º día de noviembre, a primera hora de la mañana, en Meiningen, falleció muy piadosamente en el Señor -como atestiguamos- confortado con todos los sacramentos, y fue a continuación enterrado -como él mismo había dispuesto y según sus últimas voluntades- en la iglesia parroquial de Mellrichstadt, el muy ilustre, muy noble, generoso y amado señor Carl Gotthelf, barón de Hund y de Altengrotkau, consejero de Estado de Su Majestad imperial, consejero privado del zar de Rusia, titular de la Orden rusa de Santa Ana, el caballero, señor generoso de Lipsa, Monau y Lunrenbeerwalde-en-Oberlausitz. Los restos mortales del difunto fueron transportados con gran pompa de Meiningen a Mellrichstadt, escoltados por diversos miembros de la nobleza. Y, en el 13º día del susodicho mes, se tuvo el servicio fúnebre, en la festividad de la Elevación. Asistiendo a la misa de muertos su Alteza el duque Karl en persona con cuatro de sus ministros. Después del servicio divino, se dignaron muy graciosamente en tomar parte de la comida de las exequias, en el presbiterio, con el cura decano, el Reverendo Padre Euchar Simon».[327] El duque reinante Karl no es otro que Charles de Saxe-Meiningen, miembro de la Orden bajo el seudónimo de *a zelo flagrante*.

Weiler ha muerto, Hund también, y su palabra comprometida de guardar secreto queda liberada. En primer lugar, se toma finalmente la decisión de ir a visitar a Carlos Eduardo a Italia, a fin de saber qué responsabilidad ha podido ejercer en el pasado, él y sus ancestros. Más larga en el tiempo de lo previsto, esta misión se inicia en 1777 y no terminará hasta 1784, y ello sin satisfacer completamente a nadie en razón de la documentación únicamente parcial que aflora. En efecto, numerosos son los interesados que solo considerarán una única declaración recogida por el barón de Waechter, y que, explotando las ambigüedades o contradicciones que esta contiene,

descuidarán o evitarán deliberadamente resituarla en su contexto. De dónde las conclusiones apresuradas que sacarán de ella, a menudo y por otra parte para mancillar la memoria de Hund. Pero dejemos para el capítulo siguiente el análisis que se impone efectuar del resultado de dicha misión a día de hoy, ya que los documentos del dossier son mucho más clarificadores de lo que se ha supuesto habitualmente. Por el momento, permanezcamos lo más cerca posible de los protagonistas que intentan asumir el engorroso legado.

Desde febrero de 1777, Ferdinand de Brunswick, bajo el título de «gran superior de la Orden», se desplaza hasta Meiningem con el fin de presidir un congreso de la octava provincia. Su viaje es como un último homenaje al difunto. Su anfitrión, Charles de Saxe está junto a él. Los convocados son en número de 24, pertenecientes todos ellos a la Orden Interior. Entre otros puntos sometidos a debate, está el de «efectuar los arreglos necesarios para dar a la Orden una consistencia honorable y permanente, tanto para la admisión de los diversos soberanos que solicitan» ser recibidos como para «la unión del capítulo iluminado de Suecia […] que ha testimoniado su deseo al respecto mediante carta original del duque de Sudermania»[328]. Nadie es todavía consciente de estar ante la asfixia de la Estricta Observancia; al contrario, sus dirigentes solo piensan en darle un nuevo impulso mediante una mayor apertura a la gran aristocracia y a los extranjeros en afinidad a esta idea. Sin embargo, los franceses permanecen en una absoluta reserva. Cuando Ferdinand les hace saber que desearían también que otras logias de la Orden se beneficiaran de un acercamiento con el Gran Oriente parisino, estos fruncen el ceño.

Ferdinand pide sobre todo la opinión y la intercesión de los lioneses. Estos le dan una respuesta dilatoria, huidiza, casi hipócrita. Esta acción, objetan, es interesante en sí misma, pero es preferible no precipitarse, esperar al momento propicio. «Decisión respecto a la propuesta contenida en carta del S[erenísi]mo h[ermano] a Victoria [Ferdinand] en el sentido de procurar una ligazón del G[ran] O[riente] con los establecimientos extranjeros de nuestra O[rden], para que se consultara a las IIIª y Vª provincias sobre esta propuesta; pero que a la vista de las posibles consecuencias de parecida ligazón y si pensamos que sería demasiado prematuro, habida cuenta del estado de las cosas, pero que no obstante, convendría dar una respuesta sobre este artículo al S[erenísi]mo h[ermano], testimoniándole nuestro

deseo de cooperar en esta especie de unión, pero cuando llegue el momento y las circunstancias nos sean favorables»[329].

Los lioneses tienen una preocupación más apremiante, que es la de prolongar la rectificación relativa a los grados, a su significado real o alegórico. Su ventaja es la de tener un interlocutor particularmente activo en el ducado de Saxo-Meiningen, y de recibir a menudo cartas ricas en informaciones. En el mundo profano, el barón Christian-Eckbrecht de Edgar es Primer ministro de la corte ducal. En tanto que iniciado, es decano de la octava provincia de Alemania y comisario general de las tres provincias de Francia. Fue justo en este momento cuando les informó de este otro deseo del duque Ferdinand, que los franceses hicieran "ostensible" en las logias el rango de escocés verde. ¿Significa esto que hasta ahora lo hacían ellos en modo menor, casi a escondidas?[330] Esto es lo que se sobreentiende, cuando la consigna dirigida a las provincias francesas es la «de asimilarse a las de Alemania y otras»[331]. Mientras que los lioneses opinan, los bordeleses son reticentes. Por lo menos, los primeros proponen cambiar la etiqueta: en lugar de Escocés verde, en lo sucesivo se hablará de Escocés a secas, sin nada más añadido. Más todavía, el grado será contemplado como un simple complemento de los grados simbólicos, aunque el Directorio se reserva la prerrogativa de decidir quién debe acceder al mismo. En el proceso, Willermoz y su equipo se ponen de acuerdo en elaborar un listado de cuestiones aclaratorias a Durkheim, a fin de que sean planteadas a estudio del próximo convento general[332]. Por su parte, Durkheim, promete trabajar durante este convento en «rehabilitar la clase de los escuderos, anteriormente muy descuidada en la VIII[a]»[333].

Percibiendo ecos favorables a su proyecto, como cuando los Hermanos de la prefectura de Nancy, provincia de Borgoña, les confirman por escrito su completa adhesión, los lioneses no pierden el tiempo. En agosto de 1778, lo esencial queda dicho. No solamente, estiman indispensable un cambio en el nombre de la Orden, sino que proponen un giro casi radical. Según ellos, es preciso cambiar «el código y reglamentos generales de las provincias, de las instrucciones particulares de los oficiales, el resumen histórico de la Orden, el ritual de investidura, las ceremonias y las reglas»; esto y eliminando de pasada las «adiciones arbitrarias efectuadas por los difuntos hermanos *a Spica aurea* [Weiler] y *ab Ense* [Hund], y no olvidando tampoco expurgar

«las ceremonias y reglas demasiado monacales para que puedan convenir a una Orden como la nuestra pero ajustada a unos tiempos como los que vivimos»[334], lo que no es más que otra manera de poner en el punto de mira al clericato de Starck, aunque su nombre no sea mencionado.

Se sienten cómodos en sus planteamientos y peticiones en la medida que su unión con el Gran Oriente efectuada algunos meses antes, los refuerza. En despecho de la oposición mostrada por la antigua gran logia provincial todavía activa en su oriente, que ha visto con muy mal ojo el auge de su capítulo escocés, y que se ha afanado en contrariar la firma del tratado, llegando a pedir su casación después de la firma, teniendo que intervenir el duque de Chartres que ha zanjado la disputa en favor de los lioneses/G.O. en el mes de mayo. En esta causa, además del vigoroso apoyo de Bacon de La Chevalerie, han obtenido el de Charles-Pierre-Paul Savalette de Langes. Willermoz se encontraba por lo demás presente en París cuando las deliberaciones del Gran Oriente, y a su vuelta ha propuesto la recepción de Savalette a los grados de la Orden interior. No es sin orgullo que resume la situación a sus Hermanos en esta sesión de la que justifica la urgencia y la necesidad, diciendo que, a su modo de ver, hay que impulsar la rectificación mucho más lejos de donde fue pensada en el convento de Köhlo. Digamos que, pues resulta evidente, que la rectificación querida es incluso contra Köhlo. Se trata, si se me permite la expresión, de una reforma de la reforma.

Mejor todavía, no ignoran que ha tenido lugar una reunión particular de los alemanes recientemente en Wolfenbüttelm de mitades de junio hasta el 27 de agosto, durante la cual se ha ratificado la separación del clericato. Probablemente, sintiendo venir el golpe, Starck había tomado la delantera en mayo, anunciando él mismo a sus afiliados que era preciso desgajarse de la caballería militar para dar completa autonomía al clericato. No se privó inclusive de los oropeles de la vanidad, comparándose con los incomprendidos o perseguidos de antaño, es decir con los caballeros refugiados en Escocia en el siglo XIV, hasta el punto de proclamarse al igual que ellos único depositario de los «verdaderos conocimientos» de los que consentía a su vez confiar únicamente a un estrecho círculo de fieles. Tampoco ignoran que el duque Charles de Sudermania ha sido elegido el 17 de agosto como sucesor de Hund al frente de la séptima provincia, lo que ha

ocasionado la alianza con el sistema sueco[335]. Esta alianza no se llevó a cabo sin antes aceptar acomodos recíprocos, lo que demuestra que la noción de ortodoxia es en resumen más bien flexible.

Otro argumento que los lioneses estiman determinante: la referencia templaria debe desaparecer. En la medida que viven en un reino que organizó el proceso contra los antiguos caballeros, con condena y muerte de su último gran maestro Jacques de Molay, sin que hubiera habido rehabilitación posterior, no resulta conveniente inquietar al gobierno. Planteando el problema así, se aseguran el limitar la cuestión a las provincias de Francia. Pero está claro que hay que definir un posicionamiento común en el conjunto de la Orden. En un primer tiempo, contemplan la posibilidad de convocar un convento nacional, para después transmitir sus conclusiones a Ferdinand de Brunswick. Su intención es claramente expresada: las provincias deben concertarse «en un convento nacional en el que se dispondrá un plan para ser ejecutado por ellas y ser presentado al S[erenísi]mo h[ermano] *a Victoria* G^ran^ S^uperior^, a la espera de que pueda recibir sanción general en un convento general de la Orden»[336]. Prestemos atención a la construcción de esta frase: los franceses entienden aplicar sus propias decisiones antes de llevarlas a conocimiento del Superior de la Orden, y así pues con anterioridad al acuerdo obtenido en gran capítulo general. ¿Es una manera de poner al otro ante unos hechos consumados?

Los estrasburgueses aprueban y sugieren tener rápidamente, en octubre de 1778, este convento nacional en Lyon. De esta manera es programado el Convento de las Galias, famoso en los anales porqué va a preceder en cuatro años al convento general de Wilhelmsbad. No es que los franceses hayan conocido una suerte de consenso espontáneo, lejos de ello, ya que en la provincia de Occitania diferentes voces se oponen a que los bordeleses disputen la cabeza de la provincia a los de Montpellier y su priorato de los Helviens; de igual modo aparecen disensiones en la provincia de Borgoña, donde algunos Hermanos consideran que el barón de Durkheim se comporta despóticamente, el cual se guarda de dar respuesta a la convocatoria que le es dirigida, y no es tampoco el único ausente de cierta categoría; otro número importante de hermanos decide emprender una especie de inventario crítico de los distintos modelos venidos desde

Alemania. Finalmente, de una manera u otra, del 25 de noviembre al 10 de diciembre, helos aquí, manos a la obra, dispuestos a reunirse en sede durante trece sesiones.

El preámbulo de legitimación ilustra la extrema ambigüedad de la posición de los invitados y de algunos acompañantes, entre los cuales Willermoz parece ser de los más incisivos, ya que es él mismo quien redacta el proceso verbal de las sesiones con una retórica sin eufemismo. «El Código dado a las tres provincias de Francia cuando su restauración por el difunto Hermano *a Spica aurea*, dictado por la necesidad del momento y redactado con demasiada precipitación, presenta obstáculos a la propagación de la Orden, y el germen de abusos intolerables que no han tardado en desarrollarse. Una regla impracticable, ningún objetivo satisfactorio y conforme a las costumbres y caracteres actuales, fragmentos históricos sin prueba que los demuestren, y repletos de errores; una autoridad ciega y peligrosa confiada a los jefes, exenciones concedidas, poderes atribuidos con ligereza; variaciones nacidas de una interpretación arbitraria de todas las leyes, reservada únicamente a los jefes; en definitiva, muchas promesas y pocos efectos».[337] Ambigüedad extrema ciertamente. Pero han pasado entre cinco y tres años desde que los que protestan fueron admitidos en la Orden. Si la situación es tal como la describen ¿cómo han podido dejarse engañar desde el comienzo y durante ese tiempo? Habría habido, por hablar trivialmente, engaño sobre la mercancía. En realidad, no eran tan ajenos a la situación como quieren dar a entender. Más preocupados en enumerar la lista de incoherencias o disfuncionamientos constatados a la vez en la estructura administrativa de la Orden y en la concepción de los grados, no están diciendo que se unieron a la Reforma con segundas intenciones cuando todavía el Gran Oriente buscaba su propia estabilidad. Los lioneses, en particular, callan el hecho que se encuentran aún en delicada situación con la antigua gran logia provincial y que la tercera provincia está todavía lejos de haber apaciguado la querella entre Burdeos y Montpellier.

Un postulado corto pero presente, sin embargo, en filigrana en cada página: la francmasonería posee una larga antigüedad, y convendría proceder a estudios profundizados sobre la misma para volver a encontrar su objetivo primitivo. Dicho de otro modo, la última reforma alemana habría introducido en la misma elementos parasitarios. Willermoz añade

que ha dedicado largas horas a construir un relato admisible, que este relato ha sido acogido por su auditorio como un buen pedazo de elocuencia añadiendo «al mérito de la dicción la solidez de las pruebas». Pero no proporciona ninguna transcripción ni resumen, más allá que, habría habido dos épocas a distinguir, y que estas son las descritas por el mismo Starck, a saber, aquella que partiendo de la fundación de la Orden del Temple iría hasta la muerte de Jacques de Molay, luego aquella otra que iría desde esa misma muerte hasta prolongarse hasta el siglo dieciocho. Aunque, de nuevo, tenemos temple y temple. En la medida que nadie puede olvidar las condenas de antaño, Willermoz propone cambiar el nombre de la Orden. Estaba previsto. En lo sucesivo, mejor será llamarla *Orden de los Caballeros de la Ciudad Santa*. Ahí, Willermoz insiste precisamente en la idea que, antes de convertirse en una potencia económica, los Templarios actuaban por generosidad, sin querer poseer nada, sin codiciar bienes materiales. Tal era, en suma, el espíritu primitivo que se precisaba reencontrar. «Sin dejar de pertenecer a una misma Orden, proclamamos, retomando el antiguo nombre, una renuncia absoluta a las posesiones que [los miembros] hayan tenido o podido tener bajo otro nombre».[338] Después de deliberarlo, es finalmente decidido el nuevo nombre *Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa*.

Como si de una obsesión imposible de desembarazarse de ella se tratara desde hace más de veinte años, se reactiva la duda en cuanto a los poderes de los que Hund se valía. «Las Provincias de Auvernia y Borgoña, desde el mismo instante de su restauración, han pedido sin descanso copia colacionada de los títulos primordiales y la certeza legal de la perpetuación de la Orden, pero nada se pudo obtener; aquellos de los que cabía esperarlas, están muertos».[339] Ante la insistencia que pretenden demostrarle a Ferdinand de Brunswick, a través del barón Durkheim, ¿obtendrán respuesta tranquilizadora de una vez por todas? De hecho, los responsables del convento se temen la respuesta. Ella será negativa. No obstante, desarrollarán de inmediato una dialéctica destinada a evitar la trampa que inevitablemente se cernerá ante ellos. No ha de ser por razón que el duque Ferdinand no pueda satisfacerlos por lo que deban renunciar *a priori* a la afirmación de su propia legitimidad y, por extensión, a la de la Orden entera.

Que esta dialéctica, digámoslo sin ambages, surja de la sofística pura y simple, no deja de ser una evidencia. Pero como ella no es la única en su género en el paisaje masónico de ayer y de hoy, acojámosla como lo que debe ser: un ejemplo de gimnasia intelectual que permite inventar una tradición pretendiendo discernir su origen en un pasado donde la leyenda desdibuja la realidad histórica. Tres series de argumentos se han apilado unos encima de otros. La primera serie consistía en decir que, si los archivos de Dresde eran incompletos o no auténticos, cabría pensar que existen otros archivos en uno o varios depósitos que habrían permanecido secretos u ocultos hasta ese día, por lo que se trataría de buscar el lugar. A la espera de un hallazgo milagroso, nada impediría pues a la Orden obrar con toda seguridad. La segunda, consistiría en suponer que, si después de la muerte de Jacques de Molay, sus sucesores han evitado escribir sobre la continuación de la Orden, renunciando con ello a toda transmisión de los archivos, han optado no obstante por la comunicación oral de sus secretos, y por este medio hasta el siglo dieciocho. En cuyo caso se sostiene la hipótesis que la francmasonería ha actuado a modo de asilo favoreciendo tal manera de proceder. Ha sido pues tras la puerta cerrada de las logias, que los elegidos han podido mantener el vínculo con los antiguos templarios. Finalmente, tercera serie de argumentos, cualquiera que refute las dos primeras, bajo pretexto que les falten pruebas formales, a falta de toda tentativa por obtenerlas, no queda otra que actuar como si, hacia todo y contra todo, los Caballeros de la Ciudad Santa quedasen realmente como sus sucesores autorizados.

El *cómo* sí, deja perplejo. «Sería desconsiderado afirmar positivamente y sin mayores títulos que los que poseemos hasta el momento presente, que más bien son indicios que pruebas auténticas, que somos los verdaderos sucesores [de los Templarios]; por consecuencia, debemos y, hasta nueva orden, hacer patentes nuestras dudas a aquellos que recibamos y muestren su deseo de ser esclarecidos [iluminados] sobre este punto. Pero sería también muy imprudente por nuestra parte afirmar, basándonos en una simple duda, que no lo somos: no podríamos hacerlo sin perjudicarnos, evidentemente, en la ejecución de las vías bienhechoras de las que nos ocupamos»[340]. ¿Ser o no ser? El fin justifica los medios. Puesto que dicho fin es la beneficencia, y que nadie puede encontrar mal en ello, el medio es

reunir a todos los masones en torno a una leyenda. En el lenguaje de Willermoz, el artificio se llama un «propósito convencional». A pesar de su profundo desagrado por mantener bajo su pluma la etiqueta templaria, se arriesga con una propuesta que, por sí sola, basta para orientar toda su acción y la del grupo situado en torno suyo. «Es preciso dar pues a los Masones un propósito convencional que les interese. El de la restauración de los T.·. es el más honesto y más acreditado de todos los sistemas que se han adaptado a la Masonería: presentaba ciertos peligros hasta el presente, pero la reforma que acabamos de establecer depura el sistema, conserva y aumenta el aire de misterio del cual los Masones son tan amantes y aparta los posibles peligros».[341]

Hacer ver, parecer: al fin y al cabo, y con el pretexto de volver a los orígenes, estamos en una discusión puramente retórica. Dos leyendas son puestas a competir. La segunda puede suavizar en la primera sus aspectos rugosos de la militarización, de su proyecto de cubrirse de los consiguientes bienes materiales, de la subordinación a reglas arbitrarias. Sobre este punto, cabría observar que lo mejor quizá sería una ruptura radical con la Estricta Observancia. Pero Willermoz dice claramente que esta solución queda excluida. La Estricta Observancia tiene el privilegio de la anterioridad y el número de adherentes. No se trata de avanzar como innovadores que levantarían altar contra altar, sino como fieles deseosos de construir para todos una tradición más acorde con el espíritu de fraternidad universal. Así sería reavivado el fuego sagrado. En caso de cisma brutal, "suscitaríamos rivalidades, celos que frenarían nuestro avance y suspenderían sus efectos; tendríamos una buena visión, pero sin poder llevarla a cabo"[342].

Más allá de la problemática templaria, es la vocación inicial de la Masonería lo que hay que revalorizar. Según Willermoz, dicha vocación se habría manifestado de todas maneras antes de la aparición de la caballería del Temple. Que no haya que abandonar la referencia a la misma, resulta une evidencia a su parecer, ya que es entonces que aparece la intención explícita de obrar en tanto que defensores de la religión encarnada por Cristo; pero hay que remontar esa vocación en la lejanía del tiempo, focalizándola en Jerusalén y la obra arquitectural de Salomón. En este sentido, cualquier miembro de una logia se beneficia de participar en

estudios de profundización en un intento de penetrar en conocimientos muy antiguos. Otra forma de leyenda.

El inventario crítico concerniente a los rituales es igualmente corrosivo, no limitándose a vincular el de Escocés verde a los grados simbólicos. Los cuadernos que les han sido transmitidos por Weiler parecen demasiado secos, sumamente esquemáticos, excesivamente escuetos. Convendría sobre todo darles mayor contenido en cuanto a la espiritualidad que deberían inspirar. Hay inclusive posibles supresiones contempladas. ¿Para qué sirven las clases de escudero y sirviente de armas? Para nada, por bien que el barón de Durkheim piense lo contrario a propósito de los Escuderos. Y el de los clérigos, ¿no presenta acaso, anomalías? Aquí, el dedo apunta en lo que se observó desde un principio, a saber, que los miembros sin formación eclesiástica fueran admitidos en Alemania. Inversamente, sacerdotes o pastores han sido elevados al rango de caballero armado, mientras que dicha posibilidad está expresamente excluida por reglamento. Pero los mismos alemanes se han dado cuenta que los clérigos no poseen ningún conocimiento privilegiado, a pesar de las insinuaciones de Starck, y es por lo que han anulado en el convento de Wolfenbüttel los acuerdos de Köhlo. ¡Bien podrían ir en la misma dirección! En el proceso, se derogan las conmemoraciones anuales en honor a Jacques de Molay y Sylvestre de Grumbach. Y luego, puestos a reformar, ¿por qué no estudiar de cerca la posibilidad de admitir a las mujeres? Según Jean-Pierre-Louis de Beyerlé que es quien presenta la propuesta, ellas tendrían todo su sentido en logias o capítulos dedicados a las acciones de beneficencia. Aquellas aceptadas para ser francmasonas aprenderían a «ser buenas madres, esposas constantes, amigas sinceras y ciudadanas bienhechoras»[343]. Sea dicho de paso, ya que este aspecto es raramente mencionado: la Orden del Temple comprendía también antaño mujeres. Formaban parte de la Orden, pero sin combatir.

Cambiando de registro, veamos un dato que viene a ponernos de relieve claramente, casi por despecho y autojustificación, el contexto en el que la Orden ha estado funcionando desde la unión de las tres provincias francesas. Estos planean comunicar las actas de su convento a las dos provincias alemanas, con la condición de que, a su vez, o incluso antes, reciban de las alemanas los documentos relacionados con los acuerdos decididos en Altenberg, Köhlo y Brunswick, sin perjuicio de los que se

hubieran comunicado a Hund en el momento de la fundación. Hasta el momento presente, no ha habido ningún intercambio entre unos y otros. Toda la correspondencia ha pasado por las manos de Weiler y luego por las del barón de Durkheim. Es decir que los franceses razonan y han razonado hasta el presente a partir de informaciones muy parciales, lo que no les ha impedido hasta el último día de sus trabajos colectivos, al menos eso creen, haber dado la vuelta magistralmente a las cuestiones de fondo. Por de pronto, evitan plantear las mismas condiciones a Ferdinand de Brunswick. Con mucho gusto le rogarán a Durkheim que se comporte como un mensajero dócil y diligente. Asimismo, para no ofender al duque, evitan elegir un gran maestro nacional para Francia.

En cumplimiento de este trabajo de zapa, los lioneses están animados por un deseo de sincretismo. Y serían probablemente menos insistentes si no estuvieran impulsados por Willermoz. Este último forma parte del muy restringido círculo de los Elegidos Coëns. Desde la muerte de su fundador Martinès de Pasqually, sobrevenida en Santo Domingo en 1774, quiere mantener intactas algunas de sus enseñanzas. Después de haber constatado que los rituales transmitidos por Weiler son más bien cortos, incluso expeditivos en su estructura y contenido, desea dotarlos de mayor amplitud. Y son los aspectos relacionados con la espiritualidad en la doctrina de Pasqually los que lo inspiran. Incluso sin adherirse a todos ellos, retiene aquellos que le confortan en la ética de una religión centrada en la persona de Cristo y los principios de caridad. Por otra parte, la primera idea que tuvo para nombrar la nueva Orden era la de Orden Hospitalaria de Cristo[344], lo que conjugaría las dos referencias.

Evocar ahora el convento de Wilhelmsbad sería redundante. La mayor parte de orientaciones fijadas en Lyon en 1778 serán adoptadas en 1782 cuando, en esta ocasión con todas las provincias reunidas, el rechazo a la filiación templaria quedará como definitivo, como había defendido Hund. Al menos en este punto, aunque en estilos diferentes, el rechazo es análogo al infligido al grado de Kadosh por la Gran Logia de Francia en 1766. Las alegorías a la violencia y la venganza son reprobadas. Los francmasones modernos están llamados a renunciar de una vez por todas a rituales que, de una manera u otra pongan en escena la muerte de traidores o renegados. Al mismo tiempo, las referencias a los jacobitas quedan reducidas casi a la

nada. Pero aquellos que todavía creen en dicha causa, con razón, están lejos de haber dicho la última palabra.

CAPÍTULO XIV

DISCUSIONES FLORENTINAS

Siete años de investigaciones, de rodeos, de malentendidos espontáneos o provocados. Cuando en 1777, después de la muerte de Hund, se toma finalmente la decisión de ir a consultar a Carlos Eduardo sobre sus relaciones con la francmasonería, así como la tenida por sus ascendientes directos, la esperanza de muchos de sus protagonistas es la de obtener respuestas suficientemente edificantes como para poder hacerse una opinión sobre la implicación de los jacobitas, en general y *a fortiori* sobre la identidad de los Superiores Desconocidos, en particular. Nadie sospecha que se necesitarán siete años para llegar a suposiciones tan confusas como las del principio. Aunque, gracias a la perspectiva que permite el estudio histórico, las nuevas informaciones no harán más que corroborar aquellas ya conocidas. Los principales actores del siglo dieciocho, por separado, sólo disponen de una parte del rompecabezas. Sin embargo, es posible a día de hoy juntar las piezas y obtener por consecuencia una comprensión bastante sólida de los acontecimientos que han marcado la actividad del barón de Hund.

Eliminemos una primera observación que no es más que una anécdota, sin que por ello sea accesoria. El duque Charles de Saxe-Meiningen que asiste a las exequias del barón en 1776 y que acoge algunas semanas más tarde a Ferdinand de Brunswick para acordar algunas decisiones relacionadas con la sucesión, desposa en 1780 a la princesa Louise de Stolberg-Gedern que no es otra que la prima hermana y casi homónima de la esposa (Louise-Maximilienne-Caroline) de Carlos Eduardo, desde 1772. Incluso si las relaciones familiares no implican automáticamente la comunicación de grandes confidencias sobre las personas, dado que el príncipe Estuardo no

manifiesta una especial afición en el cumplimiento de su vida conyugal, es comprensible que todavía tiendan a sentirse a veces preocupados por asuntos particulares que afectan a tal o cual cosa. En el presente caso, no resulta imposible que el comportamiento versátil de Carlos Eduardo hacia su mujer, traicionando reacciones casi características, causara gran perplejidad en las esferas de la aristocracia alemana próximas a los Stolberg. En Francia, los jacobitas todavía activos en esa época, en particular los Fitzjames, se afligían por la falta de entendimiento entre los conyugues más o menos abiertamente[345], lo que no puede más que disminuir el crédito del exiliado en Italia e impedir que se le considere todavía como una pieza maestra en el tablero de rivalidades internacionales.

Pero vayamos a hechos más relevantes. El 14 de mayo de 1777, el barón de Durkheim, Primer ministro de Charles de Saxe-Meiningem, escribe a los responsables del Directorio de Auvernia una carta en la que condensa a Willermoz en pocas palabras lo esencial que ha tenido lugar, la cual hay que leer, no tanto como testimonio irrefutable de una realidad concreta, sino como un paso más en las especulaciones más o menos arriesgadas sobre el papel de los Estuardo. «El Gr[an] M[aes]tro G[ener]al *a sole aureo* que está en la lista de los Gr[an]des M[aes]tros ha muerto, él es el padre de aquél cuyo +[capítulo] sin duda ha querido hablaros. No se sabe si este último es de la Orden. El S[erenísi]mo Gran Superior ha encargado al h[ermano] *a Cerazo*, canciller de la VIII, efectuar al respecto averiguaciones exactas en su próximo viaje a Italia, no queriendo invadir las prerrogativas de nadie».[346] *A Cerazo* (*Ceraso*) es el barón Karl-Eberhard von Waechter. La lista aquí mencionada es la establecida por Starck en 1772. Sabemos ahora que no tiene ningún valor probatorio, muy al contrario. En otras palabras, el redactado de la misión encomendada a Waechter viene marcado de entrada por un error, lo que no augura nada bueno para el futuro.

Por estas fechas, se adivina una posible rivalidad entre suecos y alemanes en cuanto a la continuación de la obra. De este modo, Frédéric-Adolphe de Suecia, duque de Ostrogotia, emprende un viaje a Italia, más exactamente a Lombardía, para tratar de obtener de los Hermanos de Turín informaciones clarificadoras. A la vuelta, en julio de 1777, pasa por Lyon, se hace reconocer como miembro de la VIIIª provincia ante el capítulo de Auvernia, y anima a sus anfitriones del momento a tejer solidos lazos con sus

homólogos de Suecia. Con vistas a poder transmitirse una correspondencia, se ofrece gustoso como intermediario y traductor[347]. Es hermano del rey Gustavo III y también del duque de Sudermania. La ventaja para los lioneses en este aspecto es la de contar entre ellos, en calidad de escudero del capítulo, con el pintor Pierre Cogell, igualmente sueco que puede ser de gran utilidad para estos contactos epistolares. Reside en la ciudad desde 1763 y se ha hecho con una buena clientela gracias a su talento en realizar retratos. El duque promete otorgarle una atención especial[348], y es quizá por ello que Cogell se convierte rápidamente en el protegido de la reina María Antonieta que lo hará nombrar en 1779 pintor ordinario de la ciudad.

Algunas semanas después de la visita del duque de Ostrogotia, el 21 de septiembre de 1777, tiene lugar el primer encuentro entre Waechter y Carlos Eduardo. Habiendo dejado Roma por insuficiencia de recursos, replegado bajo el título de conde de Albany en Florencia donde su tren de vida es menos costoso, el príncipe Estuardo acepta la entrevista para tratar a la vez sobre política y sobre masonería. En un primer análisis, el proceso verbal que es establecido se ve muy claro, muy nítido[349]. Y es ese relato el que es esgrimido habitualmente por parte de los historiadores para recusar la tesis de la implicación de los Estuardo en la fundación y desarrollo de la Masonería especulativa. Pero ello es olvidar o querer aminorar lo que viene a continuación, así como los diferentes correos que se parecerán al juego de póquer del mentiroso.

De entrada, la principal pregunta planteada por Waechter es saber «si el Señor conde había sido instruido por el difunto Señor su padre respecto a que la dignidad de gran maestro de los francmasones era hereditaria en la ilustre casa de los Estuardo desde Carlos II rey de la Gran Bretaña, si había recibido en consecuencia los papeles y documentos inherentes al caso, si querría comunicarlos a las logias reunidas, legitimándose por esto como su gran maestro y jefe, y ser reconocido por ellas en este cargo eminente, a efectos de sus ventajas recíprocas». La respuesta aparentemente es sin equívoco. Por su honor, Carlos Eduardo declara no estar «en absoluto instruido respecto a todo aquello que pudiera tener relación con la Masonería, que, aunque diversos hombres ilustres de su casa habían sido masones, por su parte había mostrado en diversas ocasiones a su difunto Señor padre su inclinación a serlo, pero que siempre se había opuesto a ello,

que su difunto padre le había dicho en varias ocasiones que no era Masón, y que no le había comunicado pues ningún papel relativo a ello».

¿Está bien respondida la pregunta? No realmente. La sospecha empieza a emerger cuando el príncipe añade que, si hubiera pertenecido a la masonería, habría renunciado a ella por devoción religiosa «después de la bula de condena del difunto Papa Benedicto XIV». Mejor todavía, posee en Roma -según dice- papeles dejados por su padre y, aunque convencido de que nada de masónico encontrará en ellos, promete a Waechter hacer inventario a fin de comprobarlo. En este mismo propósito, desvía la atención hacia Saint-Martin-en-Laye donde recuerda haber visto dos cajas selladas en depósito, que podrían contener documentos, por bien que estuviera convencido de lo contrario. Sobre lo que promete informar a Waechter respecto a cualquier posible descubrimiento en este sentido, cuando las haya hecho traer a Italia, a condición que, tenga las finanzas requeridas para asegurar el transporte hasta el palacio Guadagni donde reside.

La respuesta es sospechosa en todos los aspectos. Primeramente, la condena de la masonería por Benedicto XIV se produce en junio de 1751. Carlos dice que después de esta fecha habría dejado la masonería si hubiera pertenecido a ella, y ello por devoción católica. Tal confesión no tiene ningún valor, puesto que, en septiembre de 1750, pasa clandestinamente a Londres con John Holker para preparar el complot que fracasará, convirtiéndose al protestantismo anglicano[350]. Que se haya arrepentido más tarde, es posible. Pero no podemos ver en qué la bula papal podría haberle afectado en 1751. En segundo lugar, todo aquel que niega perentoriamente alguna cosa, pero que no excluye la posibilidad de desdecirse, no está manifestando una franqueza espontánea, sino más bien un espíritu calculador. En tercer lugar, Carlos no se priva de escribir de su puño y letra al pie de los dos ejemplares del proceso verbal: «Nada habría que más me gustara en el mundo y estimara como el mayor honor, que se quisiera reconocerme como sucesor de mis ancestros en Masonería». Uno, sólo puede sorprenderse de tal añadido por la simple y buena razón que hace hipócrita la alusión efectuada apelando a la devoción y prohibición papal. Después de haber insinuado que habría renunciado en 1751 a la Masonería

si hubiera pertenecido a ella, se precia ahora que le sería un honor verse agraciado con el reconocimiento como sucesor de sus ancestros.

La correspondencia con Waechter, que viene a continuación nos lo aclara. Después de haberse alejado de Florencia diversas semanas para visitar las logias de la península italiana, no obstante sin dejar de estar en contacto epistolar con sus Hermanos de Alemania, Waechter reanuda su entrevista con Carlos el 4 de febrero de 1778 desvelándole sus móviles. Le dice que sus amigos políticos están particularmente interesados en conceder su apoyo al príncipe exiliado para que pueda dirigir una nueva tentativa de restauración en Escocia. Esto ¿no suena a cosa dicha y siéndonos familiar? Refiriéndose a maniobras oficiosas de británicos opuestos al gobierno de Londres, Waechter asegura que han querido convencer al rey de Prusia «para que proporcione seis mil hombres y los envíe a Escocia donde se reunirían con vuestros partidarios, a la cabeza de los cuales os pondríais para renovar en pocas palabras la historia de 1745»[351]. Por el momento, el proyecto parece quimérico a los alemanes, ya que «no tienen intención de hacer de caballeros errantes»[352], pero Waechter deja flotar la idea que dentro de poco podría volverse a actualizar. Mientras se resuelve y a la espera, desea que los famosos papeles masónicos de los que el príncipe está convencido de su existencia, sean encontrados en las cajas de Roma o de Saint-Martin-en-Laye, aportando por supuesto su contribución a los gastos de transporte. Se adivina en Waechter la intención de halagar al príncipe para que conceda prioridad a este asunto. Salvo que Carlos, cuya suspicacia se encuentra exacerbada desde hace lustros, no se muestra demasiado inclinado a despachar con rapidez el asunto. Decirle que pronto podrá recuperar las coronas arrebatadas a su abuelo Jacobo II es una cosa. Y otra de muy distinta, aportarle pruebas irrefutables de una ayuda logística; mientras no las tenga ante a él, se guardará muy mucho de no cambiarlas por su propia moneda que, a ojos del barón Waechter, es por lo tanto exclusivamente masónica.

Testarudo, Waechter, aprovecha para plantear claramente dos preguntas factuales en las que no pensó cuando la entrevista de septiembre. Las hemos transcrito en un pasaje anterior, pero merecen ser retomadas aquí. La primera: «el difunto rey Jacobo, padre del Señor conde de Albany, ¿estuvo en París en los años cuarenta, más exactamente en el año 1743, en tiempos

en los que se preparaba la expedición a Escocia?» Luego: «el Señor conde de Albany, estando en este tiempo en París, ¿lo estuvo con Lord Clifford y Kilmarnock, y estos dos Señores le acompañaron en su expedición a Escocia?» Resulta fácil de entender que ambas preguntas están relacionadas con el relato de Hund sobre su iniciación templaria. Para hacer solemnes las respuestas, Waechter desea que Carlos las autentifique con su nombre y sello. Es lo que pretende mostrar a los dignatarios de la Orden en Alemania, a su vuelta, ya que el proceso verbal de la entrevista de septiembre ya ha sido enviado por correo.

Carlos no escurre el bulto. El 21 del mismo mes de febrero de 1778, le escribe: «es totalmente seguro que el rey Jacobo no ha abandonado nunca los alrededores de Roma incluso algunos años antes del año cuarenta. El viejo Kilmarnock fue decapitado después de la expedición del cuarenta y cinco y los jóvenes Clifford y Kilmarnock no han acompañado nunca a cierta persona en su viaje a Escocia, ni tan siquiera para estar, como podríamos decir, acompañándole, aunque estuvieran en París en esa época». El 10 de marzo, aumenta su exposición, comunicándole que las cajas llegadas de Roma han sido recibidas por él en Florencia. «Solo he tenido tiempo de abrir una, pero no había más que la rapsodia de ninguna consecuencia y estoy plenamente convencido que sucederá lo mismo con las otras. Habiendo estado las llaves durante años en manos poco seguras, creedme Señor, no contéis con ello. Miraré en todo caso por complaceros y os hago patente mi sincera amistad». Conclusión: no hubo entrevista entre Jacobo III o su hijo, por una parte, y los Señores que Hund aseguraba haber frecuentado en logia; tampoco ningún documento, que de cerca o de lejos concerniere a la Masonería en general, ni a su caballería templaria en particular.

Ello no impide que el barón insista, reanudando sus peticiones. ¡Tiene que haber archivos secretos en alguna parte! Carlos no se desmonta. En tres ocasiones, objeta. «Todas las cajas venidas de Roma han sido revisadas en profundidad. No he encontrado en ellas nada que pueda serme útil, incluso de otras cosas que me conciernen personalmente». Pero, el 20 de mayo le ofrece un esbozo de explicación sobre esta fallida búsqueda: «Puedo deciros también que he observado un cierto desorden en estos papeles, en número de cinco grandes y una caja pequeña, lo que demostraría que aquellos que las tuvieron en su poder durante todos estos años las habían

registrado.[353]» ¿Es esto suficiente? En absoluto. Desde su regreso a Hanau, Waechter, se mortifica con esta mala noticia, pero vuelve a lanzar el argumento político de un proyecto de guerra victoriosa en Escocia que contaría con el apoyo de Federico de Prusia, lo que, piensa, debería hacer desplegar el afán buscador del príncipe exiliado. A la vez, y sin perder el tiempo, lo exhorta a no dejarse convencer por los suecos, preocupados también por obtener de Carlos Eduardo el secreto de los masones a cambio de la promesa de apoyo militar.

Bajo la retórica habitual, el cebo es importante. «Incluso si no fuéramos lo suficientemente afortunados como para encontrar lo que buscamos con tanto anhelo, aunque todo nos promete un feliz resultado de nuestro trabajo, siempre podéis contar que recurriremos a la ayuda de otros medios para realizar nuestros proyectos exitosos y rendirle la justicia que se merece y en la que nos preocupamos tan profundamente. Nos enorgullecemos de que la guerra que está a punto de iniciarse no obstaculizará estos designios, pero puede estar seguro de que, si se pospusiera su ejecución, nunca nos impedirá apoyarle con el mayor vigor posible.[354]» ¿La guerra? La de los insurrectos de América contra la potencia inglesa; Francia tomaría parte.

Y he aquí el golpe de teatro. El 23 de julio, Carlos escribe: «He encontrado un papel auténtico que prueba sin lugar a dudas que mi padre al morir dejó un cierto número de papeles en una casa desconocida para que no pudiera jamás tenerlos ni incluso saber dónde están».[355] Quien interprete bien lo precedente deduce de ello la existencia de los preciosos documentos en alguna parte, y que indudablemente estos son masónicos, pero que Jacobo III ha hecho cuanto ha podido antes de morir para que no puedan caer jamás en manos de su hijo. ¿Es esto una pirueta más, que se inscribe en el juego que se llevan estos dos hombres? Este no parece ser el caso. En efecto, Wächter es traicionado por su nerviosismo porque ignora como su interlocutor ha respondido a los suecos. Hace lo que puede por saber lo que les ha dicho, pero no logra obtener nada claro. Haciéndose el ingenuo, explica que los grandes señores alemanes son de una delicadeza irreprochable, y aconseja a Carlos-Eduardo que vaya hasta el fondo en el juego con los suecos, lo que hace de todas maneras, a condición que, no se olvide de tenerlo al tanto.

Sabemos «que una cierta potencia [los suecos] la cual os ha entretenido en diversas ocasiones, está intencionada de nuevo a servirse de vos, pero actuando esta vez con mayor probidad. Al no saber si sus intenciones son amigas y honestas, deseamos conocerlas a fondo y es por esta razón que deseamos que entréis en las propuestas que pudieran haceros sin concluir no obstante nada de positivo sin antes haberme puesto al corriente. Como de esta manera no os obligáis a nada, presumo que seguiréis un consejo que en cualquier caso no puede tener resultados desagradables pero que contribuirá, como veréis por las consecuencias que de él se derivan, a sostener vuestros proyectos.[356]» En la carrera por la falsa ingenuidad, es Carlos quien se lleva la palma. El príncipe jura conformarse a los deseos del barón, en el sentido de tenerlo al corriente de todo, pero no deja de limitar sus confidencias estrictamente al mínimo.

En realidad, en 1766 recibió por vez primera a un emisario sueco en su casa de Florencia, en este caso al conde Karl-Andres von Plommenfeld, maestro de ceremonias al servicio de Carlos de Sudermania. Pero se ha guardado bien de revelarlo hasta entonces. Pretende incluso haber cenado con él sin que la conversación haya derivado sobre masonería. Ahora bien, el 15 de mayo de 1780, se produce un cambio de tono. Acompañado del capitán Johan-Gabriel Oxenstierna, Plommenfeld viene especialmente a Florencia para traerle en propia mano una carta de su jefe escrita el 18 de enero por la que le anuncia su elección, en sucesión de Hund, a la cabeza de la séptima provincia de la Estricta Observancia. Al día siguiente, Carlos gratifica a su primo del Norte con una felicitación en los siguientes términos: «Mi querido príncipe, nadie puede sentirse más halagado que yo por las expresiones favorecedoras que vuestra Alteza Real quiere hacerme. Concededme la gracia de creer que nadie en el mundo desea más que yo todas las ocasiones de complaceros. El grado de la VIIº Prov. [del que] me hacéis el honor de hablarme en la vuestra del 18 de enero, que he recibido el 15 de los corrientes, yo hubiera sido el primero en dar mi sufragio para concedéroslo. Iluminadme más sobre el particular, ya que estoy en la oscuridad y creedme vuestro más sincero buen hermano y primo.[357]»

El condicional utilizado no es en absoluto inocente, al igual que tampoco lo son los sentimientos fraternales expresados al final. Es evidente que Carlos no posee ninguna información sobre la organización de la Estricta

Observancia, o sobre su evolución en el curso de los años 1760-1770. Caso de haberla tenido, habría sido el primero en conceder su sufragio a la elección expresada por los templarios de la séptima provincia. Su demanda de aclaraciones es sincera desde este punto de vista. También queda claro que es Hermano. En el caso de no haber estado autorizado por su padre a tener algún tipo de autoridad en la Orden, antes de 1743 o después, si no hubiera estado implicado directamente en el efímero sistema de los Caballeros Elegidos, si realmente hubiera permanecido extraño a las iniciativas de Hund, y a los rudimentos, como afirma, esto no sería sino después de su fulgurante y corta gran maestría adquirida en 1745. Por tanto, una lógica subyacente se discierne en su forma de conducirse. Basta con admitir como axioma la realidad de una transmisión hereditaria de la gran maestría en el seno de la Casa de los Estuardo, lo que Carlos Eduardo no niega en ningún momento desde el comienzo de su correspondencia con Waechter, para que pueda considerarse a su vez como legitimado para ejercerla. La condición previa es que le sea solicitada. Efectivamente, y así sucede. Y he aquí somo sobreviene el episodio crucial de este opaco asunto.

Bajo el seudónimo de conde Haga, acompañado entre otros de Axel Fersen y de Gustaf-Mauritz Armfelt cuyo padre fue oficial en el ejército jacobita de 1745-1746, Gustavo III de Suecia franquea la frontera italiana a finales de octubre de 1783. Después de un alto en Verona, y luego otro en los baños de San Giuliano cerca de Pisa, se detiene en Florencia. En el mes de abril siguiente, habiendo pasado a Roma, tendrá entre sus manos una patente designándolo como coadjutor de Carlos-Eduardo en el cargo de gran maestro. Esto significa que sería reconocido como segundo *de facto* del gran maestro hasta su muerte, y que se convertiría en su sucesor *de jure* a continuación. El inconveniente es que, al consultar las raras biografías que evocan este acontecimiento, como la de Auguste Geffroy[358], resultan poco informadas en este contexto. ¿Qué sucede en el intervalo que separa el momento en que Carlos recibe a su primo real y aquel otro en que, aparentemente, le confía la preciosa patente?

Andando con dificultad, la espalda encorvada, las piernas hinchadas, abandonado por su hermano pequeño convertido en cardenal, al que juzga como rácano y tiránico, el príncipe Estuardo se encuentra casi inválido. Cuando se presenta en sociedad, cuida poco su aspecto indumentario. El

cordón azul con el que se decora, y en ocasiones el manto de la Orden de la Jarretera, forman un singular contraste sobre la ropa arrugada, mal lavada. Cuando cuenta sus infortunios a un oído complaciente, a menudo se repite y se embrolla. ¡Poco importa! Una vez acogido en el palacio Guadagni, sobre cuya fachada ha sido montado un escudo con las armas de los reinos perdidos, Gustav manifiesta a su huésped un ostensible afecto. Las entrevistas que mantienen son numerosas y abordan todos los temas: los asuntos personales, los proyectos políticos, los agotadores inconvenientes de salud, y a buen seguro la francmasonería. Ahora bien, al mismo tiempo, nada es más evidente que los amigos del duque de Brunswick temen el riesgo de verse privados de los famosos papeles masónicos voluntariamente puestos a buen recaudo por Jacobo III en una «casa desconocida». Convencidos de que van a ser encontrados si no lo están ya, envían a Wächter de vuelta más allá de los Alpes para que retome los tratos emprendidos desde hace seis años.

Señalaremos que el barón acaba de caer en una profunda desgracia ante sus cofrades al haber sobrepasado su primera misión, introduciéndose en las logias italianas y traficando no se sabe qué contra especies contantes y sonantes. A pesar de todo, el oportunismo impone su ley, y sus censores juegan el papel de amnésicos. En una carta de octubre de 1783, así pues, cuando Gustavo II se dirige a Italia, el barón se excusa por haber estado largo tiempo en silencio sin decir por qué, y promete ir a Florencia durante el mes de abril siguiente. Las intenciones generosas son envueltas en la retórica habitual. La totalidad de su carta merece ser conocida, porque cuestiona vigorosamente las apresuradas tesis sobre la interpretación negativa que habría tenido tras su primera visita a Florencia en 1777. La reproducimos en nota. En ella puede verse como, a favor y en contra de todo, sean cuales sean las astucias que Carlos Eduardo haya podido manifestar al respecto, Waechter mantiene su deseo de clarificación respecto al papel desempeñado por los Estuardo, ya que sus comitentes no renuncian de ningún modo a la idea que dicho papel ha quedado influenciado por el auge experimentado por las logias. Sutilmente, al menos así cree hacerlo, asegura que el momento de una acción militar de envergadura está próximo, lo que deberá ayudar, sugiere a la vez que el

príncipe ha de hacer un esfuerzo por darse prisa en la búsqueda de documentos[359].

De hecho, para saber exactamente quién fue la última persona que tuvo estos codiciados papeles, basta con comenzar desde el principio la correspondencia entre los dos hombres. En 1777, Waechter se preocupa por saber quiénes fueron los sucesivos secretarios de Charles después de la muerte de su padre. ¿Qué pasa con Giacomo Approsi en particular? La respuesta es que nunca ha conocido a alguien con ese nombre. Su último secretario hasta 1774 fue Lord Caryll, y desde esa fecha el príncipe se ocupa de sus propios asuntos[360]. ¿Quién es este nuevo Lord? Nacido el 13 de diciembre de 1713, el barón John-Baptist Caryll aparece por primera vez de manera significativa en los archivos de los años 1740 cuando Carlos Eduardo vibra de entusiasmo con la idea de embarcar finalmente para Escocia, y que numerosos dignatarios de la Orden se reúnen con él en la Picardia. Se le sabe en particular en relación continuada con el conde de Derwentwater, el cual juega durante un tiempo el papel de mensajero acerca del mariscal de Saxe. Por esa época, él es ya francmasón y simultáneamente miembro de la Orden del Toboso. Por estas dos razones, es también muy próximo al conde de Marischal, tan próximo, que una de sus hermanas, Elizabeth, es protectora de la Orden del Toboso. Cuando va a París, es en su casa que se aloja, en el mismo apartamento de la rue de los Petits-Augustins, con arrabal Saint-Germain, donde otros jacobitas que cuentan mantienen agradables entrevistas.

La derrota de 1746 lo postra. Después de haber vendido sus bienes en Gran Bretaña, fija definitivamente su residencia en el continente. Hacia 1767, habiendo fallecido su hermana, pasa a integrar el séquito de su príncipe en Roma, cumpliendo para él diversas misiones confidenciales entre Italia y Francia, luego termina convirtiéndose en su secretario particular. No resulta indiferente observar que toma entonces la sucesión de Lumisden el cual, harto de los cambios de humor de Carlos Eduardo, se acaba de retirar. En estas nuevas funciones, es despachado en mayo de 1774 hacia el duque Louis-Philippe de Orleans en Versailles, a fin de transmitir a Luis XVI una carta de felicitación por su reciente acceso al trono de Francia, no sin adjuntarle una petición de subsidios. Como muchos otros cortesanos, este duque es un veterano de la francmasonería, y su hijo

convertido recientemente en jefe del Gran Oriente de Francia. Es del todo improbable que Carlos lo ignore. En todo caso, previene que Caryll, portador de su carta, debe también comunicar otras demandas no escritas. «He encargado a Lord Caryll en quien tengo entera confianza el explicaros más ampliamente lo que espero de vuestro buen corazón»[361].

Salvo que Caryll, cansado de trabajar inmerso en un ambiente intoxicado con pocas perspectivas de mejora, y menos paciente que Lumisden, convencido que Carlos Eduardo no recuperará jamás el equilibrio físico y psicológico, se retira a su vez. Abandonando todas sus responsabilidades, deja Italia junto con su esposa en el curso del mes de marzo de 1775. ¡Sí, pero! Antes de su partida, hace transportar a una casa de Roma numerosos documentos; y no será hasta 1783 que Carlos Eduardo conocerá la dirección. No sabemos en qué circunstancias, y quizás sea Gustavo III quien se lo revele, a consecuencia del testimonio de un tercero; al menos estamos seguros del hecho.

Mientras que por la misma época y, después de haber residido en Maisons-sur-Seine, Caryll se muda a Dunquerque para terminar sus días en la rue de Nieuport, Carlos Eduardo comisiona a su mozo de cámara y factótum John Stewart para ir a registrar este misterioso escondrijo. Estamos en abril de 1784. Gustavo III está en la ciudad pontificia desde la vigilia de Navidad. En tres meses, ha tenido ocasión de visitar a toda la nobleza y prelados de la ciudad. Por tanto, no ha olvidado a su infortunado primo cuyos achaques recluyen en Florencia. Mantiene con él una correspondencia fluida, por mediación del caballero François Destours, un francés casado con una irlandesa. Por consecuencia, apresura la búsqueda. Que es concluyente.

En substancia, he aquí lo que expone el fiel Stewart en su informe del día 21. Lo ha removido todo. En la cámara antaño ocupada por Caryll, los armarios contienen diversas cosas, entre ellas dos portafolios que se llevará consigo, según las órdenes recibidas. Añade que el rey de Suecia acaba de dejar Roma el día antes, es decir el 19, pero que va a enviarle rápidamente un correo a Carlos por mediación de dos señores de su entorno, sin duda los condes Axel de Fersen y Charles de Sparre, habiendo diferido el segundo el momento de su partida. «En un día o dos, partirá de aquí para Florencia, como me dijo ayer[362]».

Queda por saber lo que contienen los portafolios tan codiciados. Asuntos masónicos, por supuesto, entremezclados quizás con otros del Toboso. Pero ¿están a la altura de la impaciencia manifestada a lo largo de todos estos años? Al dorso de la carta escrita por Stewart, el príncipe Carlos escribe el 24 de su puño y letra, seis nerviosas líneas. Lamentamos que las tres o cuatro primeras palabras sean ilegibles ya que el original está mal cortado, pero la continuación no deja lugar a equívoco: «[…] protesto por la sorpresa de que he sido objeto, tanto yo como mi muy querido hermano y primo el rey de Suecia», sobre lo que, y haciendo uso de un giro más bien embrollado pide que la presente carta sea devuelta a su expedidor: «Habiendo recibido la vuestra del 21 de abril de Roma, siendo salida de Roma, dicha carta debe ser devuelta por correo al dicho John Stewart[363]». El enigma no queda levantado, como si faltara una carta maestra. Pero queda definitivamente establecida la certeza que Jacobo III ha dejado tras de sí archivos masónicos. Carlos ha podido echar mano sobre cierto número de ellos, pero no todos. De dónde su decepción, compartida con su real primo y sin embargo «muy querido Hermano», según expresión que es superfluo comentar, en la media que la emplea también en su correspondencia con el duque Carlos de Sudermania, adornándola con algunos superlativos: «Muy iluminado, muy ilustre y muy digno Hermano».

En despecho de estas fastidiosas peripecias, como ya hemos dicho, Gustavo III recibe sin embargo el 8 de diciembre, una patente en latín reconociéndole su título de coadjutor. Antes Geoffroy, en su obra sobre la condesa de Albany, también dicha Louise de Stolberg, esposa ahora divorciada de Carlos, Alfred von Reumont hace mención de ella[364]. Mejor todavía, Pierre Mollier ha publicado una traducción integra en francés de dicha patente, en un número de *Renaissance Traditionnelle*, acompañada de un comentario crítico sobre Carlos Eduardo[365]. En su preámbulo, Carlos Eduardo se califica de «Soberano Jefe y Gran Maestro Hereditario del Santo Orden de los Caballeros de San Juan del Templo de Nuestro Señor Jesucristo». A continuación, explica que, no habiendo tenido hijos varones, desea que no se extinga a su muerte esta gran maestría, y es por lo que escoge como coadjutor, y así pues sucesor por derecho a, Gustavo III, rey de Suecia, que «ha sido el único de nuestros parientes que nos ha testimoniado su interés en nuestro infortunio».

Reconocemos que el conjunto de la patente, con la formulación así relatada, no ha podido ser redactada en tales términos por el propio Carlos Eduardo. Se ha limitado a estampar su firma sobre un texto establecido por algún otro. Independientemente de este aspecto formal, no ha lugar para creer, tampoco, que nunca haya habido algún tipo de transmisión hereditaria de un poder ejercido por los distintos reyes Estuardo sobre la Orden del Temple en los siglos que siguieron a las persecuciones del siglo catorce. No obstante, entendemos lo que está en juego con la manipulación. En Suecia, nadie duda del papel jugado por los jacobitas en la creación de la francmasonería y de sus altos grados dichos escoceses con toda la razón. El inconveniente es que los emisarios despachados por Estocolmo hacia Carlos Eduardo, al igual que Waechter, se inspiran en extrapolaciones fantasiosas aportadas por el entorno de Hund. Tratan en consecuencia de construir un relato histórico que pueda favorecer una puesta en coherencia de los hechos, como tales irrecusables, que guardan en la memoria. Poseen tan solo fragmentos, que quisieran insertar en una totalidad.

Uno de ellos es el conde Nils Bielke. El 22 de marzo de 1785, hace lectura solemne de la patente en capítulo de Maestros del Templo en Estocolmo. Es uno de los adjuntos directos del duque de Sudermania, en funciones de canciller provincial. Pero es también sobrino del conde homónimo que estuvo en estrecha relación con los principales exiliados de la diáspora estuardista desde finales de los años 1720 en París, siendo recibido en logia por ellos en esa época. Más tarde, nombrado por el Papa senador de Roma en 1737, estrechará lazos por este hecho con el entorno de Jacobo III. Ciertas notas manuscritas de Carlos Eduardo llevan por otra parte su nombre cuando, a finales de los años 1740, el príncipe contempla realizar un viaje de incognito a Suecia, bajo el nombre de barón de Douglas[366]. Si a ello le añadimos que lazos de parentesco familiares, primos o matrimonios, entre los primeros suecos que entraron en contacto con los Hermanos jacobitas, entre ellos su cuñado Johan-Gabriel Sack que acogió en sus apartamentos de Estocolmo la primera logia del país el 17 de marzo de 1735, o el conde Axel-Ericson Wrede-Sparre, Venerable de esta misma logia, la hipótesis se sostiene sin menoscabo que el canciller Bielke posea informaciones creíbles sobre el ascendente jacobita ejercido desde hace largo tiempo entre sus compatriotas.

Otro acercamiento se presenta igualmente como revelador. Desde 1770, el barón de Vegesack se ha instalado en Estocolmo. Continúa frecuentando las logias, como lo hacía Wismar, y está afiliado al capítulo dirigido por Carlos de Sudermania. Es así que llega a formar parte del entorno de este príncipe sueco y de otros dignatarios centrados en su persona. Al igual que antes, por lo tanto, sigue estando cualificado para comunicarles lo que sabe sobre la Sublime Orden de los Caballeros Elegidos que lo recibió en el pasado. Que haya aprobado o no todos los arreglos introducidos por Starck, en particular el rechazo al cordón negro y la dramaturgia de venganza, lo que por otra parte constituye el fundamento de su propia iniciación caballeresca, la convergencia con el movimiento impulsado por Hund ha de parecerle casi natural, al igual que la ascendencia jacobita. Por vía de consecuencia, no puede encontrar ninguna anomalía en el hecho que Carlos Eduardo haya aceptado entrar en la perspectiva de Gustavo III.

En resumen, se puede deducir de todo ello que la tradición masónica aportada por los jacobitas no ha constituido jamás un señuelo, ni para Waechter, ni para sus rivales suecos, ni para Hund, ni para todos los precursores franceses que le aportaron apoyo político. No obstante, el componente templario, tal como nos es conocido a través del barón Hund, es posterior a 1738, fecha señalada en esta historia, ya que la misma significa por parte de Jacobo III del abandono de esta tradición, como consecuencia de la aparición de la bula papal *In Eminenti*. No será pues el Pretendiente quien caucione la creación de los grados y capítulos que conocerán sin embargo una verdadera expansión, sino que se producirá bajo la acción de ciertos de sus partidarios de alto rango que, no viendo la necesidad de abandonar el campo masónico, le añadirán pues innovaciones. En este caso, el conde Marischal tiene gran parte de responsabilidad en esta manera de proceder.

Si Carlos Eduardo no encuentra nada sobre este punto preciso en los papeles traídos de la casa de Caryll, es simplemente porque Jacobo III no ha ejercido funciones de gran maestro y porque no ha existido nunca ningún documento que pudiera dejarlo suponer. En la secuencia cronológica de acontecimientos, Carlos Eduardo firma su patente en favor de Gustavo III antes de enviar a Stewart registrar los armarios de Caryll. Stewart descubre al menos dos portafolios particularmente interesantes. Pero cuando estos

llegan a manos de Carlos, la mala sorpresa es constatar que no encierran nada que responda a las esperanzas antes alimentadas.

De todos modos, en el pasado de los francmasones jacobitas, nada puede justificar el establecimiento de tal documento. Para un Estuardo, no es en absoluto necesario el transmitir a un hijo o a un hermano (de Carlos II hacia Jacobo III), una patente instituyéndolo superior último de la Orden. Tal procedimiento no tiene para ellos ningún sentido. Un monarca en ese tiempo actúa según su buen creer y entender; eso es todo. No hay necesidad de caución ninguna. Menos todavía, cuando sabemos que la dimensión templaria únicamente es aportada en el curso de los años 1720 ó 1730, no pudiéndose encontrar en parte alguna que haya sido necesario investir a Jacobo III en estos poderes. En los archivos, voluntariamente sustraídos a la curiosidad del último de la dinastía, no puede haber lo que éste busca. Con todas las de la ley, estimándose tardíamente continuador de sus ancestros, puede sentirse cualificado para entregar al rey de Suecia una especie de testamento. Pero, esto no puede ir más allá. Después de la expedición decepcionante de Stewart, la amargura de los «muy queridos Hermanos» solo es comparable a la del cáliz de la iniciación de los aprendices.

Y he aquí como la importancia a conceder al episodio de la iniciación templaria de Carlos Eduardo en Holyrood no debe ser exagerada. Antes no era francmasón. Después, podemos dar como probable el consentimiento que da a la creación de la Orden de los Caballeros Elegidos, y ciertos capítulos Rosa-Cruz. Sin duda aprueba también la relación que Marischal y su hermano James establecen con Hund. Pero no vemos que se implique personalmente en los hechos. Otros son los que actúan en su nombre, y no durante mucho tiempo, ya que la decepción provocada por el fracaso del complot Elibank los enfría brutalmente, al igual que el comportamiento caprichoso del príncipe. Que ante Waechter, al igual que ante otros emisarios alemanes o suecos que le rinden visita en Florencia, sea capaz de expresar un conocimiento de los presumibles misterios de la Orden es fácilmente comprensible. Jamás se documentó realmente, o quizá jamás pudo hacerlo, por razón de los impedimentos queridos por su padre.

CAPÍTULO XV

CONCLUSIÓN

En 1809, el duque de Sudermania es proclamado rey de Suecia bajo el nombre de Carlos XIII. Su muerte sobreviene en 1814. En el intervalo, el 27 de mayo de 1811, funda una nueva Orden de caballería en la que únicamente son admitidos francmasones, con tal que sean protestantes. Un máximo de treinta y tres miembros en total, entre los cuales tres del clero. Los herederos de la corona pertenecen a la misma por derecho. La iniciativa ¿es única en la historia? No, puesto que podemos citar al menos la precedente de los Estuardo. Desde la época de Carlos XIII de Suecia, vincular la imagen de una dinastía real a la de las asociaciones masónicas se remonta a casi dos siglos. Aunque ello indisponga a ideologías que abogan por la neutralidad en este sentido, no se puede negar.

La historia de las logias azules reservada a los grados simbólicos, es mucho más larga que la de los capítulos reservada a los altos grados. Pero tanto en un caso como en otro, son los estuardistas quienes toman la iniciativa. Situar en los años 1720 el comienzo del segundo caso se concibe sin dificultad. Si, en el estado actual de la investigación, no podemos establecer con certeza absoluta que la creación de la Orden de la Restauración por Jacobo III en 1722 esboce el despegue del cuarto grado, dicho escocés por pura lógica, no es menos cierto que encontramos siempre al mismo hombre en los prolegómenos. Citado en documentos de naturaleza diferente, el duque de Mar es sin lugar a dudas reconocido como masón desde los años 1710, antes de que se tengan noticias y la aparición de la Gran Logia de Londres. La confianza que le otorga su rey se ve rápidamente alterada después del calamitoso complot de Atterbury, sin embargo, el ascendente que continúa ejerciendo sobre sus contemporáneos

hasta su partida a Aix-en-Chapelle en 1729 es muy real. Se beneficia sobre todo de la amistad indefectible que tiene con el famoso caballero de Ramsay del que es conocido, por su discurso de diciembre de 1736, el interés que dedica a los cruzados de la Edad Media y *a fortiori* a los caballeros del Temple.

El interés manifestado por los dos hermanos Keith después de 1746 puede llegar a sorprender, si se tienen únicamente en mente las indicaciones de los manuales de vulgarización. George, conde de Marischal, sobre todo, es un aristócrata prestigioso que se convierte en ese momento en el recurso político y militar en el que piensa Carlos Eduardo. Ahora bien, también a partir de los años 1720, es uno de los cofundadores de la Orden del Toboso en la que el humor pone en escena a caballeros de novela. Por añadidura, gusta de componer a menudo jeroglíficos del tipo «abracadabra» que somete a sus corresponsales para estimular su sagacidad. En 1738, probablemente habrá respetado la consigna de Jacobo III para poner en sueños logias y capítulos; pero, después de 1741, las noticias esperanzadoras de reconquista recaídas ahora en Carlos Eduardo lo llevan a reconsiderar su posición. En enero de 1743, se encuentra en París cuando el barón Hund es acogido en el capítulo jacobita. Ocho años más tarde, es él, quien junto a James y su primo Robert, se encuentra con Hund en Alemania. Una vez más aquí, la patente que entrega, o hace entregar en 1751, es de su puño y letra. El prior que asiste a la instalación de este nuevo maestro provincial no es otro que Robert.

Siendo los azares de la política imprevisibles, en 1754 todo se da la vuelta. El ardor de los últimos fieles a la causa jacobita disminuye mucho. Marischal se aleja definitivamente de su príncipe que, a su modo de ver, ha dejado de poseer las capacidades necesarias para encabezar una guerra. No obstante, Hund prosigue su propio camino, rodeado por los primeros adherentes al capítulo que ha abierto en Kittlitz. Completa las informaciones recibidas cuando su elevación parisiense al templarismo, siguiendo al menos la estela de los jóvenes Clifford y Kilmarnock, junto a otras, extraídas de variadas fuentes, y ciertamente de obras históricas dedicadas a la antigua Orden del Temple. La guerra de los Siete Años suspende sus actividades, mientras James Keith quema sus archivos y Georges regresa al regazo de los Hannover. De vuelta a la paz, el despertar de Hund se cumple por consecuencia sobre nuevas bases. Es entonces

cuando la colaboración con Starck aporta una dimensión imprevista al sistema que Hund se esfuerza por consolidar.

El examen de los archivos poco contestables ayuda a comprender por qué Hund logra mantener a distancia a aventureros animados por una mera voluntad de estafa intelectual sin ver mayor inconveniente en acoger el discurso de este eclesiástico mucho más joven que él. Pero esto se debe a que puede producir supuestos «documentos auténticos» comunicados o certificados por el barón Vegesack. Dichos papeles conciernen a la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos. Las similitudes son flagrantes entre las referencias simbólicas escogidas por aquellos que los han concebido y las importadas en la Estricta Observancia. El fresco medieval sirve de tela de fondo a los principales pasajes de los rituales. Se imita los hábitos de la antigüedad, retomando los apelativos que han dejado de estar en uso. Sobre todo, se convence que las antiguas víctimas de las furias de Felipe el Hermoso han dejado tras de sí a una organización secreta que habría transmitido de generación en generación la doctrina primitiva.

Hund repite en diversas ocasiones hallarse comprometido por su juramento de no comunicar a nadie los nombres de aquellos que le han permitido la entrada en la Masonería templaria. Starck asegura poseer altos conocimientos que solo puede revelar a un puñado de selectos escogidos. Esto irrita a un número creciente de Hermanos que acaban dudando de la buena fe de uno y otro. Puesto que hay que aceptar a día de hoy un examen crítico de sus trayectorias respectivas, es obligado decir que la postura adoptada por el segundo es difícil de comprender. No solamente, no proporciona ninguna prueba, ni aunque sea indirecta, de su pretendido saber, sino que la documentación original de la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos, más allá que el punto de vista del clero que se adhiere a él sea reducido o no, no contiene ningún elemento que pueda interpretarse como una promesa en este sentido. A la inversa, que Hund se sienta obligado por su juramento, ello resulta fácilmente admisible. El juramento lo comprometió y lo respeta hasta su muerte. El único punto que emerge con facilidad en las palabras dejadas a dos o tres confidentes de su confianza es que han sido los jacobitas quienes, de alguna manera, le han puesto el pie en el estribo.

La manera en la que Weiler aporta sus propias correcciones a los rituales, matrículas y otros papeles comunicados a las provincias francesas que

deciden reunirse a las de Alemania anuncian de por sí una especie de retroceso, en relación a la terminología utilizada veinte años antes. Allí donde se hablaba de caballero del Temple, prefiere que se hable ahora de caballero escocés. Después de la muerte de Hund, Willermoz y sus amigos lioneses o estrasburgueses, sobre todo, engordan todavía más el trazo. Les desagrada sobremanera tener que referirse a una Orden que antaño fue objeto de las furias reales y papales. No obstante, no pierden de vista la utilidad de reivindicar la versión primitiva de la misma Orden, bajo el nombre que tenía antes de quedar institucionalizada. De este modo, se inspiran en los Pobres Caballeros de Cristo y del templo de Salomón. No les impide que nada les permita, a ellos que reforman o rectifican, poco importa, presentarse como los continuadores más auténticos que cualquier otros. Esto, Willermoz lo sabe bien, pero hace como si no fuera con él. Su punto de vista lo lleva al convento de Wilhelmsbad en 1782, sobre todo al segundo artículo del informe oficial, cuando es muy clara y definitivamente rechazado el modelo templario surgido de Hund para sustituirlo por el sistema de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa, y quedando en el séptimo redibujado el mapa de las provincias. Lo que sucede a continuación pertenece a otra historia.

En la de la Estricta Observancia, un último documento establecido cinco años después de la muerte de Hund, permite de alguna manera abrochar la hebilla, levantando las últimas ambigüedades. Se trata de una carta dirigida en francés por Friedrich-Ludwig von Wurb y dirigida el 30 de agosto de 1781 al duque Ferdinand de Brunswick[367]. Wurb ha aceptado provisionalmente el cargo de Visitador de la séptima provincia, lo que le ha permitido compulsar en 1777 los papeles dejados por el barón en la sede capital (virtualmente Sonnenburg). Los ha clasificado, numerado, listado y en algunos casos vuelto a copiar. A su modo de ver, la matrícula de 1301, presumiblemente entregada a Sylvestre de Grumbach, es la «piedra angular del edificio» de la séptima provincia. Añade: «A continuación de dicha Matrícula, de la que solo poseemos una copia hecha en 1755, se encuentra una nota del difunto Cab. ab Ense, que atestigua que el original existe en los Archivos del Gran Capit. en Inglaterra, y que su predecesor el H. Maréchal de Bieberstein había recibido una copia cotejada en latín, pero que [él] quemó antes de su muerte». Aquí, la referencia a Bieberstein queda sujeta a

caución. En efecto, si vamos al documento firmado por Hund anexo a esta matrícula, habla claramente de un Gran Capítulo en Inglaterra, de Sylvestre de Grumbach y del predecesor de Hund que ha quemado sus propios archivos poco antes de morir. Pero el nombre de Bieberstein no aparece escrito. De igual modo, nada sugiere que la muerte de este predecesor se hubiera producido poco después de la comunicación de esta matrícula, cosa por tanto largamente repetida por la vulgata. Dicha comunicación puede ser situada más tarde, lo que es el caso, con la desaparición de James Keith, en 1758.

Wurmb comenta, «Quizás sería más fácil creer en la palabra del Cab. ab Ense, ya que a fin de cuentas el estilo y el contenido de este documento son bastante anticuados, si no nos hubiera reconocido en Brunswick en 1775 que no había recibido su Constitución de Londres, sino de un puñado de jacobitas escoceses, seguidores del Pretendiente en París». La antigüedad, en su sentido amplio en el siglo dieciocho queda referida ciertamente a los «antiguos caracteres de los monjes» evocados por el barón. Ahora bien, no tan solo no habla de Londres en su declaración solemne, sino que no hay incompatibilidad entre el hecho de ser acogido en el Escocismo por los jacobitas residentes en la región parisiense, y de calificar en ciertos momentos con epítetos ingleses las estructuras que estos reivindican. Por lo demás, ciertamente, esa forma de expresarse es observada en el conde Derwentwater, inglés de nacimiento, que se considera como gran maestro de las logias inglesas constituidas por sus compañeros de exilio. De todas maneras, que se sitúe en 1743, año en el que Hund se encuentra en París, o en 1751, año que ve a Marischal pasar a finales del verano de Alemania a Francia como embajador de la misión querida por Federico de Prusia, nuestros personajes están en los dos casos vinculados a la causa de Carlos Eduardo, después de haber defendido durante largo tiempo la de Jacobo III.

He aquí por qué, si uno no quiere perderse en el génesis del Escocismo en general, y de la versión templaria ilustrada por Hund en particular, los puntos a tener muy presentes en mente, tienen que ver con la distinción importante que conviene marcar entre los papeles jugados por Jacobo III y Carlos Eduardo, y la manera en la que el conde Marischal se desliza por los pasillos, por decirlo de algún modo. Que Jacobo III no quiere iniciar a Carlos Eduardo, se admite sin dificultad. En 1738, sus escrúpulos son muchos. No quiere de ninguna de las maneras indisponer al Papa. Es su

anfitrión, recibe subsidios del papado, lo considera como a una autoridad moral ante la cual debe inclinarse. No obstante, por bien que las logias que le siguen en Roma cierren sus puertas, no resulta tan claro que la dirigida en París por Derwentwater siga este mismo movimiento, la cual se retirará por otra parte también de la dirección de la Gran Logia de Francia, no transcurrirá mucho tiempo sin que algunos de sus partidarios resoplen y opten por una vía oblicua.

El hecho que las logias de Escocia (en Escocia) no sintieran que lo de la Bula iba, con ellos ni para ellos; el hecho que entre 1738 y 1743, numerosos son los Hermanos que hacen idas y venidas entre este país y Francia, el hecho igualmente que los protestantes, estén bien representados, sin que un buen o mal humor pontificio tenga impacto sobre ellos, todo esto favorece al mantenimiento del Escocismo ya enraizado en sus costumbres. El cambio viene únicamente por el hecho que, como telón de fondo, en las alegorías que sirven para ilustrar las ceremonias rituales, es ahora la figura de Carlos Eduardo la que se perfila cada vez más. Que no sea todavía francmasón, es un aspecto secundario. La hipótesis que se convertirá en ello [dada la transmisión hereditaria en la casa Estuardo] una vez realizada la reconquista de los reinos perdidos es totalmente admitida. Tanto más, cuando desde su nacimiento, todos los partidarios esperan de él que esté destinado a gobernar un día, si la victoria recompensa sus sacrificios, de tal suerte que podría asegurar una sucesión también en la cadena de sus antepasados presumiblemente comenzada con Jacobo VI (Jacobo I), según el ritual de la Bóveda Sagrada.

El auge del grado Rosa-Cruz se explica por esto, al igual que el del templarismo que a menudo le está asociado. En Ramsay, ello se adivina desde los *Viajes de Ciro*, hasta la escritura de su famoso discurso de 1736, por la presencia del tema de la Boveda Sagrada, con los Cruzados en primer plano. En cambio, cuando el protocolo de instalación de una logia regular es establecido por el equipo de Hund, lo más tarde en 1754, el gran maestro que oficia se dirige al Hermano previamente elegido a la cabeza de la misma, pronunciando los términos siguientes: «Por el poder que he recibido, yo, gran maestro Escocés, caballero de la espada y de la Rosa-Cruz, te constituyo maestro de esta logia»[368]. Poco más o menos, esta presentación es tomada prestada de la formulación utilizada por el gran

prior Robert cuando este inviste a Hund en 1751. A fortiori, puesto que actúa por delegación, ella continúa en vigor con los dos hermanos Keith, quienes llevan cada uno a su manera el título militar de mariscal.

En el fondo, los francmasones no hacen más que modular en cada ocasión el tema literario apreciado por los jacobitas, consistente en comparar la Gran Bretaña de la época con un templo a reconstruir o rehabilitar. No inventan nada; se contentan con adaptar el relato al trabajo de logia de manera diferente, según apuesten por la restauración de Jacobo III o la de Carlos Eduardo. Atribuir a los Hermanos escoceses la herencia simbólica de esos lejanos caballeros que participaron antaño de las operaciones de Oriente les parece tan natural como apuntar a veces hacia Salomón, otras a Zorobabel, como otras hacia Cristo descrito como reparador de la humanidad sufriente. Sea cual sea la leyenda o alegoría, hay siempre materia para ser aplicada a los príncipes en el exilio, sean estos padre o hijo.

De este modo, la comprensión de la acción de Hund no necesita apenas de una disertación sapiente sobre ocultismo, misticismo, hermetismo o cualquier otro sistema de pensamiento de contornos imprecisos. Se pueden emplear alegorías o símbolos variados por no importa quién, sin concebirlos como puertas usurpadas hacia ciencias arcanas. Es igualmente curioso que los primeros registros de arquitectura conocidos en la historia de la francmasonería, o cualquier otro documento relativo a la actividad de las primeras logias, sin importar el país que sea, no explotan o citan casi nunca la tradición censada de especular sobre los hipotéticos fenómenos que determinarían ciertos estados de la materia o del espíritu. A título individual, es siempre posible el referirse a algunos francmasones que hayan manifestado poco o mucho interés por autores habiéndose ilustrado en una literatura tipificada en este punto de vista; no es porque hayan sido seguidos por sus contemporáneos, y todavía menos por su logia en tanto que institución. De hecho, han permanecido siempre como minoritarios, incluso marginales, en el sentido cuantitativo y no peyorativo del término.

La posición de René Le Forestier sobre la Estricta Observancia suscita la más irremediable perplejidad cuando, después de haberla declarado sin matices «templaria y ocultista», viene a decir lo contrario al hilo de su retórica. Juzguémoslo. Tachando de leyendas vacías los relatos que conceden una influencia determinante a los jacobitas, hasta el punto de

reputar a aquellos que no piensan como él de «defensores retrasados»[369], retomando por su cuenta el prejuicio inconsecuente según el cual los dos primeros grados simbólicos serían salidos de las prácticas de oficio[370], helo aquí que imagina la francmasonería especulativa en sus comienzos como una «asociación de espíritu místico, que pudo en ocasiones, inclinarse por el racionalismo y el humanitarismo utilitario, pero sin que esta evolución haya sido nunca decisiva para alterar esencialmente el carácter primitivo de la sociedad»[371]. Se presentaría como ofreciendo lugares de reunión secretos, gracias a los cuales los adherentes podrían compartir sus investigaciones sobre conocimientos ocultos tan antiguos como el mundo. Los grandes sabios de la antigüedad, los filósofos más o menos inspirados, los teúrgos y otros mediadores hacia lo invisible habrían sido, en suma, sus maestros de pensamiento. En lo concerniente a los fundadores de la Estricta Observancia, se habrían singularizado tomando inspiración de la literatura templaria justamente, todo lo que podía servir de soporte a esta búsqueda. Ahora, aquí está, chocando con el principio de realidad.

Subrepticiamente, vemos que concede que los francmasones ocultistas no han sido nunca mayoritarios, muy lejos de esto. Haciendo distinción entre ellos y la gran masa de sus Hermanos que se habrían complacido en imitarlos sin jamás tener ambición de descubrir cualquier cosa de misterioso al gusto de sus especulaciones, califica a los segundos de honorarios, para dar a entender que los primeros serían los militantes, los activistas que darían tono a los rituales y un deseo de imitación a los crédulos más o menos sumisos consentidores. «Los Masones Escoceses sólo fueron por lo general que ocultistas honorarios, pero no por ello dejaban de experimentar un placer bien vivo imaginándose que el velo del santuario, apenas levantado para ellos, ocultaba tan profundos misterios».[372] Mejor todavía, Hund y sus discípulos habrían tomado prestada la noción de Superiores Desconocidos a los teóricos de la transmutación que se habrían aplicado desde al menos tres siglos antes que ellos imaginándose a Sabios ocultándose «tras una sombra impenetrable»[373]. Esta noción (concepto según él) sería «específicamente hermético»[374]. Que deba más bien ser tomado al pie de la letra para designar a los dirigentes cuyo nombre no ha de ser desvelado no es del todo tolerado en su campo interpretativo.

El colmo del paroxismo se alcanza cuando reconoce que «las preocupaciones ocultistas eran tan extrañas al espíritu de los jefes del Sistema que habrían amputado la alquimia de todos los elementos místicos que formaban tradicionalmente parte del conocimiento hermético»[375]. Hund era un perfecto escéptico en la materia (sin juego de palabras), que solicitaba poder hacer comprobaciones por sí mismo cuando se le hablaba de la crisopea u otra operación milagrosa obrada por tal o cual contemporáneo. En cuyo caso, creía más de buena gana en los efectos de la química propiamente dicha, y tal como se la entiende actualmente, que los de una técnica titubeante y evasiva, prometiendo mucho y ofreciendo muy poco. Su escepticismo no quedaba limitado a esto. Cuando Willermoz deplora que los rituales que le fueron comunicados en 1774 fueran muy escuetos, se queja en realidad de la ausencia o la rareza de fórmulas motivando la elevación espiritual que encuentra a faltar. Hubiera querido encontrar impulsos de fervor que estimularan su sentimiento religioso. Hund era sobrio, austero. Willermoz, por su parte, formado en la escuela de Martinès de Pasqually, se hallaba en demanda de efusiones, lo que significa claramente por otro lado, que tampoco se satisfacía con las que tenía.

Con Forestier, se pasa pues en cascada de una primera propuesta haciendo de la francmasonería una asociación motivada esencialmente por el espíritu del misticismo, a una segunda propuesta reconociendo que una gran mayoría de hermanos no eran místicos, para pasar finalmente a una tercera diciendo que los dirigentes de la Estricta Observancia no lo eran tampoco. El conjunto no goza del mérito de la coherencia, ni incluso de la exhaustividad a la que Le Forestier aspira, ya que sus silencios son tan clamorosos como sus expeditivas conclusiones. Por ejemplo, como le es preciso afrontar los testimonios sobre los jacobitas, los deja de lado sin ningún examen. «Por razón de asociación de ideas la leyenda templaria fue maridada a la leyenda jacobita, lo que es imposible de establecer de forma documental»[376]. Imposible, ¿realmente? Un momento, presenta todo su análisis como una apuesta en el sentido pascaliano del término[377]. Filosóficamente hablando, uno se pregunta qué ganancia intelectual puede sacarse de estas tres propuestas tan mal argumentadas.

Una cosa es segura, las primeras logias escocesas, o capítulos, no han servido para poner en pie una «maquinación», según expresión de Le

Forestier, para obrar en favor del restablecimiento de los Estuardo. No han servido tampoco para abrigar complots, sesiones más o menos tenebrosas en las que se prepararían golpes de mano políticos. Sin embargo, permitían inspirar fidelidades, mantener un ambiente de simpatía en favor de una dinastía caída con esperanza de reconquista. Esta simpatía era más o menos ardiente según la situación fuera, más o menos relajada, y encontraba a menudo soporte en las escenas de la literatura occidental, tanto profana como religiosa, en las que príncipes y pueblos sufrían por igual los reveses de la fortuna. Ella no impedía en nada la adhesión a creencias místicas u otras; contó con algunos amantes de la alquimia, pero como podía haberlos en el resto de la sociedad, sin concederles atenciones particulares.

Bien es cierto que después de 1723 para las logias simbólicas, y 1750 para los capítulos, se constata una inflexión, que lleva ciertas interpretaciones a aminorar la influencia política, incluso a olvidarla totalmente, para poner el acento sobre otros aspectos como los asociados a las alegorías del templo por reconstruir, al trabajo íntimo a realizar en el individuo o sobre un colectivo en busca del egregor.

Ciertos inventores de altos grados, o reformadores, los atraen hacia las pendientes áridas de la teúrgia y otros proyectos de unión mística con presumibles principios trascendentes. Martinès de Pasqually, maestro de Willermoz, es uno de los más emprendedores; el cual, dicho sea de pasada, afirmaba también tener autorización de Carlos Eduardo Estuardo. Pero es cometer un anacronismo el confiar en la lectura de los rituales de la segunda mitad del siglo dieciocho para prejuzgar lo sucedido en la primera mitad. Le Forestier no duda en hacerlo en numerosas páginas de su libro. Incluso en la historia de las ideas, tal procedimiento es evidentemente contra productivo.

Dicho esto, el convento de Wilhelmsbad no ha significado la desaparición completa y definitiva de la Estricta Observancia. En Alemania, ciertas logias han continuado reivindicando la Orden y trabajando en respeto y de acuerdo, a los principios fijados por Hund. En la actualidad, asistimos en Francia incluso a un renuevo de interés, con la reaparición de logias y capítulos proponiéndose ignorar las censuras provocadas por Willermoz e inclinándose por seguir la doctrina concebida cuando el convento de Köhlo en 1772. Si bien, la validez de sus trabajos parece discutible. Sabiendo que los vínculos con el jacobitismo de antaño, por parte de estos grupos está absolutamente roto, nos preguntamos qué sentido y qué puede significar

una continuación o recuperación de su herencia. Pero, a fin de cuentas, cualquier cuestionamiento sobre este particular siempre resultará hipotecado por consideraciones parciales.

Remontémonos a los orígenes de las logias dichas especulativas. Los sistemas simbólicos que están valorizados explotan esencialmente las metáforas de un monarca construyendo y consolidando su reino a la manera de un hábil arquitecto, de acuerdo al modelo, por otra parte frecuentemente repetido de un demiurgo organizando el mundo, por lo que la gran tentación es tomar prestado de la literatura religiosa y profana, de la antigüedad o de la Edad Media, escenas y acontecimientos que puedan ser útiles para la fabricación de una tradición que dichas logias pretenden honorar.

Nadie es capaz de decir y demostrar con claridad si estas logias son salidas de una larga cadena de asociaciones de oficio, pero resulta cómodo imaginarlo así. Dicho de otro modo, que una tradición como de la que estamos hablando no es surgida de una transmisión asumida desde tiempo inmemorial, sino de una invención reciente. Sin paradoja alguna, seamos más precisos en los términos, la invención consiste en hacer creer que no lo es, por una parte, y que la transmisión ha conservado lo esencial de su primer estado, por otra.

La tradición así fabricada sirve para expresar uno o varios mensajes estrictamente contemporáneos de aquellos que la reivindican. Así pues, esta puede ser política, puede ser también religiosa, ética, incluso varias cosas a la vez. En los rituales, la ventaja de las alegorías, ya que es a través de ellas que lo esencial de los mensajes es vehiculado, viene precisamente por el hecho que las alegorías se prestan a diversas lecturas según sea la entrada escogida. Cuando Ramsay, por ejemplo, piensa prioritariamente en la política, como lo atestiguan las propias declaraciones hechas a su rey, otras escapan hacia la metafísica. En todo caso, una vez lanzada esta seudo tradición, una vez anclada en el tiempo e impuesto el olvido de las condiciones de su aparición, son fácilmente realizables ciertos deslizamientos de un plano de interpretación a otro. Los cambios de época no impiden la conservación de una misma forma, poco más o menos, para manifestar contenidos netamente diferentes.

En el análisis, es más bien la noción de filiación la que da lugar a dificultades. Desde que es fundada una institución, sin haber tenido tiempo

todavía de culminar su discurso sobre la seudo tradición que reivindica[378], puede crear otras nuevas y así sucesivamente, según el sistema de filiación de logias que ha conocido una bonita expansión en la primera mitad del siglo diecinueve; esta forma de proceder expone a vicisitudes diversas, con eventuales períodos de puesta en sueños, así como discontinuidades más o menos brutales. Cuando un despertar o cambio de dirección se produce, aquellos que lo provocan tienen tendencia a creerse autorizados. Pero ¿en nombre de qué y de quién? Sobre todo, en períodos de tiempo de largos decenios, puesto que la época ha cambiado, no están en disposición de la imitación pura y simple de sus predecesores allegados. ¿Tienen, sin embargo, archivos, documentos, que puedan leerse como testamentos? En caso afirmativo, se les reconoce efectivamente como herederos. En caso negativo, atraen la sospecha. De dónde la importancia de las patentes y otras cartas de constitución.

Esto mismo es lo que viene a decir Wurmb en términos muy directos en su carta de 1781 al duque de Brunswick. Después de haber recordado que la matrícula entregada a Hund en el momento de su investidura es el único documento a su juicio interesante, de entre todos los papeles dejados tras la muerte del barón, discute el uso que puede hacer del mismo. «Supongamos pues por un momento, que la susodicha matrícula, el solo y único rastro de antigüedad que nos queda sea auténtico; que incluso la O. del T. haya subsistido después de su destrucción: ¿se deduce de ello que el Señor Hund haya sido auténtico T. y que todos los buenos hermanos Masones, a los que a cambio de su dinero y de sus antiguos sistemas y constituciones les ha dicho o hecho decir: Sois los sucesores de los T., lo sean en efecto? Los archivos desde su comienzo que no es sino a partir de 1755 y hasta el año 1768, no contienen seguramente ninguna prueba de esta filiación que buscamos».[379]

Podemos concluir que, de metamorfosis en metamorfosis, la tradición templaria, en particular en su componente ético, puede muy bien tener émulos a día de hoy, por haber quedado las cualidades caballerescas erigidas en paradigma. Por el contrario, mejor dejar para los ilusionistas el argumento de la filiación. Sin embargo, ello era juzgado de capital importancia en época de Hund. Es por lo que se daba gran importancia al listado que ofrecía sin interrupción el repertorio de supuestos grandes

maestros que habían dirigido la Orden después de la muerte de Jacques de Molay. Nada permite a día de hoy concederle el menor valor. Todo nos lleva a pensar que los jacobitas tampoco creían en ella, al igual que el gracioso de Marischal cuyas novelescas excursiones le bastaban para colmar las licencias de su imaginación.

BIBLIOGRAFÍA

ABAFI, Lajos, 1890: *Geschichte der Freimaurerei in Österreich-Ungarn*, volumen 1, Budapest, Ludwig Aigner.

ADAMSON, Henry, 1849: *The Muses Threnodie*, en MARSHALL, Thomas HAY,*The history of Perth: from the earliest period to the present time*, Pert, John Fisher.

ALIDOSI, Giovanni-Nicolo-Pasquali, 1616: *Li cavalieri Bolognesi di tutte le religioni, et ordini ; con l'origine, principio, dignità, honori, memorie, e morte d'alcuni di loro, per fino all'anno 1616*, Bologne, Bartolomeo Cochi.

ANDERSON, James, 1723: *The Constitutions of Free-Masons*, Londres, William Hinter.

BAIGENT, Michael, LEIGH, Richard, 1991: *Des Templiers aux Francs-maçons*, París, Le Rocher.

BARBIER, Edmond-Jean-François, 1857: *Chronique de la régence et du règne de Louis XV*, París, Charpentier.

BEAUREPAIRE, Pierre-Yves, 2002 : *L'Europe des francs-maçons. XVII*è*-XXI*è *siècles*, París, Belin.

BERNARDIN, Charles, 1910 : *Notes pour servir à l'histoire de la Franc-Maçonnerie à Nancy*, Nancy, Imprimerie nancéienne.

BERNHEIM, Alain, 2008 : *Une certaine idée de la franc-maçonnerie*, París, Dervy.

BOIS-JOURDAN (De), Jacques, 1807 : *Melanges historiques, satiriques et anecdotiques*, París, Chèvre et Chanson.

BORD, Gustave, 1909 : *La franc-maçonnerie en France des origines à 1815*, París, Nouvelle librairie nationale.

BROWNE, James, 1843: *A history of the Highlands and of the Highland clans*, Glasgow, A. Fullarton.

BÜSCHING, Anton-Friedrich, 1785: *Beyträge zu der Lebensgeschichte denkwürdiger Personen: insonderheit gelehter Männer*, Halle, Johan-Jacob Curts Witwe.

CERRINI, Simonetta, 2015: «*Rang et dignités dans l'ordre du Temple au regard de la règle* », en *Élites et ordres militaires au Moyen Âge, Rencontre autour d'Alain Demurger,* (dir) Philippe Josserand, Luís F. Oliveira, Damien Carraz, Madrid, Casa de Velázquez.

CLEMENT, Fernand, 1937 : *Contribution à l'étude des Hauts-Grades de la Franc-Maçonnerie et particulièrement à l'Histoire du Rite Ecossais Ancien et Accepté en Belgique*, Édition su Suprême Conseil de Belgique, Bruxelles.

COUSIN DE CORCHAMPS (DE), Maurice, 1803: *Souvenirs de la marquise de Créquy*, París, Garnier.

DENNISTOUN, James, 1855 : *Memoirs of Sir Robert Strange, Kt., the eminent engraver, and his brother-in-law, Sir Andrew Lumisden, Private Secretary to the Stuart Princes at Rome*, Londres, Longman et al.

EDSTRÖM, Karl Gustav, 1926: 17, note 1. *St-Johanneslohen St-Christopher 1776- 1926: minnesskrift till 150-arsdagen*, Malmö

ENGEL, Alfred, «*Das Pariser Patent des Freiherrn Von Hund*« en Quatuor Coronati, Loge de recherche de Bayreuth, nº 25, 1988, pp. 129-158.

FEDDERSEN, Klaus C. 1999 : *Rituale des hohen Ordens vom heiligen Tempel su Jerusalem, auch Strikte Observanz genannt, wetlicher Zweig nebst Ordensregeln und vielen Abbildungen aus dem Jahre 1764. I bis VII, Grad*, Flensburg, Schriften der freimaurerischen Forschungsvereinigung Frederik der Grossen Landesloge der Freimaurer von Deutschland.
FINDEL, Joseph-Gabriel, 1874: Die Bauhütte:Zeitung für Freimaurer, volumen 17, Leipzig.
FRAZER, William, 1868: *The Red Book of Grandtully*, Édimbourg, Volumen II.
FREDERIC II DE PRUSSE, 1882: *Politische Correspondenz Friedrich's des Grossen*,
Berlin, Duncker et Humblot.
GAILLART, Gabriel-Henri, 1786: *Encyclopédie méthodique. Histoire*, Tome II, París, Panckoucke.
GEFFROY, Auguste, *Gustave III et la Cour de France*, Didier, París, 1867, tome II.
GIBSON, William Sidney, 1850 : *Dilston Hall*, Londres, Longman et al.
GIRARD-AUGRY, Pierre, 1995: *Les hauts grades chevaleresques de la Stricte Observance Tmeplière du XVIIIe siècle*, París, Dervy.
GOULD, Robert Freke, 1951 : *The concise history of Freemasonry*, Londres, Gale and Polden.
HUGHAN, William-James, 1872: *The old charges of British Freemasons*, Londres, Simpkin, Marshall, and Co.
INGAMELLS, John, 1997: *A dictionary of British and Irish Travellers in Italy, 1701-1800*, Londres, Yale University Press.
JOLI, Alice, 1938: *Un mystique Lyonnais et les secrets de la Franc-Maçonnerie*, Jean-Baptiste Willermoz, Maçôn, Protat.
KEITH, Charles P. 1888 : « Sir William Keith», dans *Pennsylvania Magazine of History and Biography*, volume XII, nº 1.
KEITH, Robert, 1844: *The history of the affairs of church and state in Scotland: from the beginning of the Reformation in the reign of King James V. to the retreat of Queen Mary into England, anno 1568: taken from the public records and other authentic vouchers*, Édimbourg, Spottiswoode Society.
KESSLER VON SPRENGSEYSEN, *Christian-Friedrich, Abgenöthigte Fortsetzung des Anti-St.-Nicaise als eine Beleuchtung des von dem Hern Oberhofprediger, Consistorialrath und Definitor D. Stark herausgegebenen Krypto-Katholicismus in sofern er die Strikte Observanz, ihre verehrungswürdigste Obere und mich anzugreifen für gut gefunden hat*, Leipzig, Friedich-Gotthold Jacobaër.
KERVELLA, André, 1999: *La Maçonnerie écossaise dans la France de l'Ancien Régime. Les années obscures (1720-1755)*, París, Le Rocher.
2008 : *Réseaux maçonniques et mondains au Siècle des lumières*, París, Vega.
2009 : *Le Mystère de la Rose blanche*, París, Dervy.
2013 : *Les rois Stuart et la Franc-Maçonnerie*, Brétignoles-sur-Mer, Ivoire Clair.
KLOSS, Georg-Franz-Burkhard, 1842. *Annalen der Loge zur Einigkeit*, Francfort-sur-Main.
1848: *Geschichte der Freimaurei in England, Irland und Schottland aus ächten Urkunde dargestellt (1685 bis 1784)*, Francfort-sur-Main.
1852: *Geschichte der freimaurerei in Frankreich, 1725-1830*, volume I, Darmstadt, G. Jonghaus.
LALANDE (DE) Jérôme, 1979: *Encylopedie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, Genève, Jean-Leonard Pellet, tome XV.
LANG, Andrew, 1897: *Pickle the Spy*, Londres, Longmans, Green and Co.
LARUDAN [seudónimo], 1747: *Les Franc-Maçons écrasés: Suite du livre intitule: L'ordre des Francs trahi*, Amsterdam.
LE BIHAN Alain, 1973 : « *En marge de la Grande Loge : le Chevalier de Beauchaine et ses fondations maçonniques* », en *Francs-Maçons et Ateliers parisiens de la Grande Loge de France au XVIIIe siècle*, París, Bibliothéque Nationale.
LE FORESTIER, René, 1970 : *La Franc-maçonnerie templière et occultiste*, París, Aubier-Montaigne.

LESLIE, John, 6ème comte de Rothes, 1830 : *A relation of proceedings concerning the affairs of the Kirk os Scotland, from August 1637 to July 1638*, David Laing, Édimbourg, Bannatyne club.
LUYNES. Marie-Charles-Louis d'Albert, 1860-1865 : *Mémoires*, París, Firmin Didot.
MALHERBE (DE), François, 1635 : *Œuvres*, Troyes, Jacques Balduc.
MARUZZI, Pericle, 1990 : *La Stretta Osservanza Templare e il regime Scozzese Rettificato in Italia nel scolo XVIII*, Rome, Atanòr.
MOSSDORF, Friedrich [LENNING, Carl], 1828 : *Encyclopedie der Freimaurerei*, Leipzig, F.A. Brockhaus.
1865 : *Allgemeines Handbuch der Freimaurerei*, Leipzig, F.A. Brockhaus.
NAUDON, Paul, 1966: *Histoire et Rituels des Hauts Grades Maçonniques*, París, Dervy.
NETTELBLADT (VON), Christian Carl Friedrich Wilhelm, 1879: *Geschichte Freimaurerischer Systeme in England, Frankreich und Deutschland. Vornehmlich auf Grund der Archivalien der Gr. Landesloge der Freimaurer von Deutschland Bearbeitet. Als Manuscript für brüder hrsg, von der Redaktion der Zirkel-Correspondez*, Berlin, Ernst Siegfried Mittler et fils.
NOËL, Pierre, 1997: « Réponse à Jacques Litvine », dans *Ars Quatuor Coronatorum*, volume 109.
PHILOSTORGIUS par PHOTIUS, 1676 : *Abrégé de l'histoire ecclésiastique*, París, Pierre Rocolet.
RAMABUD Anfred, 1890 : *Recueil des Instructions données aux ambassadeurs et ministres de France*, Russie, París, Félix Alcan, 1890.
RAMSAY (DE) André-Michel, 1727 : *Les Voyages de Cyrus*, Gabriel-François Quillau, París.
RAVAISSON, François, 1800 : *Archives de la Bastille*, Durand et Pédone-Lauriel, París.
REUMONT (VON), Alfred, 1860 : *Die Gräfin von Albany*, Berlin.
ROY, Just-Jean-Étienne, 1856: *Le dernier des Stuart*, Tours, Mame.
RUNKEL, Ferdinand, 1932 : *Geschichte der Freimaurerei in Deutschland*, Berlin, ReimarHobbing.
SAINT-PRIEST, Alexis, 1846: *Histoire de la chute des jésuites au XVIIIe siècle (1750-1782)*, París, D'Amyot.
SCHRÖDER, Friedrich-Ludwig, 1806 : *Materialien zu Geschichte der Freymaurerey*, s.e,e.i.
SEDDON, Geoffrey-B., 1995: *The Jacobites and their drinking glasses*, Woofbridge, Antique Collectors Club.
STARCK, Johan-August, 1779: *Apologie des franc-maçons*, Philadelphie [París ?] 1788 : *Nachtrag über den angeblichen Krypto-Katholicismus, Proselytenmacherey, Jesuitismus und geheime Gesellschaften, besonders seinen Prozess mit den Herausgebern der Berliner Monatsschrift angehend, mit Acten-Stücken gelegt*, Giessen, Justus-Friedrich Krieger.
STEEL-MARET, Élie, 1893: *Archives secrètes de la Franc-maçonnerie*, Lyon.
THULSTRUP, Carl-Ludwig-Henning, 1984 (reedición): *Aufzeichnungen zur Geschichte der schwedischen Freimaurerei*, Flensburg.
TROSS (Librairie), 1860: *Catalogue d'une précieuse collection de livres anciens, manuscrits et imprimés*. París, Tross.
WÖLLNER (VON), Johann-Christoph, 1804 : *Ser Signatstern oder Die enthüllten sämmtlichen sieben Grade der mystichen Freimaurerei nebst dem Orden der Ritter des Lichts*, volume 3, Berlin.
ZACHARIAS, Ernst, 1841: *Numotheca numismatica latomorum*, Dresde.
ZIMMERMANN, Werner-Gabriel, 1994: *Von der alten zur neuen Freimaurerei. Briefwechsel und Logenreden von Diethelm Lavater nach 1800*. Zürich, Modestia cum Libertate.

ÍNDICE DE NOMBRES

N.B. En los archivos, las partículas patronímicas están, para un mismo personaje extranjero, a veces en francés y otras en inglés o alemán. Resulta pues difícil proponer una uniformización. Por esta razón he adoptado el giro más frecuentemente observado. Por ejemplo, los nobles tienen tendencia a afrancesar sus propios nombres y apellidos. Lo he comprobado en los primeros registros de las logias de Dresde o de Berlín, al igual que en los expedientes individuales de los jacobitas habituales en Francia.

ADAMSON
Henry
AGUESSEAU (de)
Charles-Xavier, caballero d ela luz
Charles-Xavier, caballero d ela luz
ALIDOSI
Giovanni-Nicolo-Pasquali
ANA Estuardo
reina
reina
reina
reina
reina
ANDERSON
James, pastor
James, pastor
James, pastor
James, pastor
ANTIN
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
Louis-François de Pardaillan de Gondrin, 2º duque de
APPROSI
Giacomo
Giacomo

Giacomo
ARMFELT
Gustaf-Mauritz
ASHMOLE
Elías
Elías
Elías
ASTRUC
Pierre
ATHOLL duque de
marqués de Tullibardine
marqués de Tullibardine
marqués de Tullibardine
marqués de Tullibardine
marqués de Tullibardine
marqués de Tullibardine
ATTERBURY
Francis, obispo de Rochester
Francis, obispo de Rochester
Francis, obispo de Rochester
Francis, obispo de Rochester
Francis, obispo de Rochester
Francis, obispo de Rochester
AUCHINBRECK
James Campbell de
AUGUSTO III
rey de Polonia, Elector del Saxo
rey de Polonia, Elector del Saxo
rey de Polonia, Elector del Saxo
AUMONT
Louis-Marie-Victor-Augustin, duque de
Louis-Marie-Victor-Augustin, duque de
Louis-Marie-Victor-Augustin, duque de
Louis-Marie-Victor-Augustin, duque de
Louis-Marie-Victor-Augustin, duque de

Louis-Marie-Victor-Augustin, duque de
Louis-Marie-Victor-Augustin, duque de
BACON de la Chevalerie
Jean-Jacques
Jean-Jacques
Jean-Jacques
Jean-Jacques
Jean-Jacques
Jean-Jacques
Jean-Jacques
BAIGENT
Michael
Michael
Michael
Michael
BALDUINO II
rey de Jerusalén
BALHALDIE
William MacGregor, barón de
BARAIL
Jean-Baptiste de
Jean-Baptiste de
Jean-Baptiste de
Jean-Baptiste de
Jean-Baptiste de
Jean-Baptiste de
Jean-Baptiste de
Jean-Baptiste de
Jean-Baptiste de
Jean-Baptiste de
Jean-Baptiste de
Jean-Baptiste de
Barbier de Liscoët
François-Louis-Augustin
BARBIER

Edmond, abogado
Edmond, abogado
Edmond, abogado
BAUSSET-ROQUEFORT
Mathieu-NIcolas, embajador de Francia
BEAUCHAINE
Charles-François, el caballero de
Charles-François, el caballero de
BEAUREPAIRE
Pierre-Yves
Pierre-Yves
BELFORD
Robert
BELLE-ISLE
Charles-Louis-Auguste Fouquet
Charles-Louis-Auguste Fouquet
Charles-Louis-Auguste Fouquet
Charles-Louis-Auguste Fouquet
Charles-Louis-Auguste Fouquet
Charles-Louis-Auguste Fouquet
BELLEVILLE de
Coronel de los Cien Suizos
BÉNARD
Abraham-Henri
BENEDICTO IV
Papa
BENEDICTO XIV
Papa
Papa
BÉNOUVILLE
Charles-Gabriel-Antoine, conde
Charles-Gabriel-Antoine, conde
Bernard Granville de Albemarle
2º Duque
BERNEZ
Gabriel Asinari, conde de

BERRYER
Nicolas-René, conde de La Ferrière
Nicolas-René, conde de La Ferrière
BESTUCHEF
Alexis, gran canciller del Imperio
Alexis, gran canciller del Imperio
Alexis, gran canciller del Imperio
Alexis, gran canciller del Imperio
BEYERLÉ
Jean-Pierre-Louis de
BIEBERSTEIN Von
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
Heinrich-Wilhelm Marschall
BIELKE
Nils, conde
Nils, conde
BJÖRNBERG
Carl, barón
BLOUNT
Elizabeth
BOCLAND
Messer
Messer
BÖHNEN

Johan von
BOLOGNE
Pierre de
Pierre de
Pierre de
Pierre de
BOSC
Henri de
Henri de
Henri de
BOSSE
Jean de
BOUILLON
Charles-Godefroy de, duque de
Charles-Godefroy de, duque de
Charles-Godefroy de, duque de
Charles-Godefroy de, duque de
Charles-Godefroy de, duque de
Charles-Godefroy de, duque de
BRAUN
Johann-Heinrich
BROUGHTON
Hohn Murray of
Hohn Murray of
BRUCE
Robert
Robert
BRÜHL
Aloysius-Friedrich Von, conde
Aloysius-Friedrich Von, conde
Aloysius-Friedrich Von, conde
Aloysius-Friedrich Von, conde
Aloysius-Friedrich Von, conde
Aloysius-Friedrich Von, conde
Aloysius-Friedrich Von, conde
BRUNSWICK

Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
Ferdinand de
BULKELEY
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
CAMPBELL
William

CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
,

, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo

, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo

, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo

, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
, CARLOS EDUARDO Estuardo
CARLOS I Estuardo
, CARLOS I Estuardo
, CARLOS I Estuardo
, CARLOS I Estuardo
, CARLOS I Estuardo
, CARLOS I Estuardo
, CARLOS I Estuardo
, CARLOS I Estuardo
CARLOS II Estuardo
, CARLOS II Estuardo
, CARLOS II Estuardo
, CARLOS II Estuardo
, CARLOS II Estuardo
, CARLOS II Estuardo
, CARLOS II Estuardo
, CARLOS II Estuardo
, CARLOS II Estuardo
, CARLOS II Estuardo
, CARLOS II Estuardo
CARLOS XIII
de Suecia
de Suecia

Caroline-Louise de Hesse-Darmstadt
CARTE
Thomas
Thomas
CARYLL
John-Baptist
John-Baptist
John-Baptist
John-Baptist
John-Baptist
John-Baptist
John-Baptist
John-Baptist
John-Baptist
CASTAGNET
Charles-Joseph-Pierre Tanchon de
Charles-Joseph-Pierre Tanchon de
CASTELLI
Giuseppe-Maria
CATALINA II
zarina de Rusia
CHAMBLY
Louis de
Louis de
Louis de
CHARLES VI
rey de Hungria
CHARLES VII
emperador de los romanos
CHARTRES
Louis-Philippe-Joseph de Orleans, duque de
Louis-Philippe-Joseph de Orleans, duque de
Louis-Philippe-Joseph de Orleans, duque de
Louis-Philippe-Joseph de Orleans, duque de
Louis-Philippe-Joseph de Orleans, duque de
CHESTERFIELD

Philip Dormer Stanhope, 4º conde de
Philip Dormer Stanhope, 4º conde de
CHEVERT
François de
François de
François de
CHOISEUL
Étienne-François de, duque
Étienne-François de, duque
Étienne-François de, duque
CHOUMITSKY
Nicolas
CIRO
de Persia
de Persia
de Persia
de Persia
de Persia
de Persia
de Persia
de Persia
de Persia
de Persia
de Persia
CLERMONT D'AMBOISE
Jean-Baptiste-Louis de
CLIFFORD
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh

Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
Hugh
COULIETTE de Hauterive
Benjamin
COUSIN DE COURCHAMPS
Maurice
COUSIN
Louis
Louis
CROMWELL
Oliver
Oliver
CRÖY
Emmanuel de
Crozat de Thiers
Louis-Antoine
Daum
Friedrich-Carl
Friedrich-Carl
Friedrich-Carl
Friedrich-Carl
Friedrich-Carl
Friedrich-Carl
Friedrich-Carl
de MAR
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde

John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
John Erskine, 6º conde
DERWENTWATER
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de

Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
Charles Radcliffe, 5º conde de
DESTOURS
François
DEUX-PONTS
Christian
DIDEROT
Denis
DILLON
Arthur
Arthur
DUJARDIN
Bénigne
DURKHEIM
Christian-Eckbrecht de, barón
Christian-Eckbrecht de, barón
Christian-Eckbrecht de, barón
Christian-Eckbrecht de, barón
Christian-Eckbrecht de, barón
Christian-Eckbrecht de, barón
Christian-Eckbrecht de, barón
Christian-Eckbrecht de, barón

EDGAR
James
James
James
James
James
James
James
EDUARDO II
de Inglaterra
EDUARDO III
de Inglaterra
de Inglaterra
ÉGUILLES
Jean-Baptiste Boyer de
Jean-Baptiste Boyer de
ELIBANK
Alexander Murray of
Alexander Murray of
Alexander Murray of
Alexander Murray of
Alexander Murray of
Alexander Murray of
Alexander Murray of
ELPHINSTONE
Arthur, barón de Balmerino
Emmanuel-François de Bausset
abate general del clero
ENGEL
Alfred
Ernst-Johann-Georg SCHMID
, Ernst-Johann-Georg SCHMID
EUSEBIO
de Cesarea
de Cesarea
FEDDERSEN

Klaus C.
FEDERICO II
de Prusia
de Prusia
de Prusia
de Prusia
de Prusia
Felipe el Hermoso
de Francia
de Francia
de Francia
de Francia
de Francia
FELIPE V
de España
FÉNELON
François Salignac
FERSEN
Axel de, conde
Axel de, conde
FEYDEAU de Marville
Claude-Henri
FILÓN
de Alejandría
de Alejandría
FILOSTORGIO
FINDEL
Joseph-Gabriel
Joseph-Gabriel
Joseph-Gabriel
Joseph-Gabriel
Joseph-Gabriel
Joseph-Gabriel
Joseph-Gabriel
FISCHER
Johann-Christian

FITZJAMES
François de
François de
François de
FLAVIO
Josefo
Josefo
FLEURY
André-Hercule
André-Hercule
André-Hercule
André-Hercule
FOCIO I
patriarca de Constantinopla
FRANCK
Philippe-Jacques
François-Xavier de SAXE
Françoise-Charlotte Oglethorpe
hermana de Eleanor, marquesa de Mézières
FRESNEL
Louis-Henri-Hyacinthe de Tailfumyr de
FROULAY
René-Caroline-Victoire de
René-Caroline-Victoire de
FUMÉE
Pierre-François
GAGES
François-Bonaventure-Joseph Dumont de
GALITSYNE
Dimitri-Alexeïevich
GAUCHER DE PRASLIN
Jean-François
GAYBLER
Jacques-Innocent
Jacques-Innocent

- Jacques-Innocent
- Jacques-Innocent

GEFFROY
- Auguste

GENTILS
- Philippe-François de
- Philippe-François de

George KEITH
- conde Marischal
- conde Marischal
- conde Marischal
- conde Marischal

Georges et Frédéric de Hesse-Darmstadt

GÉRARD
- Pierre-Félix-Antoine
- Pierre-Félix-Antoine
- Pierre-Félix-Antoine
- Pierre-Félix-Antoine

GILLY
- André de
- André de
- André de
- André de
- André de
- André de
- André de

GIRARD-AUGRY
- Pierre

GOGEL
- Johann-Peter
- Johann-Peter

GÖRING
- Henri
- Henri
- Henri
- Henri

Henri
Henri
GOULD
Robert-Freke
Robert-Freke
GRAEME
John
GRILLON
Louis de Berthon
GRUMBACH
Hugo wildgrave de Salm, comendador de
Hugo wildgrave de Salm, comendador de
Hugo wildgrave de Salm, comendador de
Hugo wildgrave de Salm, comendador de
Hugo wildgrave de Salm, comendador de
GUÉNET
Pierre de
Pierre de
Pierre de
Pierre de
Pierre de
Pierre de
Pierre de
Pierre de
Pierre de
Pierre de
Pierre de
GUGOMOS
Gottlieb-Franz Xavier, barón
Gottlieb-Franz Xavier, barón
Gottlieb-Franz Xavier, barón
Gottlieb-Franz Xavier, barón
GÜRTLERI
Nicolaï
Nicolaï
GUSTAVO III

de Suecia
de Suecia
de Suecia
de Suecia
de Suecia
de Suecia
de Suecia
de Suecia
HAMILTON
Ezekiel
Ezekiel
Ezekiel
Ezekiel
Ezekiel
Ezekiel
HARPÓCRATES
HARRIS
George
George
George
HENRI Estuardo
duque de York
duque de York
duque de York
duque de York
duque de York
duque de York
duque de York
duque de York
duque de York
duque de York
duque de York
duque de York
duque de York
duque de York

duque de York
duque de York
HOLKER
John
John
ITÉGUIEMME
Martin
Martin
JACOBI
Carl-Heinrich-Ludwig
Carl-Heinrich-Ludwig
Carl-Heinrich-Ludwig
JACOBO I
de Escocia
de Escocia
de Escocia
Jacobo II de Inglaterra
Jacobo VII de Escocia
Jacobo VII de Escocia
Jacobo VII de Escocia
Jacobo VII de Escocia
Jacobo VII de Escocia
Jacobo VII de Escocia
Jacobo VII de Escocia
Jacobo VII de Escocia
Jacobo VII de Escocia
Jacobo VII de Escocia
Jacobo VII de Escocia
Jacobo III de Inglaterra
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia

Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia

Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia

Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
Jacobo VIII de Escocia
JACOBO V
de Escocia
JACOBO VI
de Escocia = Jacobo I de Inglaterra
de Escocia = Jacobo I de Inglaterra
de Escocia = Jacobo I de Inglaterra
de Escocia = Jacobo I de Inglaterra
de Escocia = Jacobo I de Inglaterra
de Escocia = Jacobo I de Inglaterra
de Escocia = Jacobo I de Inglaterra

de Escocia = Jacobo I de Inglaterra
de Escocia = Jacobo I de Inglaterra
de Escocia = Jacobo I de Inglaterra
de Escocia = Jacobo I de Inglaterra
James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
, James KEITH
James KILMARNOCK
James Oglethorpe
, James Oglethorpe
Jarente de la Bruyère
Louis-Sextius, obispo de Orleans
JAUME de La Valette
Honoré
Jean-François Noyel de Bellegarde
Joachim-Hildebrand
von HUND
John KEITH

3º conde de Kintore
JOHNSON
Georg-Friedrich Von
Georg-Friedrich Von
Georg-Friedrich Von
Georg-Friedrich Von
Georg-Friedrich Von
Georg-Friedrich Von
Georg-Friedrich Von
Georg-Friedrich Von
Georg-Friedrich Von
Georg-Friedrich Von
Joly
Alice
JORGE de Hannover
rey de Inglaterra
rey de Inglaterra
rey de Inglaterra
rey de Inglaterra
rey de Inglaterra
rey de Inglaterra
rey de Inglaterra
rey de Inglaterra
rey de Inglaterra
rey de Inglaterra
rey de Inglaterra
Joseph-François de Bellegarde
marqués de las Marches
JOUBERT
hermanos François y Jean-Baptiste
hermanos François y Jean-Baptiste
hermanos François y Jean-Baptiste
JOYCE
Patric, banquero
JULIANO
el Apóstata

KEITH of Ravelston
    Alexander
KEITH of Uras
    Robert
KELLY
    George
    George
Kessler von Sprengseyen
    Christian-Friedrich
KIESENWETTER
    Ernst-Gottlob von
    Ernst-Gottlob von
KLOSS
    Georg
KUFSTEIN
    Johan-Ferdinand von
LA COSTE
    Pierre Filley de
la LUCE
    CHarles-Xavier d'Aguesseau, caballero de

La Porte du Theil
Jean-Gabriel
LA TIERCE
Louis-François de
La Tour du Pin
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
René-François-André de
LALANDE
Joseph-Jérôme Le François
Joseph-Jérôme Le François
LALLY
Thomas-Arthur de
LANDSPERG
Siegfred-Samson, barón de
Siegfred-Samson, barón de
Siegfred-Samson, barón de
Siegfred-Samson, barón de
Siegfred-Samson, barón de
Siegfred-Samson, barón de
LANGERON

Nicolas-Hector-Andrault de
Nicolas-Hector-Andrault de
Nicolas-Hector-Andrault de
LANSDOWNE
barón, 1º duque de Albemarle
barón, 1º duque de Albemarle
barón, 1º duque de Albemarle
barón, 1º duque de Albemarle
barón, 1º duque de Albemarle
barón, 1º duque de Albemarle
LAVATER
Diethelm
Diethelm
Diethelm
Diethelm
LE BIHAN
Alain
Le Boucher de Lenoncourt
François
LE DRAN
Nicolas-Louis
Nicolas-Louis
LE FORESTIER
René
René
René
René
René
René
LEFORT
Pierre-Frédéric
LEIGH
Richard
Richard
Richard
Richard

LENNING
Friedrich Mossdorf, alias Carl
LERNEUX
Gabriel Filley de
Gabriel Filley de
Gabriel Filley de
Gabriel Filley de
Gabriel Filley de
Gabriel Filley de
LESTIENNE
Philippe
Leszczynski
Stanislas
LICHIGARAY
Timothée, armador
LINTON
Charles Stewart, Lord
LOCHIEL
Donald Cameron, barón de
Louis-Philippe de Orleans
duque de Chartres
LOVAT
Simon Fraser, 11º Lord
Simon Fraser, 11º Lord
Simon Fraser, 11º Lord
Simon Fraser, 11º Lord
Simon Fraser, 11º Lord
Simon Fraser, 11º Lord
Simon Fraser, 11º Lord
Simon Fraser, 11º Lord
Luis XIV
Luis XV
, Luis XV
, Luis XV
, Luis XV
, Luis XV

, Luis XV
, Luis XV
, Luis XV
, Luis XV
Luis XVI
de Francia
Luís
Louis IX, san Luís
Louis IX, san Luís
LUMIÈRE
Thomas
Thomas
Thomas
Thomas
LUMISDEN
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
Andrew
LUTZELBOURG
Antoine-Joseph, conde de
Antoine-Joseph, conde de
Antoine-Joseph, conde de
LUYNES

Charles-Philippe sde Albert, duque de
Charles-Philippe sde Albert, duque de
Charles-Philippe sde Albert, duque de
Charles-Philippe sde Albert, duque de
MacDonell of Glengarry
Alastair-Ruadh
Mackenzie-Douglas
of Kildin, Pierre-Alexandre
of Kildin, Pierre-Alexandre
MACKENZIE
George
George
George
George
MALLET
Jean-David
María Antonieta
reina
MARISCHAL
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde

George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde

George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde
George KEITH, 10º conde

de Pasqually
de Pasqually
de Pasqually
de Pasqually
MARWIN
William T.R.
MASSANES
Gabriel de
Gabriel de
Gabriel de
Gabriel de
Gabriel de
Gabriel de
Gabriel de
Gabriel de
Gabriel de
MAUREPAS
Jean-Frédéric Phélypaux de
Jean-Frédéric Phélypaux de
Jean-Frédéric Phélypaux de
Maurice de SAXE
conde
conde
conde
conde
conde
MELISSINO
Pierre
Pierre
Pierre
MERZDORF
Theodor
Theodor
Meunier de Précourt
Antoine
MÉZERAY

François-Eudes de
MOISÉS
personaje bíblico
MOLAY
Jacques de
Jacques de
Jacques de
Jacques de
Jacques de
Jacques de
Jacques de
Jacques de
Jacques de
Jacques de
Jacques de
Jacques de
Jacques de
MOLLIER
Pierre
MONCK
George
George
MONTESQUIEU de Segondat
Charles-Louis
Charles-Louis
Charles-Louis
MONTGOMERIE
Alexander Seton, conde de Elington
Alexander Seton, conde de Elington
Alexander Seton, conde de Elington
Alexander Seton, conde de Elington
Alexander Seton, conde de Elington
MORERI
Louis
MORIN

Étienne
Étienne
Étienne
Étienne
Étienne
Étienne
Étienne
Étienne
Étienne
MOSSDORF
Friedrich, alias Carl Lenning
Friedrich, alias Carl Lenning
Musin-Puskin
Aleksei-Semenovich
Aleksei-Semenovich
MYLIUS
Johann-Wilhelm
NABUCODONOSOR
rey de Babilonia
NASSAU-WEILBURG
Charles de
Charles de
Charles de
NATTER
Lorenz
NETTELBLADT
Christian-Carl von
Christian-Carl von
NEWCASTLE
Thomas Holles, duque de
Thomas Holles, duque de
O’BRIEN
Daniel
Daniel
Daniel
OGILVIE

David
David
David
David
David
David
David
David
David
David
David
David
David
David
David
David
David
David
David
David
David
OLLIVIER
Jacques
OSTROGOTIA
Frédéric-Adolphe, duque de
Frédéric-Adolphe, duque de
OXENSTIERNA
Johan-Gabriel
PAGANIS
Hugues
PASQUALLY
Jacques Delivon Martinès de
Jacques Delivon Martinès de
Jacques Delivon Martinès de
Jacques Delivon Martinès de
Jacques Delivon Martinès de
PATERSON

John
John
John
PAYNS
Hugues de
PECQUET
Louis
PERTH
James Drummond, 1º duque de
James Drummond, 1º duque de
James Drummond, 1º duque de
James Drummond, 1º duque de
James Drummond, 1º duque de
James Drummond, 1º duque de
James Drummond, 1º duque de
James Drummond, 1º duque de
James Drummond, 1º duque de
James Drummond, 1º duque de
James Drummond, 1º duque de
James Drummond, 1º duque de
Petit de Boulard
Jean-Baptiste-Diedonné
Jean-Baptiste-Diedonné
Jean-Baptiste-Diedonné
Jean-Baptiste-Diedonné
Jean-Baptiste-Diedonné
Jean-Baptiste-Diedonné
Jean-Baptiste-Diedonné
Pierre-Pic de Goudal
de la Goudalie
PIGIS
René de
PITÁGORAS
PLOMMENFELD
Karl-Andres von
Karl-Andres von

POLLET
Jean-François
Jean-François
Jean-François
Jean-François
Jean-François
POPE
Alexander
POSSE
Knut-Carlsson
PRÉVOST
Antoine-François
PRINTZEN
Friedrich-Wilhelm von
Prost de Royer
Antoine-François
RADCLIFFE
Jacques-Clément
Jacques-Clément
Jacques-Clément
Jacques-Clément
Jacques-Clément
Jacques-Clément
Jacques-Clément
Jacques-Clément
Jacques-Clément
Jacques-Clément
Jacques-Clément
Jacques-Clément
Jacques-Clément
Jacques-Clément
RALEIGH
Lord
RAMSAY
André-Michel
André-Michel

André-Michel
André-Michel
André-Michel

Ernst-Werner von
Ernst-Werner von
Ernst-Werner von
Ernst-Werner von
Ernst-Werner von
REUMONT
Alfred von
RICARDO I
de Inglaterra
RICHIELIEU
Armand-Louis du Plessis de
Robert Keith of Ludquhairn
, Robert Keith of Ludquhairn
ROSA
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel

Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel

Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
Philipp-Samuel
ROTIS
Pierre de
Rouillé de Jouy
Antoine-Louis
RUNKEL
Ferdinand
RUTOWSKA
Maria-Anna-Katharina
RUTOWSKI
Friedrich-August
Friedrich-August
Friedrich-August
SACK
Johan-Gabriel
SACKVILLE
Charles, conde de MIDDLESEX
Charles, conde de MIDDLESEX
Charles, conde de MIDDLESEX
Charles, conde de MIDDLESEX
SAINT-AMOUR
Godefroi
SAINT-FLORENTIN
Louis-Phélypeaux de
Louis-Phélypeaux de
SAINT-MARTIN
Louis-Claude
Louis-Claude
Louis-Claude
Louis-Claude
Louis-Claude
SAINT-SAUVEUR
Jean-Baptiste de Cury
Jean-Baptiste de Cury

Jean-Baptiste de Cury
Jean-Baptiste de Cury
SALKELD
Thomas
Thomas
Thomas
Thomas
Thomas
Thomas
SALOMÓN
personaje bíblico
personaje bíblico
personaje bíblico
personaje bíblico
personaje bíblico
personaje bíblico
personaje bíblico
personaje bíblico
personaje bíblico
personaje bíblico
personaje bíblico
personaje bíblico
SAVALETTE DE LANGES
Charles-Pierre-Paul
SAXE-MEININGEN
Charles
Charles
SCHEFFER
Carl-Frédéric
Carl-Frédéric
Carl-Frédéric
Carl-Frédéric
Carl-Frédéric
Carl-Frédéric
SCHELL

Charles Alexandre de
Charles Alexandre de
SCHMID
Conrad-Jacob
Conrad-Jacob
Conrad-Jacob
Conrad-Jacob
SCHÖNBERG
Wolf-Christian von
Wolf-Christian von
Wolf-Christian von
Wolf-Christian von
Wolf-Christian von
Schönborn
Franz-Joseph-Bonaventura
Franz-Joseph-Bonaventura
Franz-Joseph-Bonaventura
Franz-Joseph-Bonaventura
SCHREPFER
Johann-Georg
Johann-Georg
SCHRÖDER
Friedrich-Ludwig
Friedrich-Ludwig
Friedrich-Ludwig
Friedrich-Ludwig
Friedrich-Ludwig
SCHUBART
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian

Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
Johann-Christian
SEDDON
Geoffrey B.
SEMPILL
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
Francis
SHERIDAN
Michael
SMELTZING
Jan
SMITH
Charles

SPARRE
- Axel-Ericson Wrede von
- Axel-Ericson Wrede von
- Axel-Ericson Wrede von
- Axel-Ericson Wrede von
- Axel-Ericson Wrede von
- Axel-Ericson Wrede von

SPENCE
- Joseph

SPRENGPORTEN
- Georg-Magnus

STARCK
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August
- Johan-August

Johan-August
Johan-August
Johan-August

Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
Johan-August
STEINHEIL
Philippe-Frédéric
Philippe-Frédéric
STEUART
James
James
James
James
James
James
James
James
James

James
James
James
James
STEWART
John
John
John
John
John
John
John
John
John
STOLBERG
Louise de
Louise de
Louise de
STRICKLAND
Francis
SUCHIN
Margaret-Albertina-Conradina von
SUDERMANIA
Charles, duque de
Charles, duque de
Charles, duque de
Charles, duque de
Charles, duque de
Charles, duque de
Charles, duque de
Charles, duque de
Sylvestre de Grumbach
, Sylvestre de Grumbach
, Sylvestre de Grumbach
, Sylvestre de Grumbach
, Sylvestre de Grumbach

TARGE
- Jean-Baptiste
- Jean-Baptiste
- Jean-Baptiste
- Jean-Baptiste
- Jean-Baptiste

TESSÉ
- Henri-Louis de Froulay, marqués de

THORY
- Claude-Antoine
- Claude-Antoine
- Claude-Antoine
- Claude-Antoine
- Claude-Antoine
- Claude-Antoine
- Claude-Antoine

THOYRAS
- Jacques-Benjamin Rapin de

THREIPLAND
- Stuart

THUROT
- François

TITO
- emperador romano

TULLIBARDINE
- William Murray, marqués de
- William Murray, marqués de
- William Murray, marqués de
- William Murray, marqués de
- William Murray, marqués de
- William Murray, marqués de
- William Murray, marqués de
- William Murray, marqués de
- William Murray, marqués de
- William Murray, marqués de

William Murray, marqués de
William Murray, marqués de
VALOIS
Charles de
Charles de
Charles de
Charles de
Charles de
Charles de
VEGESACK
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von
Friedrich von

Friedrich von
Friedrich von
VERCHAMP
Humbert Gerbier de
Humbert Gerbier de
Humbert Gerbier de
VEYRES
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
VICKLAND
el caballero
el caballero
el caballero
el caballero
VIETH
Johann-Julius
Johann-Julius
Viltzhum von Eckstadt
Friedrich-Anton
VORONCOV
Mikhail-Illarionovich
WAECHTER
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von

Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
Karl-Eberhard von
WALKINSHAW
Clementina
WALPOLE
Robert
WATERS
George
George
WEHLEN
Sophia-Elisabeth von
WEILER
Johann-Georg-August von
Johann-Georg-August von
Johann-Georg-August von
Johann-Georg-August von
Johann-Georg-August von
Johann-Georg-August von
Johann-Georg-August von
Johann-Georg-August von
Johann-Georg-August von
Johann-Georg-August von

Johann-Georg-August von
Johann-Georg-August von
Johann-Georg-August von

Philip de, 1º duque
Philip de, 1º duque
Philip de, 1º duque
Philip de, 1º duque

WILLERMOZ

Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste

Jean-Baptiste
Jean-Baptiste
Jean-Baptiste

Charles
Charles
ZACHARIAS
Ernst
ZAMBAULT
Louis-François
Louis-François
Louis-François
Zollicoffre de Altenklinge
Frédéric
ZOROBABEL
, ZOROBABEL

Este ensayo histórico de André Kervella
se terminó de componer en las
colecciones de la editorial
M A S O N I C A ®
en el día 18 de
enero de
2022.

Notas

[← 1]

John Erskine of Mar, Philip of Wharton, James-Hector MacLane, Charles Radcliffe of Derwentwater. El primero no ha sido nunca citado, es gracias a investigaciones recientes que ha podido salir a la luz.

[←2]

Resulta sorprendente constatar todavía como recientes obras dedicadas a la historia de la francmasonería francesa postulan que en el siglo dieciocho las primeras logias del reino estaban divididas después de 1717 entre una tendencia que se inspiraba en las de Inglaterra y otra tendencia que seguiría la tradición jacobita. Por esta razón se encontrarían en rivalidad entre ellas. Las estadísticas desmienten tal punto de vista. ¿Cuántas logias francesas se crearon sobre el territorio en la primera mitad de siglo reivindicando expresamente su pertenencia a la Gran Logia de Londres? Seamos muy generosos: no más de media docena. Todas las otras no tienen ninguna relación con esta Obediencia, y se pueden contar en más de un centenar. El desequilibrio numérico es tan flagrante que es absurdo mantener la segunda tesis de una rivalidad de influencia.

[←3]

Le Forestier 1970: 107.

[←4]

Archivos particulares de André Kervella. Ver también Bibliothèque du Musée Calvet, Avignon, manuscrito 3069, que presenta un ritual posterior titulado *Grade de Parfait Elu de la Voute sacrée de Jacques VI, ou Vrai maître et G^{d} Ecossais*. Paul Naudon [1996 : 209] ofrece el resumen de otro ritual que tuvo entre manos: *Grand Elu de la Voûte Sacrée, dit de Jacques VI ou Sublime Maçon*.

[←5]

Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers, Neuchâtel, Samuel Faulche, 1751-1765: XIV, 641. » Zapar, según Daviler, es derribar una obra con martillos, picos, azadas, y apuntalando la parte superior, se vacía por debajo, pegando fuego a los puntales, o si se trata de un peñasco excavando y metiendo una mina bajo el mismo».

[←6]

Ibid. X, 132. «MARTILLO, s.m. *Martillo del tallador de piedra*. Tiene formas y nombres diferentes. Una de ellas se denomina pico; existe el pico para la piedra dura y el pico para la piedra blanda. El primero tiene su extremidad puntiaguda, la segunda la tiene cortante. Otra, se llama hacha, el hacha tiene las dos extremidades cortantes, pero una de estas extremidades tiene dientes o está dentelada.

[←7]

Ibid. XII, 635-636 «PALANCA, s.f., (*herramienta*), de hierro redondo, de cuatro pies de largo y dos pies de diámetro, cortada por un lado en bisel, para darle mayor presa y entrada en la junta de las piedras, u otros materiales, que sirve para remover, desunir y demoler».

[←8]
ADAMSON 1849: 520.

[←9]

LESLIE 1830: 30.

[←10]

Bodleian Library, *Journal d'Ashmole*, 16 octubre 1646. «1646, Oct. 16, 4.30 P.M. – I was made a Free Mason at Warrington in Lancashire, with Coll: Henry Mainwaring of Karincham in Cheshire. The names of those that were then of the Lodge [were] Mr Rich. Penket Warden, Mr James Collier, Mr Rich. Sankey, Henry Littler, John Ellam Rich: Ellam and Hugh Brewer».

[←11]

British Library, Manuscrit Sloane 3848. Transcrito en HUGHAN 1872: 47-51.

[←12]

BÜSCHING 1785: III, 329. «La restauración del rey Carlos II al trono de Inglaterra fue decidida y concertada con ocasión de una reunión de francmasones, porque el general Monck era miembro de la misma y pudo de esta manera llevar a cabo su propósito, sin la menor sospecha».

[←13]

HISTORICAL MANUSCRIPTS COMMISSION, Reports on the Manuscripts of the Earl of Eglinton, sir J. Stirling Maxwell, bart, C. S .H. Drummond Moray, Esq. C. E. Weston Underwood, Esq. and G. Wingfield Digby, Esq., Londres, Eyre and Spottiswoode, 1885: 490. Carta a George Kelly, 20 de mayo de 1737. El apelativo de francmasonería no aparece en el texto. Pero su alusión es absolutamente clara. El autor de la carta habla de un club con ramificaciones por doquier; para caracterizarlo, utiliza perífrasis muy frecuentes entre los jacobitas de esta época.

[←14]

RAW, SP 491/123. Informe sobre el encuentro habido entre el barón Karl-Eberhard von Wächter y Carlos-Eduardo Estuardo, Florencia, 21 de septiembre de 1777.

[←15]

RAVAISSON 1800: XI, 56 y 66. Orden de arresto del 20 de abril de 1703, liberación el 17 de junio de 1704.

[←16]

RAW, SP 65/39, Jacobo III, Roma, al duque John Erskine, duque de Mar, 16 de mayo de 1722.

[←17]

Statutes of the Religious and Military Order of the Temple as established in Scotland, with an Historical Notice of the Order, Édimbourg, 1843.- Edinburgh Advertiser, 1º diciembre 1843.

[←18]

MAE, serie *Mémoire et documents*, subserie Angleterre, volumen 90, fº301. Carta de Thomas Salked a Francis Sempill, 15 de noviembre de 1734.

[←19]

Ibid. volumen 88, fº 95.

[←20]

Biblothèque d'Épernay, manuscrito 124, ffº 7-11. Este manuscrito no firmado no está escrito por Ramsay. Cotejándolo con sus cartas que se encuentran conservadas en el castillo de Windsor, en el dosier de los Estuardo (en lengua inglesa), o a las conservadas en el Welcome Medical Library (en lengua francesa), se observan claramente divergencias de caligrafía y ortografía. Consideramos las escritas en francés a fin de hacer metodológicamente aceptable la confrontación: divergencias notables en la grafía de las *y*, de las *m*, de las *s*, etc.; diferencias de ortografía, apareciendo acá *tems*, y allá *temps*, acá *hierogliphes*, allá hieroglyphes, acá *francs masons*, allá *freemaçons*, etc.

[←21]

Welcome Medical Library, manuscrito 5744/10. Carta 12. André-Michel de Ramsay. Bédarride, al marqués Joseph de Seytres de Caumont, Avignon, 16 de abril de 1737.

[←22]

Ibid. 3ª página.

[←23]

PHILOSTORGIUS 1676: 683-684. «Mientras se echaban los cimientos, una piedra que se había colocado primero salió de su lugar y abrió el acceso a una cueva que había sido excavada en una roca. Los contratistas, que querían saber qué había [684] en ella, hicieron descender a un trabajador con una cuerda. Encontró agua, que le llegaba hasta la mitad de los muslos, y al tocar los lados, reconoció que la cueva era quarrée [cuadrada]. Encontró en el medio una columna, que se levantaba un poco por encima del agua, en la que encontró un libro envuelto en una tela muy fina, que tomó e hizo una señal para que lo subieran. Cuando estuvo en la entrada de la cueva, todos se sorprendieron al ver este libro en sus manos, que parecía nuevo. Tan pronto como lo abrieron, pudieron leer estas palabras en letras grandes: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios*, y los paganos, y los judíos quedaron conmovidos con mayor asombro que antes." [Ortografía modernizada]

[←24]

Carta de Jean-François Pollet a Johann-Peter Gogel, 25 de abril de 1763. Citada por KLOSS 1842: 37, y 1848: 417.

[←25]
KERVELLA 2009: 279-294.

[←26]

Mar confirma su vínculo familiar con Ramsay, lo que permite a Jacobo III establecerle un certificado de nobleza. «Jacobo, por la gracia de Dios Rey de la Gran Bretaña, defensor de la Fe, etc., a todos aquellos que la presente, vieren; Salud. Habiéndonos sido testificado por diversos señores y pares de nuestro reino que el señor André Michel Ramsay, gentilhombre escocés, es descendiente por parte de padre de la noble y antigua casa del conde de Dalhousie Ramsay, conde y par de Escocia, y por su madre de la muy noble e ilustre casa del Duque de Mar, Erskine Duque y par de Escocia, hemos tenido a bien conceder esta declaración auténtica de nobleza de extracción para que le sirva y valga, llegada la necesidad. Dada en nuestra corte de Albany este 24 de mayo del año de gracia de 1723 y de nuestro reino el 22».

[←27]

RAW, SP 50/121. Carta de André-Michel de Ramsay, París, a Jacobo III, 23 de diciembre de 1720.

[←28]

RAW, SP 66/42. Carta de Daniel O’Brien, París, a James Butler of Ormonde, Avignon, 15 de febrero de 1723. En su correspondencia, la mayoría de veces, los jacobitas utilizan seudónimos para designar a personajes reales, de acuerdo a una parrilla que tenían en común y que cambiaba frecuentemente. Era un medio que hacía más difícil las investigaciones de identificación llevadas a cabo por espías hannoverianos cuando sus cartas eran interceptadas. Utilizaban igualmente alegorías y parábolas para significar hechos de los que dichas alegorías y parábolas eran la clave. El marqués de Brion del que Ramsay fue gobernante es Charles-François, hijo del conde René-Ismidon de Sassenage.

[←29]

RAW, SP 81/26, Jacobo III a Claude-Hercule de Fleury, obispo de Fréjus, París, 25 de marzo de 1725. En otro correo a James Murray of Stormont, del 28 de marzo siguiente (SP 81/38), Jacobo III llega hasta hablar de un Ramsay un poco perturbado, un poco loco. «Ramsay is an odd body. He exposed himself strangely here to myself and others in many different occasions, but as yet I will be charitable enough to think a mad man».

[←30]
RAMSAY 1727: II, 2.

[←31]

Welcome Library, manuscrito 5744/6, carta 8. Carta de André-Michel de Ramsay, Bédarride, al marqués Joseph de Seytres de Caumont, Avignon, 10 de octubre de 1728. «He añadido todavía otro episodio en Ciro, de tal suerte que hago presente a mi héroe en las revoluciones de Egipto, de Esparta y de Atenas, por ello efectúa cuatro o cinco gestas guerreras que anuncian en todas partes al conquistador. No escribo un poema épico, y no pretendo seguir en absoluto las reglas previstas. Por lo demás, mi héroe hace presentes, tantas hazañas militares como pudieron hacer Aquiles o Ulises».

[←32]

RAW, SP 50/100. Carta de George Granville, barón de Lansdowne (futuro duque de Albemarle), París, a Jacobo III, 20 de diciembre de 1720.

[←33]

Ibid.

[←34]

ANDERSON 1723: 50, 46.

[←35]

Bodleian Library Oxford, manuscrito Carte 227. Carta de Daniel O’Brien, París, a Thomas Carte, Londres, 22 de agosto de 1734.

[←36]

Gustave Bord es el primero en darle este título. Después de él, los compiladores lo retoman, ignorando que no ha aparecido nunca como tal en los archivos jacobitas.

[←37]

RAW, SP 51/67. Carta del duque de Mar, París, a John Hay, Roma, 20 de enero de 1720.

[←38]

NA, State Papers 98/35. Carta de Brinley Skinner, Roma, 26 de diciembre de 1733.

[←39]

Ibid. 98/37. Carta de Philip von Stosch, Florencia, 2 de enero de 1734.

[←40]

Ibid. 98/40. Carta de Charles Fane, 9 de julio de 1737.

[←41]
MOSSDORF 1828: III, 335.

[←42]

No resulta superfluo recordar que Jacques-Benjamin Rapin de Thoyras es hijo de Paul, hugonote expatriado, que se había enrolado como capitán de caballería en el ejército británico, distinguiéndose después como historiador. Nacido en Wesel el 8 de junio de 1707, es director de las colonias francesas de Settin y de Stargardt. En 1739, contrae matrimonio con Suzanne-Uranie Bérengier de La Blanche.

[←43]

RAW, SP Box 6, legajo 9. «An act the Atteinder of George Earl Marischall [y otros]».

[←44]

Exactamente el 29 de diciembre de 1725.

[←45]

MAE, serie *Mémoires et documents*, subserie *Angleterre*, volumen 84, fº 108. Carta de George Keith, conde Marischal, Segovia, a Francis Sempill, París, 5 de julio de 1734. Tullibardine es demandado por un comerciante de vinos que le reclama el pago de antiguas deudas, tras numerosas peticiones.

[←46]

Ibid. volumen 90, fº 225. Carta de Jacobo III, Roma, a George Keith, al amparo de Francis Sempill, París. Jacobo explica al final de la misma que no la firma con su nombre, pero que Marischal conoce perfectamente su escritura

[←47]

Ibid. volumen 88, fº 165. Hay que escribirle empleando los términos siguientes: «To George Scot, al amparo del Reverendo padre Shelly, del colegio de Reverendos padres Jesuitas inglés en Lieja».

[←48]

Ibid. volumen 87, fº 312.

[←49]

Ibid. volumen 87, fº 365. Carta de Jacobo III, Roma, a Francis Sempill, París, 14 de febrero de 1743. «I knew nothing of it till the slep [sleep] was taken».

[←50]

Ibid. volumen 84, fº 188. Carta de George Keith, conde Marischal, Boulogne, a Francis Sempill, París, 10 de febrero de 1743.

[←51]

En preparación: « La grande maîtrisse du duc d’Antin 1740-1743 ».

[←52]

A modo de recordatorio, mencionaré este extracto de la carta del marqués de Calvière, París, a Philippe-Valentin Bertin de Rocheret, de fecha 5 de abril de 1740. «Encontrareis nuestra venerable Orden un poco cambiada a vuestra vuelta; el poder legislativo ha pasado a otras manos, más elevadas en realidad, pero menos acostumbradas a manejar la paleta; cabe temer incluso que no se deslice una cierta tintura de despotismo, lo que vos sabéis mejor que yo, resulta el veneno más peligroso para toda especie de sociedad, y el presagio casi seguro de la caída de las repúblicas mejor fundamentadas». [BNF, manuscrito 15176, fº 228]. Este extracto de carta valída otras fuentes que dan como grandes maestros, en sucesión del conde Charles Radcliffe de Derwentwater, al duque de Aumont y al duque de Villeroy, respectivamente en 1738-1739 y en 1739-1740. Por ejemplo, en la reseña histórica del *Livre de la très noble et très illustre société et fraternité des maçons libres à l'usage des respectables loges de France*, impreso a finales de 1740, Villeroy es claramente designado como «antiguo gran maestro», mientras que Antin lo es como «gran maestro» simple y llanamente. Y en el registro de la logia de Aviñón, en 1749, se lee esto: «El marqués de Calvière, iniciado en los sagrados misterios, dio la luz al Hermano duque de Aumont, que ha sido el primer gran maestro de todas las logias de Francia». [Biblioteca Municipal de Avignon, manuscrito 6692. «Reglamentos y estatutos de la Respetable Logia San Juan de Jerusalén de Avignon, el año 5749». Discurso preliminar, p. 3, 2, I.]

[←53]

FRAZER 1868: 484. Carta de William Hay, Roma, a William Gordon, 2 de febrero de 1732.

[←54]

«Una correspondencia inédita de Montesquieu», en *Revue d'histoire littéraire de la France*, Armand Colin, París, marzo/abril 1982: 189. Carta de Charles-Louis de Secondat Montesquieu a la marquesa de Resnel, comienzo de junio de 1734.

[←55]

RAW, SP 229/22. Carta de André Ramsay, París, a Jacobo III, Roma, 5 de diciembre de 1740.

[←56]

MAE, serie *Mémoires et documents*, subserie *Angleterre*, volumen 76, fº 102.

[←57]
GOULD 1951: 300.

[←58]

STEEL-MARET 1893: 76. Carta del 9 de junio de 1761.- THULSTRUP: 45.

[←59]

Lausitzisches Magazin oder Sammlung verschiedener Abhandlungen und Nachrichten zum Behuf der Natur-, Kunst-, Welt- und Vaterlandsgeschichte, der Sitten, und der schönen Wissenschaften, 31 enero de 1777, pp. 24-25, y 14 de febrero de 1777. Pp.34-37.

[←60]

ZACHARIAS 1841: II, np, III.

[←61]

FINDEL 1874: 330.

[←62]

Archivos de la ciudad de Hamburgo, Cirkelkorrespondez der engbünde (Schröder), 130, fº 71. Transcripción de Theodor Merzdorf, 1842.

[←63]

LUYNES: III, 305 y 310.

[←64]
MOSSDORF 1828: 55.

[←65]

Archivos del Gran Oriente de Francia, Protocolo de la justa y perfecta logia *Aux Trois Cygnes*, Dresde, ffº 207 y 231.

[←66]
MOSSDORF 1828: 280.

[←67]

BNF, Manuscrito 10287, fº 251.

[←68]

RAW, Stuart Papers, 291, 292, passim.

[←69]

Biblioteca del Instituto, París. Manuscrito 1642, *Mémoires de ma vie*, tomo II, cuaderno nº 9, fº 92 vº sq.

[←70]
SCHRÖDER I, 68.

[←71]

KLOSS [1842: 1] cita al marqués de Thiers como aportando su contribución a la formación de la logia. En la página siguiente, habla del marqués de La Tierce. Precisa que el primero pertenece a la misma gracias al mariscal de Belle-Isle. Se revela por otra parte en este mismo documento que este no es el caso para el marqués de La Tierce, al contrario de Louis-Antoine Crozat de Thiers, a menudo citado unas veces como barón y otras como marqués. Es bajo este segundo título que un escrito de la época lo muestra entrando el primero en Praga para pedir la rendición del gobernador, mientras que el asedio es llevado a cabo justamente por Belle-Isle [BOIS-JOURDAIN II, 142-143]. Nacido el 13 de julio de 1700 en París, Parroquia Saint-Eustache, se trata del hijo menor del famoso financiero Antoine Crozat, habiendo amasado una gran fortuna a comienzos de siglo. Casado el 19 de diciembre de 1726 con Marie-Louise-Augustine de Montmorency-Laval, Louis-Antoine es Mariscal General de las Logis des Camps y Ejércitos del Rey cuando hace las campañas de Alemania, luego más tarde es propuesto para servir en las mismas funciones junto al conde Maurice de Saxe en Flandes.

[←72]

MAE, serie Mémoires et documents, subserie Angleterre, volumen 88, fº 165. Carta de Charles Smith, Boulogne, 24 de julio de 1742.

[←73]

Ibid. volumen 86, fº 89-104.

[←74]

SEDDON 1995: 98, 145, 155.

[←75]
Ibid. 108.

[←76]

La logia fue constituida el 12 de febrero de 1744 por la de Hamburgo.

[←77]

MARWIN, William T.R., Materials for a catalogue of Masonic Medals, Boston 1877; plancha II, 16-17; The Medals of the Masonic Fraternity described and illustrated, Boston 1880: plancha II, 16-17.

[←78]

Archivos del Gran Oriente de Francia, Protocolo de la justa y perfecta logia *Aux Trois Cygnes*, passim.

[←79]

BNF, manuscrito FR 15176. Correspondencia Bertin de Rocheret, fº 328. Carta de Charles-Joseph-Pierre Tanchon de Castagnet, a Philippe Valentin Bertin de Rocheret, París, 25 de octubre de 1742.

[←80]

Renaissance Traditionnelle nº 43-44, julio-octubre 1980: 176. Kessler von Sprengseysen, discurso pronunciado con motivo de las exequias del barón de Hund.

[←81]

BHVP, manuscrito 617, fº 25. Gazetin, 7 de julio de 1737.

[←82]

RAW, SP/ 493[A]. Carta del barón Karl-Eberhard von Waechter a Carlos Eduardo Estuardo, 4 de febrero de 1778.

[←83]

BNF, Ms 10292, fº 156, 13 de noviembre 1746, Marville a de Argenson.

[←84]

Thomas Clifford, tío de Hug Clifford, fue el primer marido de Charlotte-Maria Livingston, condesa de Newburgh, que después de quedar viuda en 1719 esposó segundas nupcias con Charles Radcliffe.

[←85]

MAE, serie *Mémoires et documents*, subserie *Angleterre*, volumen 79, fº 235-239.

[←86]
GIBSON 1850: 148.

[←87]

MAE, serie *Mémoires et documents*, subserie *Angleterre*, volumen 79, fº 235.

[←88]

BAIGENT y LEIGH 1991: 241.

[←89]

FRASER, William, 1859: *Memorials of the Montgomeries Earl of Eglinton*, Edimburgo, 337. Carta de Michel Ramsay, París, 2 de noviembre de 1742.

[←90]

BAIGENT y LEIGH 1991: 240.

[←91]

Biblioteca del GODF, AR/Fonds H, carpeta 3, Registro de la logia Escocesa L'Union, fº 42 vº.

[←92]

BNF, Bastille, manuscrito 10288 y 10289. Vigilancia de extranjeros, passim, 1743-1744.

[←93]

BNF, Manuscrito 10289, fº 74. Informe del 12 de febrero de 1744. «Estos señores [próximos a Thompson] murmuran mucho sobre el incendio que ha sucedido y presumen que el Pretendiente de Inglaterra está aquí en Francia; dicen que Francia va a transportar muchas armas a su país y gran cantidad de tropas también, y desde entonces no han dejado de correr día y noche, especialmente el Sr. Gondel que regresa todas las noches a las 4 de la madrugada».

[←94]

Ibid. fº 74, 22 de febrero de 1744.

[←95]

Ibid. fº 131, 16 de marzo de 1744.

[←96]

BHVP, manuscrito 617, fº 310. Boletín, 29 de septiembre de 1737. «Los francmasones se han reunido todavía dos veces en el hotel de la Guette desde la prohibición, y han hecho dos recepciones, y dicen que a menos que no haya una ordenanza del rey que se explique expresamente sobre la prohibición de reunirse nominatim [nominalmente] o que el propio rey se explique en público, no se darán por aludidos ni se dejarán intimidar por la policía».

[←97]

Citado en numerosos informes de la policía parisina, siendo objeto de un seguimiento especial. Thomas Matthews lo cita igualmente en *A Narrative of the Proceedings of His Majesty's Fleet in the Mediterranean*, J. Millan, Londres 1744: 116.

[←98]

Philip Vincent morirá en Londres el 11 de diciembre de 1746.

[←99]

BNF, manuscrito 10289, fº 62: «El capitán inglés de la flota del general Matthews (cuyo nombre diré en breve) alojado en la calle Guénégaud, en casa del señor Duval en el hotel de Carignan. Cuando dicho capitán llegó a París, fue llevado a dicho hotel por un hombre muy descontento con el servicio de los ingleses y se había prometido, según lo que decía, no servirle más, sin embargo, hemos observado hace unos pocos días que lo que dijo entonces fue solo fingido o que cambió de modo de pensar. Sabemos todo sobre sus habladurías, por lo que dice su doméstica de que a la postre se unirá a la flota inglesa.

[←100]

BHVP, manuscrito 719, res. 21. Carta de Claude-Henri Feydeau de Marville, París, a Jean-Frédéric Phélyppeaux de Maurepas, París, 12 de diciembre de 1743.

[←101]

KLOSS XX-1 [LATOMIA, 1994].

[←102]

Biblioteca Municipal de Lyon, manuscrito 5847, legajo 31.

[←103]

KLOSS XX-1 [LATOMIA, 1994], ffº 21-22.

[←104]

BNF FM[1] 58, ff° 98v°, 99 r°, 412 v°.

[←105]

MAE, serie Mémoires et documents, subserie Angleterre, volumen 76, fº 211 y 217, y volumen 75, fº 201 vº.

[←106]

Statutes of the Religious and Military Order of the Temple as Established in Scotland, with an Historical Notice of the Order, Edimbourg, 1843, pp. XVI-XVII.

[←107]

Ibid.- y *Edinburgh Advertiser*, 1º diciembre 1843.

[←108]

RAW SP, 203/163. James Murray (Dumbar), Roma, a Daniel O’Brien, París, 8 de enero de 1738. […] «La historia del secreto de los masones es bastante placentera y espero que no olvide enviarme una copia de la declaración, porque nuestros príncipes tienen mucha curiosidad por conocer este secreto. Tuve el honor de devolver a LL.AA.RR. Las cartas que me enviaste para ellos y no dejarán de responderlas [...]»

[←109]

MAE, serie *Mémoires et documents*, subserie *Angleterre*, volumen 79, fº 4. Carta de Jean-Baptiste Boyer d'Éguilles, Dunfries, 2 de enero de 1746.

[←110]

SLEIGH, John, «The Stuart and Freemasonry», *Notes and Queries* 1869, IV, III p. 533 y IV, p. 66.

[←111]

Biblioteca del GODF, AR/Fonds H-1.

[←112]

Archivos departamentales del Hérault, 1.E.8. Carta de Pierre de Guénet, Estrasburgo, a Pierre Astruc, Montpellier, 20 de mayo de 1773. «He tenido oportunidad de conocer bien en París al hermano de Massanes, mi compatriota, hombre de mucho ánimo del que ignoraba su deceso. Yo sé que era buen masón y tan activo o más que yo».

[←113]

MAE, serie *Mémoires et documents*, subserie *Angleterre*, volumen 90, fº 278, volumen 91, fº 103.

[←114]

Entre los tíos de Henri Bosc, se distingue Louis de Massanes, abuelo de Gabriel.

[←115]

KESSLER 1788: 134-136.

[←116]

Biblioteca Municipal de Lyon, manuscrito 5847, legajo 31.

[←117]

Este es el caso cuando Laurent Bosc hace establecer su contrato de matrimonio el 6 de junio de 1667, en Gardel & Valette, notarios de Montpellier, en presencia de François [o Frédéric] de La Tour-Gouvernet, señor de Mallé-Isargnes.

[←118]

KERVELLA, André 2000: « James Steuart, précurseur de l'Écossisme », en *Renaissance Traditionnelle*, nº 121, 45-54.

[←119]

ROY 1856: 93. Carta de Carlos Eduardo, Pinky House, a Luis XV, Versailles, 21 de septiembre de 1745.

[←120]

MAE, serie *Mémoires et documents*, subserie *Angleterre*, volumen 78, fº 316.

[←121]

RAW, SP 276/105. Carta de Daniel O’Brien, París, a Jacobo III, Roma, 22 de agosto de 1746.

[←122]

RAW, SP 276/93. Carta de James Steuart, París o Fontenay-aux-Roses [?], a Jacobo III, Roma, 24 de agosto de 1746. «He recibido hace poco una carta de Lord Ogilvie, fechada en Bergen. Se encuentra allí detenido con sus compañeros, y temiendo ser enviados a Inglaterra; sin embargo, me siento feliz al saber que el ministro francés ha obtenido su libertad».

[←123]

EDSTRÖM 1926: 17, nota 1. Con Ogilvie, están otros doce fugitivos. Robert Fletcher, David Hunter of Burnside, David Gardyne, Thomas Blair, John y James Ogilvie, Robert y David Fotheringham, Henry Pattulo, Alexander Johnston, William Campbell y Bartholomew Sandilands. El 13 de Agosto de 1746 queda establecida una lista que precisa que han sido retenidos en Noruega y liberados más tarde después de una intervención directa de la diplomacia francesa. El ministro de Argenson comunica dicha lista a Daniel O'Brien que la transfiere de inmediato a Jacobo III. Diversos de esos nombres de encuentran en los registros del regimiento de Ogilvie. Si tienen la capacidad de iniciar a Sprengtporten, es porque son en número suficiente para cumplir una ceremonia en formas regulares.

[←124]

MAE, serie *Mémoires et documents*, subserie *Angleterre*, volumen 83, fº 285 vº. Carta del 17 de noviembre de 1747 a Francis Sempill, París.

[←125]
MOSSDORF [LENNING] 1865: II, 476.

[←126]

WOELLNER 1804: III, 159-160.

[←127]

Para un Hermano como Willermoz, por ejemplo, la provincia de Auvernia podría incluir la Île de France. Pero en los archivos de la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos, hay una nítida distinción entre las dos. Son, por así decirlo, dos distritos sobre los que se ejercen autoridades distintas.

[←128]

SHARP, documento 15. Carta de Jean-Baptiste-Dieudonné Petit de Boulard, *Parfaite Loge d'Écosse*, París, a los *Élus Parfaits*, Bordeaux, 16 de mayo de 1750.

[←129]

Biblioteca del GODF, AR 113-1/59. La fecha del 10 de junio de 1747 relacionada con la patente de Ollivier queda convertida de este modo:

«el año corriente de la Masonería cuatro veintiuno». Quizá este año «corriente» tenga que ver con su significado simbólico, ya que la edad de 81 años es fijada como la más excelente de los masones escoceses, 3 potenciado por 4 veces (3x3x3x3 = 81). Se trata aquí de un número «místico», como puede leerse en algunos rituales. Pero el 10 de junio, es por otra parte la fecha del aniversario de Jacobo III, nacido en 1688. ¿Casualidad? Difícil de responder.

[←130]

En marzo de 1751, habitan ambos en la misma casa, rue des Ménestriers, parroquia Saint-Méry, como está indicado en el acta de bienes heredados de su padre Adrién, consejero de Francia, tesorero del rey en la oficina de finanzas de la Generalidad de Rouen. ANF, MC.ET.LXXXVII.1004.

[←131]

Indicado como tal en la lista de miembros (lista efectuada en 1749). Se trata de un maestro confitero que vive en la rue de los Lombards (dirección que consta en la lista), y que gozaba de gran reputación en la Corte, de la que es proveedor acreditado. Admitido como maestro en su arte el 19 de mayo de 1730-1750: *Catalogue Général des marchands épiciers et des marchands apothicaires- épiciers de cette ville, faubourgs et banlieue de Paris, fait le 31 décembre 1749*, París, Pierre Prault, no paginado.- 1773 : 45. Louis Pecquet murió en 1780.

[←132]

Más conocido bajo el seudónimo de Boispréaux.

[←133]

BNF, FM^{4} 76, f° 227-229.

[←134]

SHARP, documento 15. Carta de Jean-Baptiste-Dieudonné Petit de Boulard, *Parfaite Loge d'Écosse*, París, a los *Élus Parfaits*, Burdeos, 16 de mayo de 1750.

[←135]

BNF, Collection Joly de Fleury, vol. 184, fº 138. Registro de arquitectura de la logia presidida por John Coustos, acta de la sesión de 12 de marzo de 1737. Según Coustos, la Orden no es «una Orden de caballería, sino una sociedad en la que todo hombre de probidad puede ser admitido sin llevar espada, por bien que diversos señores y príncipes se complazcan en pertenecer a ella».

[←136]

BNF, FM[4] 76, fº 8 227-229. Constituciones y Reglamentos de la Orden de los Grandes Escoceses que deben ser observados por todos los Excelentes maestros Escoceses, 2 de abril de 1748.

[←137]

NETTELBLADT 1879: 236.

[←138]

CUTHELL 1915: I, 224-225. Carta de James Gray al duque de Newcastle, Venecia, 6 de enero de 1746.

[←139]
KEITH 1888: 33.

[←140]

Ibid. Carta de George Keith, conde de Marischal, Treviso, a Carlos Eduardo, París, 13 de septiembre de 1747.

[←141]

Ibid. 64-65. Carta de George Kelly, Avignon, a Carlos Eduardo, 16 de noviembre de 1749.

[←142]

HISTORICAL MANUSCRIPTS COMMISSION, Reports on the Manuscripts of the Earl of Eglinton, sir J. Stirling Maxwell, bart, C.S.H. Drummond Moray, Esq. C.E. Weston Underwood, Esq. and G. Wingfield Digby, Esq., Eyre and Spottiswoode, Londres, 1885, p. 474. Carta de George Keith, conde de Marischal, Valence, a Ezekiel Hamilton, Leyde, 30 de enero de 1737.

[←143]

SCHRÖDER 1806: II, 28-29. – FEDDERSEN 1999: 296-297. – ENGEL 1988. Esta patente se encuentra actualmente conservada en la Gran Logia de Dinamarca, a consecuencia del depósito que habría efectuado Charles de Hesse (NOËL 1997: 71). Existiría una copia, supuestamente descifrada, en un depósito de archivos en Degh (Hungría) [ABAFI 1890: I, 259] de la cual, a falta de poder llevar a cabo una comprobación, se puede dudar seriamente. Los facsímiles publicados por aquí y por allá, son más o menos legibles. El que publicó Feddersen lo es también más o menos.

[←144]

En la transcripción de Schröder, lo que aquí marco en cifras romanas VIII está indicado bajo la forma vm, lo que es conforme al original. Sin embargo, dado que se trata de una fecha, XXIV no puede corresponder a un mes, sino a un día. CCCCXXVII corresponde indudablemente al año. Queda por encontrar el mes, y este es vm, o sea una V y tres III encadenadas rápidamente en el original. La primera barra es difícil de distinguir por encima de la primera barra de la X. Según las reproducciones, incluso parece estar ausente, sin embargo es visible; y Schröder, por tanto, no se la perdió.

[←145]

Jacques de Molay es llevado a la hoguera el 18 de marzo de 1314. No obstante, a veces, su desaparición es situada en 1313. El año templario se calcula pues por substracción: año de referencia -1313, por ejemplo 2015 – 1313 = 702.

[←146]

BARBIER, 1857: IV, p. 413.

[←147]

MAE, serie *Mémoires et documents*, subserie *Angleterre*, volumen 75, fº 288. Despacho de la Corte, 9 de febrero de 1750.

[←148]

La policía se inquieta e interroga a Malapert. Quien dice haber grabado por el momento, solamente una docena de medallas, siendo conminado a no continuar con el encargo, por miedo a que el embajador de Inglaterra no presentara una protesta oficial.

[←149]

RAW, SP 310/14. Carta de Jacobo III, Roma, a Carlos Eduardo, 4 de agosto de 1750.

[←150]

Ibid. SP 310/15. Renovación de la patente en favor de Carlos Eduardo, 5 de agosto de 1750.

[←151]

LANG 1897: 109. Carta del 5 de octubre de 1750.

[←152]

NETTELBLADT 1879: 260. Carta de los dignatarios componiendo el equipo entorno al barón de Hund a George-Friedrich Johnson.

[←153]

Biblioteca Municipal de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5939. *Estatutos concerniendo a la manera y forma de remediar los altercados que pudieren sobrevenir en la Orden, y del castigo infligido a los infractores de las leyes, del 15 de febrero 441*, fº 14.

[←154]

PATERSON, John. Post Nubila Phoebus. Or a Sermon of Thanksgiving For the safe and happy Returne of our gracious Soveraign, to His Ancient Dominios, and Restauration to His just and Native Dignity, Royalties and Government. Preached in the City of Aberden, at the desire of the Lord Provost Bailies, and Councell thereof, upon the XIX day of June, Aberdeen, James Brown.

[←155]

Bibliothèque municipale de Lyon. Fonds Willermoz, manuscrito 5939, legajo 10, ffº 1-23.

[←156]

STEEL-MARET 1893: 160-172.

[←157]

Bibliothèque municipale de Lyon. Fonds Willermoz, manuscrito 5939, legajo 10, fº 9.

[←158]

NETTELBLADT 1879: 258. Carta de los dignatarios componentes del equipo en torno al barón de Hund a George-Friedrich Johnson, 31 de octubre de 1763.

[←159]
CUTHELL 1915: I, 252.

[←160]

HISTORICAL MANUSCRIPTS COMMISSION, *Reports on the Manuscripts of the Earl of Eglinton, sir J. Stirling Maxwell, bart, C. S.H. Drummond Moray, Esq. C.E. Weston Underwood, Esq. and G. Wingfield Digby, Esq., Eyre and Spottiswoode*, Londres, 1885, p. 460. Carta de Ezekiel Hamilton, Leyde, a George Keith, conde Marischal, Madrid, 31 de octubre de 1736.

[←161]

Alexander Keith depone en julio de 1750.

[←162]

KEITH: sin fecha. *Vindication of Mr Robert Keith, and of his young grand-nephew Alexander Keith, from the unfriendly representation of Mr Alexander Keith, junior, of Ravelston*, en Keith 1844: lvii-lxxxix.

[←163]

KEITH 1844: I, VIII. André Ramsay, Londres, a Robert Keith of Uras, 25 de febrero de 1709.

[←164]
CUTHELL 1915: I, 252.

[←165]

MAE, serie *Mémoires et documents*, subserie *Angleterre*, volumen 88, fº 207. Carta de John Cairnie, Dunquerque, 13 de marzo de 1746.

[←166]
CUTHELL 1915: I, 253.

KERVELLA: 1999.

[←168]

Documento Sharp 41, Carta del joven Lichigaray a Louis-François Tiphaine, 25 de octubre de 1752.

[←169]

TROSS 1860: 3, artículo 9.

[←170]

St-Claudius nº 21. Reporte 1929-1930, p. 51 y siguientes.

[←171]

Archivos Departamentales de Pas-de-Calais, 2/E/8. «Nos Carlos Eduardo Stuwart [Stuart], Pretendiente Rey de Inglaterra, de Francia, de Escocia y de Irlanda, en esta calidad S.·.G.·.M.·. del Capítulo de Heredon conocido bajo el título de caballero del Águila, del Pelícano, y desde nuestras desgracias e infortunios bajo el de R.·.C.·.+/- queriendo testimoniar a los Masones Artesianos en cuanto y en qué medida reconocemos las muestras de benevolencia que nos han prodigado, con los oficiales de la guarnición de la ciudad de Arrás, y de su dedicación a nuestra persona durante la estadía de seis meses efectuada en esta ciudad, tenemos a bien, en su favor crear y erigir; creamos y erigimos por la presente bula en la dicha ciudad de Arrás un Soberano Capítulo primordial de R.·.C.·.+ bajo el título distintivo de Escocia Jacobita, que será regido y gobernado por los caballeros Lagneau, de Robespierre, ambos abogados, Hazard y sus dos hijos, los tres médicos, J. B^{te} Lucet, nuestro tapicero, y Jérôme Cellier, nuestro relojero, a los que permitimos y damos poder para hacer, tanto por ellos como por sus sucesores, no solamente caballeros R.·.C.·.+, sino inclusive crear un Capítulo en todas las ciudades aquellas en que crean poder hacerlo cuando sean requeridos, sin no obstante por ellos, ni por sus sucesores, poder crear dos Capítulos en una misma ciudad, por poblada que pueda ser. Y por fe añadida a nuestra bula, la hemos firmado de nuestra mano, y hecho poner el sello secreto de nuestro mandato, y haciéndola contrafirmar por el secretario de nuestro gabinete, el jueves, 15º día del 2º Mes, del año de la encarnación 5745.·. / Estando Firmado Carlos-Eduardo Estuardo, y más abajo Por el Rey, firmado Lord de Berkeley [Bulkeley], Se.·». Por copia conforme – Lefran B. Triboulet, Hébert, Beauchamps, D. Peugnet, Libersalle, Poitard, Leclerq [Todos son Caballeros Rosa-Cruz y Caballeros Kadosh]».

[←172]

THORY 1812: 184-185.

[←173]

MAE, serie *Mémoires et documents*, subserie *Angleterre*, volumen 79, fº 160. Carta de Henri Stuart, duque de York, Gante, a Louis XV, 4 de mayo de 1746.

[←174]

MONTESQUIEU 1914: *Correspondance*, tomo 2, París, Champion.

[←175]

BNF FM[1] 56, Registro de la Cámara de Grados, fº 154 vº. Sesión del 21 de junio de 1788.

[←176]
BORD 1909: 456.

[←177]

Mathurin es el nombre dado por Gustave Bord. Un Martin Itéguiemme, artista pintor, vive en Orleans en la segunda mitad de siglo.

[←178]

Cousin de Courchamps 1803: I, 196-197.

[←179]

NAUDON 1966: 228. Por error, Naudon transcribe *dolor* en lugar de *dulzor*. He restablecido aquí la expresión que le es conforme. Ver, para corroboración LATOMIA, Kloss, manuscrito XXX-16, p. 1.

[←180]

SCHRÖDER 1806: I, 242-243.

[←181]

STEEL-MARET 1893: 43.

[←182]

Declaración de Jean-Baptiste Willermoz, el 29 de julio de 1782. Jean-François Var (texto transcrito y presentado por) 1985. «Les Actes du Convent de Wilhelmsbad», en *Les Cahiers Verts* VII : L-LI. Willermoz habla del 4º grado. Lamentablemente no se conoce el ritual.

[←183]

STEEL-MARET 1893: 147. Carta de Jean-Baptiste Willermoz, Lyon, a Karl-Gotthelf von Hund, 14/18 de diciembre de 1772.

[←184]

SCHRÖDER 1806: I, 242. «Regula et Statuta S. S. Ordinis, Legesque conscriptae quae adtinent ad ejusdem VII Provinciam».

[←185]

«Multa dies variusque labor mutabilis aevi / Retulit in meliu: multos alterna revisens / Lusit et in solido rursus fortuna locavit». Adopto la traducción propuesta en MONTAIGNE (DE), Michel *Essais de Montaigne: suivis de sa correspondance, et de La Servitude volontaire d'Estienne de La Boëtie*, Paris, Charpentier, 1862 : II, 122, note 3.

[←186]
THORY 1815: I, 68.

[←187]
LALANDE 1779: 361.

[←188]

GAILLARD 1786: II, 631. «Podía verse todavía, en 1760, en la nueva Francia, en el norte de París, una logia célebre, tenida de manera brillante, y frecuentada por personas de primer rango: fue fundada por el conde de Bénouville».

[←189]
FINDEL 1866: I, 254.

[←190]

KERVELLA 2008: 125 y siguientes.

[←191]

FRÉDÉRIC II DE PRUSSE 1882: IX, 356-357.

[←192]

BROWNE 1843: IV, 120. Carta de George Keith, conde de Marischal a Carlos Eduardo Estuardo, 15 de abril de 1754.

[←193]

Ibid. 120. Carta de Carlos Eduardo Estuardo a George Keith, conde de Marischal, 9 de mayo de 1754.

[←194]

CLEMENT 1937: 38 bis. Carta de Louis de Bourbon, conde de Clermont, París, a François-Bonaventure-Joseph Dumont de Gages, 20 de enero de 1767.

[←195]
MALHERBE 1635: 439.

[←196]

STEEL-MARET 1893: 41.

[←197]

Ibid. 31.

[←198]

Biblioteca municipal de Lyon, Fondos Willermoz, manuscrito 5939. Estatutos de los hermanos del Temple concernientes a las costumbres y conducta, fº 53 y siguientes.

[←199]
THORY 1815: I, 340.

[←200]

FINDEL 1866: I, 410.

[←201]

«Expedición de las Reglas generales de la Masonería para la Logia constituida en Estocolmo por Nuestro Querido y Digno Hermano, señor El Barón de Scheffer etc., de la que ha hecho Maestro a Nuestro Querido y Digno Hermano el señor Conde de Sparre, etc, habiendo sido provisto a tales efectos de un Poder en forma del Muy Venerable Gran Maestro del Reino de Francia, el año 1737».

[←202]

Renaissance Traditionnelle, nº 34, Gaybler, Jacques-Innocent 1978 « Particularités sur le baron de Hund », p. 97.

[←203]

Ibid. « Principaux événements de l'O.·. intérieur dans la V^{è} depuis 1772 jusqu'en 1778 », pp. 102-103.

[←204]

RAMBAUD 1890: I, 482. Carta de Maurepas, París, a Jean-Baptiste de Cury de Saint-Sauveur, San Petersburgo, 14 de noviembre de 1747.

[←205]

BARBIER 1857: VI, p. 231.

[←206]
RAMBAUD 1890: II, 6, nota 1.

[←207]

KERVELLA 2013: 11.

[←208]

MAE, serie Mémoires et documents, subserie Angleterre, volumen 75, fº 17 cara. Carta de Jacobo III, Roma, al conde François-Joachim de Pierre de Bernis, 26 de noviembre de 1756.

[←209]

Ars Quatuor Coronatorum, volumen XV, parte 2, 1902, p. 95.

[←210]

Pro Amore Populi, se traduce por: Por el amor del pueblo. *Virtus dedit ardens*: La virtud da la excelencia. *Constantia Meruere Lumen*: Por su constancia, han merecido la luz. *Charitas nos docet*: La caridad nos enseña. En cuanto a *Las tinieblas no lo entendieron*, esta expresión se encuentra en el primer versículo del Evangelio según San Juan (1, 5).

[←211]

«…legítimo rey de Inglaterra, Irlanda y Escocia, gran maestro y protector de las logias legítimas escocesas…»

[←212]

Diploma de Langeron: «A estas causas, le dirigimos el presente certificado como marca viviente y duradera de nuestra amistad y en fe de ello añadimos el grande y pequeño sello de nuestra cancillería y lo hacemos firmar por los principales oficiales de nuestra logia». – Diploma de Targe: «A estas causas, la Muy Respetable Logia reunida le dirige este certificado como marca viviente, duradera y eterna de nuestra inalterable amistad y para que sea ayudado, consolado y asistido si cae en cualquier peligro o indigencia conforme a nuestros sagrados compromisos, estatutos y obligaciones indispensables y lo hemos hecho firmar por nuestros principales oficiales y sellado con nuestro gran y pequeño sello de nuestra Orden Real».

[←213]

BORD 1909: 181.

[←214]

LE BIHAN 1973: 101-141.

[←215]

Gabriel Filley de Lerneux ha sido gravemente herido en el asedio a Namur en 1746. *Le Spectateur militaire: Recueil de science, d'art et d'histoire militaires*, «Reseña histórica sobre el teniente general Filler de la Côte, del cuerpo de ingenieros», 1836: XXI, 535, nota 1.

[←216]

SCHRÖDER 1806: I, 304.

[←217]

DENNISTOUN 1855: I, 183.

[←218]

RAW, SP Box 3, folio 1, 155.

[←219]

Patentes de constitución otorgadas el 19 de julio de 1759.

[←220]

BNF, FM[1] 111, ffº 117-118. Carta de Antoine Meunier de Précourt, Metz, a la Gran Logia de Francia, París, 24 de junio de 1760.

[←221]

BERNARDIN 1910: I, 116.

[←222]

SCHRÖDER 1806: II, Carta de Karl-Gotthelf von Hund a George-Friedrich Johnson, 23 de diciembre de 1763. Ortografía corregida.

[←223]

GÜRTLERI 1691: 122-123.

[←224]

BEAUREPAIRE 2002: 75.

[←225]

STEEL-MARET 1893: 76.

[←226]

Ibid: 80. Carta de Antoine Meunier de Précourt, París, a Jean-Baptiste Willermoz, 22 de abril de 1762.

[←227]

Ibid: 83. Carta de Antoine Meunier de Précourt, París, a Jean-Baptiste Willermoz, 13 de septiembre de 1762.

[←228]

Ibid: 81. Carta de Antoine Meunier de Précourt, París, a Jean-Baptiste Willermoz, 13 de septiembre de 1762.

[←229]

KERVELLA, André 2010: « Antoine Meunier de Précourt et l'Écossisme des années 1760 », en *De la Meuse à l'Ardenne*, nº 42.

[←230]

SCHRÖDER 1806: IV, 206 y 213.

[←231]

Archivo de antiguas Actas del Estado de Rusia, Moscú, 283, 1, 17 (1764-1777), fº 50. Estadillo del número de colonos llegados a Rusia el 18 de septiembre de 1764.

[←232]
STARCK 1779: 6.

[←233]

Hasta el año 1752, el regimiento de Condé proporcionó a la Orden Sublime de los Caballeros Elegidos el coronel Charles-Claude Andrault de Maulevrier de Langeron; los capitanes Pierre-Pie de La Goudalie, N. de Pomerol [declarado fallecido en 1750 tanto en el listado de los Caballeros Elegidos como en el de capitanes del regimiento de Condé], François de Salleton, N. de Saint-Germain; los tenientes N. de Saint- Martin, Louis de Bonne. Esta lista no es exhaustiva.

[←234]

Biographie universelle ancienne et moderne, París, Michaud, 1825: 472. «Su primer deseo era dirigirse a Roma, donde se hubiera puesto en relación con el cardenal Castelli, prefecto de la propaganda; pero el marqués de Bausset, embajador de Francia en Rusia, lo convenció de ir más bien a París, donde encontraría más oportunidades y objeto de estudio. Este ministro le proporcionó cartas de recomendación para el obispo de Orleans, M. de Jarente, pariente suyo; para el abate de Bausset, por aquel entonces agente del clero, y poco después obispo de Fréjus; finalmente para el abad Barthélemy».

[←235]

SHARP, documento 9. Carta de Jullien, secretario de la logia Saint-Jean de Marsella, 6 de enero de 1750. En la cara de dicha carta, lista de los dignatarios de la logia, entre los que aparece un Beausset-Roccofort, marqués, nacido en 1724, y su hermano Antoine-Hilarion de Bausset-Fortune, caballero, nacido en 1725.

[←236]

Jean-David Mallet, procedente de una rica familia genovesa que mantenía negocios con los jacobitas. Mallet dirige la oficina del negocio familiar en el puerto marsellés.

[←237]

Biographie universelle ancienne et moderne, París, Michaud, 1825 : 472 « Pronunció su abjuración en la iglesia de Saint-Sulpice, el 8 de febrero de 1766. Es lo que resulta de un registro de abjuraciones recibidas en Saint-Sulpice desde 1686 hasta 1791; registro manuscrito, que se conserva todavía y que hemos podido tener bajo nuestros ojos. El acta de abjuración, además de la firma de Starck, lleva las del abate Joubert, de la iglesia de Saint-Sulpice; la del abad de Bausset y la del abate Chazal de la Morandie, vicario. Además, hemos podido ver un Informe escrito de puño y letra del abate Joubert, que hace mención expresa de esta abjuración. Starck había entablado amistad con este eclesiástico, el cual, sabio orientalista, se interesó vivamente por este joven extranjero, y que parece haber dirigido su instrucción. El abate Joubert redactó un Informe en el que solicitaba una plaza para Starck; haciendo valer sus conocimientos, los sacrificios efectuados por parte del interesado en su resolución, y las recomendaciones recibidas en su favor provenientes de Alemania y Rusia. Se le ofrecerá la plaza de director del colegio de Saint-Pierre en Petersburgo, en lugar de Büsching que acababa de renunciar a este empleo. Sus amigos le proponen también una cátedra en la universidad de Rostock. Por otro lado, el abad de Bausset y algunas otras personas distinguidas toman interés por obtenerle una plaza en París, fuera en la biblioteca del rey, o en asuntos extranjeros. Estas gestiones no consiguen su propósito, y Starck, todavía poco fortificado en la fe, solicita a través de sus parientes y amigos, presionado quizá por la necesidad, volver a Alemania y retomar el ejercicio de la religión protestante».

[←238]

Nouvelles ecclésiastiques, 26 de agosto de 1767. «El 29 de diciembre de 1763, murió François Joubert, Presbítero de la diócesis y la ciudad de Montpellier, después de una larga y dolorosa enfermedad, que puso a prueba su paciencia los 3 últimos años de su vida. Nació el 12 de octubre de 1689 en el seno de una familia en Montpellier ocupándose desde hace largo tiempo de responsabilidades considerables».

[←239]

STARCK 1788: Anexos, 37. A completar por SCHRÖDER 1806: II, 128. Ortografía modernizada.

[←240]

Archivos departamentales de Viena [departamento de Isère], SAHP. 289. Estatutos y deliberaciones de la logia Escocesa de St Benoît de Poitiers, artículo 18.

[←241]

Ibid fº 2-3. Puntuación y ortografía rectificadas.

[←242]

Archivos departamentales de Finisterre, 100 J 1623, fº 13.

[←243]

Ibid.

[←244]

ZIMMERMAN 1994: 142. Carta de Johan-August Starck a Diethelm Lavater, 23 de octubre de 1809.

[←245]

Nacido el 24 de agosto de 1713, en el castillo de La Goudalie, en Muret-le-Château.

[←246]

STARCK 1779: 69. «Lord Sakville [sic] que se encontraba entonces en Roma con el Pretendiente, fue llamado junto con algunos otros francmasones, y después de una larga entrevista, el Papa tomó la resolución de convencerse por sí mismo de la verdad. Es en su palacio, y durante la noche que fue iniciado a nuestros misterios».

[←247]

Natter llegó a San Petersburgo en el verano de 1762, y murió al año siguiente.

[←248]

Archivos departamentales de Finisterre, 100 J 1623. Fº 8. Ortografía y sintaxis corregidas.

[←249]

Ibid. fº 13. Ortografía y sintaxis corregidas.

[←250]

Bosque se dice *sylva* en latín, de dónde y por derivación el término de sylvestre, que en este caso no se trata de un nombre sino de un adjetivo.

[←251]

ALIDOSI 1616: 9-10 y 18.

[←252]
CERRINI 2015: 183.

[←253]

SCHRÖDER 1806: II, 346. Las barras oblicuas en la presente transcripción son barras horizontales en el texto impreso. Las disposiciones tipográficas empleadas para la presente obra no permiten rehabilitarlas como aquellas.

[←254]

BNF Arsenal, Bastille, manuscrito 11556, informe de policía, 30 de enero de 1746, fº 344.

[←255]
MARUZZI 1990: 289.

[←256]

Bibliothèque municipale de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5852. Carta y cuadro de la Logia de *Saint-Jean des Voyageurs*, Dresde, a la *Grande Mère Loge des Maîtres Réguliers*, Lyon, 7 de octubre de 1766.

[←257]

SCHRÖDER 1806: 331 y siguientes.

[←258]

RUNKEL 1932: I, 282-290.

[←259]

SCHRÖDER 1806: II, 331 y sig.; RUNKEL 1932: I, 288 y sig.

[←260]

Renaissance Traditionnelle 1978, nº 34: 100-115.

[←261]

Bibliothéque Nationale et Universitaire de Strasbourg, manuscrito 5437, Registro de arquitectura de *La Candeur*, fº 272-273. Ortografía y puntuación modernizadas.

[←262]

Ibid. fº 273-275. «Del muy ilustre y muy venerable Gran Maestro de todas las justas en la Borgoña y en Alemania entre el Elba y el Oder. / Nos, jefe de los hombres iluminados, hermano Charles barón de Hund, Gran Maestro de todas las justas Logias situadas en la Borgoña y en Alemania entre el Elba y el Oder, declaramos y constituimos por el presente decreto al venerable maestro, hermano Siegfried-Samson barón de Landsperg como a nuestro Gran Maestro diputado de todas las logias pertenecientes a la jurisdicción, dándole por asistentes a los hermanos Pierre de Guénet y Philippe-Jacques Franck, con la orden de rectificar las viejas y la facultad de fundar de nuevas, según el ritual y estatutos nuestros, con los cuales él y todos los masones que de él dependen se han unido solemnemente, avisándonos de los progresos que hará el Arte Real gracias a sus cuidados, y aguardando la aprobación y confirmaciones requeridas por las nuevas logias que constituirá. En fe de ello, hacemos expedir por nuestra cancillería el presente decreto, firmándolo de nuestro puño y letra y haciendo poner nuestro gran sello. Al Oriente de Dresde el 13º día de octubre de 5772. /. Firmado hermano Charles barón de Hund. Más abajo consta escrito: Vidi J: G: Auguste barón de Weiler Gr: Ecoss: Rose+. 7. 1. Maestro de la logia de altos grados. Y en la parte más baja de la página, por orden h. Charles-Louis Jacobi, secretario de la Gran Logia, en rúbrica».

[←263]

Constituida en 1743, bajo la gran maestría del duque de Antin.

[←264]

Ibid. fº 2.

[←265]

Ibid. fº 1, 66.

[←266]

BNF, FM[1] Collection Chapelle, fº 401 a 416.

[←267]

Bibliothéque municipale de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5855, documento 4. Carta de Siegfried-Samson de Landsperg, Estrasburgo, a Jean-Baptiste Willermoz, Lyon, 6 de noviembre de 1772.

[←268]

Ibid. documento 8 Carta de Jean-Baptiste Willermoz, Lyon, a Karl-Gotthelf von Hund, Dresde, 14-18 diciembre de 1772.

[←269]

Ibid. documento 4. Carta de Jean-Baptiste Willermoz, Lyon, a Sigfried-Samson baron de Landsperg, Estrasburgo, 25 de noviembre de 1772.

[←270]

Ibid. documento 8. Carta de Jean-Baptiste Willermoz, Lyon, a Karl-Gotthelf von Hund, Dresde, 14-18 diciembre de 1772.

[←271]

Ibid. manuscrito 5856. Carta de Johann-Georg-August von Weiler, Dresde, a los miembros de la logia de Jean-Baptiste Willermoz, Lyon, 18 de marzo de 1773.

[←272]

Ibid.

[←273]

Churfürstlich-Sächsischer Hof- und Staatscalender, Leipzig, 1775: 211.

[←274]

PHÈDRE 1750: Les Fables imitées d’Esope, revisadas y corregidas. Al uso de la Compañía de Gentilhombres Cadetes de Saxo, por A.H.B. [Abraham Henri Bernard] y E. V. [Emanuel Vernezobre], Dresde, Hekel.

[←275]

HIRAM, 185. «Observaciones a efectuar respecto al plan de reforma propuesto en la G[ran] L[ogia], el 24 de junio de 1773, de acuerdo a las instrucciones que hemos podido procurarnos».

[←276]

Bibliothéque municipale de Lyon, fondos Willermoz, manuscrito 5906. Resumen de la carta 3.

[←277]

SAINT-PRIEST 1846: 396. «Otros pontífices romanos, predecesores nuestros, de los que se haría demasiado extensivo relacionar los decretos, han actuado en este mismo sentido, de acuerdo a las circunstancias de los tiempos: y entre otros Clemente V, igualmente nuestro predecesor, por su bula de 2 de mayo de 1312, suprimió y abolió totalmente, a causa de su difamación general, la orden militar de los Templarios, aunque legítimamente aprobada, aunque antaño hubiera rendido a toda la cristiandad tan importantes servicios que la Santa Sede la colmara de favores y concediera privilegios, bienes, exenciones y poderes plenipotenciarios; y aunque el concilio general de Viena, que acometió el examen de este asunto, resolviera que se abstenía de pronunciar al respecto sentencia formal y definitiva».

[←278]

Ibid. fº 6.

[←279]

Ibid. fº 7. «Mis armas son un eremita con la divisa *Vox in Deserto*, y el epígrafe *Verba Ligant*».

[←280]

HIRAM, 37. Carta de Johann-Georg-August von Weiler, Dresde, a Jean-Baptiste Willermoz, Lyon, 6 de marzo de 1774.

[←281]

Bid. 38. Carta de Johann-August von Weiler, Dresde, a Jean-Baptiste Willermoz, Lyon, 5 de abril de 1774.

[←282]

JOLY 1938: 55, nota 1.

[←283]

Renaissance Traditionnelle nº 43-44, julio-octubre 1980. KESSLER : 184.

[←284]

Bibliothéque municipale de Lyon, fondos Willermoz, manuscrito 5906. Resumen de la carta 30.

[←285]

WÖLLNER 1804: 159-161.

[←286]

Transcrito bajo la forma Simon Eovet en la versión impresa (159).

[←287]

Bibliothéque municipale de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5939, «El ritual de Cab[alle]ro, 1774», fº 1. Cuando su paso al grado de Caballero, al Novicio le es dado entrar al «interior de la Orden».

[←288]

Ibid. manuscrito 5592, fº 19. Protocolo del Capítulo de Conferencia nº 62, del 28/29 de mayo 463/1777.

[←289]

Ibid. manuscrito 5939, Cuaderno de Escocés verde.

[←290]

LARUDAN 1747: 349-359, 380.

[←291]

Archivos particulares AK, «Caballero de Oriente, dicho caballero de la espada, Masonería del Masón Perfecto, que ha conservado las fórmulas originales de la Masonería», fº 155.

[←292]

Ibid. fº 156.

[←293]

Ibid. fº 157.

[←294]

Carta de Jean-François Pollet a Johann Peter Gogel, 25 de abril de 1763. Citada por KLOSS 1848 : 417.

[←295]

FEDDERSEN 1999: 118-121. Este ritual se sitúa en continuidad del catecismo impreso en 1805 ó 1806: *Catechismus der str[ikten] Ob[servanz] von 1764*, Rudolstadt.

[←296]

BERNHEIM 2008: 238. «La Orden del Real Secreto en veinticinco grados […]».

[←297]

Bibliothéque municipale de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5939, «El ritual de Cab[alle]ro, 1774», fº 33.

[←298]

Ibid. fº 8.

[←299]

Ibid. fº 20.

[←300]

Ibid. « Règles et Statuts de l’Ordre » fº 53. «Estatutos de los hermanos del Temple concernientes a las costumbres y manera de conducirse así como del juramento al uso de la 1ª profesión».

[←301]

Renaissance Traditionnelle 1978, nº 34, p. 177.

[←302]

Bibliothéque municipale de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5939, «El ritual de Cab[alle]ro, 1774», fº 9.

[←303]

Bibliothéque municipale de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5939, «El ritual de Cab[alle]ro, 1774», fº 9.

[←304]

Ibid. fº 11.

[←305]

Ibid. fº 14.

[←306]
GIRARD-AUGRY 1995: 21.

[←307]

Bibliothéque Nationale de Strasbourg, manuscrito 5437, Registro de arquitectura de *La Candeur*, fº 274.

[←308]

Bibliothéque municipale de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5480, fº 4.

[←309]

Ibid. manuscrito 5858. Pequeño memorándum de instrucciones al H. Bruyzet el mayor, partiendo en viaje en marzo de 1775.

[←310]

Ibid. manuscrito 5906, resumen de la carta 8.

[←311]

Ibid. manuscrito 5858.

[←312]

Archivos departamentales de la Vienne, SAHP. 289. Estatutos y deliberaciones de la Logia Escocesa de St. Benoît de Poitiers, fº 1. Archivos departamentales de Finisterre, 100 J 1623, fº 4.

[←313]

Ibid. Vienne fº 24. – Finisterre fº 10.

[←314]

Archivos departamentales de Finisterre, 100 J 1623, fº 13, anexo.

Bibliothéque municipale de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5858, Mémoire Bruyzet.

[←316]

Morirá el 12 de Febrero de 1778.

[←317]

MARUZZI 1990: 291-298.

[←318]

Renaissance Traditionnelle, nº 43-44, 1980: 189.

[←319]

Bibliothéque municipale de Lyon, fondos Willermoz, manuscrito 5906. Resumen de la carta 25.

[←320]

Ibid. Resumen de la carta 10.

[←321]

Ibid. Resumen de la carta 11.

[←322]

Ibid. Resumen de la carta 19.

[←323]

KERVELLA André, « Comme dans un roman : Bacon de La Chevalerie », en *Bulletin de la Société Martinès de Pasqually*, nº 25, 2015.

[←324]

Bibliothéque Municipale de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5480, Protocolo del Directorio de Auvernia nº 33, 14 de febrero 461 [1775], fº 54.

[←325]

Ibid. Manuscrito 5906. Resumen de la carta 17.

[←326]

Ibid. Manuscrito 5904, fº 36. Carta de Jean-Baptiste Willermoz, Lyon, a Karl von Hund, Brunswick, 25 de octubre de 1776.

[←327]

Orden Ilustre de la Estricta Observancia. Manual de Instrucción, Nantes, Opéra, 1997: 86. Extracto del registro de decesos de la parroquia St. Kilian en Mellrichstadt, inscrito en el mes de enero del año 1777. Introducido con estas palabras: «Lo que sigue estaba escrito en hojas sueltas y, por razón de ausencia de título, debe ser añadido al año anterior».

[←328]

Bibliothéque Municipale de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5480, fº 3. Protocolo del Gran Capítulo de Auvernia, generalmente convocado para sus deliberaciones, el 25 de abril de 1777. El Capítulo Iluminado de Estocolmo fue fundado el 25 de diciembre de 1759 por Carl-Friedrich Eckleff. El duque de Sudermania tomó posesión el 14 de mayo de 1774.

[←329]

Ibid. fº 105, protocolo del 17 de febrero de 1777.

[←330]

Ibid. manuscrito 5481, fº 2, protocolo del 25 de abril de 1777.

[←331]

Ibid. fº 8.

[←332]

Ibid, fº 19.

[←333]

Ibid. fº 32.

[←334]

Ibid. 5481, fº 70. Protocolo del 28 de agosto de 1778.

[←335]

Charles de Sudermania, dimitirá en 1781, a consecuencia de las diferencias con Ferdinand de Brusnwick.

[←336]

Ibid. fº 70.

[←337]

Bibliothéque Municipale de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5482, fº 1.

[←338]

Ibid. fº 13.

[←339]

Ibid. fº 26.

[←340]

Ibid. fº 27-28.

[←341]

Ibid. fº 28-28.

[←342]

Ibid. fº 29.

[←343]

Ibid. fº 51.

[←344]

Ibid. manuscrito 5479m fº 1. Códigos de los Reglamentos generales de las tres provincias de la Orden hospitalaria.

[←345]

Charles Fitzjames, 4º duque de Berwick, duque de Liria, era esposo de una Stolberg-Gedern (Caroline-Auguste), hermana menor de Louise-Maximilienne-Caroline, y es por mediación suya que el matrimonio con Carlos Eduardo se llevó a cabo.

[←346]

Bibliothéque Municipale de Lyon. Fondos Willermoz, manuscrito 5481, fº 32.

[←347]

Ibid. manuscrito 5481, fº 37-38. Protocolo del 11 de julio de 1777.

[←348]

Ibid. fº 39.

[←349]

RAW, SP 491/123.

[←350]

Esta conversión es rápidamente conocida por las cancillerías. Así, desde París, el cardenal Tencin, él mismo francmasón, se conmovió en las cartas de 1752. Mejor todavía, Archibald Cameron, capturado cuando el complot es descubierto, declara antes de su ejecución a muerte: «I likewise declare on the word of a dying man that the last time I had the honour to see His Royal Higness Charles Prince of Wales, he told me from his own mouth and bid me assure his friends from him, that he was a member of the Church of England». Ultimo discurso de Archibald Cameron antes de su ejecución. Citado en FORBES, Robert y PATON, Henri, The Lyon in Mourning, volumen III, Scottish History Society, Édimburgo, 1896. P. 135.

[←351]

RAW, SP493/19. Carta de Karl-Eberhard von Wächter, Bolonia, a Carlos Eduardo, Florencia, 24 de febrero de 1778.

[←352]

Ibid.

[←353]

Ibid. 493/95.

[←354]

Ibid. 493/179. Carta de Karl-Eberhard von Waechter, Hanau a Carlos Eduardo Estuardo, Florencia, 12 de julio de 1778.

[←355]

Ibid. Respuesta a la carta anterior.

[←356]

Ibid. 494/43. Carta de Karl-Eberhard von Waechter, Hanau, a Carlos Eduardo Estuardo, Florencia, 24 de agosto 1778.

[←357]

Ibid. 498/188. Carta de Carlos-Eduardo Estuardo, Florencia, a Carlos de Sudermania, Estocolmo, 16 de mayo de 1780.

[←358]

GEFFROY, Auguste, *Gustave III et la Cour de France*, Didier, París 1867, tomo II.

[←359]

RAW, SP 506/130. Carta de Karl-Eberhard von Waechter, Cassel a Carlos Eduardo, 12 de octubre de 1783. «Señor / no es sino por una combinación de circunstancias que no sabría como confiar a mi pluma, Señor, que me he visto forzado a interrumpir la correspondencia que he tenido el honor de mantener con vos. He aprovechado el primer momento favorable para reanudarla y reiterando mis más vivos, dedicados y respetuosos sentimientos, aseguraros, Señor, me veo con la inequívoca satisfacción ante estos sentimientos, en el caso de que pronto acepte las pruebas más convincentes de ellos. Ni yo ni aquellos con los que tengo el honor de estar en relación hemos perdido de vista los proyectos que nos ocupan desde un tan largo intervalo y es con disgusto que a buen seguro nadie compartirá tan bien como vos, Señor, que nos hemos visto en la necesidad, doblegándonos ante las circunstancias, de aguardar el momento favorable para volvernos a ocupar de ello con renovado ardor. El momento está próximo, y las combinaciones de la época en que vivimos nos hacen vislumbrar un éxito completo de las gestiones que nos disponemos a efectuar. Usted está lo bastante interesado en dicho asunto, Señor, como para no querer participar, y habiendo recibido nueva información sobre la posibilidad e incluso la probabilidad de encontrar los trabajos cuya investigación me ocupó todo el tiempo que he tenido el honor de haceros mi corte en Florencia, he recibido la orden de hacer un segundo viaje hacia fines de abril. Señor, haréis justicia a mi manera de pensar sobre su tema, para no juzgar la perfecta satisfacción con la que podré cumplir con mi deber con el apreciable placer de presentarle mis respetos. Me encuentro en este momento en países en los que me detendré durante algún tiempo y, os ruego por tanto, tengáis a bien enviarme con los archivos adjuntos la respuesta de la que me halago seguro que me honrará. / Dígnese aceptar, Señor, las muestras de mi más inviolable respeto y apego con las que tengo el honor de ser, Señor, su más humilde y muy obediente servidor. B. de Waechter ".

"Señor, Barón de Waechter, enviado extraordinario de S.M. danesa a los electores y príncipes de los círculos del Rhin y del Suabia. Con un sobre para la dirección, a los Señores Hermanos Bethmann, banqueros, en Frankfurt en el Main".

[←360]

RAW, SP 491/123. Reporte de la entrevista entre el barón Karl-Eberhard von Wächter y Carlos Eduardo Estuardo, Florencia, 21 de septiembre de 1777. Carta de Karl-Eberhard von Waechter, Cassel, a Carlos-Eduardo, Florencia.

[←361]

RAW, SP Box 4, dosier 3/6. Carta de Carlos Eduardo, Roma, al duque Louis-Philippe de Orleans, 25 de mayo de 1774.

[←362]

RAW, SP 507/49. Carta de John Stewart, Roma, a Carlos Eduardo Estuardo, Florencia, 21 de abril de 1784.

[←363]

Ibid. cara. Apostilla de Carlos Eduardo Estuardo, 24 de abril de 1784.

[←364]

REUMONT 1864: tomo I, p. 240.

[←365]

MOLLIER, Pierre «Les Stuarts et la Franc-maçonnerie : le dernier épisode », en Renaissance Traditionnelle, nº 177-178, enero-abril 2015, 69-71.

[←366]

RAW, SP Box 2/114.

[←367]

NETTELBLADT 1879: 715-716.

[←368]

STEEL-MARET 1893: 26-27.

[←369]

LE FORESTIER 1970: 103.

[←370]

Ibid. 79.

[←371]

Ibid. 28.

[←372]

Ibid. 57.

[←373]

Ibid. 81.

[←374]

Ibid. 81.

[←375]

Ibid. 150.

[←376]

Ibid. 107.

[←377]

Ibid. 28.

[←378]

Al examinarlo, no hay un solo discurso tradicional que quede fijado de una vez por todas. Desde el mismo momento en que son lanzadas sus bases, está en perpetua modificación (amplificación, purificación, modulación, etc.).

[←379]

NETTELBLADT 1879: 716.